



UNA HISTORIA
DE **ROJO**

PABLO POVEDA

EL LABERINTO DEL DIABLO

UNA NOVELA DE POLICÍAS, CRÍMENES, MISTERIO Y SUSPENSE

El Laberinto del Diablo

Pablo Poveda



Pablo Poveda Books

Copyright © 2024 por Pablo Poveda Books

Corrección: Ana Vacarasu

ISBN: 9798879691993

Imprint: Independently published

Pablo Poveda Books

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

En medio del caos del combate, Rojo percibió cómo la vida y la muerte se asemejaban a dos púgiles eternamente confinados en un laberinto infernal, danzando siempre al filo del abismo. Hacía meses que se movía sobre ese abismo, exhausto, incapaz de recordar lo que significaba dormir como una persona normal. Afortunadamente, practicaba deporte, que era lo único que lo mantenía en pie.

Era domingo y el gimnasio, cerrado para todos, excepto para él, reposaba en silencio, sin el eco habitual de los golpes en las bolsas de boxeo. En su centro, un ring iluminado por un único foco resplandeciente. Rojo ocupaba el cuadrilátero junto con su entrenador Frank, que lo observaba desde la esquina, a punto de iniciar el combate.

—Hoy pienso darte hasta en el carné de identidad —declaró el entrenador, calzándose los guantes—. Estoy de mala leche... así que da la talla.

—¿Qué te ha pasado?

—He tenido una bronca con mi hijo.

—Ya se te irá.

—Eso espero. Está empeñado en trabajar aquí en el gimnasio.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Yo prefiero que estudie.

—Ese es tu problema, no el de él.

«La obsesión, amigo mío, es como una mentira que te susurra al oído hasta convencerte de que es la única verdad en este mundo absurdo y carente de sentido».

Tras este intercambio, reinó el silencio. Los guantes de Rojo se apretaban en sus manos, su mirada fija en su contrincante. La voz de Frank señaló el inicio del amistoso combate. Rojo y su

rival, un boxeador retirado y propietario del local, se tocaron los guantes en señal de respeto antes de empezar.

Rojo se desplazaba con destreza alrededor del ring, manteniendo una defensa sólida y movimientos certeros. Lanzó un jab veloz para medir la distancia. Su oponente respondió con un gancho izquierdo, que Rojo esquivó con destreza, retrocediendo con rapidez.

—¡Vamos, Vicente! ¿Qué carajo estás haciendo?

Los dos contrincantes intercambiaban golpes con precisión. Rojo bloqueaba los ataques con habilidad, desviándolos con sus guantes.

—Por más que lo intentes, no me distraerás —afirmó el inspector, alejándose.

—No necesito hacerlo. La verdadera debilidad está en la mente distraída.

—Ahórrate la filosofía de barrio, Marco Aurelio.

—Vete al cuerno y pelea de una maldita vez.

—Entonces, ¿tu hijo cuándo empieza a trabajar aquí?

Un potente gancho derecho de Rojo alcanzó el costado de su adversario, obligándolo a retroceder. Pero el boxeador no cedió y contraatacó con una rápida combinación de jabs y ganchos. Rojo sintió el impacto, pero mantuvo la compostura, sostenido por su resistencia y continuando su ágil movimiento.

—Cuando tus pensamientos vagan, tus defensas caen —respondió el entrenador—, y los golpes del adversario encuentran su camino sin obstáculos.

La pelea continuó, una emocionante danza de puñetazos en la penumbra del gimnasio. A pesar de las distracciones, Rojo estaba dispuesto a vencer, disfrutando del desafío. Sus músculos estaban tensos y su corazón latía al compás del combate.

«Venga, demonios. Hazlo callar».

Mientras el enfrentamiento se intensificaba, resaltaba la pasión y determinación de ambos en el ring, exhibiendo sus habilidades en un ambiente poco común para un inspector de homicidios. El gimnasio vibraba con energía y emoción mientras la pelea avanzaba. No obstante, la obsesión lo desconcentraba. En plena lucha, sus pensamientos divagaron hacia los sombríos recovecos de su mente, recordando el día en que capturó a Maqueda, el asesino implacable que había dejado una huella indeleble en su alma.

Un gancho izquierdo de su oponente lo golpeó inesperadamente, sacándolo de su ensimismamiento. Aunque lamentó el golpe, su mente seguía anclada en las pesadillas del pasado.

—¡Concéntrate, collons!

Los golpes se sucedían mientras intentaba recuperar su enfoque perdido. El enfrentamiento se tornó desigual, con Rojo esforzándose por mantenerse en pie, atrapado en un torbellino de pensamientos y dudas, consumido por su perturbación. Su adversario aprovechó la oportunidad y lo acorraló, provocando su caída en un suspiro de derrota.

En ese instante, en la penumbra del gimnasio, Rojo comprendió que su obsesión con el pasado le había robado el presente.

En ese momento, el único sonido era la respiración entrecortada del policía, tendido en el suelo, aturdido por la sacudida. Su entrenador lo observaba preocupado desde el otro extremo del ring.

—Por hoy es suficiente.

—¡No! —protestó Rojo intentando levantarse, con las piernas temblorosas y la mente confusa. Estaba dispuesto a continuar, a reconquistar su perspectiva, a vencer su neura por Maqueda. Pero el impacto lo había afectado más de lo que pensaba, y batallaba por ponerse de pie.

Fue entonces cuando un sonido inesperado rompió el silencio del gimnasio. Un teléfono móvil en un banco cercano había empezado a sonar insistentemente. La melodía interrumpió la tensión, haciendo que Rojo y su entrenador se giraran hacia el ruido.

—Será mejor que contestes.

—He dicho que no, Frank...

—Y yo he dicho que basta.

El entrenador decidió terminar el combate.

Sabía que Rojo estaba obsesionado con su trabajo y no quería que su pupilo se hiriera gravemente. Extendió una mano al inspector y lo ayudó a levantarse, mientras el teléfono seguía sonando de fondo.

Reinaba una tensión incómoda en el gimnasio. Rojo se quitó los guantes y se pasó una mano por el rostro, notando el sudor y el amargo sabor de la derrota. La llamada telefónica lo había sacado de su trance obsesivo, devolviéndolo al presente.

—Quiero la revancha. ¿El próximo domingo?

El entrenador lo miró sorprendido.

—Vaya. No sabía que era algo personal.

—No lo es. Al menos, no contigo.

—Escucha, Vicente. En la lona, no importa tanto ganar como resistir, seguir en pie ante los golpes más duros de la vida.

—¿A qué viene tanto estoicismo de quiosco?

—Sé que no te gusta perder, pero hay derrotas más graves.

—¿Hablas por mí o por ti?

Mientras el teléfono seguía sonando, se miraron con una mezcla de frustración y alivio.

—Descansa y encuentra la paz interior, si es que la tienes ahí dentro... —El entrenador le dio un golpecito en el pecho—. Ve y atiende esa llamada, parece importante.

El entrenador cogió una toalla y se dirigió a los vestuarios. El inspector fue a la bolsa de deporte y buscó el teléfono, preguntándose quién lo llamaría con tanta insistencia un domingo por la tarde.

No se alegró al ver el nombre en la pantalla.

No, después de las siete llamadas perdidas y los cinco mensajes.

Su relación con Laura comenzaba a ser un problema para él y para su estabilidad, y decidió tomar cartas en el asunto.

Vivir en el norte del país nunca fue una opción para Rojo. A pesar de ser un hombre de palabra, no estaba libre de fallar como cualquier otra persona, y romper la promesa hecha a su compañera de viaje era prueba de ello. Las promesas rotas son como hojas caídas, arrastradas por el viento de la vida, olvidadas en el sendero de la existencia... hasta que alguien las pisa, recordando por qué estaban ahí.

Quizás ese era el centro del problema.

Había hecho una promesa que jamás cumpliría, lo cual era un terrible comienzo para cualquier relación.

El inspector aguardaba en uno de los fríos bancos de la planta de oncología del hospital de Alicante. Odiaba ese lugar, su olor a desinfectante y el aire templado que emanaba de los conductos de ventilación. Para él, esa planta era un preludio de la muerte, un purgatorio interminable, al igual que la comisaría lo era para su carrera. Sin embargo, para muchos, representaba el barco de la esperanza, aunque raramente llegase a buen puerto.

—La doctora no tardará en atenderlo —le informó una enfermera, mientras esperaba.

—Gracias —respondió el inspector, levantándose y caminando hacia el otro extremo del pasillo, enfrentando las miradas de los presentes y buscando la manera de consumir el tiempo. La paradoja de que, en un lugar así, todo muriese excepto los minutos, le resultaba desconcertante.

Las cosas no iban bien entre la doctora y él desde hacía semanas, y le sorprendía haber mantenido una relación sentimental por más de un año. No era inesperado. Nada en la vida del inspector funcionaba con normalidad desde hacía meses: Asuntos Internos lo tenía en la mira, el comisario Maruenda lo había aplastado como a un insecto y, para colmo, su presencia en el Cuerpo era incómoda para algunos políticos regionales. Aquel día, había roto una regla implícita

con Laura en su relación: nunca visitarla en el trabajo. Pero esa sería la única vez que rompería sus propias normas.

Al llegar al final del pasillo, vio un periódico doblado sobre un banco, olvidado por algún visitante. Se acercó, lo desplegó y lo hojeó, buscando algo de interés. Era un ejemplar antiguo del Diario Información, y su interés decayó, al ver la fecha. Aunque su uniforme cubriera su piel, no permitía que la ignorancia fuera su única compañía. En las páginas del periódico encontraba el pulso de la calle, las verdades ocultas de la noche y los rostros detrás de los crímenes. La tinta corría por sus venas como la sangre de la ciudad, pues ser policía significaba enfrentar la realidad con los ojos bien abiertos. Y más él, que estaba a punto de perder su placa.

Absorto, pasó las páginas rápidamente, centrado solo en los titulares, hasta llegar a la sección de sucesos. Afortunadamente, la ciudad estaba tranquila, aunque eso no significaba que fuese segura. No había delincuentes sembrando el pánico y los homicidios solían ser reyertas o crímenes pasionales. La droga, un mal persistente en las localidades portuarias, era difícil de eliminar. A pesar de la aparente calma, el inspector llevaba una buena temporada sin conciliar el sueño. En su cabeza, persistía la obsesión que le robaba el descanso y empeoraba todos los ámbitos de su vida. En el fondo, sabía que el sargento Maqueda aún estaba vivo, escondido, esperando el momento oportuno para contraatacar. Por eso debía estar preparado, para cuando llegara la ocasión. Era una creencia que solo él mantenía, a pesar de que todos lo dieran por muerto, y eso lo atormentaba noche tras noche.

En ese instante, algo se movió al otro lado del periódico. No llegó a leer el titular de la noticia, porque la sombra de una silueta apareció sobre las páginas y unas manos retiraron el periódico de su vista.

Era Laura, radiante, con su bata de médico y una sonrisa que, lamentablemente, pronto desaparecería de su rostro.

Aquella mañana, el inspector había decidido terminar su relación con ella.

Dejaron las instalaciones y se dirigieron hacia el aparcamiento, envueltos en un tenso silencio. Una conversación superficial y corta marcó el inicio de un inminente conflicto. El inspector, hombre de decisiones firmes, reconocía en Laura a una persona excepcional, ideal para una relación a largo plazo. A pesar de ello, su conducta, que llegaba a ser impulsiva y posesiva para él, no le hacía sentir emocionalmente preparado para seguir viéndola. Aunque estuvieran juntos, su mente vagaba lejos y ella lo percibía, respondiendo con más preocupación. Sabía que no podría concentrarse en ella, y esa, además de otras cuestiones, era la razón de su decisión de

poner fin a la relación. Además, Laura chocaba constantemente con el muro que el inspector había construido alrededor de su pasado, un muro que seguía intacto tras su dañada relación.

—Es mejor que dejemos de vernos —decidió Rojo, liberándose de un peso interior, aunque aparentara lo contrario. Laura, abrumada, meditó su respuesta mientras su corazón latía, desbocado. El inspector notó su impotencia, su nerviosismo disfrazado de indiferencia.

—¿Cómo puedes ser tan cobarde? —la acusación sorprendió a Rojo, quien esperaba cualquier insulto, menos ese.

—Ser cobarde habría sido mentirte —respondió—. Pero te estoy siendo honesto: esto no funciona, Laura. No es tu culpa, y no espero que lo entiendas.

Las palabras de Rojo no pudieron contener las lágrimas que luchaban por brotar de los ojos de Laura. Intentó acercarse para despedirse, pero ella lo rechazó.

—No te acerques a mí.

—Entonces, me voy.

Los ojos de Laura se clavaron en él.

—Es por él, ¿verdad?

Rojo frunció el ceño. No habían hablado del tema desde aquel grave incidente, un año atrás, pero sus demonios no habían desaparecido.

—Es complicado.

—¿Crees que no oía tus pesadillas, Vicente? Necesitas ayuda, tienes un problema de salud.

—Cuídate, estarás bien —dijo, intentando cerrar la conversación.

—¿Por qué rechazas la ayuda? Necesitas ver a un especialista. Ese monstruo te consumirá...

Rojo comprendió que ya no tenía nada que hacer allí. El daño estaba hecho y Laura tenía derecho a expresar su frustración, pero eso no significaba que debiera quedarse a recibir sus reproches. Se alejó hacia su motocicleta mientras ella seguía hablándole.

—¡Alguien debe decírtelo! —gritó Laura—. Estás enfermo, obsesionado con ese hombre. Te destruirá, y no quieres verlo...

Rojo se subió a la moto y se colocó el casco. De pronto, su teléfono vibró en el bolsillo. No era común recibir llamadas a esas horas y era la segunda del día.

—Ese hombre sigue vivo en tu cabeza. Al final, uno de los dos acabará con el otro.

Indiferente, Rojo arrancó la moto y se alejó velozmente.

Vivo o muerto, Rojo no sentía más interés por el sargento que por su propia situación actual. No obstante, debía librarse de él para poder seguir adelante con su vida, una tarea que se presentaba sumamente complicada. Se suele creer en aquello que uno desea, ya que, en el laberinto mental, cada convicción actúa como una brújula guiando el viaje de las ilusiones. En su caso, hacía tiempo que esa brújula había dejado de orientarle y, por si fuera poco, Rojo no solo estaba convencido de que el sargento esperaba el momento propicio para regresar, sino que también lo haría de la manera más gloriosa. Los meses transcurridos tras la desaparición del guardia civil en las aguas del puerto, solo confirmaron la ausencia de pistas sobre el asesino. A pesar de una exhaustiva investigación policial y el minucioso trabajo de los equipos de buceo, que no encontraron más que ropas manchadas de sangre, la policía concluyó que el cuerpo del sargento Maqueda yacía en el fondo del mar o atrapado entre las rocas submarinas. La escasez de efectivos en las primeras horas de búsqueda obstaculizó la labor, lo suficiente como para que el sargento desapareciera sin dejar rastro. Las diversas fuentes de investigación apuntaban a su fallecimiento, ya que, de haber alcanzado la costa, habría sido identificado. No obstante, quedaba la remota posibilidad de que hubiera optado por huir a nado, algo que también habría alertado a las unidades marítimas. En el peor de los escenarios, en el que Maqueda hubiera eludido la persecución policial, los equipos de investigación concluyeron que no habría sobrevivido mucho tiempo en el agua, dadas las circunstancias.

Sin embargo, el inspector Rojo no compartía esta opinión generalizada. Tras haber trabajado intensamente tanto con Maqueda como en su contra, dudaba que se hubiera rendido tan fácilmente. Lamentablemente, esta percepción no era compartida por sus colegas, ni por el comisario Maruenda, quien lo vigilaba minuciosamente tras la resolución de la investigación. Un

mínimo error sería su fin. En los círculos policiales de la comisaría provincial, los rumores sobre la salud mental de Rojo circulaban en las charlas de bar y en los despachos oficiales. Se le había sugerido acudir a terapia, pero su experiencia le había demostrado que aquello nunca acababa bien. Entre sus compañeros, algunos atribuían su cambio de actitud al choque postraumático, mientras otros lo tildaban de locura. «Rojo ha perdido el rumbo y no lo recuperará», se comentaba por los corrillos, siempre en su ausencia. La verdad era que a él poco le importaban las opiniones ajenas sobre su persona o su situación, pero las sanguijuelas de Asuntos Internos prestaban atención a todos los detalles.

Era domingo, y en Alicante, ese domingo se le estaba haciendo cuesta arriba. Las calles comenzaban a despejarse y el crimen no descansaba. La llamada provenía de Robles, uno de los pocos inspectores que no le había dado la espalda tras el escándalo del caso Maqueda y su compañero de unidad. Él también había sufrido los daños colaterales del guardia civil. A pesar de su falta de experiencia, se había ganado el respeto del inspector al mostrar lealtad y una tenacidad en los momentos más críticos de su carrera.

El motivo de la llamada era un homicidio en una oficina de la zona centro de la ciudad.

—¿Qué ocurre, Robles? —preguntó Rojo.

—Será mejor que lo veas con tus propios ojos. Ha habido un homicidio.

—¿Qué? —interrogó, desconcertado y sin entender por qué era él el último en enterarse—. ¿Por qué me llamas?

—Prefiero no hablarlo por teléfono. Date prisa y ven.

—Entendido. Llegaré en unos minutos —respondió Rojo y colgó.

No necesitaba una bola de cristal para intuir que algo no iba bien, no por la actitud distante de Robles, sino por haberlo llamado directamente a él. Dadas la descripción del lugar y la hora, suponía que se trataba de otro asesinato entre bandas, lo que probablemente le excluía del caso, pero debía de existir algo más para que el inspector se arriesgara a ganarse una sanción. Desde el caso de Maqueda, Rojo había sido apartado de los problemas importantes, pero la comisaría seguía operando con efectividad. En las últimas semanas, habían detenido a tres presuntos homicidas por robo y extorsión. La población comenzaba a inquietarse por los recientes sucesos, consecuencia de las erróneas decisiones del comisario, al colaborar en el intercambio de información con un narcotraficante que importaba drogas desde Italia y negociaba con proxenetas de la Europa del Este, para trasladar el negocio de la prostitución a la ciudad. Una redada inesperada había desencadenado un confuso ajuste de cuentas entre bandas rivales,

causando una violencia silenciosa, pero constante. Lo peor era que la unidad de Rojo se limitaba a limpiar las calles de sangre, incapaz de detener los asesinatos.

Al llegar a la dirección proporcionada, Rojo observó el cartel de una asesoría en la cristalera del edificio. Comprobó la dirección y, reconociendo los vehículos policiales, confirmó que no se había equivocado. «Esto no pinta nada bien», pensó, al darse cuenta de que la escena no correspondía a lo que había imaginado. Era domingo, y auguraba un escenario sombrío, pero distinto a lo habitual. Aparcó su moto junto a la entrada y se identificó ante un agente que custodiaba el acceso, quien le indicó dónde encontrar al resto del equipo.

Con una sensación extraña, subió las escaleras hasta la tercera planta, que era el lugar del suceso. Los golpes del combate aún se manifestaban en su cuerpo y su mente aún daba vueltas a la reciente conversación con Laura y a su decisión de terminar con ella. «A veces, hay que hacer lo correcto, no lo que uno desea», reflexionó.

El trayecto fue breve y pronto encontró a Robles, quien caminaba nervioso alrededor de la entrada de la oficina. Al entrar, Rojo no pasó desapercibido.

—Robles, ¿qué es esto? —preguntó.

—Homicidio con arma blanca. La víctima es un hombre de unos cincuenta años.

—Me refiero a la llamada. ¿Por qué...?

Pero no le dejó terminar.

—No lo habría hecho si no fuera importante. Está ahí dentro —indicó el compañero, señalando la puerta de una oficina.

—¿Está informado de esto el comisario?

—Supongo que sí —respondió con dificultad, sus ojos pálidos como dos huevos cocidos—. El aviso llegó a la comisaría. Date prisa, antes de que alguien te reconozca por aquí.

Las preguntas resultaban innecesarias. Rojo era plenamente consciente de la sensibilidad de su compañero frente a situaciones delicadas, un problema que interfería en el trabajo. La visión de sangre o escenas siniestras le provocaba a Robles un malestar visceral, llegando incluso al vómito. Al principio, Rojo había pensado que esa reacción disminuiría con el tiempo, algo común en los novatos que nunca habían enfrentado el dolor. No obstante, Robles parecía incapaz de adaptarse o, al menos, de aprender a gestionar su debilidad. Esto lo hacía errático y vulnerable. Tras años de trabajo conjunto, Rojo intuyó que el problema de Robles era más profundo.

El inspector se hizo a un lado y entró en lo que parecía una oficina. En un instante, comprendió que aquel no era un homicidio ordinario, ni un robo, y sintió un escalofrío que le recorrió la

columna y le dificultó la respiración. Lo primero que notó fue el olor a ambientador de lavanda en el aire, indicio de que el crimen había ocurrido poco antes de su llegada. Observó lo que parecía ser una recepción o el escritorio de una secretaria, todo en orden: archivos, montones de papeles y un ordenador apagado. Intentó encender la luz, pero no había electricidad. Avanzó hacia el pasillo que separaba la sala de espera del despacho, percibiendo las dimensiones del lugar: un despacho mediano con una oficina y una sala de reuniones. Su atención se centró en unas pequeñas manchas rojas cerca de la puerta de una de las salas. No eran huellas, sino manchas que alguien había tratado de limpiar, arrastrándolas de un lado a otro. «Demonios...», pensó, mordiéndose el labio inferior. La posibilidad de una jornada normal se esfumó por completo.

Paralizado frente a la puerta, reflexionó en silencio antes de proceder, sintiendo su corazón latir con fuerza. Algo le decía que debía esperar a Pérez para recolectar las pruebas, pero su mente no dejaba de imaginar escenarios sobre lo que encontraría detrás de la puerta. Necesitaba ver la escena del crimen.

—Santo cielo... ¿Dónde está Pérez? —preguntó en voz alta, esperando que Robles lo escuchara. Escuchó los pasos de su compañero acercándose.

—Debería haber llegado hace media hora.

—¿Sabes si llegará a tiempo?

—Sé tanto como tú, Rojo.

—Entiendo... ¿Tienes un pañuelo?

Robles le pasó un paquete de pañuelos de papel. Rojo extrajo uno y lo utilizó para abrir la puerta sin dejar huellas. Se acercó a la mancha en el suelo, tocó el pomo de la puerta y la giró. Al abrirse, la escena se reveló lentamente, y los ojos de Rojo se iluminaron como si estuviera en el mismo infierno. A lo largo de su carrera había presenciado escenas sórdidas, pero aquello superaba todo lo anterior. Al descubrir lo que había dentro, su rostro se contrajo intensamente, sintiendo un ardor en el estómago.

—Demonios... Maldito hijo de...

De repente, sintió la presencia de alguien acercándose por detrás y colocándose a su lado. Reconoció el aroma de colonia barata mezclada con olor a cigarrillos.

—Desgraciadamente, Rojo... no es lo peor que verás hoy.

El cuerpo sin vida de un hombre, de aproximadamente cincuenta años, estaba clavado de pies y manos en la pared de la oficina. Vestido y mostrando evidentes signos de tortura, los daños físicos parecían triviales en comparación con la lenta y dolorosa muerte que había sufrido. El asesino se había tomado la molestia de atornillar las palmas de sus manos a la pared, con los brazos extendidos, y luego hizo lo mismo con los pies en el suelo. Rojo quedó atónito ante esa escena tan cruel y desagradable, que superaba cualquier cosa que hubiera visto en mucho tiempo. El ritual había sido un calvario para la víctima, quien ahora reposaba con la cabeza inclinada sobre un hombro y la mirada fija en el suelo. Rojo dudaba. A primera vista, el acto parecía típico de las bandas que operaban en la ciudad, conocidas por su brutalidad. Sin embargo, la víctima no encajaba en el perfil habitual.

El inspector tomó aire, su mente retrocediendo brevemente al pasado. Ni siquiera Maqueda habría sido capaz de tal brutalidad, pensó, aunque sabía que la realidad a menudo superaba la ficción. De repente, una presencia se abrió paso entre los agentes en la entrada, atrayendo su atención. Rojo sabía que no debía estar allí.

—No os preocupéis, vienen conmigo... ¿Te han asignado el caso? —preguntó Pérez, de la Científica, mientras dejaba su maletín en el suelo y se paraba junto a Rojo para observar la escena.

—Haces demasiadas preguntas, como siempre —replicó el inspector, lanzándole una mirada de reojo y notando una mueca en su rostro—. ¿Qué ocurre?

—Deberías irte de aquí.

—¿Desde cuándo das órdenes?

—No es una orden, es un consejo de compañero. No conviene que te vean aquí.

—¿Qué ha cambiado?

—No estoy solo. Y eso lo complica todo.

—Ya.

—La gente habla, Rojo. Ya lo sabes. Maruenda tiene oídos en todas partes.

—Me importa un bledo lo que se diga o lo que piense Maruenda.

—Sigue siendo tu superior, te guste o no.

—¿Quién está detrás de esto?

Rojo se volvió buscando a Robles con la mirada.

—No lo sabemos —dijo el otro, carraspeando y frotándose la cara con nerviosismo, como si ocultara algo—. Dos empleados de limpieza dieron el aviso a la comisaría.

—¿Y la portería?

—Libra el fin de semana.

Rojo se giró nuevamente hacia la escena.

—¿Qué opinas, Pérez?

Este abrió su maletín y sacó una cámara profesional y protectores para los zapatos, avanzando hacia la escena del crimen.

—Es pronto para decirlo. Si algo he aprendido es a no precipitarme... y a no meterme en problemas.

—Ya veo —dijo Rojo, alejándose para irse. Aunque intentaran disimular, percibía la tensión y la falta de compañerismo. No los juzgaba; Pérez solo cuidaba de sí mismo. Al cruzarse con Robles, se detuvo y lo miró, pero este solo se encogió de hombros.

—Collons, Robles... ¿Por qué me has llamado?

—Pensé que querrías saberlo —respondió Robles, con una mirada que parecía ocultar un mensaje.

—No —dijo Rojo, exhalando con frustración—. Nunca he sentido morbo por estas situaciones.

—Cualquiera diría lo contrario —comentó Pérez.

—Vete al cuerno.

Pérez suspiró, valorando su respuesta. Los tres oyeron voces acercándose en la distancia. Era el momento para él de desaparecer.

—Apúrate, Rojo —le urgió Pérez, señalando hacia una puerta en el pasillo—. Hay otra salida por ahí.

—Gracias, supongo —respondió Rojo, incómodo ante la situación. Todo había cambiado tanto y tan rápido, que le resultaba extraño tener que esconderse de esa manera—. Nos veremos más

tarde.

Rojo estaba molesto por tener que trabajar en domingo, aunque su vida ya estaba tan sumida en la rutina, que apenas distinguía entre el horario laboral y su tiempo libre. Era casi de noche cuando aparcó frente a la comisaría provincial. Al bajar de la moto, echó un vistazo al bar ya cerrado, lamentando no poder demorar su llegada al escritorio con una parada allí. Se preguntó con desgana qué le depararía el resto de la tarde, imaginando horas de monótono papeleo. Con la cabeza llena de imágenes perturbadoras, se detuvo ante los escalones de la entrada, sacó un paquete aplastado de cigarrillos y se puso uno entre los labios. Ni siquiera el tabaco lograba calmarlo; el humo le pesaba en los pulmones. Harto y asfixiado por la ansiedad del día, apagó el cigarrillo con un taconazo y tiró el paquete a la papelera. Reflexionó sobre su dependencia al único vicio que tenía, consciente de que no era momento para más promesas vanas.

Entró en la comisaría y subió a la primera planta. La oficina estaba semivacía, a medio gas, como solía estarlo los fines de semana. Observó el escritorio vacío de Robles y luego el de Ramos, sorprendiéndose al no encontrar rastro de su compañero, pero sí a una agente desconocida buscando entre sus cosas. La mujer, morena, con gafas y el pelo recogido en una cola, parecía más habituada a las salas de estudio que a las calles. Rojo se puso en guardia, sospechando que aprovechaba la ausencia de sus compañeros para fisgonear.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó, deteniéndose frente a ella. La mujer dejó de buscar y se colocó las gafas, enfrentándolo sin inmutarse.

—Soy la inspectora Agulló —se presentó, ofreciéndole la mano—. El comisario Maruenda me ha pedido que...

Él la interrumpió con desdén, ignorando tanto su comentario como su gesto conciliador.

—Seré claro contigo. Ese es el escritorio de mi compañero Ramos y no le gusta que toquen sus cosas.

—Ya, pero...

—Así que, si no te importa, apártate y regresa a tu unidad.

La inspectora Agulló pareció descolocada por un momento, pero no la intimidó la manera en la que se había dirigido a ella. Mientras la observaba, Rojo se extrañaba de que no comprendiera su directo mensaje. No le sonaba su rostro y sospechó que Maruenda la había asignado personalmente.

—¿Tienes algún problema? —preguntó, inclinando la cabeza—. Creo que he sido bastante preciso.

—Tú debes de ser el inspector Rojo, ¿cierto? De Homicidios. He oído hablar de ti —dijo, ignorando su pregunta.

—Entonces sabrás que no me gustan las presentaciones, ni hablar de más.

—Conozco tu historial. Sé que estuviste tras el carnicero de Monóvar.

Rojo, deseando evitar que la conversación siguiera por ese camino, se alejó hacia su escritorio.

—Pierdes el tiempo conmigo.

—Sé por qué te han apartado estos meses —insistió ella, siguiéndolo—. No me extraña que tengas ese mal humor.

—Hazte un favor y métete en tus asuntos. No sabes nada, inspectora.

Ella lo miró, sorprendida por su mal carácter, aunque seguía sin impresionarle.

—Yo no soy nadie para juzgarte, pero quizá te estés haciendo un flaco favor con esa actitud, ¿no crees? Te recuerdo que el código es el mismo para todos.

Rojo se giró para enfrentarla una última vez.

—Tienes razón en algo. No eres nadie, así que quédate con tu consejo.

—Tú mismo. No voy a rebajarme a tu altura.

—¿Has terminado?

—Sí.

—Perfecto. Tengo cosas más importantes que hacer que hablar con una novata.

Ella no respondió, pero no pudo evitar sonreír ligeramente. Había logrado llamar la atención de Rojo.

En ese momento, unos pasos irrumpieron en la sala. El ruido procedía de las escaleras conectadas con la planta superior. Rojo no tardó en reconocer el familiar sonido de las pisadas, propias de unos zapatos bien lustrosos que únicamente podían pertenecer a una persona.

—¿Qué está ocurriendo, inspectora? ¿Por qué se demora tanto? —inquirió el comisario Maruenda, enfundado en un traje azul, ostentando su característica expresión de arrogancia, como si perteneciera a una dinastía rusa. Al observar la escena, cesó sus preguntas y exhaló un profundo suspiro—. Ya entiendo... Bueno, supongo que ya se conocen. Creía que no llegarías hasta mañana, Rojo.

Este lo miró con desconfianza. Su relación con el comisario había sido conflictiva desde hacía tiempo.

—Olvidé enviar un informe. ¿Desde cuándo se permite enviar a los novatos a espiar a sus colegas?

—No estaba espionando —aclaró ella—. Y no soy una novata.

Maruenda le indicó con un gesto que se calmara y no ofreciera más explicaciones.

—No sabía que había alguien en la oficina, así que le pedí a la inspectora que me hiciera el favor de...

—Entrometerse en el despacho de Ramos. ¿Me equivoco?

—Sí, te equivocas y eres un imprudente. A modo de información, Ramos no volverá en unas semanas.

Rojo elevó una ceja. Las palabras del comisario no le causaban ninguna impresión.

—Déjame adivinar.

—No, no es eso. Asuntos personales, y punto. Se ha tomado unos días.

—Entiendo.

—Escucha, no me agrada tener que decirte esto y supongo que a ti tampoco. La situación es tensa para ambos, pero sigues sin dar el brazo a torcer. No me lo hagas más difícil.

—Lo único que tengo torcido es el cuello de estar tantas horas sentado en esta maldita silla. Este no es mi lugar.

—Tú te lo has buscado, Rojo.

—Yo solo hice lo correcto.

—Mira, es domingo y no voy a discutir, así que terminemos con esto... —dijo, adoptando una expresión seria. Por su semblante, el inspector intuyó que algo grave había sucedido. Algo que ni Maruenda podía manejar. Cuando eso ocurría, la desesperación se reflejaba en su rostro. No era un buen policía, pero sí un buen manipulador que sabía gestionar a la gente, separar lo personal de lo profesional y, de esa manera, liberarse de los problemas de la ciudad, lo que en cierto modo lo hacía un buen comisario, aunque Rojo no confiara en él, ni en sus intenciones. Alguien así, con tantas ansias por aferrarse al poder, acababa ciego.

—Supongo que estás al tanto de lo ocurrido hace unas horas...

—¿Hablamos de fútbol, comisario?

—Inspector, no te pases ni un pelo. Todavía me debes una, así que compórtate. —Rojo chasqueó la lengua y Maruenda se volvió hacia la mujer antes de continuar—. Si acudo a ti, es porque no tengo otra opción...

—Bendita sinceridad. Lástima que sea efímera.

—Mira, dado que Robles no está, te presento a tu nueva compañera, la inspectora Agulló.

—¿Compañera? —preguntó, desafiante—. Esta sí que es una sorpresa.

—Dímelo a mí.

—Con todo el respeto hacia la inspectora, comisario, no necesitamos más gente en la unidad. Podemos esperar a que Ramos regrese, de verdad.

—Diría que no lo has entendido.

—Yo creo que sí. No necesito más personal para hacer frente al papeleo.

—No, es que no puedes decidir sobre esto... Ella será tu compañera, aunque, en realidad, vas a ser tú quien la acompañe. ¿Queda claro? Así que, antes de que me pongas de mala leche, muévete y sube a mi despacho.

El inspector permaneció inmóvil, preguntándose si era una broma o si su superior hablaba en serio. Pero su semblante era bastante transparente. La inspectora asintió con la cabeza, mostrando una mezcla de decepción y asombro. Ambos se alejaron hacia las escaleras por donde había aparecido Maruenda, hasta que este se detuvo y se dirigió a su subordinado.

—¿A qué esperas, Rojo? Hablo muy en serio. ¿Prefieres quedarte aquí, revisando informes el resto de tu vida?

El silencio los acompañó hasta el despacho del superior. Rojo no pudo evitar fijarse en las caderas de la inspectora, que ascendía los peldaños con rapidez, delante de él. Su presencia le resultaba incómoda, aunque se mostrase reacio a admitirlo. ¿Una nueva compañera?, se cuestionó con desgana. «No tengo edad para hacer de canguro». Ya había tenido suficiente con Robles durante los últimos dos años. Sin duda, algunas cosas estaban transformándose en el ambiente de la comisaría, y eso no era algo positivo para él. Los cambios de plantilla, la llegada de nuevos efectivos recién salidos de la academia, relegaban a la vieja guardia, como él, a un segundo plano. Los recién llegados tenían amplios conocimientos en leyes y formación universitaria, pero escasa experiencia en el manejo de armas. No obstante, no todo estaba perdido para él. El hecho de que Maruenda le hubiera dirigido la palabra ya era significativo. Aquel gesto representaba una oportunidad, por desesperada que fuese. Una señal que podría devolverlo al lugar del que nunca se había ido realmente, a pesar de que su buena voluntad no reparase los errores del pasado. No podía olvidar que Asuntos Internos lo vigilaba más de cerca que nunca. Acumulaba un historial considerable de faltas y esperaban cualquier error suyo para expulsarlo del Cuerpo.

Absorto en sus pensamientos, fue el último en entrar al despacho del comisario, que permanecía igual que siempre, sin cambios, adornado con las mismas fotografías familiares e institucionales que solía colocar en los estantes.

—Por favor, sentaos —dijo, invitándolos a tomar asiento. Rojo cerró la puerta y ocupó la silla vacía que había dejado la inspectora. La observó de cerca, en silencio, y ella lo miró con seriedad, malinterpretando sus intenciones.

Dada la urgencia de la situación, Maruenda prescindió de preámbulos y extrajo una carpeta fina de color amarillo, que entregó al inspector. Este la ojeó por encima con escaso interés y la dejó a un lado del escritorio, para revisarla más adelante.

—Entonces, ¿alguien me va a explicar qué hacía la inspectora rebuscando entre las pertenencias de Ramos?

Maruenda carraspeó, miró a su subordinada y luego se dirigió a Rojo.

—Hemos tenido tres homicidios en los últimos dos meses. Dos mujeres de nacionalidad rusa han muerto de manera indirecta. Hasta ayer, los dos primeros parecían relacionados con las mafias del narcotráfico en la ciudad y la trata de blancas. Sin embargo...

—El empresario —interrumpió Rojo, exhalando con pesadez, recostándose en el incómodo asiento—. Él lo cambia todo.

—¿Qué sabes al respecto?

—¿Saber? Nada, solo son rumores.

—¿Rumores? Ni siquiera ha llegado un informe oficial —cuestionó ella, pero él la ignoró.

—Lo que me intriga es por qué me mantienen al margen de lo que está pasando, comisario.

—Rojo, no empieces... No estás en tu mejor momento para liderar una investigación de esta magnitud. A pesar de ello, haces lo que te parece, te saltas las normas e influyes en otros agentes para que las incumplan, arriesgándose a sanciones disciplinarias.

«¿Cuántas veces habré escuchado esa frase a lo largo de mi carrera?».

—Aun así, aquí estoy. Sentado en tu despacho.

Por alguna razón, el superior se contuvo ante la fanfarronada del inspector. La provocación no había sido en vano. Rojo no era tan insensato como para enfrentarse a su jefe sin un motivo justificado. Tras observar su reacción, comprendió que Maruenda se encontraba en una situación complicada y requería su colaboración.

—Antes de empezar, me gustaría que quedara clara una cosa... —comenzó este, lanzando una mirada cómplice a la mujer—. No estarías aquí si no...

A pesar de su habilidad para dirigir equipos, el comisario no era el más elocuente. En ese momento, de forma inesperada, la inspectora Agulló intervino para completar la frase.

—Creemos que el autor del asesinato es un lobo solitario. Por la forma en que se presentaba la víctima, el homicidio fue planeado meticulosamente, con premeditación. Sospechamos que eligió a su víctima por algún motivo específico y no al azar, y esa es la razón por la que el comisario desea que participes en esta investigación.

Rojo los observó con recelo y en silencio. Ahora entendía cómo la inspectora había llegado a ese punto. El jefe había encontrado una portavoz que hablase por él, como un robot con voz metálica.

—Vaya. Interesante.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —inquirió el superior—. Porque, si es así, mejor no decir nada.

—Creemos, sospechamos... —repitió Rojo, preparándose para cuestionar a su compañera—. ¿Tenemos los informes de la unidad forense?

—No.

—¿Ha enviado Pérez su reporte?

—No.

—Entonces, no puedes sospechar ni dar por hecho nada.

—Permíteme discrepar de tu punto de vista, hay una explicación para lo que he expuesto... —insistió ella, visiblemente nerviosa, ante la presión del inspector. Él podía percibir su falta de experiencia—. La víctima presenta signos evidentes de tortura. El homicida lo ha torturado y clavado en una pared, asemejándolo a una figura de Cristo. Luego, lo ha dejado que muriera lentamente, desangrándose.

—¿Y?

—No son métodos habituales. Después del homicidio, ha sido meticuloso al eliminar huellas y no dejar rastros.

—Sigues sin convencerme. Hoy en día, hasta el criminal más inexperto sabe cómo proceder para dificultar nuestra labor. Basta con buscar en Internet y encontrarás miles de consejos sobre cómo borrar huellas de un robo.

—Por favor, inspector, déjala terminar de explicar.

—Eso hago. Pero, por macabro que haya sido el crimen, no podemos clasificar este asesinato como un caso aparte. ¿Quién era la víctima?

—Samuel Antón Vallés. Un empresario local.

—¿A qué se dedicaba?

—A la exportación de contenedores portuarios.

—Vaya, qué coincidencia —dijo Rojo, hojeando la carpeta y examinando el informe que contenía, con información sobre la víctima y sus negocios—. Mare Nostrum Containers S.L., una empresa con vínculos en importantes corporaciones libias y tunecinas...

Dejó el documento a un lado y suspiró.

—Eso no prueba nada —argumentó la inspectora—. La empresa no tiene irregularidades y lleva más de veinte años en funcionamiento. No hemos encontrado conexiones con el narcotráfico. Sus contenedores no han aparecido en ninguna de las recientes operaciones de Narcóticos. La víctima llevaba una vida cómoda, aunque discreta. Perfil de clase media-alta, pero sin excesos, vamos. Dudamos que se trate de una venganza.

—¿Entonces?

—Es probable que el autor vuelva a actuar.

—¿Asumimos que es un hombre?

—Por estadística, sí. El noventa y cinco por ciento de las mujeres que cometen crímenes de esta naturaleza lo hacen movidas por pasiones, ya sea por celos, venganza o dinero... En la mayoría de los casos, utilizan armas blancas, de fuego o estrangulan a sus víctimas.

—¿Y el cinco por ciento, restante?

Ella frunció el ceño, comprendiendo hacia dónde se dirigía la conversación.

—Solo un uno por ciento utilizó métodos más extremos. En comparación, es una cifra insignificante frente al uno por ciento de hombres que asesinaron a sus víctimas mediante algún tipo de tortura.

—Entiendo... —dijo Rojo y guardó silencio un momento—. Dime, inspectora, ¿cómo estás tan segura de que fue una sola persona y no varias?

—Nunca he afirmado tal cosa con certeza, aunque es probable.

—¿En qué te basas?

Ella respiró hondo y suspiró.

—Es domingo y las oficinas están cerradas. Antón y su familia han comido juntos en un restaurante del centro, horas antes de que él visitara la oficina... Eso me lleva a pensar que se trataba de un asunto importante y que la víctima conocía a su agresor de alguna manera.

La inspectora no cambiaría de opinión y Rojo seguía creyendo que era una muestra más de la usual ley del Talión que empleaba el hampa. Las posibilidades eran diversas: extorsión, impago, traición... Aunque no lo admitiría públicamente, y menos delante de su superior, no era común que el crimen organizado atacase directamente a un empresario. Solían dirigirse a los trabajadores, a los informantes y a las conexiones de bajo rango. Lo habitual era dañar a las empresas y a su cadena de distribución para causarles pérdidas si no colaboraban, pero no a sus líderes. Así perdían el contacto, tenían que empezar de nuevo y se exponían al escrutinio policial. Era un modus operandi emocional y, por tanto, contraproducente. No obstante, Rojo desconfiaba de las rápidas conclusiones de la inspectora y de la insistencia del superior para que liderase un

caso así. Incluso con toda su experiencia, no se sentía seguro de sacar conclusiones tan pronto sobre la escena del crimen. Algo se le escapaba y por eso necesitaba la opinión de Pérez.

—Está bien. Tienes razón.

—Inspector, no se trata de ganar o perder —señaló el comisario—. Agulló está presentando su teoría y quiero que colabores con ella.

«Parece que hoy os ha dado a todos por decir lo mismo».

—No lo entiendo. Si está tan claro, ¿qué hago yo aquí? Haced un rastreo de las llamadas de la víctima y encontraréis a la persona que buscáis. Con un poco de suerte y maña, la hallaréis en menos de veinticuatro horas.

—Formaréis un equipo y lideraréis la unidad.

—En serio, comisario. La inspectora Agulló parece segura y capacitada para llevar este caso sin ayuda externa. Dudo que necesite más apoyo. Mi presencia solo será un obstáculo.

—No es el momento para tu sarcasmo.

—Estoy siendo honesto.

—¿Lo crees así? —preguntó Maruenda. La inspectora observaba a Rojo desde la distancia, en silencio, sin intención de intervenir—. Pues muy bien... pero soy yo quien toma las decisiones en esta comisaría y harás lo que se te ordene. ¿Queda claro? Créeme, te conviene salir y tomar aire fresco. A ti y a los demás. Ahora, salid de aquí y poneos en marcha. Mañana será un día duro para todos.

Rojo lanzó una mirada evasiva al superior. Le gustase o no, la decisión estaba tomada, aunque eso no implicaba que se involucraría completamente en el caso. Por alguna razón, Maruenda necesitaba resolver rápidamente el crimen, quizás por las conexiones de la víctima o la presión de las instituciones.

Los dos salieron del despacho en silencio. Rojo sostenía la carpeta amarilla en sus manos y se disponía a descender las escaleras cuando la inspectora se dirigió a él:

—He sido yo quien ha pedido tu ayuda —le dijo, expectante ante su reacción. Él se detuvo y se giró hacia ella, curioso por sus palabras—. Creo que debemos contar con toda la ayuda posible para evitar que algo así vuelva a ocurrir.

—Escucha, no me necesitas. Creía que había sido claro ahí dentro.

—No estoy de acuerdo.

—Tú, con tus estudios y estadísticas criminales, estás más que capacitada para resolver esto y cualquier cosa que se te presente. Créeme. Mira dónde estoy yo. Esto no es para mí.

—Es lo mismo que ha dicho el comisario sobre ti, pero he insistido.

—Aprecio tu gesto, pero estás perdiendo el tiempo, inspectora.

—Rojo, conozco tu historial y sé por lo que has pasado. Si no fuera por ti, esta comisaría no habría resuelto ni la mitad de los casos.

—No sabes nada.

—Sé lo que necesito saber. Tu perspectiva puede ser decisiva. Juntos, podemos cerrar este caso antes de lo que imaginas.

—¿Juntos? —preguntó, riendo—. Lo siento, pero no puedes enseñar trucos nuevos a un perro viejo. No tengo paciencia para compartir el mando.

—¿No? —replicó ella, desafiante.

—No.

—Entonces, ¿qué diferencia hay entre Gutiérrez y yo?

La mención de su antiguo compañero reabrió viejas heridas. La inspectora había investigado más allá de lo superficial sobre su pasado.

—Esa es justamente la diferencia. Gutiérrez... ¿Algo más?

—¿Qué tengo que hacer para convencerte de que te impliques en esta investigación?

Él la miró con resignación, cerrándose a cualquier posibilidad de colaboración.

—Nada, Agulló. Eso es lo mejor que puedes hacer... Voy a quedarme un rato más, por si necesitas algo.

El inspector reflexionó sobre la trampa que había preparado, convencido de que pronto descubriría la identidad de la inspectora recién llegada al departamento. Su desconfianza hacia ella era profunda, y necesitaba asegurarse de que su presencia no trajera consecuencias mayores. Los rumores sobre su reputación le habían mantenido alerta durante meses, desconfiando de cualquiera que se acercara, salvo de Robles y Pérez. El caso Maqueda lo había desestabilizado por completo, afectando sus relaciones con los compañeros. Tras haber conocido al asesino, sus pensamientos se sumían en un mar de dudas. Maqueda, un sargento de la Guardia Civil, seguía desaparecido, y él sospechaba que había algo más detrás de esa desaparición. En la soledad de su cocina, mientras el alcohol y las burbujas de la cerveza mitigaban su ansiedad, reflexionaba sobre si realmente existía un interés en mantener a Maqueda como muerto. El dolor que sentía era el mismo que el de las víctimas del asesino. Había estado tan cerca de él que aún recordaba su colonia. A veces, escuchaba su voz y se lamentaba por no haber reconocido al monstruo detrás de la mirada del sargento. Sin embargo, estaba decidido a no dejar que el pasado dictara su futuro.

Después de unos minutos en su escritorio, revisó la carpeta que Maruenda le había dado y apagó el ordenador antes de dejar el trabajo. A pesar de la calma de la noche, su jornada no había terminado. Salió de la comisaría, montó en su motocicleta y se alejó rápidamente, para pasar desapercibido. Dio la vuelta a la manzana y se detuvo cerca de la comisaría. Esperaba ver salir a Agulló, y así fue. Quince minutos después, la inspectora abandonaba el edificio. Rojo la observaba desde la oscuridad, oculto tras su casco integral. Agulló caminó hacia su Volkswagen Polo rojo y se dirigió hacia la avenida de Oscar Esplá. El inspector la seguía discretamente,

intentando deducir detalles sobre su vida. No era algo personal, sino una medida de precaución habitual en él.

Tras cruzar el centro, Agulló giró hacia la rambla de Méndez Núñez y desapareció en un aparcamiento privado. Rojo disminuyó la velocidad y se detuvo a un lado de la calle. Cuando la vio salir, se apartó y se puso de espaldas al portal de un edificio para pasar inadvertido. La inspectora, que parecía visiblemente cansada, se dirigió a su casa. Rojo la siguió con la mirada hasta que ella entró en un portal cercano al aparcamiento y desapareció.

«La balanza empieza a equilibrarse entre nosotros, inspectora. Ahora debo averiguar quién eres de verdad».

En la soledad de la calle, Rojo encendió un cigarrillo y se sumergió en sus pensamientos. Tras memorizar la dirección, sacó su teléfono móvil con la intención de llamar al agente de la Unidad Científica. Quería estar bien informado para su primera reunión sobre el caso. Sin embargo, tras varios tonos, la llamada fue colgada abruptamente.

—Maldito... Seguro que estás durmiendo —murmuró con frustración.

Después, consultó la agenda electrónica en busca de un contacto no identificado. A pesar de la hora, consideró que la situación ameritaba una excepción. Tras un momento de duda, decidió llamar.

—¿Sí? —contestó una voz masculina, claramente adormecida y algo áspera—. No son horas para llamar.

—¿Te he despertado?

—No, dime, ¿qué quieres?

—Necesito un favor —solicitó Rojo.

El interlocutor carraspeó, aclarándose la garganta.

—El último —aclaró con sequedad.

—Sí... —Rojo suspiró mientras contemplaba el edificio—. Agulló, ¿te suena ese nombre?

Hubo un breve silencio antes de que el desconocido respondiera.

—Te informaré en cuanto tenga algo —concluyó la llamada.

Tras finalizar la conversación, Rojo dio la última calada al cigarrillo y lo apagó con un pisotón. Acto seguido, se colocó el casco, arrancó su motocicleta y giró hacia el cruce, enfilando el camino de vuelta a casa.

Segundos después, se oyó el rugido del motor de un vehículo al arrancar. Después, los faros se encendieron y el coche siguió la trayectoria del inspector.

La noche resultó interminable para él. Desde hacía meses, conciliar el sueño se había convertido en un verdadero desafío. La jaqueca matinal se había instalado en su vida como un compañero de piso inamovible. Había probado desde pastillas para dormir hasta el alcohol, pero las soluciones temporales solo empeoraban sus mañanas. Aunque Rojo nunca había sido de mucho dormir, el problema comenzaba a afectarle seriamente en todos los aspectos de su vida.

Cuando sonó el despertador, ya estaba despierto, sin poder recordar si había logrado dormir, en absoluto. Apagó con un golpe el viejo reloj de la mesilla y se levantó, vistiendo solo ropa interior. Antes de dirigirse al baño, tomó una aspirina del cajón y la tragó con un sorbo de agua del vaso que había dejado preparado la noche anterior. Esperaba aliviar su dolor de cabeza, aunque solo retrasara el problema un día más. El cansancio se reflejaba en sus ojos; al mirarse al espejo vio su mirada inyectada en sangre y ojeras profundas. «Genial», pensó al observar su rostro magullado por la sesión del día anterior. Se pasó la mano por la barba, notándola áspera como una lija de carpintero y con el gris de un cenicero repleto de colillas. Poco a poco, se fue despejando. La ducha fría le ayudó a aclarar la mente, aunque el alivio fuera efímero. No podía dejar de pensar en la inspectora Agulló.

«Justo cuando empezabas a recuperarte, aparece ella para complicarlo todo», se reprochó, atribuyendo su malestar a la llegada de la mujer. «¿Qué buscas aquí, inspectora?», se preguntaba mientras se vestía. Lo único claro era que Agulló era protegida del comisario Maruenda, y eso no presagiaba nada bueno. Por otro lado, no lograba entender por qué le habían asignado trabajar con ella. Sospechaba que había algo que no le contaban y eso aumentaba su alerta. Después de los sucesos de los últimos dos años, el jefe debía mantener un perfil bajo, evitando llamar la atención de la prensa y sus superiores. ¿Entonces, a qué venía todo esto? Reflexionaba sobre ello

mientras preparaba el café en la cocina y encendía la vieja radio que escuchaba cada mañana. De fondo, el informativo local comenzaba, y mientras esperaba que el café estuviera listo, buscó un paquete de tabaco entre los cajones.

«Última hora...», anunciaba la radio. Rojo se quemó la lengua con el café caliente, saboreando su amargura mientras encendía su primer cigarrillo del día. Escuchó la noticia con atención: habían encontrado el cadáver de Samuel Antón Vallés, con signos de violencia, en su oficina. La policía investigaba un posible vínculo con el crimen organizado, el proxenetismo y las bandas de narcotráfico en la zona portuaria. Samuel Antón era el fundador de Mare Nostrum S.L., una empresa de importación y exportación de contenedores industriales. Aunque no había confirmación oficial, se rumoreaba que podría haber sido extorsionado por mafias que intentan introducir droga en el país.

Rojo cavilaba sobre esta información, recordando sus propias sospechas y lo que había sucedido el día anterior. «Cualquiera con un poco de experiencia en una ciudad portuaria, sabe cómo acaban estos tipos», pensaba. Luego recordó las palabras de Agulló y se preguntó por qué ella parecía tener una perspectiva diferente. «Puede que el responsable vuelva a actuar», recordaba, imitando la voz de la inspectora.

—No, no tiene sentido. Es un ajuste de cuentas, no la obra de un psicópata —se dijo a sí mismo, mientras reflexionaba sobre sus propias palabras y recordaba los detalles del escenario del crimen. Visualizaba la escena como si aún estuviera allí: el despacho revuelto, el cuerpo de la víctima clavado en la pared y la extensa mancha de sangre en el suelo. No recordaba nada más. El mensaje que dejaron no estaba dirigido a la víctima ni a sus familiares, sino a otros empresarios reacios a colaborar con ellos. Aquello era una advertencia de lo que podía sucederles si se negaban, como había pasado con Samuel Antón.

Entre sorbos de café y caladas al cigarrillo, apoyado en la encimera de la cocina, siguió inmerso en sus pensamientos hasta que el teléfono móvil vibró en el bolsillo de sus vaqueros.

Sacó el terminal y observó la pantalla.

—Pérez, ¿qué hay?

—¿Me llamaste anoche?

No recordaba haberlo hecho, y esa incertidumbre le desagradaba, pero prefirió no mostrar confusión.

—¿Qué ocurre? Maruenda me ha incluido en el caso.

—Vaya, eso sí que es una noticia.

—A partir de hoy, será oficial.

—Me alegro por ti, Rojo —la voz de Pérez sonaba poco entusiasta—. ¿Se puede saber el motivo?

—Pregúntaselo al comisario.

—Prefiero no hacerlo.

—¿Quién es la nueva? —le preguntó, y entonces recordó que sí lo había llamado la noche anterior—. ¿La conoces?

—No... Bueno, sí, de oídas. No conozco a todos en persona, la mayoría son solo unos nombres para mí.

—Entiendo. ¿Qué me puedes decir de lo que viste ayer?

Se percibía el cansancio en la voz de Pérez a través del teléfono.

—¡Uf! Joder... La escena era un auténtico caos. Hay sangre y huellas que todavía tenemos que analizar. Todo es muy confuso. Al ese hombre lo dejaron como un pájaro disecado...

—No te andes con rodeos.

—No lo hago, Rojo, ya lo sabes. Mi trabajo es analizar, no juzgar cómo sucedió.

—Ya. ¿Y tú qué opinas?

—¿Que te acabo de decir?

Rojo carraspeó. Últimamente, Pérez se mostraba reticente con él. No era de extrañar, dada la situación en la brigada. Sospechaba que los teléfonos podrían estar intervenidos y que otra unidad estuviera escuchando sus conversaciones. Por supuesto, era una sospecha fundada en la presencia de Asuntos Internos y el deseo de Maruenda de deshacerse de él, pero habían visto cosas peores.

—Te lo pregunto como amigo. ¿Qué piensas realmente?

Pérez dudó unos segundos antes de responder.

—Nos vemos más tarde.

El de la Científica colgó, dejando al inspector con un sabor amargo por el café y la conversación. Pérez no tenía los mismos problemas que él, y Rojo temía que su relación laboral se complicara. Tan pronto como terminó la llamada, recibió un mensaje temporal en Telegram. A Rojo lo consideraban un dinosaurio tecnológico y rechazaba cualquier comunicación que no fuera tradicional, pero los tiempos lo habían empujado hacia la modernidad, para evitar quedar obsoleto tecnológicamente.

«En una hora en el pub».

Respondió con un emoticono de pulgar hacia arriba y guardó el teléfono. Acto seguido, la conversación desapareció de la pantalla.

«Toda precaución es poca», murmuraba Rojo para sí mismo mientras aparcaba su motocicleta al inicio de la calle General Lacy. Las enrevesadas calles del centro complicaban el tránsito, especialmente en coche.

Caminó hacia el bulevar de la galería comercial donde se encontraba el Pipers, el pub inglés que había servido de punto de encuentro con Pérez en los casos del carnicero de Monóvar y del sargento Maqueda. Tras aquellos sucesos, no se habían vuelto a ver allí, ni en ningún otro lugar fuera de la comisaría. El temor a ser relacionados, especialmente desde que Rojo estaba bajo investigación de Asuntos Internos, había pausado sus encuentros. El inspector comprendía que las muestras de camaradería podían ser manipuladas en su contra, y que tomar una cerveza con un colega de otro departamento podría derivar en una indagación exhaustiva sobre ambos. Al igual que Rojo, Pérez tenía sus secretos, y el inspector respetaba su decisión de mantener distancia. Por eso, le sorprendió que Pérez lo citara allí esa mañana.

Eran las ocho y treinta y cuatro, un minuto antes de la hora acordada. Entró en la galería y subió hacia el pub. A esas horas, el ambiente británico del lugar cedía paso a desayunos más propios de España. Aunque había pasado tiempo desde su última visita, el local seguía igual, salvo por la camarera, una mujer joven con una actitud diferente. Rojo se dirigió a la barra y echó un vistazo a la terraza, sin encontrar rastro de Pérez.

—¿Qué te sirvo?

La camarera parecía intimidada por la imponente presencia de Rojo.

—Un café solo, por favor.

—Enseguida...

Mientras esperaba, sintió la llegada de Pérez. Había ganado peso, visible en su cuello y cintura, una manifestación del estrés, pensó. Pérez había buscado consuelo en la comida, con consecuencias visibles. Ahora, un pequeño flotador de grasa se pronunciaba en la parte trasera de la espalda. Rojo, por su parte, había recurrido al boxeo, que le ayudaba a combatir el insomnio y las resacas que dejaba la bebida. Cada uno encontraba su válvula de escape ante el estrés de lidiar con cadáveres, criminales, la presión mediática y las expectativas de los superiores. Antes de ser policías, eran personas con sus propias dificultades, algo que no les enseñaban en la academia.

—Te veo bien —comentó Rojo con ironía.

—Serás cabrón —replicó Pérez, llamando la atención de la camarera—. Un café con leche de avena.

—¿Leche de avena? ¿Qué diablos te pasa?

—Me estoy cuidando. La leche engorda y es indigesta porque...

Rojo le cortó con un gesto.

—Me parece estupendo. ¿A qué se debe esto?

—No lo sé, tú dirás.

—Has sido tú quien me ha citado aquí. Entiendo que es importante.

—Y tú me llamaste anoche.

Rojo frunció el ceño, fastidiado por los rodeos. Por suerte, la llegada de los cafés alivió la tensión. Observó a Pérez, que parecía más nervioso de lo habitual. Si había propuesto el encuentro, debía haber una razón.

—Puedes contármelo —dijo Rojo, espantando con un gesto a la camarera curiosa—. No hay peligro. ¿Es por lo de ayer?

—Sí.

—Te escucho. Dime que no me equivoco.

—Ya te dije que mi trabajo es otro.

—¿Entonces?

Pérez revolvió su café y se inclinó hacia Rojo para confesarle algo.

—¿No te parece extraño que Samuel Antón recibiera una visita en su despacho un domingo por la tarde?

—No.

—¿No crees?

—Es probable que lo hubieran amenazado antes, a él y a su familia. Cuando esta gente llama dos veces, obedeces. Mira lo que pasó.

—La única huella encontrada pertenece a una persona.

—¿Y qué? Habrán enviado a un sicario. Hay profesionales para eso.

—No sé... —dudó Pérez—. Hay errores en la ejecución. El modus operandi no encaja.

Rojo refunfuñaba para sí mismo mientras Pérez empezaba a elaborar un perfil psicológico del asesino.

—Te escucho —dijo Rojo, expectante.

—Imagina que fue un ajuste de cuentas... He visto muchos, con distintos perfiles criminales. Suelen tener un patrón mental similar al actuar. A algunos les gusta, pero no sienten empatía hacia la víctima. Es como un orfebre en su oficio.

—Entiendo.

—Actúan por encargo, así que no se entretienen con la víctima. A veces sufren más, otras menos, pero rara vez hay una marca personal, una firma... Son un medio, no un fin. El mensaje es otro, y su reputación se basa en su eficacia, no en el acto en sí. No sé si me explico...

—No lo haces mal. ¿A qué quieres llegar?

—No tiene sentido que intentase limpiar la sangre del suelo, y menos de forma tan chapucera. Eso me ha llamado la atención. ¿Clavas a la víctima en la pared con un taladro y luego limpias el desastre? No se ajusta a la situación.

—Ajá. ¿Entonces qué te parece coherente?

Pérez miró a Rojo con desaliento.

—Ese es el problema. Que nada encaja. Lo extraño es que Samuel Antón lo recibiese en su despacho, después de comer con su familia. Pero no hay rastro de dinero, ni intentos de forzar la caja fuerte, ni huellas sobre ella.

—Quieres decir que el dinero no era el motivo.

—Solo es una hipótesis.

—¿Alguien más piensa como tú?

—Eres el primero con quien lo comparto.

—¿Y Robles qué opina?

Pérez soltó una carcajada, como si la pregunta fuese absurda.

—No tengo la confianza con él para discutir esto o conocer su opinión.

—¿Qué más sabes de Samuel Antón?

—Lo mismo que tú, quizás menos. Soy de la Científica, me limito a los hechos, no tengo información de contexto.

—No te pregunto como policía.

—Y yo no respondo como tal.

—¿Por qué crees que Maruenda me ha metido en este caso?

—Ah, eso... —Pérez suspiró largamente—. ¿Quieres saber la verdad o mi opinión?

—Ambas.

—Lamento decirte que no conozco los motivos, pero creo que eres una molestia para él.

—Estoy de acuerdo, pero debe haber algo más. Anoche estuve con él y me presentó a la inspectora Agulló.

—Es atractiva, ¿verdad?

Rojo frunció el ceño, desviando la mirada hacia la prominente barriga de Pérez.

—Demasiado joven para mí... y demasiado atractiva para ti.

El comentario no fue bien recibido, pero Rojo no se inmutó.

—Desconfío de ella —continuó—. Nuestro primer encuentro no fue el mejor.

—¿Qué ocurrió?

—La pillé hurgando en el escritorio de Ramos.

—¿Y Ramos qué dijo?

—Nada. Parece que se ha tomado unos días, aunque sospecho que será una excedencia. ¿Desde cuándo he perdido el control sobre mi unidad?

—¿Desde que Asuntos Internos te tiene en el punto de mira? Es como el olor a estiércol, difícil de ignorar.

—Mira, Pérez, si vamos a colaborar, necesito que estés de mi lado. Desconfío de Agulló, al menos por ahora.

—Sigues metido en tu paranoia...

—No, pero siento que está bajo la protección de Maruenda y temo que cierta información no llegue a mis oídos, ¿me entiendes?

—Sí, pero sabes que no puedo...

—No me vengas con excusas. Seguiremos el mismo protocolo que con Maqueda.

—Recuerda que casi nos pillan.

—Pero no lo hicieron, y no hay pruebas de lo que hicimos.

—Después de ese día, nada ha vuelto a ser lo mismo.

—Ni para ti, ni para nadie.

—Ya.

La mención al pasado causó un breve y tenso silencio entre los dos.

—Incluiré a Robles en esto. Es la única condición que pondré para trabajar juntos. Maruenda no puede oponerse, y Agulló tendrá que ceder o mantenerse al margen, si quiere mi colaboración.

—¿Por qué confías en Robles? No es muy hábil.

—Pero es leal y ha tragado mucha mierda para llegar hasta aquí. Eso es lo que cuenta.

—Ya veo. ¿Qué planeas?

—Nada del otro mundo. Solo descubrir qué escondía Samuel Antón y demostrar en qué andaba metido. Quizá, con este caso, recupere algunos de mis privilegios. Si sigo más tiempo en ese jodido escritorio, acabaré pegándome un tiro...

—Ya. Ten cuidado. Antón estaba bien relacionado.

—Ese es mi trabajo.

—¿Y Maruenda?

Rojo terminó su café, ya frío, y buscó su cartera para pagar.

—Descubriré qué busca realmente. Quizá nos llevemos una sorpresa.

Aparcó la motocicleta frente a la entrada de la comisaría, en el lugar acostumbrado para estacionar su vehículo. Miró la hora en su teléfono y consideró la posibilidad de fumar un cigarrillo antes de entrar. Sin embargo, el tiempo no estaba de su lado. Las noticias escuchadas en la radio le indicaban que el ambiente dentro de la comisaría no sería el más amable y sospechaba que el comisario estaría de un humor de perros. A pesar de que un cigarrillo no le impediría hacer su trabajo, optó por usar esos minutos para buscar a Robles y conversar con él en privado, antes de que se esfumara la oportunidad.

Saludó al policía de la recepción y subió rápidamente por las escaleras. Al llegar a su planta, sus ojos se dirigieron primero a su escritorio y luego al de Ramos. Aún le resultaba difícil acostumbrarse a compartir espacio de trabajo, pero las circunstancias lo habían llevado hasta allí.

«Volver a empezar, como en Cartagena», pensaba para sí.

Era una forma en la que Maruenda lo castigaba por sus acciones pasadas. Si no podía despedirlo, al menos le golpeaba donde más le dolía. Se acercó a su escritorio y encontró una nota sobre el teclado.

«¿Qué demonios?», se preguntó al leer sobre una reunión de equipo, convocada en la sala de reuniones, en pocos minutos. Miró la nota, con suspicacia. Era inusual usar esa sala a menos que fuera para reunir a mucha gente. Pero lo que realmente le molestó fue no haber sido informado previamente.

Arrugó la hoja y la lanzó a la papelería metálica junto a su mesa.

—Inspector —lo llamó Robles, acercándose a él con torpeza.

—¿Sabías lo de la reunión? —le preguntó directamente, sin darle tiempo a excusarse. Al mirarle a los ojos, comprendió que estaba tan sorprendido como él.

—Hace unos minutos... ¿Qué haces aquí, si se puede saber?

—¿Qué hago aquí? Es mi lugar de trabajo, ¿recuerdas?

—Perdona, Rojo. No quería ser impertinente. Me refiero a que...

—Sí, ya entiendo. Descuida, Maruenda me quiere dentro —respondió, notando cómo su compañero ocultaba su sorpresa.

—Enhorabuena, supongo. Es una buena noticia.

—Eso no lo sabremos hasta más adelante. Por cierto, quiero que formes parte de la unidad.

—Gracias. Ya me han informado —dijo Robles. Rojo sospechó que era una maniobra de su superior para anticiparse a él—. Me alegra que el comisario haya cambiado de opinión.

—¿Conoces a la nueva inspectora?

—Sí.

—¿Solo eso?

—Es simpática.

Rojo alzó una ceja y suspiró, cuestionándose qué pretendía Agulló con su actitud aparentemente acogedora.

—No te confíes. Nadie llega aquí solo por ser simpático.

—¿Ya empezamos con los prejuicios?

—Vigila a esa mosquita muerta y te ahorrarás muchos problemas.

—Ya veo por dónde quieres ir...

—Escucha, Robles. Si vamos a trabajar juntos, necesito que estés de mi lado. Nada más. Eso es todo lo que te estoy diciendo.

—Entendido. Puedes contar conmigo.

—A todo esto, ¿qué sabes de lo de ayer?

Robles se encogió de hombros, con una expresión distorsionada, como si fuera un rostro de un cuadro de Edvard Munch.

—Lo mismo que tú. No vi mucho.

Rojo frunció el ceño, molesto. «¿Qué carajo les pasa a todos?»

—Parece que no has comprendido lo de elegir un bando...

—Lo entiendo perfectamente, pero no puedo ayudarte. Me relevaron poco después de que te fueras —explicó Robles, visiblemente nervioso—. Recuerda que fui yo quien te avisó.

—Espera... ¿Qué sucede aquí? ¿Desde cuándo me hablas así?

Rojo tenía razón. Algo había cambiado en Robles, quien había ascendido en la jerarquía gracias a sus logros recientes, aunque Rojo sabía que era un acto de Maruenda para ganar su

confianza y mantenerlo tranquilo.

—Disculpa, estoy un poco estresado y no he descansado bien.

—Recuerda lo que te dije de...

—Sí, no me olvido del refrán... Si en tu vida quieres paz y armonía, separa lo personal de la comisaría.

Rojo lo miró, confundido.

—¿Quién te ha enseñado esa cursilería?

—Tú, inspector.

—Vaya.

—En fin... Es complicado. Anoche discutí con Lara.

—¿Quién es Lara?

Robles lo miró seriamente.

—Mi pareja —dijo simplemente. Rojo se preguntó cómo había logrado Robles encontrar a alguien y mantener una relación estable. En ese momento se dio cuenta del tiempo que había pasado encerrado en sus pensamientos, olvidándose de los pocos que se preocupaban por él.

—Vaya, perdona, no sabía que...

—Ya.

—Bueno, se solucionará. Siempre se soluciona. Y si no, es que no era la adecuada.

No era el mejor consejo, y sus palabras sonaron vacías a Robles, pero Rojo tampoco era quien para dar lecciones sentimentales. De repente, una voz interrumpió su conversación, trayendo silencio entre ambos.

—¡Inspectores! —exclamó un agente, dirigiéndose a la sala de conferencias—. La reunión está a punto de empezar.

—Ya vamos —respondió Rojo, haciendo un gesto para que el agente continuara. Luego, volvió su atención a Robles, mirándolo fijamente a los ojos—. No me falles.

Rojo entró en la sala, acompañado de Robles, y enseguida captó la esencia de su papel en esa indagación. Maruenda, orquestando los movimientos de Agulló, había subrayado la relevancia de su investigación. Aunque parecieran tiempos lejanos, Rojo evocó que raramente se había desplegado tal cantidad de efectivos cuando él lideraba un caso, sin importar el riesgo de los criminales que perseguían o la delicadeza de las circunstancias. Por ello, algo no cuadraba en esta actuación. Ocupó una silla en las últimas filas, acción replicada por Robles. Desde allí observó a la inspectora, ataviada con una camisa azul marino, desabotonada hasta el esternón y vaqueros ajustados, negros. Un detalle le llamó la atención: una fina cadena dorada colgando de su cuello, culminando en una pequeña medalla que probablemente simbolizara alguna figura religiosa. Se cuestionó si eso significaba que era una creyente, o aquel amuleto rememoraba algún recuerdo juvenil. Agulló, desenvuelta ante la audiencia, daba la impresión de estar acostumbrada a hablar en público, en contraposición a Rojo, a quien le repugnaba hacer esto. Consideraba una pérdida de tiempo hablar a un grupo, donde la mayoría no atendía y aprovechaba para evadirse en sus asuntos personales. Aquel grupo de agentes le recordaba a una clase universitaria a primeras horas. A continuación, la inspectora solicitó apagar las luces y encendió un proyector conectado a un portátil. Tras esto, una diapositiva iluminó la pantalla.

—¿Estamos todos? Bien... —dijo, aunque fue interrumpida por la última persona en entrar. Rojo dirigió su mirada hacia la puerta, donde apareció el comisario Maruenda, vestido con un traje gris de mangas largas y hombreras superfluas.

—Por favor, continúe —murmuró Maruenda, dirigiéndose a un extremo para escuchar.

Agulló carraspeó, aclimatándose. Rojo percibió la tensión entre ella y el superior, que suscitaba sospechas. ¿Acaso se sentía acorralada por Maruenda? ¿Por qué?, se preguntó, considerando que

él era el único blanco del comisario.

—Bien, como ya sabéis el motivo de nuestra reunión, seré directa —comenzó, intentando iniciar la exposición—. Espero que hayáis revisado el informe que os he enviado esta mañana por correo electrónico.

Rojo frunció el ceño y se giró hacia Robles.

—¿Correo? —preguntó en voz baja, aunque su tono grave resonaba como un zumbido.

—Sí, lo hemos recibido todos.

—Pero...

Alguien le mandó callar y Rojo obedeció, contrariado por no haber sido informado. Aunque desconfiaba de la tecnología y evitaba exponerse a errores como ese, optó por no usar el correo electrónico, considerándolo poco fiable. Dejando de lado el asunto, se concentró en la charla, para seguir el curso de los eventos. Agulló presentó el asesinato del día anterior, incluyendo fotografías de la escena del crimen. Rojo comprendió que Pérez no le había revelado toda la verdad, dado que la inspectora ya disponía de material gráfico y posiblemente de parte de los análisis.

—Esto ocurrió ayer, después de que Samuel Antón concluyera la sobremesa familiar y se dirigiera a su despacho para encontrarse con alguien... —explicaba, mientras usaba un control para cambiar las imágenes. Primero, la entrada al despacho, luego el cadáver fijado a la pared y al suelo. Para algunos agentes era temprano y aún digerían el desayuno. A pesar de los murmullos de asombro, todos permanecieron en sus asientos.

—No debemos habituarnos a estas imágenes, por eso es nuestro deber encontrar a quien causó esta atrocidad. Tras casi veinticuatro horas y analizando las pruebas del lugar, consideramos que el autor podría ser un varón de entre cuarenta y cincuenta años, físicamente superior a la víctima. Aunque una señora de la limpieza encontró el cadáver, el portero vio a un hombre alto, de piel pálida y cabello cobrizo rondando por allí, días antes. Vestía un mono de trabajo, por lo que no descartamos que fuese un mecánico.

Rojo carraspeó y cruzó los brazos, escuchando teorías que le parecían infundadas. Su reacción captó la atención de Agulló, quien le interpeló:

—¿Algún problema, inspector?

—No...

—¿Alguna objeción?

Rojo podía morderse la lengua una vez, pero no dos.

—No podemos basarnos en lo visto por un portero. Diariamente, pasan cientos de personas por ahí. Hoy dirá una cosa y mañana otra.

—Entiendo, pero...

—Además, ¿por qué asumir que es mecánico y no, qué sé yo... un fontanero?

Maruenda arrugó el semblante y cruzó los brazos al oírlo. Agulló, con el ceño fruncido, esperó a que Rojo terminase.

—Por lo que veo, no ha leído el correo que envié, ¿cierto?

—No.

—Bien. Léalo y nos ahorraremos tiempo —dijo, girándose para continuar la presentación—. Antes de ser torturado con un taladro, el fallecido recibió varios golpes con una llave inglesa grande, encontrada en los contenedores de basura. Estaba manchada de sangre. Si eso no le convence, la Policía Científica halló manchas de grasa en el traje del difunto, lo que nos lleva a pensar que el sospechoso podría tener conocimientos de mecánica... ¿De acuerdo? Ahora, prosigamos.

«Estupideces», reflexionó Rojo al escuchar todo aquello. Notó cómo la mirada del superior se clavaba en su cráneo, percibiendo el deleite de Maruenda ante el corte que Agulló le había dado en público. Aunque afectaba su orgullo, para Rojo no eran más que teorías infundadas que no concordaban con los hechos. Desde un principio, se habían enfocado en un asesino solitario y sanguinario, descartando la pista del narcotráfico que él seguía. ¿Qué pretendían realmente? En su mente, bullían contradicciones respecto a lo expuesto por la inspectora y cientos de motivos para dudar de ella. Además, ya fuera por orgullo o porque ella ocupaba su lugar, le costaba abrirse a un nuevo escenario.

Perdido en sus pensamientos, la presentación prosiguió y Agulló exhibió diapositivas sobre la escena del crimen, culminando con las imágenes de tres hombres.

Rojo salió de su ensimismamiento y se centró en aquellos rostros.

—Estos tres individuos contactaron al menos dos veces y en poco tiempo con Samuel Antón durante la última semana. No mostraría sus rostros si no tuvieran antecedentes penales —explicó, señalando al primero, un hombre de mirada fiera, cuello ancho y cabeza afeitada para disimular su calvicie, contrastando con una barba azulada—. Este es Guillermo Rojas, cincuenta y tres años, empresario del calzado, original de Elda, pero afincado en Alicante. Está divorciado y no tiene hijos. El lunes visitó a la víctima y el jueves la llamó por teléfono desde su número privado. Nada de lo que sospechar, si no fuera porque Rojas acumula una denuncia por falta de respeto a la autoridad, otra por agresión a un empleado de la fábrica, el cual fue despedido y

después indemnizado tras el juicio. Por último, existe una denuncia por malos tratos hacia su última pareja, pero el juez la desestimó por falta de evidencias. Según su círculo cercano, Rojas es un tipo celoso de su tiempo, de su intimidad y de sus amistades, además de ser un hombre violento y con carácter. Aparentemente, no tenía ninguna relación empresarial con Agulló, por lo que sospechamos que sus encuentros tuvieran otras razones. Todavía es pronto para hablar de ello, pero podría tener contactos con las organizaciones que mueven el narcotráfico en la zona portuaria de la comarca.

Rojo sonrió con satisfacción al escuchar la mención del narcotráfico. Agulló percibió su gesto y continuó.

—El segundo, Martín Ricart, de cincuenta y siete años, apodado «El Francés». Se enriqueció con el contrabando fronterizo en su juventud y luego fracasó con una cadena de restaurantes, usados para el tráfico de hachís y lavado de dinero. La Interpol lo investiga por la muerte de un turista alemán en Denia, aunque carecen de pruebas. Ricart y Antón eran clientes habituales del Dársena, uno de los restaurantes del Club de Regatas de Alicante, a pesar de que nunca comían juntos.

Maruenda asintió, reconociendo el esfuerzo de Agulló.

«Vaya, buen trabajo, inspectora. Esto comienza a ser de mi interés».

—Finalmente, Raúl Llorens, de cincuenta años, alicantino, soltero y sin familia, se presenta como el sospechoso principal —explicó, señalando al tercer hombre, con aspecto siniestro y mirada penetrante.

—Joder, qué cara tiene —comentó uno, provocando algunas risas.

«No tiene pinta de mecánico».

—No os dejéis engañar por su apariencia. Llorens es ajedrecista profesional y profesor de matemáticas. A pesar de su historial limpio, su nombre apareció en uno de los últimos mensajes telefónicos de la víctima, enviado a un número de prepago comprado en un bazar, prácticamente imposible de rastrear. ¿Alguna pregunta?

Rojo alzó la mano.

—Adelante, inspector.

—¿Se han analizado los movimientos de ese teléfono antes y después del crimen?

—El mensaje que encontramos, era de días previos al homicidio. No sabemos quién lo enviaba, ni dónde se encontraba la víctima. Dar con una teoría, nos podría llevar meses. ¿Algo más?

—No veo la conexión del tercer sospechoso con la víctima. Buscamos a un criminal con conocimientos de mecánica, ¿no es así?

—El portero describió a alguien parecido a Llorens. Además, la limpiadora lo reconoció —explicó Agulló—. Cabe la posibilidad de que utilizara su ingenio para hacerse pasar por otra persona.

«Claro... Olvidaba que estamos ante un ajedrecista fracasado».

—Entonces, ¿cuál es la conclusión?

Antes de que Rojo replicara, el superior intervino para imponer su autoridad.

—Concluimos que uno de estos hombres podría ser el asesino de Samuel Antón. Investigaremos todas las pistas y los vigilaremos. Las próximas horas son cruciales para detectar cualquier inconsistencia. No llamen la atención, y si hay una relación entre ellos, esperaremos para interrogarlos. Debemos actuar con rapidez y discreción —ordenó, dirigiéndose a los policías—. Quiero vigilancia discreta en sus lugares habituales y un estudio exhaustivo de sus movimientos. No podemos permitirnos errores, ni tampoco más víctimas. Si ha sido un asunto personal, lo resolveremos rápidamente.

Tras concluir, Maruenda se retiró. Rojo permaneció sentado, observando fijamente las imágenes en pantalla. Robles se levantó, preguntándole:

—¿Vienes a tomar un café?

—Ve tú. Necesito hablar a solas con la inspectora.

El compañero asintió y abandonó la sala. En minutos, quedaron solos. Los ojos de Agulló y Rojo se encontraron.

—¿Tienes un momento, inspectora?

Ella esbozó una sonrisa cansada.

—¿Tengo otra opción?

—Reconozco que me has impresionado —dijo Rojo y se levantó de la silla y caminó hacia la mesa en la que Agulló se apoyaba, para escuchar lo que tenía que decir. A pesar de todo, su actitud era positiva. En el fondo, él sabía que la inspectora intentaba ganarse su confianza.

—Pero...

—¿Qué?

—Puedo notarlo en tu forma de moverte. Llevas la objeción escrita en la mirada.

—Vaya. Eres más rápida que muchos inspectores. Llegarás lejos.

—Y tú, el más irónico de todos. ¿Por qué no has abierto el correo?

—¿Por qué nadie me ha informado de ello? —le preguntó él, arqueando una ceja. La conversación parecía un partido de tenis sin fin, devolviendo la pelota con fuerza, pero sin la suficiente como para que el otro se rindiera—. Pensaba que íbamos a trabajar juntos.

—Y así será. Esa fue mi propuesta y la mantengo. Aunque no tengo del todo claro que quieras hacerlo... —respondió ella y dio un respingo de molestia—. Este caso es importante para mí... y me gustaría que lo fuese para ti también.

—¿Acaso no lo son todos? Ha muerto un hombre.

—Es diferente. —Agulló cruzó los brazos y sostuvo la mirada en silencio por unos segundos, luego, la apartó. Él pensó que no era el momento más oportuno para indagar sobre las razones que la habían llevado a implicarse en ese asunto. Era probable que tuviera la presión de Maruenda a sus espaldas, como también la tenía él. No obstante, eran dos tipos de responsabilidad diferentes, pero con un mismo fin: mantener contento al jefe, haciendo que las cosas salieran bien—. Ha pasado ya el minuto, Rojo.

Rojo respiró hondo antes de hablar.

—Dame una razón para creer que uno de esos tres hombres es el que buscamos.

—¿Otra vez? —preguntó, confundida—. Creo que he sido suficientemente clara cuando estaba ahí... pero, supongo que puedo repetirlo.

—Te lo agradecería —contestó él, cambiando el tono de voz hacia uno más amigable—. Me gustaría entrar en tu mente, saber qué te ha llevado a esa conclusión.

Ella sonrió por un segundo, pero la mueca desapareció antes de que él pudiera apreciarla. A los ojos del inspector, había algo en ella que le impedía brillar del todo. Era como si su llama interior se estuviera apagando por alguna razón desconocida. «Al fin y al cabo, cada uno debe lidiar con su propio infierno».

—Veo que te guías bastante por tu intuición —le respondió ella y se acercó al ordenador portátil para desbloquear la pantalla y activar el proyector. Nuevamente, las caras de los sospechosos aparecieron en el telón blanco—, pero soy una persona analítica y no me oriento por las presunciones, sino por los hechos.

Rojo observó de nuevo a los sospechosos. Eran tres de muchas de las personas que habían tenido contacto con Samuel Antón antes de morir. No podía aceptar que el muestreo hubiese sido tan preciso, lo cual lo llevó a pensar que ella sabía algo que se había guardado en esa presentación.

—¿Cómo has llegado hasta ellos?

—Ya lo he dicho antes. Ellos tres...

—No —intervino, sin dejar que terminara, y caminó hacia la pantalla. Luego se giró hacia ella y negó con el dedo índice. Finalmente, señaló al tercer sujeto—. ¿Un profesor de clases privadas? Vamos, no me tomes el pelo.

—Su nombre aparecía en la última conversación de WhatsApp con un número pirata. Siento que sea atrevido por investigar el dato, pero es, cuando menos, alarmante.

Para él, no era un atrevimiento, sino un buen movimiento. Sin embargo, le causaba recelo lo rápido que había conseguido una orden para acceder a los datos privados del teléfono de la víctima. Con las regulaciones de protección de datos, la burocracia había logrado que intervenir un teléfono llevara días.

—¿Ha sido Maruenda? Lo de Facilitar la orden, digo...

Ella negó con la cabeza. Rojo apreció cierta travesura en el brillo de sus ojos.

—No tenía tiempo para eso —dijo en voz baja y levantó el pulgar—. Huella dactilar de la víctima. Supongo que le debo un favor al forense.

«Eso me ha sorprendido, chica lista».

—Te has saltado un paso. No podremos utilizarlo en su contra.

—No es mi intención. Simplemente, quería ahorrar tiempo —aclaró—. Somos todos, o casi todos, tan ingenuos, que ocultamos nuestros secretos en un teléfono móvil. Nos confiamos demasiado, sin entender lo frágil que puede resultar ese aparato. Confiamos en que no pasará nada si llevamos todos esos datos encima, si son protegidos por una contraseña.

—Ahora entenderás por qué no utilizo el correo electrónico.

—Una cosa es ser precavido y otra un ludita.

—Digamos que mi vida se debate entre las dos —comentó con sorna, provocando una sonrisa suave en ella—. Hay algo que no entiendo, Agulló. Ayer insistías en que el homicida era un lobo solitario sin relación con el narcotráfico. Ahora...

—No te equivoques, inspector. No he cambiado de opinión. Sigo pensando que el móvil del homicidio no fue un ajuste de cuentas.

—Diría lo contrario, tras presentar a los dos primeros.

—Puede ser, pero es solo una percepción —matizó y miró a los rostros de los hombres—. Dos de estos tres sujetos tienen un historial violento que los persigue, y una forma poco habitual de resolver los problemas. Los tipos como ellos pueden llegar a cometer barbaridades cuando pierden el control de sus emociones. He estudiado decenas de perfiles como los suyos...

—Ya. Tipos inestables, con alguna clase de adicción.

«Has estudiado... ¿Y visto? ¿Has visto alguno en la vida real?».

—Más bien, diría que son presas de estas, en la mayoría de los casos, y eso los convierte en predecibles, a pesar de que la mayoría de las opiniones estén en desacuerdo.

—Interesante apunte. Pero, ¿y el tercero? ¿Un ajedrecista frustrado? ¿Profesor de clases particulares? Vamos, por favor... El cliché es demasiado evidente.

—¿Te has fijado en su rostro?

—No me parece nada especial.

—Tal vez, pero no me habría fijado en él si su nombre no estuviera en ese teléfono. Es matemático, por lo que tiene una percepción de la realidad diferente a la que podemos tener nosotros —señaló, despejando una teoría que Rojo no contemplaba—. Además, Llorens es un tipo extraño y su descripción encaja con la de los testigos.

—Pero...

Ella asintió.

—Siempre hay un pero, claro... La Unidad de Delitos Informáticos está a la espera de que nos den la orden para analizar los equipos del empresario. Mi teoría es que existe una conexión entre

estos tres sujetos, pero aún no tengo pruebas para demostrarlo.

—¿Qué clase de conexión?

—Negocios, intereses... Es difícil de predecir. Necesitamos más información sobre la razón de sus encuentros. Quizá encontremos algún hilo del que tirar en el restaurante del Club de Regatas. Siempre hay rumores circulando acerca de los clientes. Con suerte, daremos con un empleado que se ha enterado de algo.

—Puede que la familia de la víctima sepa algo.

—Lo dudo.

Él arqueó una ceja.

—Eso suena a descarte.

—No del todo, pero creo que perderíamos el tiempo insistiendo ahí. Hay otras vías que investigar.

Rojo resopló y sacó pecho. Había intentado ser amigable, pero su compañera parecía persistir en su actitud.

—¿Qué me ocultas, Agulló? Dejémonos de tonterías.

—¿Perdona?

—Apareces de repente, protegida por el comisario, y te incorporas de lleno en un caso complicado, con todo lo que está sucediendo. Hace menos de veinticuatro horas, encontramos el cadáver de un empresario, probablemente víctima del chantaje del narcotráfico. Pero no, tú llegas con tu teoría y descartas algo que para mí era obvio. Por si fuera poco, me seleccionas para que te asista, a pesar de que mi presencia no es bien vista actualmente. Consigues la confianza de Maruenda y él lo aprueba. Además, en unas pocas horas, parece que has resuelto todo por tu cuenta y sin ayuda...

—Eso se llama esfuerzo. Me tomo mi trabajo muy en serio. ¿Qué te asusta, inspector?

—¿Miedo? Ninguno.

—¿Te asusta mi presencia? ¿Que Maruenda me haya asignado el caso? ¿Que no estés a la altura? Venga, no te cortes.

—Lo siento, pero no voy a entrar en barrena. Llevo demasiado tiempo en esto como para creer en casualidades, en la meritocracia y en milagros.

—¡Ah! Es eso...

—Reconozco que todo este asunto huele mal desde el principio, así que no te lo diré más veces. Si quieres mi ayuda, sé franca conmigo y demuestra que debo hacerlo. Si no, no pienso perder ni un minuto más contigo. ¿Ha quedado claro?

La declaración de Rojo fue contundente. Ella se quedó inmóvil, consciente de que él analizaría cada una de sus reacciones. «Aprende rápido, pero no es muy astuto», pensó.

—Estoy siendo tan transparente como puedo contigo —respondió y exhaló profundamente, clavándole la mirada—. Pero eres tú quien debe dejar de pensar que he venido a fastidiarte.

—No lo conseguirías.

—Somos distintos, Rojo. Tú has arruinado tu carrera y yo me esfuerzo por hacer bien mi trabajo. Por eso, tú estás aquí y Maruenda me ha asignado este caso. Sin embargo, juntos podemos salvarnos ambos.

—No sabes nada.

—Todos me han advertido sobre ti, sobre tu forma de actuar y tus reglas no escritas. Respeto tu trayectoria, pero no me intimidas. Aprecio tu experiencia como inspector de homicidios, no obstante, como comprenderás, no voy a poner en riesgo mi reputación y la seguridad de otros, confiando mi trabajo a un policía que todavía no ha superado la desaparición de su esposa, ni el último caso que enfrentó. No es nada personal, pero me has pedido sinceridad y supongo que debías saberlo.

La conversación con Agulló no transcurrió como Rojo había esperado, por lo que, salió de la sala de reuniones con un sabor amargo tras el encuentro. A pesar de su actitud algo altiva, era capaz de reconocer que la inspectora había llevado a cabo un trabajo adecuado. Sin embargo, eso no significaba que tuviera razón. Rojo detestaba la meritocracia y a aquellos que se creían merecedores de algo solo por haber desempeñado un trabajo previo. «Un trabajo, ¿de qué? ¿Tan bueno como para hablar con esa confianza?», se cuestionaba en silencio. Sabía por experiencia que los policías, incluido él, cometían errores a menudo, aunque esto solía quedar oculto al público. En su opinión, Agulló seguía una corazonada, por mucho que intentara justificarlo con los datos recabados. Una corazonada que, probablemente, ya tenía antes de ver a la víctima. El sesgo racional también afecta a los inspectores y ella no era una excepción, a pesar de su formación académica. «Se ha empeñado en demostrar que el crimen está relacionado con otra causa ajena al narcotráfico. O quizás sea Maruenda quien está intentando convencerla», reflexionó Rojo en su escritorio mientras encendía el ordenador. «¿Y qué pinta ese cretino en todo esto? Me sorprende que le haya permitido acercarse a mí...». En el fondo, lo que más le picaba era que no hubiese sido idea suya. La soberbia podía funcionar como un búmeran, golpeándole de regreso. Dada la situación, pensó que lo mejor sería mantenerse al margen, al menos hasta tener una razón para actuar de otro modo. Revisó la carpeta que Maruenda le había entregado el día anterior y esperó a que el ordenador se iniciara. La documentación no aportaba nada nuevo. Samuel Antón tenía un historial limpio, como la mayoría de los empresarios con grandes fortunas. Investigar más a fondo podría desvelar conexiones con jueces, políticos y policías. «¿De verdad quieres meterte en otro lío, Vicente?», se preguntó, observando la foto de carné en el expediente. «Al fin y al cabo, ya no puedes hacer nada por salvarle la vida». Tras un

suspiro, echó un último vistazo a la dirección del domicilio y apartó la carpeta. Su gestor de correo electrónico le mostraba más de veinte mensajes sin abrir.

«Maldita sea... Es como el cuento de nunca acabar», pensó, molesto al ver que la cifra aumentaba cada día. Para Rojo, el correo interno era una distracción que impedía a los agentes pensar con claridad, sin contar con las otras distracciones que ahora tenían.

—Veamos... —murmuró, moviendo el ratón hacia el icono de la bandeja de entrada. Ahí estaba el mensaje que la inspectora había enviado la noche anterior. Lo abrió y revisó los tres documentos adjuntos. Uno era el informe forense preliminar del cadáver. Estos informes solían ser una forma de mantener a los policías alejados de los forenses mientras se realizaba la autopsia completa. Rojo ya sabía que la víctima había sido torturada hasta la muerte. Abrió el segundo documento con las fotos de la escena del crimen tomadas por Pérez. Esta vez, podía observarlas con detenimiento y apreciar los detalles del homicidio. De repente, algo llamó su atención y se enderezó en la silla.

«¿Qué diablos...?». Rojo amplió una de las fotografías tomadas a ras del suelo. No entendía cuáles eran las intenciones de Pérez al captar esa imagen, pero algo había pasado desapercibido para todos.

«No te precipites antes de hora, no querrás darle la razón...», se dijo, intentando calmarse, aunque notaba cómo su pulso se aceleraba y sus manos frías sudaban. Pero sus ojos le decían otra cosa. Siguió con la mirada el recorrido: los pies de la víctima clavados al suelo, formando una línea recta... y las piernas dibujando un triángulo equilátero con la entrepierna... Miró el brazo izquierdo, extendido y atravesado por un clavo. Otro triángulo se formaba entre el pie y la mano. Completó mentalmente los triángulos equiláteros del hexágono: una X en el centro y los brazos extendidos. La imagen le golpeó tanto que se quedó sin aire y con la boca seca.

«¿Cómo no lo vi antes?», pensó al descifrar la figura que formaba el ventanal detrás de la cabeza de la víctima. Justo entonces sonó el teléfono de su escritorio y, por el sobresalto, hizo que se esparcieran los documentos de la carpeta que le había entregado el comisario.

—¡Oh, mierda! —exclamó, molesto con el timbre inoportuno del teléfono.

—¿Va todo bien? —preguntó Robles, apareciendo de repente y agachándose para ayudar con los papeles—. Ni que te hubieran dado una mala noticia...

Rojo notó la mirada de Robles sobre las fotografías que aparecían en la pantalla y lo miró con curiosidad.

—Sí —respondió Rojo, recogiendo los documentos a toda prisa—. ¿Qué sucede?

—El teléfono —indicó Robles, poniéndose en pie mientras el aparato seguía sonando—. ¿Vas a contestar?

Descolgó el auricular, sintiendo su corazón latir con fuerza.

—Rojo al habla... —dijo, pero solo hubo silencio. La llamada se cortó y colgó con frustración.

—Es por lo de ayer, ¿no? —preguntó Robles—. Yo tampoco he dormido muy bien. Esas imágenes trastornan a cualquiera.

—Sí —respondió Rojo y apagó el ordenador bruscamente. Después cogió su chaqueta. Necesitaba aire fresco y aclarar sus ideas. Para eso, debía hablar con Pérez, quien había tomado las fotos.

—¡Rojo! —exclamó Robles viéndolo alejarse—. ¿A dónde vas?

—Tengo que salir un momento.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Contigo? Haz tu trabajo y vigila a uno de los sospechosos. Ya lo ha dicho el comisario —respondió Rojo, dirigiéndose hacia la salida.

—Lo has visto, ¿verdad? —insistió el otro, buscando alguna confirmación en su mirada. Al igual que él, Robles no había superado un episodio del pasado—. El hexágono no es coincidencia.

Rojo sintió un escalofrío. «No, otra vez no, Robles».

—No sé de qué demonios me hablas —replicó.

—¿Puedo acompañarte?

Rojo se detuvo y lo miró de reojo.

—No, Robles, lo siento, no puedes. No quiero meterte en más líos —dijo finalmente, antes de salir del departamento por las escaleras.

Era una mañana más, con el habitual bochorno de la primavera y el asfixiante calor húmedo que esta estación traía consigo. Por desgracia, jamás habría advertido el revés que el día le iba a dar. Una fotografía lo había cambiado todo para él, tiñendo ahora el cielo de un tono rojizo anaranjado, como presagio de un apocalipsis inminente. Necesitaba asegurarse de que solo era una coincidencia.

«Ya lo hemos discutido antes, Rojo. No puede ser él. Probablemente, esté muerto», se recordó a sí mismo, evocando una conversación anterior con Pérez sobre la desaparición del sargento Maqueda.

Aunque nunca llegó a creer del todo esa explicación, se había prometido no descansar hasta encontrar el cadáver del guardia civil.

«¿Estás de coña? Recuerda el informe que quedó fuera del sumario, la colilla de L&M junto al cadáver de esa chica... Maqueda siempre se anticipaba a lo que podía suceder. ¿Crees que no era consciente de las consecuencias? Su detención no iba a ser diferente. Él nos llevó hasta la costa para desaparecer».

Las imágenes del pasado se distorsionaban en su cabeza, a medida que pasaban los meses, y encontraba sentido a detalles que había pasado por alto desde el principio. Por otra parte, sus compañeros creían que pensaba demasiado en el asunto. Era el único que seguía creyendo en la posibilidad remota de que Maqueda siguiera vivo.

De lo que Rojo no se daba cuenta era que esa obsesión empezaba a pasarle factura, pero su encuentro con Robles le había hecho ver que no era el único afectado por el caso. A diferencia de él, el compañero temía hacerlo público, por las represalias que el inspector había sufrido.

Con la ansiedad a flor de piel y una jaqueca persistente, buscó su paquete de cigarrillos y encendió uno en cuanto salió a la calle. Desde las escaleras de la comisaría, observó el bar de enfrente. Reconoció a varios agentes, pero no vio a su nueva compañera. No le sorprendió, pues no le parecía una persona de bares.

Entonces se dio cuenta de que esa era la razón por la que no la había visto antes. Tras varias caladas, se sintió algo mejor, aunque sabía que el tabaco no era la solución a sus dolencias, pero le servía como un parche temporal. Estaba a punto de terminar el cigarrillo, cuando su teléfono vibró en el bolsillo. Lo sacó y vio que la llamada provenía de un número oculto. Normalmente, no contestaba a números desconocidos, pero dada la situación, pensó que podría ser Pérez. Sin pensarlo demasiado, contestó:

—¿Sí?

Un ruido metálico en la línea le indicó que no era su compañero, ni alguien conocido, y un mal presentimiento le recorrió la espalda.

—¿Quién es? —insistió, pero la llamada se cortó. Entendió que no era para él.

Sin perder tiempo, subió a su motocicleta, intentando escapar de sus pensamientos. Necesitaba contemplar la escena del crimen con sus ojos y asegurarse de estar equivocado. Por primera vez, deseaba no tener razón y aceptar que su mente lo había traicionado. Era el único modo de cerrar un capítulo para siempre y dejar atrás uno de los periodos más tortuosos de su carrera, por no decir de su vida.

«Si es cierto eso de que la vida es sufrimiento, me pregunto para qué carajo venimos a este mundo».

Se metió por el centro de la ciudad, aunque la oficina de Samuel Antón no estaba lejos de la comisaría. Conducir, siempre le había gustado y la motocicleta era como sus alas. De algún modo, le ayudaba a frenar la mente, como si tirara del cable que la mantenía encendida. Sobre las dos ruedas, sentía el aire afilado en su rostro y la efímera fragilidad de la vida. Un error podía costarle todo, no solo conduciendo un vehículo, sino en general. La moto lo mantenía anclado al presente, recordándole lo incierto del mañana y cómo el peligro podía sorprenderlo al girar la esquina. No podía vivir con miedo. Tan solo debía estar preparado.

Aparcó cerca de El Corte Inglés de Maisonnave y caminó hacia la oficina en la que había ocurrido el crimen. La normalidad había vuelto a la calle y Rojo se aseguró de que no había presencia policial que pudiera obstaculizarle. Con gafas de sol, entró en el edificio y saludó al portero. Al ver el cartel con los nombres de las empresas, se fijó rápidamente en «Ciscar Abogados».

—¿A dónde va? —preguntó el portero.

Rojo se detuvo y se giró con determinación.

No tenía el aspecto de ser un cliente de un bufete como ese. Le gustara o no, el inspector llamaba demasiado la atención en ciertos lugares.

—Tengo una reunión en la cuarta planta.

El hombre lo miró, desconfiado.

—¿Con el señor Vázquez? —indagó el portero.

Rojo, sin saber qué responder e intentando evitar complicaciones, miró su reloj.

—Llego tarde —dijo, señalando la esfera—. Los notarios cobran por hora.

El portero pareció convencido y Rojo entró en el ascensor. Una vez dentro, pulsó el botón del piso donde había ocurrido todo, esperando no encontrar a nadie al llegar.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, observó que una cinta policial obstruía el paso hacia la puerta de la oficina. Miró a su alrededor para asegurarse de estar solo y pulsó todos los botones del ascensor antes de salir. «Esto lo mantendrá ocupado un buen rato», pensó, aunque no consideró las posibles consecuencias. Un déjà vu lo asaltó, transportándolo a la noche del domingo. Parpadeó y sacudió la cabeza para deshacerse de esa sensación. Su dolor de cabeza persistía, y dudaba si se debía a la falta de sueño, al estrés o a la combinación de ambos. Buscó en su chaqueta una aspirina, pero no le quedaban. Decidió enfocarse en lo que tenía entre manos. Arrancó la cinta policial y examinó la puerta forzada por la policía.

«Esto servirá», pensó al sacar la cartera del bolsillo del pantalón. Con un poco de maña, una tarjeta de plástico serviría para desbloquearla, una técnica que requería algo de esfuerzo y habilidad. Todo parecía ir como la seda, hasta que hizo el intento de encajar el plástico en la ranura de la puerta. En ese momento, su plan se complicó al oír a alguien llamando con insistencia al ascensor.

«Mierda...», maldijo, dándose cuenta de su error al inhabilitar el ascensor en un edificio de oficinas. Los golpes en la puerta del ascensor se intensificaron.

—¡Oiga! ¡El ascensor es de todos! —gritaba alguien desde arriba, golpeando más fuerte.

No se detuvo ante los ruegos y luchó con el cerrojo, pero la tarjeta se atascó.

«Joder, lo que me faltaba».

Cuanto más se quejaba, era como si la mala suerte lo acechara.

Los pasos del individuo se acercaban por las escaleras. No era el miedo a ser descubierto lo que le preocupaba, sino el hecho de que alguien reportara su actividad. Sin pensarlo demasiado,

improvisó con rapidez y se escondió detrás de una pared junto a las escaleras, pero se le cayó la tarjeta en el proceso.

«Genial», pensó con sarcasmo. La tarjeta quedó justo en la entrada, donde el desconocido se detuvo, distraído por la cinta policial en la puerta de la oficina. Rojo se mantenía en silencio, esperando que el hombre no lo descubriera. El desconocido examinó la tarjeta y luego la cinta, lo que puso en peligro la discreción de Rojo.

«¿A qué esperas para largarte, desgraciado?».

Tras varios segundos en silencio, el hombre examinó el pedazo de plástico y lo lanzó al aire, hasta que aterrizó cerca de Rojo. El ruido llamó la atención de los ojos del tipo, que se vieron intrigados por el destino de la tarjeta. En ese momento, el hombre pareció dudar un instante, pero entonces, el timbre del ascensor sonó y las puertas se abrieron. Distraído, entró en el ascensor, quejándose por la espera.

Rojo suspiró, aliviado, recogió la tarjeta y volvió a la puerta de la oficina.

«Dicen que es mejor maña que fuerza, pero hay ocasiones en las que la fuerza es la única solución», se dijo y, esta vez, con mayor determinación, logró abrir la puerta, de un intento. El golpe se oyó en el edificio, pero le importaba bien poco. Levantó la cinta policial con cuidado y entró en la oficina sin romper el precinto. Tomó nota de lo ocurrido y se puso en alerta para los siguientes movimientos. Pasara lo que pasara, nadie debía saber que había estado allí.

Cerró la puerta con cuidado y echó el cerrojo desde dentro, asegurándose de que nadie lo interrumpiera. Algo en esa oficina le resultaba extrañamente familiar. Rápidamente, desechó la idea y avanzó hacia el interior, recordando su visita previa con Robles. Lamentó haber sido tan brusco con él. Rara vez se arrepentía de sus acciones, pero aquella vez había sido diferente. Rojo confiaba demasiado en sus decisiones, sin importarle su naturaleza. «Es mejor que no esté aquí ahora», pensó con relación al compañero, cuya presencia podría haber complicado las cosas.

Avanzó hacia la sala donde había sucedido todo. Abrió la puerta y se encontró con un despacho impoluto, sin rastro de lo ocurrido. Recordó la escena del crimen, imaginando cómo habría sido antes del asesinato de Samuel Antón. Se quedó un momento contemplando el lugar, aferrándose a esas rutinas como a una tabla de salvación en su mar de paranoia.

Había visto muchas escenas de crimen, y aunque se había acostumbrado a ellas, cada una tenía algo único, un recordatorio de la maldad y la crueldad humanas. Rojo buscaba siempre el significado detrás de cada acto violento, aunque en este caso, se sentía inquietantemente familiar con él.

Cada asesinato era un grito desesperado de alguien que había perdido algo irreemplazable. Recordó casos pasados, como el carnicero de Monóvar o el joven de Pinoso, y el sargento Maqueda, cuyas atrocidades habían dejado cicatrices en muchos, incluso en él. El inspector luchaba con la idea de que Maqueda todavía lo acechaba, una obsesión que rozaba la paranoia.

«Está muerto y debe estarlo también en tu mente», se recordó a sí mismo, pero la duda persistía. El dilema lo atormentaba, la línea entre la realidad y la pesadilla se había difuminado.

Concentrándose de nuevo en la investigación, examinó la ventana que había destacado en las fotos. Ahora, sin la víctima, el triángulo de cristal perdía su significado. Sabía que atrapar al

culpable no era suficiente; era crucial entender la historia de detrás del crimen. Aunque no pudiera cambiar el pasado, al menos podría iluminar algo de la oscuridad en el corazón humano.

Sin más demora, sacó el teléfono móvil y marcó el número del compañero.

Pérez descolgó al segundo tono.

—Rojo...

—No cuelgues —le dijo, antes de que lo hiciera. Sabía que no era un buen momento para hablar, pero era el único del que dispondrían—. Serán unos minutos.

—Dame un segundo —dijo, apurado, y emitió un suspiro, como si le apretara el nudo de la corbata. Por el ruido que hacía, Rojo intuyó que estaba buscando un lugar seguro en el que poder hablar—. Te escucho...

—Estoy en la escena del crimen, en el despacho de Samuel Antón —le explicó. El inspector oyó cómo su compañero chasqueaba la lengua—. He visto las fotos que tomaste ayer y necesito que me ayudes a comprender.

—No soy psicólogo, Rojo, ni tampoco puedo leerte la mente. ¿Qué has encontrado?

—No sé, dímelo tú. Me has ocultado información, aunque no te he llamado para reprochártelo...

Las similitudes con casos anteriores lo inquietaban, pero sabía que los crímenes no podían estar relacionados. «Los perfiles no concuerdan y no hay conexión entre ellos», se dijo, revisando los cajones de los escritorios y los libros en las estanterías, en busca de algo que confirmara su teoría.

Para él, la teoría de una conexión con el narcotráfico seguía resonando en su mente. Dos de los tres individuos bajo vigilancia policial procedían del oscuro mundo de los negocios de exportación. Todo el cuerpo policial estaba al tanto de cómo operaban esos círculos. Sin embargo, era probable que Maruenda prefiriera designar un chivo expiatorio, para apaciguar a los altos mandos vinculados con la política y el mercado. La conclusión a la que había llegado Rojo le sorprendió, aunque no tanto el hecho de que pudiera ser cierta.

—Esto no tiene que ver con las bandas, ¿verdad?

Aguardó un poco, a la espera de una respuesta. Con cada segundo en silencio que pasaba, el otro se delataba.

—No, no lo parece.

—¿Alguna colilla de L&M light?

—¿Qué? No, nada de eso.

—¿Entonces?

—Las huellas coinciden, por lo que, parecen de un mismo sujeto, pero no está en la base de datos. No podemos hablar de un asesino en serie, porque no existe relación con pruebas que hayamos recabado anteriormente. Los análisis no encajan.

—De momento.

—Es un homicidio, como otro cualquiera.

—Hombre, como otro cualquiera, no.

—En términos analíticos...

—¿A qué viene tanto hermetismo, Pérez?

—Aunque no lo creas, sé casi lo mismo que tú —le dijo, sin convencerlo—. El ambiente está tenso por la Unidad. Parece que son órdenes del comisario para que todas las pruebas pasen por su supervisión... Quiere que el caso se archive lo antes posible.

—Eso no lo decide él, ni tampoco puede actuar de esa manera.

—No, es evidente que no, pero es el comisario de la provincia. Nosotros solo hacemos nuestro trabajo.

—Entiendo.

—No debería estar contándote esto por teléfono.

En ese caso, la pobre inspectora estaría siendo manipulada por su superior, reflexionó. Pero no sintió compasión por ella, más bien, pensó que una lección a tiempo no le vendría mal. A pesar de los extraños intentos de archivar esa línea de investigación, no dejaría de seguirla hasta que se demostrara lo contrario.

—¿Sigues ahí? —preguntó Pérez.

Observando la escena, Rojo suspiró y recordó las vidas destrozadas que había visto a lo largo de los años. Si su carrera en el cuerpo policial tenía fecha de caducidad, no podía permitir que la sangre siguiera derramándose de ese modo. Seguiría buscando respuestas, tratando de comprender lo incomprensible, en un intento de ofrecer algo de consuelo a aquellos que habían perdido a sus seres queridos en actos de violencia desesperada. Porque, al fin y al cabo, esa era su misión, su forma de luchar contra la oscuridad que acechaba en las sombras de la humanidad.

—Sí... —le dijo, después de unos segundos, situado frente al lugar donde había fallecido el empresario. Allí observaba los orificios donde lo habían clavado. La perforación parecía realizada con un taladro, tal y como sugirieron sus compañeros. Para él, tenía sentido, pues los golpes de un martillo habrían causado demasiado ruido. Reflexionó sobre la ausencia del portero. No era casualidad que no estuviera esa tarde de domingo, un detalle que le hizo sospechar de la posible complicidad de Samuel Antón con el verdugo.

—Háblame de la víctima.

—¿Qué diablos quieres que te diga?

«¿Se conocían de antes?», se preguntó en silencio mientras fijaba su mirada en el agujero del suelo. Tras retirar el cadáver, los servicios de limpieza habían borrado todo rastro de sangre del suelo, o al menos lo habían intentado. Rojo notó una fina línea de polvo que se extendía desde una de las perforaciones en línea recta hasta terminar en un punto.

—¿Cómo de doloroso es que te atravesen el pie con la broca de un taladro? —quiso saber y puso un pie sobre el agujero. Después comprobó que la línea se alineaba con su brazo.

—Muy doloroso. El asesino utilizó un tornillo de punta por cada pie, de un grosor suficiente como para quebrarle el segundo y el tercer metatarsiano. No hace falta que te explique lo que puede doler eso...

—Me puedo hacer una aproximación. —Luego extendió el pie e hizo lo mismo con el brazo, colocándolo de manera horizontal y observó la sombra que proyectaba en el suelo, lo que le causó un escalofrío—. La distancia entre los pies no parece ser casual. Hay una línea fina dibujada en el suelo.

Pérez no respondió.

—Tengo que dejarte. No es seguro hablar por aquí.

Pero Rojo estaba inmerso en sus propias cavilaciones. Notaba que estaba a punto de revelar algo. Repitió el proceso con el otro pie y el otro brazo, sintiéndose como alguien a punto de saltar desde un puente. Un segundo escalofrío le recorrió la espalda al contemplar la sombra en el suelo.

—Pérez, no hay duda de que es un hexágono. Dime que no estoy perdiendo la cabeza.

—Hablares más tarde.

—Cobarde... —No terminó la frase cuando la llamada se cortó.

Se quedó allí pasmado, con la mente en blanco, frente a la línea que formaba con su cuerpo. Tal vez fuera una casualidad, pero también un hecho, pensó. «Por desgracia, lo segundo elimina lo primero».

Se cuestionó si era la prueba de que Maqueda seguía vivo o estaban utilizando su firma para despistarlos. Pensar en todo aquello, le resultaba abrumador, más todavía, cuando las intenciones del comisario no eran las más transparentes.

El teléfono comenzó a sonarle cuando aún lo tenía en la mano. Miró la pantalla y, de nuevo, vio la llamada de un número desconocido. Intuyó que sería Pérez desde una línea segura.

—¿Estás más tranquilo? —le preguntó con sorna.

El silencio duró unos segundos, hasta que una voz lo interrumpió.

—Vicente... —dijo Laura, con voz angustiada. No esperaba su llamada.

—Laura, ¿eres tú? —preguntó, suavizando su tono, de inmediato. Intuyó que algo no iba bien, lo percibía en su respiración entrecortada—. ¿Qué pasa?

—Sé que no quieres que te llame, pero...

—¿Te ha pasado algo?

—¿Puedes venir? No me siento segura.

—Claro... —respondió y pidió la dirección. Memorizó el lugar y le instó a no moverse de allí. No necesitaba una explicación para ofrecerle su ayuda. Después de todo, había sido su pareja hasta hacía unas horas.

Guardó el teléfono y echó un último vistazo al lugar. Al observar aquel sitio, sintió la urgencia de hablar con todos.

¿Habría regresado Maqueda?, se preguntó, aunque era pronto para afirmarlo con certeza. «Quizá debas darle una oportunidad a esa inspectora, aunque sea para convencerte de que se equivoca... o para probar que el comisario intenta ponerte una trampa».

De ser cierto esto último, algo le dijo que la situación podía volverse peligrosa para los dos policías. Sin más dilación, salió de allí por donde había entrado. Abrió la puerta, se aseguró de que no había nadie y bajó por las escaleras. Al llegar a la entrada, pasó por delante de la portería, pero el portero no estaba en su puesto.

Entró derrapando con la rueda trasera de su motocicleta en el aparcamiento del hospital, al tomar la curva de la entrada con decisión. La urgente llamada de Laura lo había puesto en máxima alerta. No pretendía pasar desapercibido, y ciertamente no lo consiguió. Al detenerse frente a los accesos del edificio, la avistó, fumando cerca del césped. Ella lo observó desde la distancia, sin acercarse. Su actitud revelaba un temor evidente. Rojo se despojó del casco y bajó de la moto para acercarse a ella. «Tan solo espero que no sea un truco para retenerme». Antes de que pudiesen intercambiar palabra alguna, Laura se abalanzó sobre sus brazos en un abrazo cargado de intensidad. Aunque se alegraba de verlo, su cuerpo irradiaba más alivio que júbilo.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó, intentando calmarla con suaves caricias en la espalda.

Ella, apoyando la cabeza en su pecho, parecía buscar protección o consuelo.

—Gracias por venir tan rápido... —articuló con voz entrecortada. Parecía escoger cuidadosamente sus palabras para no arruinar el momento—. No tenías por qué hacerlo.

—No podía actuar de otra manera... Por cierto, ¿no deberías estar en casa? El exceso de trabajo te pasará factura.

—La vida te pasa factura.

—En fin. ¿Cómo puedo ayudarte?

—Lamento lo de ayer, Vicente...

Rojo arqueó las cejas y suspiró, sospechando que era un intento de reconciliación y que sus temores estaban en lo cierto.

—Laura, escucha...

—Lo sé, lo sé... No es el momento, ni voy a solucionar nada con esto.

—Por favor, habla. Cuéntame qué ha pasado. Me has preocupado con la llamada.

Ella se separó ligeramente y lo miró a los ojos, que brillaban con la inminencia de las lágrimas, retenidas por un esfuerzo sobrehumano. Rojo se preguntaba si esas lágrimas eran por él o por algo que le costaba confesar.

—Creo que alguien me ha seguido.

—¿Hoy?

—Sí. Aunque tengo esa sensación desde hace días.

Rojo se sobresaltó y frunció el ceño.

—¿Quién?

—No lo sé... Iba a casa después del trabajo y...

—¿Un vehículo?

—No, bueno... No lo sé —respondió nerviosa y sacó otro cigarrillo. Rojo se lo quitó de los labios antes de que pudiera encenderlo, dejándola desconcertada—. No lo sé, ¿vale?

Ella recuperó el cigarrillo.

A pesar de su corta relación, Rojo la conocía lo suficiente para entender que el estrés de las guardias la afectaba profundamente. Desde que su relación se había enfriado, ella se refugiaba en el trabajo, evitando la casa. La falta de descanso le pasaba factura en forma de estrés y nerviosismo, algo que Rojo podía sentir emanar de su cuerpo, una sensación similar a la que él mismo albergaba, aunque por distintos motivos.

—Aclárate.

La doctora desvió la mirada hacia el suelo, como si estuviera muda. En realidad, intentaba recordar.

—Fue al aparcarse en mi barrio. Caminaba hacia casa y sentí que alguien me seguía.

—¿Un hombre?

—Sí, supongo... aunque no llegué a verlo.

—¿Entonces?

—¡No lo sé, vale!

—Quizás necesites descansar. Eso te ayudará a calmarte. Volver a tu rutina también será beneficioso.

—Flipo contigo, tío —le dijo, sorprendida.

—¿Qué?

—¿Desde cuándo te preocupas tanto por mí? —replicó ella, visiblemente molesta—. Estás siendo injusto conmigo.

Él la miró, desconcertado.

—Escucha, Laura... —dijo, frotándose los ojos, sintiendo el azote del cansancio—. Te llevaré a casa y me aseguraré de que todo esté bien. Luego, debo volver a la comisaría.

—Ayer no hablaba en serio, de verdad. Son los nervios... Mierda. No esperaba que...

Antes de que pudiera terminar, Rojo le colocó un dedo en los labios, indicándole que guardara silencio. No se sentía preparado para iniciar esa conversación. Su vida era un caos, y sus sentimientos no eran la excepción. En aquel momento, no podía discernir si su relación había terminado o aún existía algo entre ellos.

Ella aceptó el gesto y se calló.

Luego tomó su mano y la apartó de sus labios, apretándola con fuerza como respuesta. A Rojo, en cierto modo, no le desagradó. «En ciertas ocasiones, uno no hace solo lo que debe, sino lo que es mejor para evitar un desastre en ese instante... y supongo que es todo lo que uno puede hacer». Minutos después, caminaban los dos hacia la motocicleta. Él le entregó un casco y subió para arrancar el motor.

—Agárrate —le indicó, sintiendo sus manos rodearle la cintura. A continuación, se marcharon del lugar.

Acalorado y desnudo, se recostó al lado de la cama cuando ambos alcanzaron el clímax. «Esto ha sido una excelente reconciliación», reflexionó, disfrutando de los breves segundos de silencio y armonía que momentos así le brindaban. A veces, anhelaba perpetuar esa sensación, pero era consciente de lo efímero, de lo bueno y de lo fugaz de la calma. Lamentablemente, entregarse a Laura de esa manera no era lo que había planeado para esa mañana. Ahora se sentía aún más agotado, aunque el sexo le había servido de escape temporal.

Cerró los ojos, pretendiendo dormir, y notó el cabello de la mujer sobre su pecho. La sensación era agradable. «A nadie le amarga un dulce, ni un poco de calor humano». Ella apoyó su cabeza y lo rozó con su torso desnudo.

Rojo permaneció inmóvil, apático, como si no estuviera realmente allí. Internamente, ya había iniciado la cuenta atrás para abandonar el apartamento. Pronto, su mente se inundó de pensamientos sobre la escena del crimen, la oficina de Samuel Antón y las teorías del suceso del domingo. La necesidad de hablar con Pérez en persona se volvía apremiante, al igual que la duda sobre la información oculta y las intenciones del comisario. Luego, su mente divagó sobre Agulló, Maruenda, Robles y su caótica situación actual. «Todo por hacer lo que uno considera correcto», se dijo, sin percatarse de que Laura lo observaba. Su cuerpo seguía allí, pero no su mente.

—¿En qué piensas? —preguntó ella, mirándolo desde abajo.

Él estuvo a punto de confesarse, pero optó por chasquear la lengua y reprimir sus palabras. Aunque confundido, tenía algo claro: no retomaría la discusión pendiente. Laura nunca le daría la razón.

—En nada. Debo irme —respondió con un suspiro, intentando levantarse, pero ella lo detuvo con sus manos—. Ya es mediodía, Laura. Acabo de empezar mi jornada laboral.

—Quédate un poco más, por favor. Inventemos una excusa.

—Las excusas son para los mediocres. Me temo que eso no es viable... —dijo, apartándola suavemente, y se incorporó en busca de sus vaqueros—. Además, me esperan. En estos momentos, no puedo permitirme ciertas libertades...

—Solicita un día de asuntos propios... o una baja médica. Yo puedo facilitártela.

—¿Qué? —respondió irónicamente—. No, gracias. Faltar al trabajo es lo último que necesito. Ella se levantó y lo rodeó desde atrás, impidiéndole marcharse, y susurró en su oído derecho.

—Solo por hoy. Quédate a mi lado, te lo suplico. No quiero estar sola, Vicente.

Él suspiró y negó con la cabeza.

—Vas a estar bien, ¿de acuerdo? —le aseguró, vistiéndose. Recogió su arma y sus pertenencias de la mesita de noche—. Quédate en casa, descansa, mira una película y come algo saludable. Quizás toda esta situación te esté afectando...

—¿Qué cara más dura que tienes!

—No me malinterpretes, sabes a qué me refiero. Aunque seas médico, considera mi consejo. Mañana te sentirás mejor.

—¿Alguna vez sigues el tuyo?

Él la observó con desdén, asombrado por lo volátil que podía ser la relación entre dos personas.

—Vicente...

Su teléfono interrumpió la tensión. Al ver la pantalla, reconoció la extensión de la comisaría.

—Rojo, al habla.

—No te encuentro en tu puesto, inspector.

—Agulló... ¿Me echabas de menos o ahora te pagan por vigilar al personal?

—Necesito hablar contigo cuanto antes.

—¿Qué urgencia hay?

—Suficiente para que vengas, a menos que prefieras que Maruenda se entere de tu ausencia.

—Vaya, inspectora.

—Lo siento, no me dejas opción.

—Entendido, llegaré en una hora.

—Media hora. —Agulló colgó, dejándolo con la intriga. Aquel cambio repentino en su actitud le sorprendió y, en cierto modo, le agradó. La inspectora parecía tener lo necesario para tomar las riendas, aunque sospechaba que fuese una fachada.

De todos modos, acababa de ganarse su respeto.

—Ahora sí, tengo que largarme.

—¿Inspectora?

—Agulló —confirmó Rojo, tomando su chaqueta de cuero y encaminándose hacia la puerta.

—¿Es por ella? —preguntó Laura desde la cama.

—¿Qué? No digas tonterías.

—¡Dime la verdad!

Rojo abrió la puerta del apartamento y se giró para despedirse. En el pasillo, se encontró con Laura, desnuda y envuelta en la sábana, observándolo con una expresión que oscilaba entre la decepción y la más profunda tristeza. Lamentablemente, no tenía tiempo para averiguar en qué se transformaría esa mirada.

—Es mi jefa. Esa es la verdad.

—Siempre decías que nadie te daba órdenes.

—Y es cierto... pero ella sigue siendo mi jefa.

Regresó a la comisaría, pero antes hizo una parada en el bar de enfrente, para saciar su hambre. El encuentro con Laura lo había dejado exhausto y además, su estómago rugía como el motor de la motocicleta. Entró en el local y encontró un espacio en la barra. El propietario, al percatarse de su llegada, se acercó rápidamente. Sin necesidad de que Rojo pidiera nada, le sirvió de inmediato una cerveza bien fría.

—Gracias —agradeció Rojo, disfrutando de aquel trago. Para él, poco había tan placentero como una cerveza bien fría tras un esfuerzo físico.

—¿Va todo bien, inspector? —preguntó el dueño.

—¿Cuándo ha ido bien? —respondió Rojo, creando un breve momento de tensión. Rápidamente, se dio cuenta de que su respuesta no era justa para ese hombre, al que conocía desde hace años. Probablemente, su pregunta se originaba en los rumores que los agentes solían compartir en ese bar, un lugar que funcionaba como una extensión informal de la comisaría.

—Nada preocupante —se corrigió a los pocos segundos—. ¿Tienes tortilla?

—Siempre hay para ti —dijo el dueño con un guiño, mientras servía otra cerveza a otro cliente—. ¿Quieres algo más?

—Unas aceitunas, por favor. No puedo beber a palo seco —indicó Rojo.

Mientras continuaba con su cerveza, Rojo observó el interior del bar. La mayoría de las mesas necesitaban ser limpiadas tras el paso del ejército hambriento de la hora de comer. El bar era un oasis para la comisaría, ofreciendo buenos platos a precios justos y un ambiente cercano. A cambio, el Cuerpo Nacional de Policía era el sustento principal del negocio familiar que regentaba el local.

Perdido en sus pensamientos, Rojo se sobresaltó con el ruido de la puerta. Giró, instintivamente, en un acto reflejo desarrollado a lo largo de los años, para no dar la espalda a lo desconocido. La persona que entró no era una amenaza, pensó al reconocerla. Era Agulló, con el porte de alguien acostumbrado más a la academia que a la calle.

—Inspectora... —murmuró al verla. Ella no parecía complacida de encontrarlo allí. No era de extrañar, ya que Rojo se dio cuenta de que llegaba tarde—. ¿Has comido?

—Hace rato. Son casi las cuatro, Rojo.

—Lo siento, soy español, no británico... aunque, al ritmo que va la ciudad, pronto acabaremos desayunando fabada y comiendo pescado rebozado —comentó él, intentando sacarle una sonrisa, mientras el dueño le servía un pincho de tortilla y pan. Agulló notó el vaso vacío de cerveza antes de que Rojo pidiera otra—. ¿Te invito a un café?

—No deberías beber en horario laboral.

—Ahora mismo, no estoy trabajando.

—Estás de servicio.

—Tómate un respiro, inspectora. Te noto algo tensa.

—De acuerdo... Un café solo —aceptó ella, evitando una confrontación.

—Enseguida —dijo el dueño.

Ella arqueó una ceja y Rojo la miró inquisitivamente.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—No, hay algo. Lo noto en tu expresión.

—Hueles a perfume de mujer.

—Ah, eso... —dijo Rojo, encogiéndose de hombros. Por un momento, temió que hubiera descubierto algo más comprometedor—. ¿A qué viene tanta prisa?

—Es sobre el caso. Hemos descubierto algo más...

—Yo también.

—Ah, ¿sí? Entonces, tú primero.

Ella rechazó los azucarillos que le ofrecían con el café y Rojo notó su preferencia por cuidar la alimentación.

—Quiero hablar con la familia. En especial, con la esposa. Tal vez nos dé alguna señal.

—No creo que sea el momento más adecuado.

—Nunca lo es cuando llegamos nosotros. Por eso hacemos este trabajo.

—¿Qué te lleva a ellos?

—Te lo explicaré más tarde, pero, por favor, empieza tú... No me gusta hablar con la boca llena —contestó él y se llevó un trozo de tortilla a la boca, para contradecirla. Ella sonrió con ironía, como incrédula ante su comportamiento. Rojo se preguntó qué otras historias le habrían contado sobre él.

—Hace unos años, trabajaste en un caso en Monóvar, con un carnicero...

Rojo se tensó al escuchar eso. No le gustaba el rumbo de la conversación, pero quería saber qué tenía que decir.

—No solo trabajé en él, lo dirigí. Era un frustrado sexual que asesinó a varias chicas en Alicante. Se escudaba en sacrificios humanos, pero en realidad, mató por rabia. ¿Qué hay de él?

—Quiero hablar con sus padres.

—Eso no será posible.

—Ah, con ellos no.

—No. Olvida esa opción.

—Supongo que tienes un buen argumento.

—No lo permitiré. Eso es todo. Sufrieron bastante y tuvieron que marcharse del pueblo. ¿Por qué te interesa?

—He leído el sumario.

—Bien. —Rojo carraspeó, intentando ganar tiempo.

—Menciona una red oculta en la que participaba.

—Sí —respondió y recordó a Castro, el agente que trabajaba en la unidad de delitos informáticos, y en toda esa palabrería que jamás entendió—. Eran tonterías de lunáticos. Leyendas y creencias baratas de las redes. No había relación esotérica con los asesinatos. Fue un crimen pasional derivado de la frustración de un descerebrado.

—La red IRC se convirtió en un caladero de pedofilia. ¿Quién nos dice que no exista una relación con lo que ha sucedido ahora?

Rojo sonrió. No le sorprendió que ella fuera otra cerebrita.

—Te diré lo mismo que les digo a todos: háblame en cristiano y deja de fantasear.

La discusión empezó a atraer la atención de los clientes que disfrutaban del carajillo.

—Mejor hablar de esto en privado —sugirió ella.

Rojo negó con la cabeza. A pesar de todo, Agulló estaba al mando. Dejó dinero en la barra, terminó la cerveza y, tras despedirse del dueño, hizo un gesto a la compañera para que salieran. Los días en los que imponía sus reglas parecían haber terminado.

El comisario Maruenda no había sido precisamente generoso en cuanto a comodidades para su nueva subordinada. El despacho asignado a la inspectora Agulló era el antiguo cuarto de equipo informático obsoleto o averiado. Junto a un austero escritorio, se amontonaban cajas y una impresora matricial, una reliquia que Rojo no veía desde su estancia en Cartagena.

—Bonito agujero —comentó al entrar y cerrar la puerta. Agulló se sentó frente al ordenador y Rojo ocupó la silla de enfrente—. Debes haberle caído bien al comisario. No suele ser tan generoso.

Ella le devolvió la mirada con sorna.

—Es temporal. No pedí un despacho privado, pero...

—El jefe ha considerado que deberías trabajar en silencio. ¿Me equivoco?

Ella arqueó una ceja y guardó silencio.

—No.

—Ya... Es su respuesta habitual.

—¿No tenías un despacho propio?

—Pretérito imperfecto.

—Entiendo...

—Mira, Agulló, no quiero ser impertinente, pero detesto los rodeos. Así que te agradecería que me dijeras en qué puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? Supuestamente, vamos a resolver esto juntos. No te estoy pidiendo ayuda, te estoy diciendo que trabajes.

—No llevo bien las órdenes.

—No es una orden. Quiero descubrir qué hay detrás de este crimen.

—Un asesino. Misterio resuelto. —Ella lo miró desdeñosa y él suspiró—. ¿Qué tienes?

—Quiero que me hables de la red del carnicero de Monóvar, la misma que lo relacionó con ese chico de Pinoso.

—Sigues en tus trece.

—No eres el único al que le gusta investigar.

—Hazme caso, cita a la esposa de la víctima. Será más útil.

—¿Me contarás sobre el caso si lo hago?

—Sí.

Ella lo miró fijamente y descolgó el teléfono. Después pidió que citaran a la mujer de Samuel Antón y cortó la llamada. Rojo se quedó sorprendido ante la actitud.

—¿Qué te hace pensar que el asesinato de Antón está relacionado con ellos? El primero está muerto y el segundo cumple condena.

—Empieza y cumple con tu parte. Luego háblame del sargento Maqueda.

Al oír su nombre, el pulso de Rojo se aceleró.

—¿Maqueda? ¿Es la razón por la que estoy aquí sentado?

—No. Es solo una de ellas.

—El sargento Maqueda está muerto. Es un caso reciente y supongo que estás informada.

—Trabajaste con él en el caso de los chicos de Pinoso... —dijo ella, examinando unos documentos entre las carpetas—. Un momento...

—¿Qué buscas? —preguntó él, intrigado.

—Aquí está —respondió, entregándole un informe confidencial, el mismo que Maqueda le había dado tras abandonar Pinoso, y que Rojo había quemado—. ¿Te suena?

Por supuesto que le sonaba. Era el informe extraoficial que Maqueda le había hecho llegar, para que descubriera que él había estado detrás de los asesinatos. Entre las páginas, encontró el informe de la escena del crimen de aquella chica, firmado por Pérez, donde se hacía alusión a la prueba que podría haberles ahorrado un puñado de muertes y cientos de días de sufrimiento. La prueba era la colilla de L&M light que habían encontrado, un dato que jamás se había hecho público.

—¿Cómo has conseguido esto?

—Supongo que lo conoces.

—No lo he visto en mi vida.

—Ya. Por eso, ni siquiera lo has leído.

Rojo dejó el informe sobre el teclado y se levantó.

—¿Qué quieres?

—La verdad y atrapar al asesino.

—¿Insinúas que yo sé quién es?

—¿Qué? No digas tonterías.

—Maqueda está muerto.

—Suenas como un disco rayado.

—Es la verdad.

—Tal vez, inspector. Pero no me refiero a él. ¿Por qué estás a la defensiva?

La pregunta lo desconcertó. Hasta entonces, estaba convencido de que todo giraba en torno al guardia civil, pero ahora surgía otra posibilidad, más peligrosa.

—Maqueda lo empezó todo y con él terminó esta pesadilla. No tiene ninguna relación con este crimen.

—¿Y si te dijera que no es así? ¿Me creerías?

No estaba seguro de estar preparado para esa hipótesis.

—No.

—Esperaba esa respuesta.

—Sinceramente, me costaría creerte. Tendrías que demostrármelo.

—No te lo he contado todo.

—¿Qué?

Ella tragó saliva y se quedó en silencio.

—¿Sabes guardar un secreto?

«¿Por qué deberías confiar en mí, o yo en ti?».

—Sé ignorarlos.

—Será suficiente.

—¿De qué va esto, Agulló?

—Al mencionar el mensaje en el teléfono de la víctima, omití algo, un pequeño detalle.

—No comprendo. Por mucho que Maruenda te apoye, no te permitirá tener pruebas sin una orden...

—Asumimos riesgos, ¿verdad, inspector?

—Los he asumido toda mi vida, pero es diferente...

—¿Qué lo hace diferente esta vez?

—Mi vida es una empresa con un solo socio.

—Como quieras... Pero no te conté toda la verdad sobre el mensaje en WhatsApp. Samuel Antón estaba involucrado en algo muy grave y siniestro.

—Déjame adivinar, ¿infidelidades?

—No, me refiero a algo peor... Una red.

—¿Una red? Déjame adivinar otra vez: empresarios unidos para hacer recortes de plantilla, sobornos a las instituciones o tejemanejes para llevarse una concesión pública...

Ella suspiró y preparó la explicación, mostrándole una tarjeta de memoria de móvil.

—La saqué del teléfono de la víctima. Era la única forma de saber si ocultaba algo.

—Eso no estará en el informe.

Ignorando el comentario, ella encendió el terminal y mostró la aplicación de mensajería.

—En las conversaciones de WhatsApp se menciona algo grave que sucedió.

—Algo como ¿qué?

—Es una advertencia. Una amenaza. Por supuesto, no sabía cómo interpretar eso, porque estaban hablando en clave.

—¿Alguna vez te han dicho que eso es ilegal?

—Dejará de serlo en cuanto devuelva la tarjeta de memoria a su sitio.

—Ya veo... ¿No queda registro de tus acciones?

—No, si cumplo con mi palabra.

—Entiendo.

Rojo suspiró, cansado de tanto misterio.

—Hace rato que me he perdido con tanta intriga. ¿A dónde quieres llegar con esa conversación? Ya sabemos que mencionan a Llorens.

—Intento ponerte en contexto.

—No necesito más contextos ni lecciones de informática. Explícame cómo sabes que Maqueda está muerto.

Ella se quedó perpleja y levantó las manos, concediéndole la razón. Rojo estaba impaciente y nervioso.

—Está bien, como gustes... —dijo ella, buscando algo en el teléfono. Rojo se preparó para lo que iba a ver, aunque no estaba seguro de estar listo para ello. Ella le entregó el terminal, y al mirar la pantalla, su expresión cambió por completo.

En ella apareció un botón de reproducción de vídeo. Rojo lo pulsó y la inspectora Agulló se acercó para ver el contenido con él. De repente, la imagen cambió a un vídeo casero. La cámara, sostenida por una mano inquieta y balanceándose de un lado a otro, mostraba una habitación

oscura. Rojo analizaba cada detalle, aunque, aún era pronto para sacar conclusiones. La cámara avanzó por un pasillo hasta llegar a una sala más oscura, que se iluminó repentinamente. Rojo reconoció el lugar, aunque no lograba recordar dónde lo había visto. Entonces, la cámara se giró y mostró una figura maniatada y colgada del techo, con una capucha blanca que ocultaba su rostro. Se veían claras señales de tortura y una gran mancha de sangre a sus pies.

—¿Qué carajo es esto, inspectora? —preguntó Rojo, desconcertado.

—Si me dejaras terminar... Como te he explicado, no había ningún archivo multimedia, o eso creía yo. El documento estaba guardado en la tarjeta de memoria de la víctima, en un formato de Word, por lo que era difícil averiguar que era un vídeo.

—¿Ha aparecido por arte de magia? ¿Quién envía algo así?

—No. —Ella le lanzó una mirada venenosa—. El documento se envió durante la conversación y después borraron los mensajes.

—Esto también es una elucubración tuya, ¿verdad? —le preguntó, desconfiado.

—El registro de la conversación coincide con la hora del envío. Sin embargo, me di cuenta de que algo no encajaba. El documento no se podía abrir, además de que ocupaba demasiado espacio para ser un archivo de texto. He probado a cambiar la extensión y ha funcionado.

—Pretendes que me crea que...

—Espera a ver lo que viene a continuación —le interrumpió Agulló, con los brazos cruzados y una expresión atenta—. Es muy desagradable.

—Gracias por el consejo, pero nada me sorprende —dijo Rojo y tragó saliva.

Desde su posición, podía oler el perfume de la inspectora, que era fresco y agradable, muy diferente al que utilizaba Laura, que tenía un matiz más cítrico. Aunque lo negara en público, él era muy sensible a los olores y los perfumes evocaban recuerdos imborrables en su mente.

Regresó la atención al vídeo, cuando una figura apareció por uno de los laterales. Sospechó que debía pertenecer al hombre que sujetaba el teléfono, momentos antes. El hombre que colgaba del techo seguía vivo, aunque por poco tiempo. Su aspecto moribundo lo decía todo. El desconocido que se movía llevaba ropa de camuflaje militar y una máscara de lucha libre mexicana, que le ocultaba el rostro. Se acercó a un extremo de la sala y agarró unas cadenas de gran grosor. Acto seguido, tomó impulso y golpeó a su víctima en el estómago.

—¡Dios mío! —exclamó Rojo, sintiendo el dolor ajeno—. ¿Qué cojones es esto...?

Tras los golpes, el hombre enmascarado apareció con una batería de coche que conectó a dos cables. Después llegaron las descargas eléctricas. La tortura seguía mientras la víctima continuara con vida. Rojo notó cómo se le removía en el estómago el pincho de tortilla que había

tomado. Aunque había visto de todo, a lo largo de su carrera, la mente nunca se acostumbra al dolor ajeno. Respiró hondo y se quedó en silencio, atento. Algo le decía que la función estaba a punto de terminar. No quería mostrarse impaciente ante ella, ni demostrar signos de debilidad, pero aquel vídeo le provocaba un molesto ardor por dentro. Con la víctima chamuscada, pero aún viva, el verdugo se dirigió a la cámara, para hacerle una señal. Parecía que se acercaba el fin del ritual y Rojo se aseguró de ello, al tocar la pantalla. La línea de la duración se acercaba al extremo. El verdugo, tras chamuscar a la víctima, se acercó a la cámara y luego volvió con un cuchillo de caza.

—Oh, mierda... —murmuró Rojo, anticipando lo que vendría.

El asesino procedió a abrir en canal a su víctima, en una escena dantesca. A sangre fría, abrió en canal a la víctima, rajándole los intestinos y dejando que estos cayeran al suelo mientras se desangraba. El aullido sin fuerza de la víctima era escalofriante. Era la voz de la muerte, el último suspiro. El mismo lamento que había presenciado en más de una ocasión. Al final de la matanza, el asesino cortó la cuerda, dejando caer el cuerpo en el suelo. Sin el más mínimo remordimiento, el verdugo lo abrió de brazos y de piernas sobre la sangre y unió los seis vértices, pintando un hexágono alrededor del cadáver. Por último, le quitó la capucha y acercó la cámara para revelar el rostro de la víctima.

—Demonios... —expresó, reconociendo aquella cara ahora deformada—. Es él.

De repente, un pitido ensordecedor invadió su oído y su equilibrio se vio afectado.

—Rojo, ¿estás bien? —preguntó Agulló, pero su voz sonaba distante.

Rojo sintió que las piernas le flaqueaban y la cabeza le giraba a gran velocidad. Mareado y con la boca reseca, salió precipitadamente del despacho hacia los baños y allí se encontró con Robles.

—¿Inspector?

Sin poder responder, se apoyó en una letrina y vomitó, abrumado por la realidad del vídeo. A pesar de su deseo, no podía aceptar lo que había visto.

—¿Va todo bien, inspector? —preguntó Robles al observarle lavándose la cara en el lavabo, frente al espejo. Sus miradas se cruzaron en el reflejo.

—De puta madre, ¿no lo ves?

—Yo no diría eso.

—Debe haber sido la tortilla del bar...

Esa era su manera de esquivar la verdad. Las noticias no auguraban nada bueno para ninguno de ellos, y pronto Robles tendría que enfrentarse a la realidad, pero Rojo no se sentía preparado para contárselo. Quizá, pensó, lo mejor sería evitar que lo viera por sí mismo. Se secó la cara con una toalla de papel y contempló al hombre frente a él. En cuanto al inspector, no tenía buen aspecto. Tras devolver, las bolsas bajo sus ojos le daban al rostro un aspecto hundido y su piel adquiría un tono amarillento. «¿Cómo has llegado a este extremo?», se preguntaba con pena. Uno se da cuenta de que ha tocado fondo cuando ya es demasiado tarde para revertir la situación. Rojo siempre había pensado que aquellos más hundidos eran quienes más confiaban en sí mismos, siempre con la excusa en la boca de que cambiarían la situación, de que todo estaba bajo control, de que era algo temporal. Pero la realidad era otra y él lo sabía bien. La gente no cambia, pasada una cierta edad, y las palabras no son más que una forma de aplazar las decepciones. Con ese pensamiento en mente, podía vislumbrar su futuro, aunque albergara la misma esperanza de los adictos para solucionar sus problemas. No iba a cambiar, aunque los demás creyeran que era capaz de hacerlo. Puede que tal vez lo fuese, pero era una vía que no iba a descubrir. A diferencia de quienes se azotaban con un látigo emocional, él prefería aceptar la situación tal cual era y seguir adelante, enfrentándose a lo que la vida le deparara. Para él,

sobrevivir a los problemas era la única forma de avanzar en la vida. De lo contrario, estabas muerto, por muy vivo que parecieras.

—Quiero que veas algo —dijo antes de salir del baño.

—¿De qué se trata?

—Ahora lo sabrás.

Caminó hacia el despacho de Agulló, con Robles a su sombra y las miradas de los compañeros clavadas en él, como si un fantasma recorriera el departamento. Tras su paso, escuchaba los susurros y risas que dejaba atrás. Todo tenía un precio, incluso el respeto, y parecía que todos habían olvidado lo que había logrado en los últimos años, quedándose solo con el recuerdo más reciente y nefasto. «Qué ironía...», pensó, constatando lo rápido que cambian las cosas cuando uno pasa de estar en la cima a caer en desgracia.

—No les hagas caso, inspector.

—Aprende esta lección, Robles —dijo cuando este se colocó a su lado—. Todos te admiran cuando estás en lo alto, pero ansían verte caer.

—¿En serio? Nunca lo habría pensado.

—Claro que no.

—¿Claro?

—Quien carece de ambición, no lo piensa —afirmó y abrió la puerta del despacho provisional de la inspectora. Ella estaba frente al ordenador, esperando a Rojo, pero se sorprendió al ver a Robles—. ¿Inspectora? Traigo compañía.

—Pero...

Rojo cerró la puerta tras la entrada de su compañero.

—No tienes buena cara.

—Nunca la he tenido —respondió y suspiró. Luego cogió la botella de agua que la inspectora había traído y bebió sin preguntar si era para él—. Quiero que Robles lo sepa.

—¿El qué? —preguntó ella, desconcertada—. Rojo, respira. Puede que todavía estés afectado por lo sucedido.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Robles, confundido.

—Muéstrale el vídeo. El inspector debe saberlo.

—¿Qué vídeo?

—Robles, por favor —dijo Agulló, nerviosa, perdiendo el control—. ¿Nos dejas hablar un minuto a solas?

—Claro... Esperaré fuera —Robles abandonó la habitación y cerró la puerta.

Entonces, Agulló apretó los puños y miró de frente al inspector.

—¿Has perdido la razón?

—Debe saberlo —insistió—. Tiene que ver el vídeo.

—¿Para qué, Rojo? ¿Para que reaccione como tú? —preguntó, decepcionada—. Creí que eras más cauto, menos impulsivo...

—Entonces, ¿por qué demonios lo has hecho?

—Me pediste la verdad y necesito que trabajemos juntos con total transparencia... Ahora, ambos sabemos que ese hombre era Maqueda, ¿o no?

El inspector se quedó sin palabras. Tomó otro sorbo de la botella y sintió que empezaba a recuperarse del malestar.

—Maldita sea, Agulló.

—Lo sé.

Un hormigueo recorría sus extremidades, impidiéndole pensar con claridad. Ahora que el sargento estaba muerto, ¿qué razón tenía para seguir pensando en él? Se había habituado tanto a su recuerdo, por destructivo que fuera, que se había vuelto dependiente de él. Ahora sentía un vacío inmenso.

—¿Lo sabe el comisario?

—No. Solo tú y yo. ¿Entendido?

—¿Por qué?

Ella movió la cabeza.

—¿Cómo que por qué? ¿No es obvio?

—No entiendo por qué confías en mí, Agulló. No me conoces.

Ella cerró los ojos y respiró profundamente. Lidar con él era todo un reto. Por suerte, no era el primer hombre de carácter fuerte al que enfrentaba. Su padre también había sido policía y, desde pequeña, había aprendido a tratar con personas como Rojo.

—Puede que no te conozca bien, pero sé lo suficiente sobre ti y tu carrera.

—Eso no me dice nada... y a ti, tampoco.

—Todos tenemos sombras, Rojo, pero eso no te hace menos valioso. Maruenda me dio permiso para que usara todo lo necesario con tal de resolver este homicidio. Eres el mejor inspector disponible ahora, pero te necesito lúcido.

Era la primera vez, desde la muerte de Gutiérrez, que Rojo recibía un elogio así. A pesar de su carácter, era lo suficientemente astuto como para comportarse, en lugar de reaccionar con arrogancia.

—Gracias... pero si Maqueda está muerto, no puedo ayudarte.

—Claro que puedes. Esto es solo el principio, Rojo —aclaró y miró al techo de la oficina antes de continuar—. Lamento decirte que presiento que Maqueda era solo la entrada a un profundo agujero.

Tras varios minutos de diálogo con la inspectora, ambos llegaron a un entendimiento. Ella se mostraba convencida de que Rojo era el elemento clave que su equipo necesitaba. Por su parte, el inspector aún asimilaba el duro golpe recibido, pero era consciente de que la pesadilla apenas comenzaba. No podía permitirse seguir lamentándose, se dijo, pues lo ocurrido a Maqueda era consecuencia de sus propios actos. No es que Rojo creyera en el karma o en las repercusiones de actuar mal. De ser así, ya habría pagado por sus acciones. No obstante, estaba seguro de que nadie escapa de las garras del destino y que a todo cerdo le llega su San Martín. Al darse cuenta, observó que por la pequeña ventana del cuarto apenas entraba luz. Las horas habían transcurrido rápidamente esa tarde y pronto caería la noche. No sentía apetito, todavía afectado por el malestar estomacal, pero sabía que la jornada se prolongaría más de lo esperado.

—Iré a por unos cafés —anunció, levantándose de la silla—. Un solo para ti, ¿verdad?

Ella asintió con una sonrisa cordial, apreciando el gesto atento de Rojo. Al abrir la puerta, se topó con Robles, que estaba apoyado en un escritorio. Se preguntó si había estado esperándole todo ese rato. En realidad, había olvidado su presencia, así como la noción del tiempo.

—Robles... ¿Todavía sigues aquí? —preguntó, fingiendo sorpresa.

—Me has pedido que esperara. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Nada —respondió, dirigiéndose hacia la máquina de café—. Será mejor que sigas con lo tuyo. La inspectora me necesita y vamos a estar ocupados por unas horas.

—Pero...

—¿Cómo va la vigilancia?

—Nada inusual. Hay dos equipos haciendo turnos de día y de noche. Llorens parece tener una rutina lineal en su vida.

—Eso, o sabe que lo estáis observando. Me temo que será lo segundo... —lamentó en voz alta —. Necesito que hagáis algo por mí. Quiero que contactes con la viuda del fallecido.

—Te refieres a la esposa del empresario.

—Sí.

—Podríamos esperar 48 horas. Ahora está todo muy reciente.

—Eso es lo que diría cualquier cantamañanas. Si está reciente, mucho mejor. Antes soltaré el peso con el que carga. Invéntate algo, que no se noten las intenciones de la llamada.

Robles no se rendía fácilmente y lo siguió hasta la máquina. Rojo sacó unas monedas del bolsillo y las introdujo en la ranura, luego pulsó el botón del café. La máquina comenzó a funcionar.

—¿Qué ha ocurrido en ese despacho, Rojo? ¿Qué era lo que querías que viera?

Rojo tomó el vaso de café y le pidió a Robles que lo sostuviera, para poder pedir otro. Insertó más monedas y repitió el proceso. Robles, ajeno a todo, probó el café caliente. Rojo lo miró.

—Gracias por el café.

—No era para ti.

—Oh, lo siento...

—No importa —dijo y colocó el segundo café en la máquina expendedora de comida—. En serio, Robles, deberías ponerte en marcha con lo que te he pedido. El tiempo vuela y esta circunstancia me desespera. Siento el aliento de los de Asuntos Internos en la nuca, como si me soplaran todo el tiempo... Te lo explicaré todo cuando sea el momento, pero ahora no puedo.

Sin embargo, Robles parecía inmutable. En otra situación, el inspector ya lo habría despedido, pero ahora mostraba una disposición a enfrentarlo, sin preocuparle las consecuencias. Algo había sucedido en esa sala, algo lo suficientemente intenso como para alterar la fiera interior de Rojo.

Cuando terminó con el segundo café, se dirigió a la máquina expendedora de alimentos. Pensó en ella, en el tiempo que llevaba encerrada en ese edificio y en su aversión hacia esos aparatos de comida procesada. No entendía cómo habían permitido que esas máquinas entraran en las oficinas, viéndolas como un insulto a la libertad, un atentado contra la dignidad humana. Eran un recordatorio de que se habían convertido en esclavos del trabajo.

—¿Todavía estás aquí? —preguntó, eligiendo el último emparedado de jamón y queso de la máquina—. Parece que no me has entendido.

—Lo he entendido perfectamente. De hecho, he escuchado todo lo que hablabais.

Rojo pulsó el botón y el sándwich cayó en la bandeja. Lo cogió y se giró hacia Robles.

—Haré como si no hubiera oído eso, antes de que me pongas de mala hostia.

—Es Maqueda, ¿no? Él es quien te ha puesto así. Sé que lo has visto...

Rojo intentaba mantener la compostura, pero el otro lo estaba provocando. La única razón por la que toleraba su presencia era porque ambos compartían el deseo de ver a Maqueda muerto. Robles había ascendido a inspector por mérito propio, pero cargaba con un bagaje emocional demasiado pesado, fruto de los años de investigación sobre el guardia civil. Rojo no lo juzgaba. A pesar de todo, había sabido mantener las apariencias dentro de la comisaría, siendo solo el inspector quien descubrió su situación un año después de cerrar el caso. ¿Por qué había ocultado su estado a todos? Era un misterio. Otros, en su lugar habrían optado por la baja laboral y, con suerte, una jubilación anticipada. Pero Robles había elegido seguir adelante, quizás por respeto a Rojo o por encontrar en el trabajo su única razón para levantarse cada mañana. Por eso no podía juzgarlo y respetaba su decisión. Tras todo lo sucedido, Robles se había vuelto más duro por fuera y posiblemente más frágil por dentro. Al final, nadie es inmune a las emociones y tarde o temprano, todos muestran sus debilidades.

—Escúchame bien, Robles —dijo con firmeza, mirándolo a los ojos—. Maqueda está muerto.

—¿Han encontrado el cadáver? —preguntó, deseando una respuesta diferente a la que esperaba—. Entonces...

—Está muerto. Acéptalo.

No fue el trato más justo, pero sus palabras lograron convencer a Robles para que se marchara. En la vida, a veces, hay que aceptar los reveses tal como vienen, así era como pensaba el inspector. Se enfrentaba a una jornada extensa y la noche apenas comenzaba. Con los cafés y el emparedado en mano, se dirigió hacia el austero cuarto, esperando poder salir de allí pronto. Trabajar a esas horas, en realidad, no le molestaba tanto. Era una situación inusual que no habría imaginado una semana antes.

Al abrir la puerta, encontró a la inspectora inmersa en la revisión de diversas fuentes de documentación. La mesa era un caos, por lo que dejó el café en un espacio libre para no derramarlo y colocó el sándwich sobre el teclado.

—¿Y eso? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Es para mí?

—Pensé que tendrías hambre. El cerebro necesita combustible.

—Vaya, gracias. Todo un detalle.

—No estás acostumbrada a ellos, ¿verdad?

Ella lo observó con una expresión extraña, no ofendida, pero tampoco halagada.

—No lo esperaba de ti... —comentó, antes de entregarle un montón de folios—. Supongo que esto significa un sí.

—¿Sí, a qué?

—A que vamos a colaborar estrechamente.

Y así comenzaron a trabajar. Rojo se sentía más cómodo con ella, pese a las dificultades que tenía para hacerlo con alguien fuera de su círculo cercano. Empezaba a pensar que había juzgado precipitadamente a Agulló. Necesitaban un plan, comprender las causas del asesinato, analizarlas y observar el contexto de manera objetiva, sin prejuicios. Luego, empezarían a investigar los

hilos que tenían. Sobre todo, para Rojo era una prioridad investigar a fondo la procedencia del vídeo. El asesinato de Samuel Antón era una realidad cruda y las fotos que Pérez había enviado a la inspectora lo confirmaban. Aunque ninguno deseaba revisar esas imágenes de nuevo, debían hacerlo para no pasar por alto más detalles. Esta vez, el inspector examinó las fotografías con atención. Eran las mismas que había recibido por correo electrónico.

—¿Qué observas?

—Un patrón —afirmó con seguridad. Tomó un lápiz y trazó un hexágono sobre la fotocopia, conectando los puntos que formaban el cadáver, su posición y la ventana de detrás. La ejecución de Maqueda había desbaratado por completo sus teorías, pero ahora podía pensar con mayor claridad—. Esto ya lo he visto antes. Es el mismo hexágono que ha pintado el asesino en el vídeo de Maqueda. Los agujeros en el suelo no son aleatorios.

—Lo sé.

—¿Ah sí?

Ella sonrió brevemente y luego adoptó una expresión seria, un gesto que Rojo comenzaba a identificar como propio de la inspectora. Sacó otra carpeta oculta entre los papeles y la abrió, mostrándole el informe del caso del Carnicero de Monóvar.

—Es el mismo dibujo del hexágono sagrado. El metatrón.

—Sí, eso.

Ella interrumpió colocando los dedos sobre la fotografía y buscando su mirada.

—He leído el informe. Sé lo que significa.

—Un ángel mensajero... Oye, esto no es más que un cuento de pirados, por tanto, no tiene ninguna explicación coherente. Todos los sádicos se apoyan en estas cosas para actuar.

—Ya veo. No crees en la geografía sagrada.

—No creo en nada que justifique los actos imperdonables de un criminal.

—De todos modos, existe una teoría de su significado.

—Vaya, veo que soy el único que no apoya ninguna.

—Según otras teorías, el término metatrón es una vulgarización hebrea procedente de otro término griego.

—¿Que significa...?

—El que persigue con venganza.

—No sé quién habrá llegado a esa conclusión, ni qué aporta al caso...

—No aportada nada, en realidad, ni creo que tenga relación con esto. No es cuestión de saber, ni de entender —dijo y dio un largo suspiro con cierta desesperación—. Intenta observar la

imagen completa.

Rojo quedó sorprendido. Era la primera vez que alguien lo interrumpía de esa manera y también la primera que no podía ver lo que ella sí.

«Eres toda una caja de sorpresas, inspectora», pensó, guardándose la explicación.

—Está bien. Hay algo que no cuadra.

—Adelante.

—Olvidemos momentáneamente lo que me has mostrado... y también la relación con los tres sospechosos que manejas —dijo, tomando un respiro. Bebió un sorbo del café, que sabía terrible, y se aclaró la garganta—. Todos estos crímenes se cometieron con un motivo, bajo algún tipo de ritual o sacrificio. Aunque la razón fuera otra, tanto Maqueda como sus predecesores se escudaron en alguna clase de rito. Sin embargo, lo que veo aquí es una exhibición siniestra de lo que un ser humano es capaz de hacer a otro, sin ningún tipo de ofrenda.

—Una demostración de fuerza, de poder... o de encargo.

—Exacto. Por eso me resulta difícil encontrar una conexión con los casos anteriores.

—Porque, quizá, no la haya. El mensaje no era para nosotros, sino para Antón... y para los que son como él.

Rojo frunció el ceño, extrañado.

—Desarrolla esa respuesta.

Ella buscó entre la montaña de carpetas.

—Al leer los informes de tus casos —dijo, mientras seguía comprobando los folios—, anoté dos referencias que hiciste. Ambas estaban relacionadas con los sacrificios.

—Ya te he dicho que son chorradas...

—Bueno, puede que lo sean, no voy a discutir eso, pero también puede que tuvieran una razón para inspirarse en ellas.

—¿Cómo?

Ella resopló al no dar con lo que buscaba.

—La diferencia entre el sargento y esos chicos era que Maqueda conocía el final. Sabía lo que pasaría si lo encontraban, así que lo suyo fue un castigo por no actuar correctamente. Por el contrario, los otros, creían que sus sacrificios los salvarían.

Rojo recordó al muchacho de Pinoso. No estaba convencido de que eso fuera del todo cierto.

—Sigo sin entenderte. ¿Me estás diciendo que Maqueda servía los intereses de otra gente?

—Es una probabilidad.

—Tal vez debamos hacer una pausa.

—No. Lo que pretendo decir es que el metatrón no tiene por qué estar asociado a lo esotérico... ni a los crímenes que cometió.

—¿Qué tiene que ver esto con el asesinato que investigamos?

—Esto ha ocurrido siempre, Rojo. Organizaciones secretas y corruptas, grupos organizados, llámalos como quieras... utilizando su poder para actuar en su propio beneficio y dejando señuelos, para comunicarse entre ellos y confundir también a los demás.

—Oh, no. No esperaba esto de ti... Tú también has caído en esta farsa.

—Lo analizo todo. ¿Alguna vez te planteaste que Maqueda no trabajara solo?

Las palabras retumbaron en su cabeza. Ella tenía razón en su planteamiento y era la primera vez que él se formulaba esa pregunta.

—Es absurdo.

—Claro, por eso actuó durante años con impunidad... y por eso mismo extendió su red a terceros.

—Vigila hacia dónde vas, Agulló... y no te pierdas. Estamos investigando un asesinato.

—Esos chavales eran carne de cañón.

—¿Acaso no lo era el sargento?

—Era diferente —dijo, sin vacilar, pero ella no estaba conforme.

—No. He trabajado en otros casos de corrupción y sé cómo se tejen las organizaciones —puntualizó—. Cuando leí el sumario de tu caso e investigué al homicida, no entendí cómo había estado tantos años en activo. Para mí, era obvio que tenía el respaldo de alguien con más poder que él.

Las palabras de la inspectora lo trasladaron a las vías del tren, momentos antes de que Maqueda saltara y el tren pasara por delante, haciéndolo desaparecer.

—Centrémonos —dijo, regresando a la conversación—. ¿Piensas que ocurrirá de nuevo?

—No tengo esa impresión.

—Interesante. Continúa.

Ella suspiró, cruzó los brazos bajo su pecho y se apoyó en la mesa.

—A mi modo de ver, parece un castigo, una demostración de poder. Al principio, parecía un ajuste de cuentas típico del narcotráfico y de lo que está ocurriendo con las mafias que importan la prostitución... y eso es a lo que apuntan los medios y el propio comisario. No habría descartado esa hipótesis, si no fuera por el contenido del teléfono de Antón.

El inspector empezó a inquietarse tras la explicación.

—¿Hay alguien más al tanto?

—Ya te lo he dicho. Solo tú y yo, por ahora.

—Que así siga, inspectora. Es información muy delicada.

—Me alegra escuchar eso. Por desgracia, en algún momento tendremos que informar al comisario.

—Maruenda puede esperar.

—No, si necesitamos alguna orden. Su apoyo agiliza el trabajo con los jueces.

—Eso es lo que tú piensas. Créeme, sé de lo que hablo. —Ella levantó las cejas con incredulidad. La diferencia entre ellos era que Rojo seguía siendo el veterano de la brigada—. Háblame sin tapujos. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

Agulló chasqueó la lengua, preparándose para una explicación convincente, ya que era obvio que Rojo la estaba poniendo a prueba.

—Mi opinión importa poco ahora. Sin embargo, tenemos tres sospechosos relacionados con la muerte de Samuel Antón. Ya conoces mis argumentos.

—Pero te inclinas por uno, ¿no?

—Llorens es el principal sospechoso. No solo figura su apellido en el chat, sino que su descripción coincide con la proporcionada por el portero y el servicio de limpieza.

—Deberíamos hablar con él.

—Eso lo alertaría. Hay una unidad vigilándolo.

—¿Y qué más da? ¿Crees que no se ha dado cuenta ya? Robles me ha confirmado que mantiene una rutina aburrida. Es evidente que ya los ha visto.

—Tienes razón, pero nos avisarán si...

—Deja eso y despierta, Agulló. Una patrulla de vigilancia es como una señal de tráfico en una rotonda... La ves, pero no te indica nada.

—A eso lo llamo compañerismo.

—Soy realista. Sé lo que sucede cuando pasas horas en un coche sin que ocurra nada. ¿Cuántas vigilancias has registrado?

—Bueno, ya empezamos...

—Interrogaremos a Llorens, aun así, no mencionaremos nada respecto a ese chat, ni sobre todo este lío sagrado de los cojones... ¿Tiene alguna relación con la familia de la víctima?

—No, que yo sepa.

—Debemos establecer una conexión antes de hablar con él. ¿Qué sabemos sobre el pitbull de Elda?

—¿Guillermo Rojas? —preguntó mientras buscaba su foto en el archivo—. Aquí lo tienes. No estoy completamente segura de poder relacionarlo con su muerte, pero el portero confirmó su visita a la oficina, una semana antes, y no he podido ignorar las llamadas a deshora, a la víctima.

Mientras escuchaba, Rojo volvió a fijarse en ese cuello chato, similar a una barra de mortadela. Por alguna razón, la forma de su cabeza le resultaba familiar. La había visto recientemente en alguna parte.

—Muéstreme el vídeo de nuevo —le solicitó, sorprendiéndola. La inspectora no esperaba que le pidiera verlo otra vez.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Espero que no seas un morbosos...

Ella asintió y le pasó el terminal. Rojo lo reprodujo, a pesar de los sudores fríos que le causaba enfrentarse a esa pantalla. Antes de que las imágenes comenzaran, sentía malestar en su cuerpo. Contrariamente a lo que Agulló pensaba, no deseaba ver nuevamente el brutal asesinato del sargento. Avanzó el vídeo hasta que apareció el verdugo del pasamontañas. En ese momento, se concentró en la forma de su cabeza y pausó la imagen. Luego le mostró el terminal a Agulló:

—La forma de su cabeza —dijo, señalando la foto del eldense—. Podría ser él, aunque tiene los brazos demasiado largos como para encajar con esa cabeza...

—¿Qué? —preguntó ella, desconcertada—. Esa es una conclusión precipitada, inspector.

—Tú misma lo has descrito antes... No tiene familia, es reservado, violento y tiene un carácter fuerte —explicó con convicción—. Observa esos brazos... Créeme, se necesita valor y fuerza para colgar a Maqueda.

—Estoy de acuerdo con que debe ser un tipo corpulento, pero, lo demás, son suposiciones, Rojo. Toda esta información te está confundiendo.

—¿Alguna vez confías en tu instinto?

Ella reflexionó por un instante. No se atrevía a ser completamente sincera. Rojo apagó el terminal antes de seguir viendo aquel macabro espectáculo y se lo devolvió.

—Deberíamos hacerle una visita.

—No nos va a quedar hueco en la agenda —respondió, rascándose la frente. Aunque no lo expresaba, él podía percibir que algo la preocupaba.

—¿Qué sucede?

—Nada. El problema con Rojas es...

—¿Qué?

—No es muy cordial. En cuanto vayamos a incomodarlo, pondrá un abogado de por medio.

—Yo desayuno abogados a diario. No me intimidan.

—Tal vez a ti no.

—Tranquila, no te involucraré en mis problemas.

Agulló era hábil cambiando de tema, pero él notó que había algo que la inquietaba, especialmente cuando se trataba de desafiar los límites de lo permitido. No era que Rojo propusiera ignorar las leyes, pero ella se mostraba excesivamente cautelosa en evitar apuros innecesarios. «Desafortunadamente, si no enfrentas el problema, este se convierte en tu opresor».

—Han pasado veinticuatro horas desde que encontramos el cadáver en la oficina. Los únicos testimonios que tenemos no nos aportan más información.

—Si piensas en la familia, pierdes el tiempo. Dudo que la esposa de Antón supiera lo que hacía su marido.

—Me has prometido una entrevista.

Ella inclinó la cabeza y se detuvo un momento.

—Esa es la cuestión. ¿Qué le vas a preguntar? ¿Qué relación tenía Samuel con estas personas? ¿Por qué tenía este vídeo en su teléfono?

Rojo suspiró. Hablar con ella era como dar vueltas en un carrusel.

—Lo averiguaré cuando la tenga delante.

—Ya...

—Otra vez, esa red, ¿verdad?

—El sumario del homicida de Monóvar confirmaba su participación en una red de chat donde estaba en contacto con...

—Eso fue hace años —intervino—. Además, ese chaval era un demente. Dios los cría y ellos se juntan. Maqueda los reclutaba ahí... —explicó, pero se detuvo al darse cuenta hacia dónde llevaban sus pensamientos y cambió de opinión—. No vas a parar hasta que te dé la razón, ¿cierto?

—Más o menos.

—Conozco a alguien que podría ayudarnos.

—¿Un hacker?

—No, peor. Un periodista.

—Inspector, me sorprendes diciendo eso, después de tus acciones. Sinceramente, no sé si involucrar a la prensa sería lo más adecuado en este momento...

—No es la prensa. Es un buen amigo. Confía en mí.

Las palabras de Rojo marcaron un punto de inflexión. Finalmente, estaba dispuesto a abrirse y confiar en la inspectora, aunque cuestionara sus teorías. El problema era que estas se acercaban demasiado a su pasado personal, no solo al que lo relacionaba con el sargento, sino también al pasado del que llevaba huyendo desde hacía años. Elsa, Gutiérrez, un historial de cadáveres desaparecidos y una turbia relación con las cloacas de la sociedad. Si Agulló abría la veda, Asuntos Internos se echaría encima de él. Tan solo debía mantenerse en alerta. Ella asintió en silencio. Después de todo, parecían haber encontrado un terreno común.

Las horas pasaban en el reloj de la oficina. Las luces de los despachos se apagaban y el personal se reducía, a medida que entraba la madrugada. Pasada la medianoche, la comisaría provincial se convertía en un laberinto de pasillos silenciosos, conversaciones vacuas e iluminación aséptica. Ningún agente disfrutaba con las guardias, a excepción de algunos casos particulares. De cuando en cuando, la tranquilidad se rompía a causa de una detención nocturna, de una denuncia a deshora o de una visita merecida a los calabozos. Para Rojo, hacía tiempo que esa clase de trabajos había quedado en el pasado. El inspector fumaba en el exterior, bajo la luz amarillenta de una farola de la calle, observando a los subordinados que entraban y salían del enorme edificio. Al verlos, se recordaba en Cartagena, haciendo el trabajo sucio, en otros tiempos donde las zancadillas estaban a la orden del día y las caídas eran más duras. Ahora, entrar al Cuerpo era otra cosa. Los agentes necesitaban pasar un examen físico y psicológico, estudiar un temario y conocer el código penal como si fuera el Padre Nuestro. Demasiada palabrería para hacer frente a una calle que no había cambiado a mejor, sino a peor. Lo que esos agentes desconocían, era que las guardias eran un patio de recreo para lo que vendría más tarde. Apuró el cigarrillo, consciente de que Agulló seguía metida en el zulo de la segunda planta, y reflexionó acerca de la información que aún no había digerido. Hasta el momento, la inspectora estaba cumpliendo con su tarea, aunque se preguntó cuándo fallaría. «Todos tenemos un fallo, un punto en el que no damos más. Pronto llegará el suyo», se dijo con cierta intranquilidad. No es que Rojo quisiera verla fallar, pero temía que esto ocurriera cuando más la necesitaba. Lo mismo había ocurrido con Robles, aunque ahora parecía haberse transformado en un hombre superior.

«Tal vez sea el momento de incorporarlo al equipo», se planteó cuando apuraba el cigarrillo y se preguntó qué pensaría Agulló al respecto. Ahora que habían llegado a un pequeño acuerdo, no

quería romper la vibra que habían formado. Por otro lado, necesitaba a una persona de total confianza a su lado y sabía que podía contar con Robles para ello.

Después de unas horas de trabajo y varios cafés químicos, empezó a sentir de nuevo el hambre. Le extrañó que el malestar se hubiera aliviado tan rápido y concluyó que se debía a la impresión que había sentido al ver ese vídeo. Todavía era pronto para asimilar la muerte de Maqueda. Así como para entender lo que había sucedido en esa grabación. Era una sensación extraña para él. Le aliviaba saber que estaba muerto, aunque no se alegraba por ello. De algún modo, le consolaba haber visto que había sufrido durante su ejecución, que le habían pagado con su propia moneda, pero también le aterraba que existiera más gente como él. Si algo lamentaba, era no poder haberlo estrangulado con sus propias manos. Pero de haberlo hecho, se habría convertido en la misma persona que él.

En ese momento, oyó unos pasos que se aproximaban por las escaleras. Se giró para comprobar quién era y la encontró en lo alto. Agulló llevaba una chaqueta de cuero ligera y una mochila colgada de la espalda.

—Una noche estupenda.

—¿Te vas?

—Son las doce y media pasadas. Llevo despierta desde las cinco.

—¿Qué significa eso?

—Mi cabeza necesita un respiro.

—Entiendo. —Rojo descartó la posibilidad de invitarla a tomar un trago.

—Tú también deberías hacer lo mismo, te vendrá bien... —remarcó, empleando un tono de voz amigable—. Mañana a las siete.

—Bona nit. —La inspectora le dio la espalda y caminó hacia su coche, igual que la noche que la había seguido en su moto hasta su domicilio. Esta vez, no cometería semejante estupidez. Ya sabía dónde vivía y que dormiría sola. Al menos, eso pensaba. La inspectora subió a su coche alemán y se perdió por el cruce que bajaba hacia Oscar Esplá. Rojo apagó la colilla de un pisotón y exhaló la última nube de humo de sus pulmones. Solo o acompañado, nadie lo iba a privar de esa copa.

No resultaba fácil hallar un bar abierto a esas horas, en días laborables, en la ciudad de Alicante, aunque tampoco imposible. Se encaminó hacia el Little Duke, en Doctor Gadea, uno de los tantos pubs irlandeses dispersos por la urbe, que ofrecía alcohol después de la medianoche. Con el paso de los años, la ciudad había evolucionado para acoger al turismo internacional, incrementando la presencia de establecimientos de corte anglosajón, en detrimento de los locales tradicionales. Era una estrategia rentable para el sector hostelero, aunque a él no le convenciera del todo; comprendía, no obstante, que resultaba más lucrativo atender a un grupo de británicos sedientos que satisfacer el apetito local.

Al llegar al pub, que compartía la estética propia de este tipo de locales con su mobiliario de madera oscura y desgastada, banderas de diversas naciones, bufandas de equipos de fútbol y varias pantallas para la retransmisión de eventos deportivos, se topó con un ambiente que oscilaba entre lo acogedor y lo hostil. Junto a una mesa, bajo una pantalla de televisión y una bandera de Gales, se congregaba un grupo de cinco hombres de piel notoriamente enrojecida, signo inequívoco de su procedencia extranjera, que debatían con elevado tono de voz. La música rock, al fondo, amortiguaba sus palabras, que ya empezaban a generar tensión entre ellos. Rojo optó por sentarse en una de las sillas de la barra, cometiendo el error de dar la espalda al resto de los presentes. No había otro lugar disponible y prefería evitar complicaciones. «Un trago y me voy a casa», pensó, justo cuando el camarero se aproximó.

—Estamos a punto de cerrar.

El inspector consultó su reloj y comprobó que todavía restaban cuarenta minutos.

—Solo será una rápida y me marchó. Ha sido un día jodido.

Ante la evidente sobriedad y el aspecto fatigado del policía, el camarero, aunque de mala gana, accedió y le sirvió una pinta de cerveza de barril acompañada de un cuenco de frutos secos. A esas horas, la cerveza era lo único que conseguía consumir, quizás porque podía beberla en abundancia sin desplomarse. Los años de whisky barato y rock and roll junto a Gutiérrez quedaban atrás. Noches en vela dentro de un Citroën BX, entre paquetes arrugados de Winston o Fortuna y cintas de Led Zeppelin de fondo, mientras aguardaban la captura de algún chorizo. Los tiempos habían cambiado tanto, que ahora sus compañeros se llamaban Robles o Agulló. Tras el agotador día vivido, el primer sorbo le supo a gloria, máxime tras el inesperado giro de los acontecimientos en las últimas horas. No podía dejar de pensar en el vídeo que Agulló le había mostrado.

«Así que realmente está muerto», reflexionó, pensando en Maqueda. Era difícil de asimilar, pero más aún era no aceptar el desenlace mostrado en el vídeo. Sentía un vacío enorme por la pérdida, tras más de un año desentrañando el caso, para finalmente tener la respuesta frente a sí. Alguien había resuelto el asunto, arrebatándole su único deseo.

«Es como si continuases pagando por los errores cometidos al no capturarlo a tiempo», se reprochó, antes de dar otro sorbo a su bebida. Aunque la muerte de aquel sádico debería haberle proporcionado algún tipo de alivio, él seguía martirizándose por no haber logrado detenerlo por sí mismo. Continuó bebiendo en silencio, meditando sobre la situación. Comprendió que debía superarlo, dejar de lado lo personal y concentrarse en el caso. En definitiva, necesitaba ser un apoyo y no un obstáculo para Agulló, si quería esclarecer lo sucedido con el sargento. El asesinato de Samuel Antón podría haberle resultado indiferente, si no fuera porque había encontrado ese vídeo en su posesión.

«Esto apunta a un ajuste de cuentas, no tengo dudas».

Pero el vídeo hallado cambiaba completamente la perspectiva para él, de principio a fin. La conexión con Maqueda le brindaba la esperanza necesaria para llenar el vacío y resolver todas las incógnitas, aunque también le inquietaba la posibilidad de que no hubiera respuestas, que Maqueda hubiera traspasado ciertos límites, involucrándose con personas inadecuadas. De ser así, tocaría fondo, desde un punto de vista psicológico.

El camarero se acercó nuevamente, esta vez para dejarle un plato de plástico con la cuenta, instándole a pagar y marcharse. El inspector lo observó con indiferencia y continuó en sus pensamientos. Ahora debía enfocarse en el futuro que le esperaba, uno no muy alentador. Todavía desconfiaba de la nueva inspectora. Para él, una cosa era el respeto y otra, la lealtad. Era evidente que estaba allí por algo, que el comisario la había seleccionado a sabiendas de que no le

causaría problemas, a diferencia de él. Sin embargo, no lograba entender por qué ella insistía en que colaborase en su caso, sabiendo los inconvenientes que ello podría llevar. No había más que ver cómo Ramos o Pérez se habían alejado de él para evitar cualquier asociación perjudicial. Todos temían ser vinculados con él, todos excepto Robles, quien seguía siendo el único al que podía solicitarle un favor sin recibir una negativa. Y por esa misma razón, prefería abstenerse de hacerlo.

«El caso más relevante de tu carrera te ha convertido en el hazmerreír del Cuerpo», reflexionó, pensando en su trayectoria profesional.

—Ahora sí, por favor, termina —insistió el camarero—. Necesito recoger y cerrar el local.

—¿No podrías echar a esos de ahí y bajar la persiana mientras acabo?

—No —respondió el camarero, deseoso de finalizar su jornada y cerrar el establecimiento, pero, sobre todo, ansioso por que el grupo abandonase el lugar. Imprimió el tique de la cuenta y se dirigió hacia la mesa del grupo, que reaccionó de mal modo, lanzando el plato al suelo. Rojo se irritó ante tal comportamiento y los observó desde su posición. Eran cuatro, más bien corpulentos que atléticos, con un nivel de alcohol en sangre capaz de arruinar cualquier control de alcoholemia. El camarero intercambió unas palabras en inglés con ellos, pero solo consiguió ser objeto de burla. Rojo contempló la posibilidad de intervenir como agente de la ley, aunque no estuviera de servicio y fuera consciente de las posibles repercusiones. Después de todo, en el momento de las explicaciones y posibles denuncias, sabía que tendría que justificar también su presencia en el lugar. Por ello, optó por una alternativa menos directa.

Cuando el camarero se acercó a la barra, Rojo le preguntó:

—¿Algún problema con esos individuos?

—Lo habitual... —suspiró el camarero, visiblemente preocupado—. Están borrachos y no quieren marcharse.

—Retira los vasos de la mesa.

—¿Cómo dices?

—Hazme caso. Recoge todos los vasos que puedas de la mesa y te ayudaré.

El camarero lo miró con incredulidad, como si fuera el receptor de una broma. Era algo más joven que Rojo, pero delgado y aparentemente reacio a meterse en problemas.

—Escucha, déjalo estar. En el peor de los casos, llamaré a la policía, como suelo hacer.

—Evítate el mal trago y ahorra un par de horas limpiando cristales hasta que llegue la policía.

El camarero negó con la cabeza, recogió la bandeja y se aproximó a la mesa. El inspector tomó un último sorbo de su bebida, la acabó y se puso en pie, acercándose a ellos. En cuanto el

camarero retiró los vasos vacíos, Rojo se dirigió a la mesa.

—Es hora de irse.

La respuesta de los hombres fue incomprensible para él. Les lanzó una mirada de soslayo, identificando al primero que representaría un problema. Se trataba del situado a su izquierda, aunque el más provocador se encontraba al otro extremo. Su experiencia en situaciones similares le permitía anticipar los movimientos del adversario, especialmente si estos eran menos ágiles que él.

—Exit, la puerta —dijo, señalando la salida—. A vuestra puta casa.

Aunque no hablaban español, una de las palabras empleadas fue suficiente para que captaran el tono despectivo. Tal como había previsto, el más corpulento de la izquierda se levantó para confrontarlo. Lo que ignoraba era que Rojo ya lo había anticipado. Antes de que pudiera abalanzarse adelante, el inspector colocó la bota sobre el asiento y lo empujó hacia atrás, haciéndolo caer al suelo. Acto seguido, otro del grupo se levantó intentando golpearlo. Rojo retrocedió y adoptó una postura defensiva. El ataque, torpe y lento, fue fácilmente esquivado. Un golpe directo en el rostro fue suficiente para aturdirlo, provocando que se estrellara contra una columna. El hombre cayó de inmediato sobre una mesa. Finalmente, se levantó el aparente líder del grupo. Con más coraje que sus acompañantes, tomó un vaso de cristal como arma. El inspector, con un rápido movimiento, levantó la mesa y la empujó hacia él, causando que tropezara hacia atrás. Después, se acercó, le arrebató el vaso de las manos y le propinó otro golpe. El cuarto hombre, claramente asustado y sin intención de pelear o defender a sus compañeros, fue el último en reaccionar.

—¿Tú también?

—No, no, lo siento...

—Al carrer, ¡vamos!

Los cuatro se levantaron, apoyándose mutuamente y abandonaron el lugar. Contrario a lo que Rojo esperaba, el camarero estaba enfadado con él.

—¡Dios! ¡Has destrozado el bar!

—Mira el lado positivo... iban a destrozarlo de todas formas. Al menos, te has ahorrado unas horas de trabajo... y fregar unos vasos.

Rojo dejó el pub, aún con la adrenalina fluyendo en su cuerpo, y buscó un cigarrillo en el interior de su chaqueta. Eran la una y media de la madrugada, la cerveza había sido un buen remate, pero no terminaba de entender por qué había actuado así. Observó su mano, con los nudillos enrojecidos. Había utilizado a aquellos hombres como excusa para liberar su frustración.

—Esto no es bueno —se dijo a sí mismo, consciente de que su comportamiento podría escalar a situaciones más graves.

De camino a casa, notó que un vehículo lo seguía. Era un Peugeot oscuro y sospechaba que podría tratarse de agentes de la secreta.

«¿Qué diablos hacéis siguiéndome?», se preguntó, irritándose, aunque no descartó que fueran meras suposiciones suyas. Últimamente, estaba siempre al borde del nerviosismo y todo le parecía una conspiración. No obstante, a esas horas, el tráfico era nulo, especialmente tras la lonja.

Dejó Alfonso X El Sabio y tomó una calle perpendicular para comprobar sus sospechas. El vehículo mantuvo la distancia hasta que él se esfumó por el callejón. Instantes después, distinguió los faros a lo lejos. Aún perturbado por el incidente en el bar, se apartó, junto a los contenedores de pescado del mercado, esperando a que el vehículo pasase, y se quedó vigilando por el espejo retrovisor.

—Vamos, cobardes, pasad si tenéis cojones... Os vais a arrepentir.

El vehículo se detuvo a lo lejos y Rojo confirmó sus sospechas. Finalmente, en un gesto de desafío, tocó el claxon dos veces para incitarlos a avanzar, pero no obtuvo respuesta. Era consciente de que podría meterse en problemas si aquellos actuaban de manera oficial, pero algo no cuadraba y prefirieron no seguirle el juego. Esto le resultó aún más extraño. «¿Qué buscan?», se cuestionó. El coche avanzó unos metros, pero giró por la primera bocacalle y desapareció de su vista.

Eran las 6:45 de la mañana del martes y Rojo se encontraba tomando su segundo café, esta vez apoyado en la barra del bar situado frente a la comisaría. Aunque el local aún no había abierto y la persiana estaba bajada, su buena relación con el dueño le permitía disfrutar de esos pequeños privilegios.

—¿Se avecina un día intenso? —preguntó el dueño, mientras organizaba platillos y tazas sobre la vitrina.

—Más o menos —le dijo, pensando en la noche anterior.

—¿Te han vuelto a asignar algún caso?

Con una sonrisa como única respuesta, Rojo se quedó observando la eficiencia del hombre. Aún le sorprendía esa rutina matutina tan característica, de alinear las tazas y los sobres de azúcar sobre la vitrina, algo que había visto con frecuencia en Madrid, pero raramente en Alicante. A pesar de que el dueño era de Granada, Rojo supuso que había adoptado esa costumbre de otra región.

Tras acabar el café, se dispuso a pagar, pero el dueño rechazó el dinero.

—Invita la casa, la próxima es tuya.

—Como prefieras —respondió Rojo, colocándose sus gafas de sol estilo aviador y alejándose de la barra—. Nos vemos más tarde.

—A la orden, inspector.

Rojo se agachó para pasar bajo la persiana del bar y vio a Agulló de espaldas, revisando su móvil en las escaleras. De no conocerla, fácilmente la habría confundido con una estudiante universitaria. Para él, tenía toda la pinta.

—¡Oh! Buenos días —exclamó ella, sorprendida al verlo—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato —respondió él, sin entusiasmo, y sacó un cigarrillo arrugado del interior de un paquete aplastado—. ¿Has descansado bien?

—Sí. —La inspectora miró con rechazo el cigarrillo.

—Perfecto —comentó Rojo, comenzó a fumar y se encaminó a su Ford Focus aparcado en la zona policial—. ¿Me acompañas?

—¿A dónde? —preguntó ella, algo desconcertada—. No pienso subir al coche mientras fumas. Él guardó silencio unos instantes. Dio una última calada larga y lo apagó en el asfalto.

—Hoy te toca pisar la calle. No resolveremos nada desde la oficina.

—Pero le prometí al comisario una reunión a primera hora, para revisar la situación.

—¿Estás de broma?

Ella miró su reloj.

—No. La reunión es en diez minutos.

Rojo apretó los puños, conteniendo su enfado.

—¿Por qué no me lo comunicaste?

—Lo siento, me llamó anoche, justo después de irme.

«Maruenda llamando a deshora... Esto le preocupa más de lo que pensaba».

—Podrías haberme avisado.

—Habíamos quedado a las siete, ¿no es así? ¿Qué más da?

—Importa. No te habría costado nada mandar un mensaje.

Ella se inclinó ligeramente, dando un paso hacia él.

—Lo habría hecho si tuviera tu número... —dijo y observó la expresión imperturbable del inspector—. Pero, ¿de verdad vamos a discutir por esto?

—No, no lo haremos —le contestó, cambiando de dirección hacia las escaleras—. Resolvamos esto y volvamos a lo nuestro...

Ella suspiró, aliviada.

—Menos mal, pensé por un momento que...

—En la reunión, tú hablas. Yo solo apoyaré lo que digas.

—Está bien, como prefieras...

Al llegar a la puerta, Rojo se volvió hacia ella.

—Por cierto... Robles se une a nosotros.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—A partir de hoy.

—Pero, ¿por qué no lo has consultado conmigo?

—¿Qué más da? Además, no tengo tu número. No vamos a discutir por esto tampoco, ¿no?

Ella frunció el ceño, tragándose las palabras mientras el inspector continuaba su camino hacia dentro. Sin duda, su descuido le había costado caro, pero Rojo había sabido manejar la situación a su favor. Robles aún no estaba al tanto, pero seguramente recibiría la noticia con alegría.

El comisario los aguardaba en su despacho, como era habitual. Rojo, quien llevaba tiempo sin visitarlo, no extrañaba esas reuniones. Al entrar, el olor característico del lugar, invariable a lo largo de los años —una mezcla de naftalina, Brummel y limpiacristales— lo envolvió. Siguió a su compañera y tras saludar al superior, cerró la puerta detrás de ellos. Maruenda parecía sorprendido por la aparente complicidad entre la pareja y su expresión así lo reflejaba.

«Este cretino debe pensar que ha conseguido lo que quería».

—Me alegra y enorgullece ver que los valores y la camaradería han vuelto a este centro —comentó el superior, invitándolos a sentarse—. Aprecio su puntualidad.

Rojo no entendía el porqué de mantener esas formalidades. Aunque era comprensible que el comisario quisiera guardar las formas ante el público, no veía la necesidad de hacerlo con ellos, ahora que trabajaban juntos. Sin embargo, optó por no comentarlo, decidido a no interferir en sus asuntos mientras no afectaran los suyos. Dejó que Agulló llevara la voz cantante, consciente de que ella se entendía mejor con el comisario.

—Bien. ¿Qué tenemos? —preguntó Maruenda.

Rojo le dirigió una mirada cómplice a Agulló, dándole su visto bueno, aunque no lo necesitara. Estaba interesado en escuchar cómo se las arreglaría para esquivar ciertos temas sin mentir. Aunque no estaba seguro de si a ella le importaba su opinión al respecto.

—Hemos tenido poco tiempo para sacar conclusiones definitivas. Seguimos vigilando a los tres sospechosos —explicó ella.

—Ya veo —comentó el jefe, previsible en su escepticismo.

—Queremos interrogar a Llorens. Es nuestro principal sospechoso en relación con el asesinato de Samuel Antón.

—¿Llorens? ¿Por qué?

—Ya lo vio en la reunión. Es el sospechoso principal.

—Deme una prueba, inspectora.

Ella miró a Rojo.

—La descripción del portero y del personal de limpieza concuerda con su apariencia física.

Pero el comisario no parecía sorprendido.

—¿Es la única vía que contemplan?

Rojo carraspeó y se levantó para apoyar a su compañera.

—Lo que la inspectora quiere decir es...

—No hace falta que hable por ella, inspector —cortó Maruenda.

—No hablo por ella, solo simplifico su mensaje. Para algunos, cierta información es demasiado prematura —respondió Rojo, con firmeza.

—¿Agulló?

—La Científica ha confirmado que las huellas encontradas en el despacho de la víctima pertenecen a la misma persona. La suela del calzado corresponde a un número cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco, un número adecuado para una persona de grandes proporciones. Esto descartaría a los otros dos, además de que no hay pruebas que los conecten con el crimen.

—¿Y la hipótesis de ayer?

—Era solo una posibilidad —agregó Rojo—. Todavía no hemos interrogado a ninguno, pero Llorens se ajusta más al perfil.

—¿Está de acuerdo, inspectora?

Agulló asintió.

—Por eso queremos interrogarlo voluntariamente.

—Y a los otros dos también —añadió el compañero.

Maruenda los observó, pensativo, y luego preguntó:

—¿Entonces, no fue el cártel?

—No parece ser así —respondió Agulló.

—Exploran varias hipótesis. Una es que alguien aplicó la ley del Talión. ¿Y las demás?

—Un asesino solitario —dijo la inspectora.

—¿Qué les hace pensar que no es el inicio de algo más grande?

—Es pronto para asegurarlo —explicó ella.

—¿Qué más tienen?

—Una víctima y una familia destrozada —intervino Rojo, intentando suavizar la conversación.

Maruenda resopló y golpeteó con los dedos sobre el escritorio, pensativo. El inspector sabía que estaba maquinando algo.

—Es interesante que usted lo mencione, Agulló... —dijo el superior—. Pensé que sería Rojo quien hablaría de eso. Todos los caminos llevan a Roma...

—No entiendo a qué se refiere.

—No se haga el tonto, Rojo. No me obligue a hablar claro.

—Si se refiere al caso Maqueda, eso es agua pasada.

—No me haga reír. Sé lo que está pasando por su cabeza.

Rojo sonrió, algo inusual en él.

—No, no lo sabe. Maqueda está muerto. El caso está cerrado. ¿Me he perdido algo?

—No, solo ha perdido tiempo.

—De todos modos, debemos considerar todas las posibilidades —dijo Agulló.

Tras unos instantes, Maruenda concluyó la reunión.

—Quiero actualizaciones cada veinticuatro horas. No necesitan formalizarlo, pero avancen como crean necesario. Interroguen a esos tipos y, por favor, sin escándalos. La ciudad ya está convulsionada con las bandas. No necesitamos más problemas... Pueden retirarse.

Al salir, Maruenda llamó a Rojo.

—Inspector, ¿cómo está tan seguro de que Maqueda está muerto?

Este contuvo el aliento.

—Quiero creerlo. Ha pasado un año y creo que es un periodo de tiempo considerable como enterrar ciertos episodios.

—Pero no encontraron el cuerpo.

—No es necesario encontrar un cuerpo para dar a alguien por muerto. Tengo fe en ello.

Maruenda lo miró con sospecha.

—Tenga cuidado. La fe es un arma de doble filo... Nutre el alma con esperanza, pero en su sombra descansa la destrucción de muchas vidas.

Tras el encuentro, Rojo y Agulló abandonaron el despacho, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—¿Has oído eso? —preguntó Rojo mientras conducía hacia el centro de la ciudad. El último comentario de Maruenda le había dejado una huella profunda.

—Si yo fuera tú, no le daría mucha importancia. Solo está preocupado.

—Ya...

«En efecto, eso es lo que más me inquieta».

Ella lo miró de reojo y él captó ese gesto. Presintió que iba a decir algo más, pero la inspectora permaneció en silencio.

—¿A dónde vamos?

—Ya te lo he dicho. A ver a un amigo. —Rojo echó un vistazo al reloj del coche y se percató de que el tiempo volaba. Hacía tiempo que no sentía esa sensación. En la oficina, el reloj parecía detenido—. Es de confianza. Puede que arroje algo de luz en este caso.

—¿Tu amigo el periodista?

«No es uno cualquiera».

Cruzaron Maisonnave y subieron hacia Alfonso X El Sabio. Luego, al llegar al mercado central, el inspector giró a la derecha para adentrarse en las estrechas calles de lo que, de algún modo, era su barrio. Encontrar aparcamiento en esa zona era más difícil que ganar en la ruleta del casino, así que optó por el estacionamiento de pago frente al hostal. Agulló no protestó, algo que Rojo agradeció. Hacía tiempo que no compartía su tiempo con nadie. Quizá, años. Desde su época con Gutiérrez, no había encontrado comodidad en la compañía de otro. Aunque la policía era su vida, nunca tomaba el trabajo como algo personal. Sin embargo, ninguno había estado a su altura, ni siquiera Maqueda, a pesar de lo que era. Consideraba a Robles y a Ramos como

compañeros confiables, pero pertenecían a una generación con principios muy distintos a los suyos. Agulló tenía un modo de ser diferente, correcto, pero intervenía lo justo.

Caminaron hasta llegar a un cruce y después torcieron por la calle perpendicular. Ella parecía no conocer bien esos rincones, detalle que sorprendió al inspector. Después de todo, aquello era el centro de Alicante, una de las zonas más transitadas. Pero también sabía que una cosa era conocer el mapa y otra, muy distinta, recorrerlo.

Llegaron al bar Guillermo, que seguía igual, con su toro en el rótulo y un interior de mesón que no había cambiado en décadas. Hacía años desde su última visita. Aquel lugar había sido su refugio, no obstante, su relación con Laura cambió algunas costumbres. «¿Cuándo te convertiste en otra persona?», se preguntaba sin hallar respuesta. Durante un tiempo, temió que Maqueda lo siguiera, que conociera sus rutinas. Eso lo hacía vulnerable. Con el paso del tiempo, dejó de frecuentar ese lugar y su vida adquirió un matiz más sombrío. Sin darse cuenta, todo había cambiado y se encontraba atrapado en una oficina, de nueve a cinco. Los recuerdos lo invadieron por un instante. Se sentía como si hubiese traicionado una parte de sí mismo.

—¿Pasa algo? —preguntó la inspectora al verlo detenerse frente a la puerta—. ¿Es aquí?

Rojo se quitó las gafas de aviador y asintió en silencio.

Entraron y él se dirigió directamente a la barra. Era la hora del almuerzo y la clientela matutina ocupaba gran parte de ella. La inspectora parecía tranquila, pero se detuvo a ver la decoración. Él notó que no era su tipo de lugar.

—¿Qué quieres tomar?

—Nada, gracias.

Rojo se acercó a la barra buscando a su contacto, que aún no había llegado. Al encontrar con la mirada al camarero, un gesto de sorpresa iluminó el rostro del hombre, quien se acercó efusivamente, extendiendo la mano.

—Rojo... —dijo y miró a la mujer—. Vaya, ha pasado tiempo. Creíamos que te habías ido.

—Hay épocas así.

El camarero volvió la vista hacia Agulló, cuya belleza no pasaba inadvertida.

—Vosotros diréis.

—Mi compañera no desea nada, pero yo sí. Un café amb misteri.

—¿Nada más?

—No, estamos esperando.

—Enseguida...

Rojo suspiró, ansiando algo que lo relajara.

—Te conocen bien aquí —comentó ella, echando otro vistazo—. ¿Vienes a menudo?

—Venía.

—Tiene su encanto.

—Ya. No es tu estilo.

Ella lo miró.

—No salgo mucho.

—¿Haces algo más que estudiar?

El camarero sirvió el café y Agulló se fijó en él cómo vertía coñac en la taza.

—Aquí tienes, jefe.

—Gracias —respondió.

—¿Y tú? ¿Haces algo más que beber?

Rojo sonrió con una mueca, sin que se notara demasiado.

—Dejé la bebida hace tiempo. —Removió el coñac con la cucharilla y la colocó en el platillo.

Tras un sorbo, sintió el calor del café y el ardor del coñac en su garganta, como un bálsamo—.

Esto no es beber, inspectora.

—No quiero entrometerme en tu vida.

—Entonces, no lo hagas.

—No deberías beber en horario laboral.

—Esto tampoco es trabajo.

Ante la mirada confiada del inspector, ella prefirió no abrir el conflicto. Rojo no le daba miedo, pero le imponía respeto o eso notaba él en su lenguaje corporal.

—Espero que esto no sea una pérdida de tiempo —dijo ella al comprobar la hora. El invitado no aparecía por ninguna.

—Lo sería si siguiéramos en la oficina —contestó y le dio un repaso con la mirada—. ¿Qué es lo que te incomoda?

—¿A mí? —preguntó, como si no fuera con ella—. No me incomoda nada.

Él dejó a un lado el café e intentó centrarse en la profundidad de sus ojos. Quería comprender qué había en su cabeza.

—No es sobre el caso.

—Ya te he respondido.

—Es sobre mí... ¿Cierto?

Agulló puso los ojos en blancos y dio un soplido.

—No eres el centro del universo, Rojo, ni tampoco el de mis pensamientos... Solo quiero ser competente y cumplir con mi trabajo. Nada más.

—No te preocupes por eso. Cuando terminemos, le haremos una visita a Rojas a su oficina. Ella lo miró, extrañada.

—¿Qué? Te lo he dicho antes.

—Antes me has dicho que es un tipo con malas pulgas, no que sea inaccesible.

—Sigues en tus trece. Sé por qué lo haces, pero ahora debemos centrarnos en Samuel Antón —explicó, haciendo hincapié en la víctima—. No podemos acusarlo como si tuviéramos la certeza de que él es el hombre del vídeo que te he mostrado. Además, se supone que...

Rojo le tocó el hombro de manera amistosa, pero ella no recibió el gesto con agrado.

—Respira, inspectora... —la interrumpió para que se relajara—. Nadie ha mencionado nada al respecto. Es necesario hablar con Rojas antes de que lo perdamos, solo eso.

—¿Perderlo?

—No seas ingenua. Es probable que los tres estén al corriente de nuestra situación. No somos invisibles.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Sin embargo, con «El Francés» lo tenemos más complicado —dijo y se le ocurrió algo que podría funcionar—. Para acercarnos a él, tenemos que hacerlo de manera accidentada.

—¿Alguna idea?

Rojo miró hacia la puerta y terminó lo que quedaba en la taza, sintiendo el poso del café y del coñac en su garganta.

—Algo se nos ocurrirá.

La conversación se desvaneció cuando una tercera figura se aproximó para saludar a Rojo. Inesperadamente, una mano lo agarró del hombro en señal de saludo. Era él, llegando tarde y, al parecer, sin preocupación alguna por ello. Los ojos del inspector se posaron en el hombre, con su peinado ondulado y despreocupado, típico de un vividor, y una sonrisa de juguista dibujada en su rostro. Rojo pensó que, al menos, se había esmerado en vestir para la ocasión con una camisa azul celeste y pantalones beige.

—Llegas tarde.

—Yo también me alegro de verte, Rojo.

—Agulló, te presento a Gabriel Caballero —dijo, incluyendo a la inspectora en la conversación. Ella lo examinó con discreción y él le devolvió una sonrisa que pareció estrellarse

contra la balda de botellas que había tras ella—. Él es quien te mencioné.

—Encantada.

—El placer es mío, inspectora —dijo el periodista, manteniendo su sonrisa insinuante—. Debes ser muy competente en lo tuyo...

Rojo levantó una ceja.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Rojo no suele llevar compañía.

—Pero yo, sí —matizó ella.

—¿Qué tomas, juntaletas?

Caballero vaciló un momento.

—Un vermú.

—Ahora comprendo por qué os lleváis bien.

—No te dejes llevar por falsas impresiones.

Agulló observaba atónita el entorno. Le resultaba sorprendente que ambos hombres comenzaran a beber antes del mediodía, aunque no eran los únicos en el bar que lo hacían. Rojo percibió su sorpresa. Bastaba con ver su expresión. Eso le indicó que a la inspectora aún le faltaba mucho por conocer sobre la vida en la calle.

El vermú llegó a la barra.

—Salud —exclamó el periodista, antes de dar un trago—. ¿En qué puedo ayudaros?

Ella miró a su compañero.

—Confía en mí y confía en él. Ya te lo he dicho.

—Soy de confianza —añadió él—. Los amigos de Rojo son mis amigos.

—No te pases de listo, amic meu.

—¿Y este lugar? ¿Podemos hablar aquí?

—Por favor...

—Todo está bajo control, Agulló.

Ella arqueó las cejas, resignada.

Rojo adoptó una postura más seria y se colocó de espaldas a la pareja de hombres de detrás de ellos. Luego se dirigió al contacto y a la inspectora.

—Caballero, estamos involucrados en un caso y quizá puedas ayudarnos con algo.

—¿Se trata del empresario? He leído la prensa.

—Así es.

—Vaya —comentó ella, sorprendida—. El que no corre, vuela.

—Lo he visto en las noticias. Problemas financieros, dicen. Por supuesto, no hay quien se crea lo que dicen. Yo tampoco lo haría y sé de lo que hablo.

—Mejor así.

—¿Qué sabes sobre la Internet profunda?

La pregunta descolocó al periodista por un momento. Sus ojos se encontraron con los de la inspectora y luego con los de Rojo.

—¿Te refieres a la Deep Web?

—Exacto. No me gustan los anglicismos.

Caballero se notaba incómodo hablando del tema.

—Lo básico, lo que sabe cualquiera.

Rojo carraspeó y él captó la indirecta. Entonces, Agulló comprendió el significado de aquel gesto que su compañero repetía.

—Es un lugar al que preferiría no volver, la verdad. ¿Qué relación tiene con el caso que lleváis entre manos? ¿Drogas, armas, pedofilia? Nada de lo que viene de ahí es motivo de alegría.

—Somos nosotros los que hacemos las preguntas.

—Como siempre, claro. Yo estoy para servir.

—Caballero tiene una larga trayectoria investigando sectas y organizaciones secretas —apuntó el inspector, aclarando la razón por la que lo habían citado—. También tiene un profundo conocimiento sobre la farándula de la ciudad y los ambientes en los que se mueven.

—Así es.

—¿Qué sabes del Francés?

—Estáis de coña, ¿verdad?

—No.

El escritor se apartó el mechón ondulado de la frente y dio otro sorbo a su bebida. Parecía cada vez más incómodo hablando del tema, pero el apoyo de Rojo podía convencerlo.

—¿Te pasa algo? Pareces mudo.

El periodista miró de reojo a ambos y dudó un momento antes de hablar.

—No hace falta que me digáis que tiene relación con la muerte de ese empresario —aclaró, pero los otros dos esperaban una respuesta más detallada—. ¿En serio?

—No te hemos dicho que la tenga —le aclaró ella.

—El Francés es un tipo peligroso, todo el mundo ha oído hablar de él, y tiene fama de no mancharse las manos. ¿Está involucrado en este caso?

—Podría ser... —dijo Rojo.

—¿De veras que queréis abrir ese melón?

—El único melón aquí... es el que tienes por cabeza —le dijo Rojo.

—Por favor... —dijo la inspectora, intentando suavizar el tono de su compañero.

Caballero los observó de nuevo y, finalmente, terminó su bebida de un trago. Después dejó el vaso sobre la barra y pidió otro vermú.

—Está bien, vosotros lo habéis pedido. Será mejor que nos sentemos... Esto puede llevar un rato.

El periodista les indicó que se acomodarían en una mesa del salón, lejos del ruido y de los demás clientes. Aunque no era el lugar más reservado para hablar, la urgencia del asunto y la aparente comodidad del periodista allí hicieron que fuera la opción elegida. Una vez sentados, él pidió una ración de ensaladilla para acompañar la bebida. Rojo, sin mostrarse contrario, añadió media ración de jamón ibérico. La inspectora observaba con incredulidad la dinámica entre los dos hombres.

—¿Hay algo que te preocupa, inspectora?

—Son las once y media de la mañana.

—Es una buena hora para esmorçar —añadió el compañero.

—Debo estar viviendo en un mundo paralelo.

El periodista, retomando el hilo de la conversación, comentó:

—Debéis estar tras algo realmente turbio. Todo lo que rodea a ese hombre es así.

—¿Es cierto lo que se dice sobre él? —inquirió ella, intentando obtener información.

—No sé qué dicen, pero sí sé lo que he visto y lo que realmente ocurre... No es un matón, pero sí conoce a los que eligen quién debe morir. Con el currículo que tiene, se ha convertido en un relaciones públicas de lo peor de la provincia.

—Es irónico escucharte decir eso.

—Precisamente por eso, Rojo.

—Vamos al grano, Caballero.

—No sé lo que buscáis... —comenzó, bajando la voz—, pero intuyo que el interés con este tipo tiene relación con el empresario y la Internet profunda.

—Tan astuto como siempre.

—Cuando el río suena, agua lleva, Rojo...

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó la inspectora.

Él dio un trago a su vermú y se aclaró la garganta.

—No me sorprendería que alguien se hubiera puesto en contacto con él para matar a ese hombre. Las razones no las conozco, pero es vuestro trabajo averiguarlas. Lo único que os puedo decir es que el Francés conoce a todos los de arriba y los de abajo en esta comarca. Está metido en todo y puede conseguir todo lo que le pidas.

—¿Todo...? —preguntó ella, interesada—. ¿A qué te refieres exactamente con «todo»?

—A todo, inspectora. La Internet profunda es un lugar muy oscuro donde puedes hallar aquello que no debería existir... Cosas que te hacen perder la fe en la humanidad. El morbo y la crueldad son ilimitados, pero también son los negocios... y ese tipo sabe sacar tajada de todo ello.

—¿Por qué la policía no interviene en esto? —preguntó ella a su compañero.

—Porque no es un lugar para la policía —intervino el periodista—. Es así de simple.

—Nosotros decidimos eso —replicó ella—. ¿Cómo accedemos a esa Red?

Caballero sonrió.

—Ya te lo he dicho. No es posible, al menos no convencionalmente.

—Pero tú has tenido acceso.

—¿Qué? No, de ninguna manera... —dijo, mirando a Rojo—. Puedes conectarte, pero no tienes a dónde ir, sin una dirección específica. Es como conducir por una carretera secundaria llena de caminos cortados. Alguien te tiene que dar acceso.

—Entiendo.

—¿Qué buscáis exactamente? Si me dais más detalles, quizá pueda ayudar.

Rojo era consciente de lo que intentaba Caballero. Era astuto, pero también entrometido. Con él, había que mantener cierta distancia.

—Sospechamos de Ricart y consideramos una posible conexión con la víctima. Ambos solían comer en el restaurante Dársena, aunque no hay pruebas de que lo hicieran juntos.

—Ajá.

—¿Te dice algo? Tú vas mucho por allí.

Caballero inclinó la cabeza y frunció el ceño, mostrando una mezcla de picardía e interés. Esperaron a que el camarero se alejara tras servir las raciones para continuar la charla.

—No te creas, algunas veces... Pero, sí. Sé a lo que te refieres.

—Pues ya tardas en hablar.

El inspector le hizo una señal para que no se anduviera con rodeos.

—Esto son rumores, pero...

—Caballero...

—Dicen que es el Francés quien lleva la gerencia de las apuestas ilegales de las peleas.

Rojo y la inspectora intercambiaron una mirada contundente.

—¿Peleas?

—Pensaba que estabais al tanto de ellas, pero ya veo que no... —les explicó—. Desde hace un tiempo, se organizan combates ilegales de madrugada, en los que se mueve mucho dinero. Son peleas a muerte, por lo que la puja es alta. Muchos empresarios se reúnen en estos eventos para negociar entre ellos y es Ricart el que los pone en contacto.

—Para negociar, ¿eh?

—Por supuesto, piensa mal y acertarás. Ni Hacienda ni la policía están al tanto de los acuerdos que se cierran en esas tribunas.

—¿Qué clase de negocios llevan a cabo? —quiso saber la inspectora.

Caballero se rascó la barbilla, vacilando antes de continuar. Parecía comprometido al hablar sobre el asunto.

—Desde el lavado de dinero a la prostitución, el narcotráfico o el alquiler de sicarios. Todo lo que pidas, el Francés te lo puede conseguir. Además de eso, muchos de los luchadores acaban trabajando para los empresarios que acuden a esas veladas, ya sea en bandas organizadas de aluniceros, como seguridad privada o haciendo algún favor a cambio de dinero. Es una red con rotación, por lo que la tela de araña nunca termina de tejerse del todo.

—¿Crees que podrían encargarse de la muerte? —le preguntó la inspectora.

—Por supuesto. No me sorprendería.

—Has dicho que Ricart conoce a los de arriba y a los de abajo.

—Así es.

El inspector miró a su compañera por segunda vez.

—Vamos, Rojo, tú sabes algo y no me lo quieres decir.

—Hay muchas cosas que sé y que no pienso compartir contigo.

En ese momento, el inspector recordó sus primeros años en el cuerpo de policía en Cartagena. Las imágenes acudieron a su mente: las cintas VHS encontradas en la casa de los sindicalistas, grabaciones caseras de rituales sexuales en las que aparecía Elsa, su exmujer. Aquella investigación lo sumergió en lo más oscuro del ser humano. Ahora, sentía que nunca había salido completamente de aquel infierno. «Mare meua», pensó, dándose cuenta de la dureza de aquella

reflexión. Jamás imaginó que aquel episodio, ahora tan lejano, pudiera tener relación con lo que decía el periodista. Pero Caballero no conocía toda la historia, ni estaba cerca de saberla.

—Para resumir y sin rodeos, ¿cómo podemos colarnos en esas veladas? Sabemos que no hay un método convencional, pero somos conscientes de la situación en la que te has visto envuelto, y nosotros también. Ella es de confianza, así que habla claro.

Caballero suspiró profundamente, negando con la cabeza en silencio, su sonrisa habitual desaparecida, adoptando un semblante más serio.

—Quisiera poder ayudaros, pero solo tengo rumores e información no confirmada. Mis investigaciones me han llevado por otros caminos, que dudo que estén relacionados con esto.

—Solo dinos cómo establecer un primer contacto —insistió la inspectora—. Nosotros nos encargaremos del resto.

—No es tan fácil... y lamento decirte que las mujeres, en particular, no son bien recibidas allí, al menos como invitadas.

—Era de esperar.

—Hasta donde sé, no existe un acceso virtual, sino en persona. Es como un club privado. Necesitas ser aceptado por otros miembros. Después, puedes acceder a los nodos de la red virtual. Es como un Facebook para criminales.

—¿Cuál es la razón?

—No lo sé, supongo que la red de servidores es limitada y descentralizada, ubicada quizá en Sudáfrica, Venezuela o Rusia. La red es lenta y restrictiva. Es un lugar peligroso, frecuentado por usuarios aún más peligrosos, que están fuera de la comarca. Se rumorea que hay gente muy poderosa involucrada en esto, a nivel nacional e internacional... y salir de esa red, normalmente termina mal.

—Todo esto suena a una de tus novelas.

—Ojalá lo fuera, pero la realidad suele superar la ficción.

—No entiendo cómo no había escuchado nada de esto antes.

—Todavía estabas en pañales, Agulló —el comentario molestó a su compañera—. Sin ofender.

—En resumen, inspectora, porque esta conversación no existe oficialmente, ¿has oído hablar de los casos de Alcàsser o Bar España...?

—No empieces con eso, Caballero. Ya se demostró que eran bulos.

—No lo niego, pero los bulos son un buen punto de partida.

—Déjalo estar.

—Estamos hablando de los años 90. Una red de políticos, militares de alto rango, celebridades, millonarios... Todos en un centro de menores, haciendo atrocidades. Rituales, abusos, grabaciones... Todo es escalofriante.

—No hay pruebas reales.

—Eran solo ejemplos para ilustrar. Si eso ocurrió en los orígenes de Internet, ¿qué no puede pasar ahora?... La tecnología es un avance para todo, también para el mal.

—Supongo que nos lo has contado todo.

—En serio, no sé qué buscáis, ni qué relación tiene ese empresario con todo esto... —explicó, intentando despejar las dudas—, pero me hago una idea de lo que os ronda por la cabeza y considero que deberíais profundizar en el asunto, antes de meteros en un lío como ese.

—¿Y qué nos ronda, listillo?

Caballero, ignorando la provocación, explicó:

—La primera vía, y la más probable, que a ese hombre lo hayan matado por una cuestión personal... Hoy en día, y después de cómo está la situación en la ciudad, no me sorprendería que alguien se hubiese presentado en su oficina, con ganas de darle un susto que termina mal... Luego está la segunda vía, más fantásica, aunque también plausible, y es que Samuel Antón tuviera una deuda pendiente con Ricart. En ese caso, tenéis que preguntaros si queréis cruzar esa línea.

—Lo pensaré —dijo Rojo.

—¿Inspectora?

Agulló, sin vacilar, respondió:

—¿Una deuda económica?

—No te puedo responder a eso. No conozco a ninguno de los dos, pero, por lo que comentáis, estoy seguro de que encontraréis la respuesta en el restaurante.

—Dinos qué hay que hacer para entrar.

—Ya te lo he dicho. Necesitas una invitación.

Rojo ladeó el rostro y arqueó una ceja de manera inquisidora. Su amigo conocía esa mirada y no traía nada bueno.

—A estas alturas, quieres que me crea que tienes toda esta información de oídas...

—Yo no he dicho tal cosa, Rojo. Puedes creértela o no...

El inspector se acercó al periodista y la tensión aumentó por un instante. Entonces, Rojo lo miró fijamente, sin decir una palabra, y le dio una palmadita en la cara, como advertencia.

El gesto fue suficiente para que el otro entendiera que era un asunto serio. Por gestos como ese, se habían iniciado grandes peleas.

Caballero respiró profundamente antes de continuar y echó un vistazo al bar. En el fondo, Rojo sabía que pretendía impresionar a su compañera.

—Está bien... espero no arrepentirme... —dijo, exhaló todo el aire y se dirigió a los policías—. Conozco a alguien que me debe un favor. Es el responsable de una tienda. Dile que vas de parte de Jimmy.

—¿Jimmy...?

—Es una larga historia. —Caballero se frotó el rostro, pareciendo preocupado—. Coméntale que estás interesado en asistir a una pelea, que te gustaría probar. Sé generoso con la propina.

—¿Estás bromeando?

—Me has pedido una manera de entrar. Ahí la tienes. Tranquilo, no pasará nada.

—¿De qué va todo esto, Caballero?

—De lo que te he contado. Las organizan en el Pla de la Vallonga.

—¿Has asistido a algún combate?

—No... —reconoció, avergonzado—. No he tenido suficientes agallas para hacerlo... Una cosa es tentar a la suerte y otra, muy diferente, quedar con la muerte.

—Entiendo. No es lugar para los blandos.

El periodista se encogió de hombros. Las palabras parecían resistirse a salir de su boca, como si temiera pronunciarlas en voz alta.

—Dicen que algunos hacen carrera ahí.

Esa explicación fue suficiente para entender la conexión con las peleas.

Terminaron el almuerzo, desviando la conversación hacia temas más ligeros e intentando evitar que el encuentro quedara marcado por el amargo sabor de una investigación sórdida. Rojo pagó la cuenta y los tres salieron del lugar, para dirigirse en direcciones opuestas.

—Gracias por la información.

—A vosotros por el almuerzo —respondió el periodista y se dirigió a la inspectora—. Ha sido un placer, inspectora. Espero que la próxima vez podamos celebrar algo juntos.

—Entendido —dijo ella, mostrándose distante y parca en palabras.

—Vaya, esperaba más cordialidad.

—Sigue soñando, escritor.

—Nunca dejaré de hacerlo. La perseverancia es la clave del éxito —dijo y estrechó la mano del inspector—. ¡Ah! He olvidado un detalle importante.

—Por supuesto.

El periodista se acercó al inspector para susurrarle algo en privado.

—Lo siento por ella, pero deberás ir solo. Ya sabes a qué me refiero.

Los ojos de Agulló se abrieron de par en par.

—Comprendido.

Luego le dio una palmada en el hombro en señal de camaradería.

—Lleva mucho cuidado, Rojo. Son tipos muy peligrosos. No les importará que seas policía.

—Lo intentaré, amic meu.

—Adiós, inspectora.

El periodista le dedicó una última sonrisa y se puso las gafas Wayfarer para protegerse del sol, luego caminó cuesta arriba. Los dos inspectores lo observaron hasta que desapareció por una calle lateral.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Rojo, mirándola de detrás de sus gafas de aviador.

—Un fanfarrón.

—No esperaba menos de ti. —Rojo comenzó a caminar hacia el aparcamiento. Al llegar, buscó unas monedas en el bolsillo de su pantalón para pagar el ticket en la máquina y luego se dirigieron hacia el coche—. Pero debemos considerar esa opción.

—No nos ha proporcionado nada concreto, Rojo —comentó ella, una vez dentro del vehículo.

«En realidad, nos ha dado justo lo que necesitábamos».

Le apetecía fumar un cigarrillo, pero no quería hacerlo delante de la inspectora. Arrancó el motor y maniobró para salir a la calle.

—Llama a Robles. Pídele que vaya a la oficina mientras visitamos a Rojas.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Eres la jefa, ¿no es así?

—En ese caso, ¿por qué no conduzco yo?

—Porque es mi coche.

—¿Y qué hay de Llorens?

—¿Qué ocurre con él?

—Es nuestro sospechoso principal.

—Pronto descubriremos si eso es cierto... Esta noche nos espera nuestra primera guardia juntos.

Ambos eran conscientes de que el encuentro con Guillermo Rojas no sería precisamente cordial. Rojo conducía el Focus mientras Agulló contemplaba el paisaje a través de la ventanilla, sumida en el silencio. Cruzaron la ciudad en dirección al centro comercial Gran Vía y se dirigieron hacia el norte hasta llegar a la calle Montesinos, una extensa vía que marcaba el inicio del fin del área urbana.

—¿Estás segura de que es por aquí?

—Es la información que nos han proporcionado nuestros compañeros —respondió—. ¿Por qué debería cuestionarla?

—Preferiría que no me hicieras esa pregunta.

Transitaban por una zona residencial de relativa tranquilidad, aunque con escasa actividad, típica de las afueras. A Rojo le desagradaban las áreas urbanas diseñadas exclusivamente para vivir, sin el carácter de los barrios, sin historia, habitadas por familias jóvenes en búsqueda de un nuevo hogar lejos del bullicio de la ciudad. Para él, ese bullicio era esencial, como una parte vital de la actividad urbana. En su fuero interno, necesitaba sentirse integrado al ritmo de las calles, en lugar de desvanecerse lentamente en una comunidad de vecinos, iluminada únicamente por la luz de los televisores en las salas de estar, por la noche.

Al abandonar una rotonda, avistaron el cartel de un establecimiento situado en los bajos de un edificio de apartamentos.

—Debe ser allí —indicó Agulló, al notar el rótulo de una tienda de calzado. Rojo estacionó frente al local y observó el escaparate desde su asiento. El lugar parecía austero para ser una tienda de zapatos, lo que le llevó a pensar que quizá fuese un espacio de exposición de la marca o de productos descatalogados.

Bajaron del Focus y se dirigieron hacia la entrada. Dentro, reconocieron a Guillermo Rojas, que presentaba el mismo semblante áspero que Agulló había descrito en la presentación. Rojo no auguraba nada bueno. Rojas, sentado tras su escritorio, discutía por teléfono, con un aspecto familiar para Rojo: barba de dos días, mirada aguda y suspicaz, cuello robusto, pero no obeso, y un traje de pésimo gusto. «Un individuo de negocios turbios», pensó. La cadena que pendía de su cuello y los anillos de oro en sus dedos no hacían sino confirmar su pertenencia a una estirpe anticuada de los negocios sucios. Al entrar ellos, el empresario alteró el tono de su conversación telefónica y colgó de inmediato.

—Buenos días —saludó Agulló, adelantándose—. Quisiéramos hablar con el señor Rojas.

—No está aquí —respondió, lanzándoles una mirada esquivada.

«Empezamos bien», juzgó Rojo, quien se adelantó y tomó asiento, un gesto que no fue del agrado del zapatero. A continuación, mostró su identificación.

—Deseamos hacerle unas preguntas.

—Deberían haberlo dicho antes, inspector...

—Rojo y Agulló —se presentó ella, tomando asiento mientras el hombre esbozaba una sonrisa forzada y nerviosa. Por su comportamiento, Rojo percibió su tensión interna—. ¿Por qué nos ha mentado?

—Porque no tengo por qué informar a desconocidos sobre mi presencia. Ahora que ya me conocen, ¿en qué puedo ayudarles?

Agulló sacó una fotografía de Samuel Antón.

—¿Reconoce a este hombre?

El empresario examinó la foto y negó con la cabeza.

—No. ¿Es importante?

—Se trata de Samuel Antón y estamos investigando su muerte —explicó ella. Rojo escuchaba atentamente, aunque intuía que perdían el tiempo. Lo notaba en la expresión del interrogado. En otras circunstancias, habría actuado de forma diferente—. Según nuestra información, visitó su oficina el lunes pasado y lo llamó el jueves desde su teléfono personal.

La noticia desconcertó al empresario, que miró a la inspectora con desdén.

—¿Han estado espiándome?

—¿Por qué nos miente, señor Rojas?

—¿Qué diablos sé yo de todo esto? Mejor guardar silencio hasta que me lo aclaren, ¿no creen?

—Comience por explicar de qué conocía al empresario.

El hombre hizo un gesto de impaciencia y agitó las manos antes de responder.

—Realmente no lo conocía. Coincidimos en un almuerzo e intercambiamos números. Me sugirió que lo llamara para discutir un asunto de negocios...

—¿Qué tipo de negocios? —inquirió Rojo.

El interrogado bajó la mirada, molesto por la interrupción, y tras una pausa, respondió:

—Exportaciones.

—¿De qué clase?

—Zapatos —dijo, señalando a su alrededor—. ¿De qué más? Me dedico al calzado.

—Samuel Antón era propietario de una compañía de contenedores.

—Exactamente. Contenedores, zapatos, exportaciones... No es complicado, ¿verdad, bonita?

—Modere su lenguaje —advirtió Rojo, causando un sobresalto en el otro—. Entonces, nos confirma que conocía a Antón.

—Ustedes lo hacen por mí.

—Ha admitido que estuvo en su oficina.

—Sí, es posible, pero, ¿qué más da? Visito muchas oficinas —dijo y su tono empezó a tensarse—. Mi negocio es vender, y en este juego, el que no se mueve, pierde.

—¿Cuál es su actividad aquí?

—¿Otra vez con eso? Vender calzado. ¿No es obvio?

—No me da la impresión de ser una tienda convencional, ni de que usted atienda al público.

—¿Quiere que le enseñe un catálogo? Podría hacerles un buen precio.

Para evitar escalar el conflicto, Agulló se acercó a la mesa.

—Preferiríamos ver su cartera de clientes.

—No puedo. Eso sería ilegal.

—No si obtenemos una orden para que nos la entregue —explicó la inspectora—. Y, de ser así, aprovecharíamos para comprobar que toda la documentación de su empresa está en regla, señor Rojas.

El empresario, visiblemente molesto, acabó accediendo a colaborar.

—Está bien... Esperen aquí. Iré al almacén a buscar el archivo, aunque les advierto que es un mastodonte.

—No se preocupe por el peso.

Rojas se levantó alisándose la chaqueta y se dirigió hacia el almacén, con el porte de un matón de discoteca, hasta que desapareció tras la puerta.

—¿La cartera de clientes? —preguntó Rojo.

—Quizás encontremos más conexiones con la víctima.

—Lo dudo. Nos está engañando desde que entramos. Está metido en esto.

—Hay que intentarlo.

—Lo siento, pero me da que perdemos el tiempo aquí... —dijo y suspiró al notar, a través de la ventana del fondo, una figura moviéndose entre los setos del otro lado—. ¡Mierda, Agulló!

Rojo se levantó de un salto.

—¿Qué sucede?

—¡Está huyendo!

El inspector corrió hacia la parte trasera del local, para acortar distancia con el empresario. Mientras tanto, Agulló se dirigió hacia el coche, pero recordó que no tenía las llaves. Con el corazón acelerado, Rojo distinguió al sujeto, avanzando a grandes zancadas por el desolado camino de asfalto y baldosas. A su derecha se encontraba un gran supermercado, y un poco más adelante, una valla que bloqueaba el acceso a un vasto solar en construcción, conectado a un edificio de viviendas en proceso de finalización.

—¡Alto, Rojas! —gritó, reduciendo la distancia entre ellos.

El hombre ignoró la orden y saltó la valla con agilidad, para luego correr hacia la obra. Rojo vio a la inspectora acercándose por el otro extremo.

Ambos cruzaron la barrera y avanzaron por el descampado en su persecución. Rojo se sorprendía de la resistencia del fugitivo, consciente de que su propia forma física había decaído, afectada por el alcohol y el tabaco. Al fin, alcanzaron el edificio en construcción, donde Rojas se les perdió de vista.

—Yo subiré y tú esperas aquí abajo —le indicó a su compañera, quien intentó replicar—. Confía en mí, Agulló. Quédate afuera, por si intenta escapar. No podemos dejarlo huir.

—De acuerdo, tú sabes lo que haces.

Rojo accedió a la estructura, aún accesible, y observó las escaleras que conducían a la primera planta. Era consciente de que aquel no era el escenario ideal para jugar al gato y al ratón, pero la situación se había vuelto personal.

Desenfundó el arma y ascendió sigilosamente, preparado para cualquier contingencia. Sabía que Rojas trataría de esquivar la captura, a toda costa.

«Los tipos como él siempre tienen más que perder fuera, que dentro de la comisaría», pensó, aludiendo a su evidente familiaridad con las autoridades.

Al llegar al primer piso, inspeccionó el entorno sin encontrar nada, hasta que un ruido en el piso superior captó su atención. Subió las escaleras, con cautela, ganando visibilidad progresivamente. De repente, sin que lo esperara, Rojas le golpeó por detrás con una tabla. Rojo

disparó y cayó al suelo. El estruendo resonó en el vacío, alertando a la compañera, y el fugitivo echó a correr.

Rojo, cubierto de tierra y polvo, se volteó hacia el hueco de las escaleras, solo para contemplar cómo Rojas huía.

—Cojonudo...

Momentos después, Agulló apareció.

—¿Qué ha ocurrido?

Al verla tan desconcertada, Rojo comprendió que habían perdido a Rojas.

Cuando llegaron a la comisaría, Robles aguardaba en su escritorio, girando en la silla al estilo de un astronauta y mostrando un evidente aburrimiento.

La pareja de inspectores no había cruzado una palabra en todo el camino. Rojo no estaba de humor y ella se sentía estúpida por haberlo perdido. De alguna manera, habían pactado no contar nada al respecto.

—Si sigues así, acabarás tirando el café —comentó Rojo al verlo. El inspector detuvo su movimiento giratorio al oír su voz.

—¿Qué has descubierto? —inquirió Agulló—. No tienes buen aspecto.

—Gracias por el cumplido... No he pegado ojo en toda la noche. —Se frotó los ojos, visiblemente enrojecidos—. Pensaba que las vigilancias eran tarea de los novatos. ¿Qué tenéis vosotros?

«Un buen dolor de espalda y a un cabrón en busca y captura».

—Deja de quejarte. Apenas es martes. Debes entender la gran responsabilidad que asumes.

—Claro que sí... —dijo con un suspiro—, pero estaría mejor si me dejarais ir con vosotros.

—No me toques la moral, ¿quieres? —El comentario no pasó desapercibido para el compañero, ni para Agulló—. Cuéntanos qué tienes sobre Llorens.

—No ha habido nada raro al respecto. Ayer salió de casa para hacer la compra en el Mercadona y luego se dirigió a un edificio en la calle Italia.

—¿Una visita?

—No. Resulta que allí trabaja como profesor.

—Creía que...

—Sí, pero parece que necesita el dinero. Hemos revisado la información y descubrimos que es una escuela clandestina para estudiantes de secundaria. El caso típico. El local está arrendado y el inquilino es un autónomo, probablemente el mismo que dirige la academia. Los demás profesores también trabajan de forma irregular.

—Eso no nos aporta mucho.

—Lo sé, pero es lo que hay. De todos modos, la asociación entre jóvenes y Llorens me pone los pelos como escarpas.

—Sigue.

Robles captó el malestar del inspector.

—Luego volvió a casa y pasó la noche en el salón, viendo la televisión hasta las dos de la madrugada. La película debía ser buena.

—¿Estaba solo?

—Por supuesto.

—¿Estáis seguros?

Robles mostró su irritación ante tantas preguntas, como si cuestionaran su trabajo.

—Escucha, Rojo, sé lo que he visto.

—Vale. —El inspector se pasó la mano por la barbilla, todavía procesando la información proporcionada por Caballero. No quería descartar a Llorens tan rápido. Tenía un aire sospechoso y los prejuicios a menudo aciertan. Algo en su interior le decía que había algo raro en él—. Robles, ya no es necesario que sigas con la vigilancia.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Acabas de decir que no es lo tuyo.

—Pero... —La voz de Robles denotaba inseguridad.

—La inspectora y yo te necesitamos con nosotros. En primera línea.

Al oír esto, la preocupación y la sensación de fracaso en el rostro de Robles se transformaron en alegría. Pero era consciente de que no se lo iban a regalar. De repente, el teléfono móvil de Rojo empezó a sonar, atrayendo todas las miradas.

—¿No vas a contestar? —preguntó la inspectora.

Él sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y comprobó el número.

«Oh, no. Otra vez... Lo siento, pero ahora no tengo tiempo para discusiones», pensó al ver el nombre de Laura en la pantalla.

—Inspector...

—¿Qué pasa?

—El teléfono. Sigue sonando.

Rechazó la llamada y el terminal se silenció.

—Ya, no importa.

Los otros dos se encogieron de hombros. El móvil volvió a sonar.

—Disculpad... Será solo un momento —dijo, viendo que era otro número desconocido—.

Agulló, ponle al día sobre la situación.

Se alejó hacia una oficina vacía y cerró la puerta.

—¿Dígame?

—Soy yo.

—Ah. —Reconoció la voz del interlocutor y se alivió de que no fuera ella otra vez—. Te la juegas al llamar a este número.

—Tengo lo que pediste. ¿Acaso esperabas que lo llevara a tu casa?

—¿Algún problema con eso?

—No soy un repartidor de pizza.

—De acuerdo. Te escucho.

—¿A qué hora sales?

—De aquí uno nunca se va. Ya sabes cómo es esto.

—Nos vemos en una hora. En el lugar de siempre, como siempre, y lo de siempre.

—Claro... *Dit i fet.*

Rojo volvió a la sala donde había dejado a sus dos compañeros.

—¿Todo bien? —preguntó Agulló, su tono revelando la prisa que le había causado la llamada.

—Necesito salir un momento... Volveré en un par de horas. Tengo que atender un asunto personal.

Ella lo observó, buscando alguna explicación más detallada en su rostro.

—De acuerdo.

—Asegúrate de poner a Robles al corriente de la investigación.

—Eso es justo lo que estábamos haciendo.

—Muéstrale todo —enfaticó Rojo—. Es el único en quien confío.

Las palabras del inspector llenaron de orgullo a Robles, quien se sonrojó al oírlas.

Rojo salió apresuradamente. Necesitaba llegar a tiempo a su cita y aún tenía que buscar un cajero para obtener el dinero necesario para la transacción. Salió del edificio sin llamar la atención y caminó hacia su Ford Focus. Al subirse al coche, sintió una mezcla de alivio y nerviosismo. Encendió un cigarrillo para calmar la ansiedad y puso la radio. Disfrutó de la primera calada mientras empezaba a sonar una vieja cinta de grandes éxitos de Black Sabbath. Se dirigió al cajero más cercano y retiró mil euros en dos operaciones. Luego, guardó el dinero en un sobre de burbujas amarillo y lo colocó en la guantera. Cumplido el primer objetivo, se adentró en el tráfico de la tarde y se dirigió hacia el aparcamiento subterráneo de El Corte Inglés de Maisonnave, un lugar que detestaba tanto como a la cadena de centros comerciales. Sin embargo, sabía que un sitio concurrido era ideal para pasar desapercibido. «El centro comercial es el parque de atracciones de los adultos», solía decir.

Dio una vuelta a la manzana y se desvió hacia un lateral del gran edificio. Descendió por la rampa de asfalto, apagó el cigarrillo y entró en el aparcamiento.

«Ahora a ver dónde carajo estás...», pensó mientras reducía la velocidad.

El aparcamiento era un largo corredor que atravesaba toda la calle. Apagó la radio y condujo en línea recta hasta que vio parpadear las luces de un vehículo. Encontró una plaza cercana y aparcó allí. Sabía que las precauciones nunca eran suficientes, y lo que estaba a punto de hacer era no solo ilegal, sino potencialmente peligroso. No le preocupaban tanto las irregularidades como la posibilidad de que su contacto lo traicionara. Se dijo que la lealtad era un valor cada vez más escaso.

Tomó el sobre de la guantera y se aseguró de que la pistola estuviera bien sujeta en su cintura. Con la chaqueta puesta, pasaría inadvertida. Observó a través del espejo retrovisor el movimiento de los clientes en el aparcamiento. Tras unos segundos, salió del Ford y caminó con disimulo hasta un BMW 320 de color verde aceituna. Reconoció de inmediato al conductor. Con discreción, abrió la puerta del acompañante y se subió.

—Apestas a tabaco. Eso te matará algún día —dijo el hombre sentado al volante, sin mirarle a los ojos.

—La vida nos mata a todos.

Era un tipo robusto, mayor que él, con barba blanca y una gorra de cazador. Un policía curtido en las calles, no en los despachos. Tenía una voz ronca, acento sureño y una mirada intensa.

—¿Tienes lo mío?

—Sí —respondió Rojo, entregándole el sobre—. Si quieres, puedes contar el dinero.

—No me jodas, Rojo. No somos criminales.

«Por eso nos escondemos en un aparcamiento».

—¿Dónde está mi parte?

El hombre señaló la guantera y suspiró.

—¿Por qué desconfías de ella?

—Solo tomo precauciones.

—¿Las mismas que conmigo? —preguntó, mirándolo de frente—. ¿Crees que no me he dado cuenta de que vas armado?

Rojo no reaccionó ante la provocación y se encogió de hombros. Abrió la guantera y sacó una carpeta azul transparente.

—En mi situación, no puedo confiar en los demás. No lo tomes como algo personal.

—Ya... Te entiendo. Este trabajo cambia a las personas, pero esa chica no representa un peligro para ti.

—Y yo debería creerte.

—Deberías. Gutiérrez lo habría hecho.

Mencionar a su antiguo compañero era un truco para hacerlo más receptivo. Después de todo, había sido el nexo entre ambos, aunque ya no estuviera vivo para verlos trabajar juntos.

—El comisario la ha asignado directamente. Eso no me genera confianza.

—Maruenda es un comemierda que no sabe manejar situaciones delicadas... No entiendo las decisiones de la Jefatura. Bueno, en realidad, no hay nada que entender, pero la inspectora no tiene la culpa. Es solo otra pieza en este juego de dominó.

—Igual que yo.

—No. Tú eres un grano en el culo. Es diferente.

—Eso de Maruenda es tu opinión.

—Ahora eso no importa —dijo, sin apartar la vista del frente—. Ya he cumplido mi parte, con el estado y con mi servicio.

—Y yo con la mía.

—Pero debo decirte que este será el último favor que te hago.

—¿A qué le temes?

—Maldita sea, a nada. A estas alturas...

—¿Están investigándote?

—No.

—¿Quieres más dinero?

—Vete al carajo. Nunca lo he hecho por dinero.

El inspector estaba confundido.

—Entonces, ¿qué sucede?

El hombre lo miró.

—Tengo cáncer, Rojo. Los médicos no me dan esperanzas, y eso que son unos embusteros.

—Lo siento.

—No, déjalo. No quiero lástima de nadie. Me voy con la conciencia tranquila, pero quiero parar y disfrutar con mi familia lo que me queda.

—Entiendo.

—No soy nadie para dar consejos, pero deberías formar una familia. Te lo dice alguien que ha dedicado su vida a la comisaría, olvidándose de los suyos.

—Ya lo intenté y no funcionó.

—Ya sabes a qué me refiero... Alguien que te importe más que el trabajo.

—Lo tendré en cuenta.

—Esa chica no te causará problemas si la tratas con respeto. Su padre murió por el Cuerpo. Todo está ahí... Pero ten cuidado con el caso que llevas, puede traerte grandes problemas.

—No sabía que tenías un mensaje para mí.

—No lo tengo. Como excomisario, sé reconocer los problemas a la distancia —respondió e hizo una pausa breve—. Dime una cosa. Tú nunca has sido un buen lector, ¿verdad?

—¿Es una pregunta trampa? Porque no estoy para acertijos.

—¿Has leído alguna vez la Divina Comedia?

—No.

El hombre no se mostró sorprendido.

—Es igual... Mira, seguro que te suena ese cuadro de Botticelli, el que representa los nueve círculos del Infierno...

—Puede ser, aunque no tengo la cabeza ahora mismo... ¿A qué viene esto, Llanos?

—Digamos que, lo que investigas, no es muy diferente al abismo de los nueve círculos del cuadro... ya me entiendes. Es mejor cumplir y cerrar el capítulo, antes de seguir excavando.

—Quiero pensar que me estás hablando de trámites burocráticos...

—Tú y yo, sabemos cómo funciona esto, Rojo... Una vez que caes, cada paso hacia arriba es una agonía que solo los condenados comprenden.

—En cristiano, me estás advirtiéndome de que puedo meterme en un buen lío.

—Ese sería un buen resumen.

—Vaya. ¿Algo más? No querrás arruinarnos nuestra última reunión.

—Cuida tus espaldas.

—Siempre lo hago.

—Y sé que seguirás haciéndolo hasta que mueras.

El hombre le extendió la mano y Rojo la estrechó firmemente. Sus dedos eran gruesos y su piel áspera, como la corteza de un árbol.

—Una última cosa... Cuando puedas, aléjate del mal. Este no cambia, pero acaba cambiándote a ti.

—Tomo nota.

—Espero que te vaya bien. No nos volveremos a ver.

Rojo asintió y no dijo nada.

—Gracias. —Salió del coche con el informe en la mano y caminó hacia su propio vehículo, sin mirar atrás. Un sentimiento extraño lo invadió. Quizás porque no podía asimilar que fuera su último encuentro.

«Enfrentar a la muerte es más valiente que sucumbir ante ella».

Subió a su coche, dejó el informe en el asiento del copiloto y salió del aparcamiento. Antes de tomar la salida, echó un último vistazo por el espejo retrovisor. El BMW del excomisario Llanos seguía aparcado en el mismo lugar.

En el mesón alicantino El Bocaíto, especializado en tapas y arroces, Rojo se deleitaba con una cerveza de barril acompañada de ensaladilla rusa y un par de montaditos de lomo adobado y mojama con tomate. El ajetreo lo había dejado exhausto y necesitaba reponer fuerzas para lo que le esperaba por la tarde. Afortunadamente, o desafortunadamente, aún restaba mucho por afrontar en el día. Aprovechando la calma y soledad del lugar, echó un vistazo rápido al informe sobre Agulló, que el excomisario Llanos le había facilitado. No se sentía orgulloso de ello, pero pronto reflexionó sobre la poca utilidad del orgullo en la vida. Quisiera o no, este encargo sería el último que le solicitaría a Llanos. La noticia recibida le había apenado, pero así era la existencia, difícil en su mayoría, con breves momentos de felicidad. Comió con voracidad, meditando sobre la pista proporcionada por Caballero. A pesar de las sospechas de Agulló, Rojo conocía lo suficiente al periodista como para confiar en su palabra.

Con una mirada, confirmó la fiabilidad de la inspectora, tal como Llanos le había indicado. Poseía un historial impecable y admirable, algo poco común, y su padre había sido inspector años atrás. Intentó recordar, pero no logró asociar el apellido con ningún superior con quien se hubiera encontrado previamente. Era comprensible, dada la cantidad de personal que trabajaba en esa comisaría y los giros de su carrera profesional. Conforme el local se llenaba de clientes, decidió posponer la revisión del informe. Ya tenía la seguridad necesaria para continuar colaborando con ella. Inicialmente, temió que el comisario la hubiera asignado para apartarlo. Era una maniobra característica de Maruenda, pero Rojo, para el superior era un auténtico incordio. A pesar de los continuos obstáculos y su aparente desinterés por las directrices oficiales, permanecía en su puesto por ser el más competente y porque ambos se necesitaban. No obstante, esta vez parecía que Maruenda estaba decidido a resolver su «problema» creando otro.

Al concluir el almuerzo, Rojo miró la hora y solicitó la cuenta.

No había recibido noticias de Laura, algo que agradecía, ni de los inspectores, que calculaba que seguirían en la comisaría. Tomó el periódico del día mientras esperaba a pagar y ojeó los titulares de la prensa local. Uno en particular, que anunciaba un aumento de la tensión entre empresarios y el Ayuntamiento, con una foto del alcalde y el presidente de la Asociación de Empresarios de Alicante, captó su atención. La noticia revelaba cómo la carencia de información sobre el asesinato de Samuel Antón generaba alarma entre los empresarios, quienes demandaban transparencia por temor a una delincuencia extrema e incontrolable. Aquella no era una buena imagen para el turismo de la ciudad. El alcalde apelaba a la calma y urgía a las autoridades a ofrecer una explicación convincente a los ciudadanos.

«Palabrería barata y hueca, propia de la clase política».

Rojo plegó el diario y lo dejó en su lugar, reflexionando sobre cómo la prensa exacerbaba la situación con falsedades y cómo los políticos, en lugar de pensar en los ciudadanos, se cubrían de gloria utilizando los titulares para sus intereses. Comprendía el temor de los empresarios, especialmente tras los recientes operativos policiales en las zonas portuarias. No obstante, este caso era distinto. Samuel Antón no tenía vínculos con el narcotráfico, ni con la extorsión a empresarios, a pesar de que lo hubiese creído en un principio. Reconoció, en ese momento, que la aparición de Maqueda en el asunto le hizo cambiar de opinión por completo. Posiblemente, por eso Maruenda mantenía silencio y quería que los subordinados tomaran ejemplo. Por eso, había elegido a la inspectora como cabeza de investigación y no a él. Ella era la única persona capaz de cerrar la boca y obedecer, sin cuestionar las razones. Estaba bien jugado, pensó, pero percibía una situación explosiva, con el reloj contando regresivamente hacia ellos dos. Solo era cuestión de tiempo antes de que la investigación alcanzara un punto crítico y caótico.

Conseguir de manera extraoficial informes sobre otros agentes se había convertido en una práctica habitual para él durante los últimos años de su carrera. Aunque estaba satisfecho de que esa etapa llegase a su fin, se alegraba de tener la última prueba que necesitaba para confiar plenamente en Agulló. Las horas avanzaban y la tarde entraba en ese momento en el que el cuerpo comienza a sentirse perezoso. Calculó que la noche caería antes de lo esperado, y con ella, el cierre de los comercios. Pronto se vería nuevamente en la misma situación de antes, acompañado y sin margen de maniobra. Era imprescindible aprovechar esa libertad momentánea antes de que la rutina se impusiera de nuevo en su jornada. Con las últimas advertencias del excomisario resonando en su mente, y la conversación mantenida esa mañana en el Guillermo, solicitó a su teléfono que buscara la dirección proporcionada por el periodista. Aunque la investigación se centraba en Llorens, no quería descartar otras hipótesis tan rápidamente. La aplicación le señaló un punto en la ruta hacia el norte de la ciudad, en la avenida Jiménez Díaz, cerca del PAU 1. Se cuestionó qué encontraría en esa tienda y por qué su contacto le había enviado allí.

El caso le producía malestar.

A pesar de saber que Caballero era propenso a las fantasías y a alimentarse de rumores y teorías conspirativas, lo consideraba lo suficientemente inteligente como para discernir entre lo relevante y lo trivial y hablar con seriedad cuando se le requería. Lamentablemente, Rojo debía resolver el caso cuanto antes. Lo que realmente importaba no era lo que se ocultaba tras esas personas ni en qué problemas estuviese involucrado Samuel Antón. Para él, lo crucial era que Maqueda había acabado bien fileteado. No obstante, no podía olvidar lo que había visto en aquel teléfono. Conocía al exsargento, o al menos creía conocerlo en varias de sus facetas. Tras su

propia experiencia, estaba convencido de que acabar con él no habría sido tarea fácil, pero alguien lo había conseguido, y la prueba era irrefutable. A Maqueda lo habían colgado como a un cabrito antes de ser sacrificado.

«Solo alguien muy peligroso puede hacer algo así».

Desafortunadamente, no tenían mucho margen para investigar más a fondo. Si se demoraban en encontrar un culpable, el problema recaería sobre ellos con Maruenda. Sin embargo, se preguntaba hasta dónde estarían dispuestos a arriesgarse él y su equipo.

«Esa chica no te causará problemas siempre que la trates con respeto. Su padre murió por el Cuerpo. Está todo ahí... Pero el caso que llevas puede acarrear grandes complicaciones».

Las palabras del excomisario cobraban ahora más sentido, llevándolo a reflexionar sobre su significado y quién estaría detrás de todo ello.

La avenida, un anillo que rodeaba la zona urbana de la ciudad, carecía de densidad poblacional y estaba adornada con palmeras, un fallido intento de emular las avenidas californianas con edificaciones bajas y tiendas espaciadas, como las que aparecen en las películas estadounidenses. A su paso, lo único que veía eran grandes comercios, hipermercados y tiendas de considerable tamaño. Al llegar a su destino, según el navegador móvil, se encontró frente a un enorme establecimiento de chapa pintado de naranja, construido con dos contenedores industriales de metal superpuestos. En la fachada, un logotipo negro rezaba «Fitness World», y un rótulo luminoso colgaba en un extremo, apagado a esas horas.

—Demonios, Caballero. ¿Dónde me has enviado? —murmuró para sí mismo antes de bajar del coche. Guardó su arma en la guantera y acto seguido hizo lo mismo con su teléfono móvil. No tenía idea de lo que encontraría dentro, pero no quería que supieran que era policía.

«Eso los ahuyentaría».

Se acercó al escaparate, observando la multitud de botes de proteínas y suplementos. Aunque nunca había estado en un lugar así, se recordó a sí mismo que siempre hay una primera vez para todo.

Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro.

—Maldita sea... —murmuró en voz alta, comprobando la hora en la pantalla de su teléfono. Al lado de la puerta descubrió el botón de un timbre y lo pulsó dos veces, antes de regresar al escaparate en busca de alguna señal de vida. El interior estaba oscurecido y obstruido por carteles con figuras musculosas, que no permitían ver más allá de las sombras. Contó los segundos en silencio, esperando un milagro que parecía no llegar. Si se demoraba, Agulló le reprocharía la tardanza, pero eso le importaba poco.

Justo cuando empezaba a aceptar el fracaso de su visita, oyó un llavero agitándose al otro lado de la puerta. De repente, el cerrojo cedió y la puerta se abrió hacia adentro. Un hombre de ojos azules, con el cabello rapado y la piel amarillenta por el exceso de rayos UVA, asomó la cabeza. Su cráneo tenía la forma de un televisor.

—¿Has tocado? —le preguntó al inspector, evidenciando tensión al reconocer que no se trataba del tipo de cliente habitual de la tienda.

—Sí.

—¿Qué necesitas?

—Un suplemento.

—Estamos cerrados.

«Claro, el típico trato al cliente», pensó Rojo, avanzando hacia él.

—Vengo de parte de Jimmy —dijo para tantear su reacción.

La expresión del hombre se congeló, pero el inspector no sacó conclusiones precipitadas. El exceso de ácido hialurónico en su rostro le daba una apariencia paralizada.

—Jimmy.

«¿Acaso necesitas que lo repita, cabeza de melón?»

—Exacto, has oído bien.

El hombre miró a su alrededor y le hizo un gesto para que entrara.

—Pasa —le dijo, y Rojo siguió sus pasos hasta el interior de la tienda. Observó al hombre, de gran envergadura, con brazos y pecho musculosos y tatuados, y una camiseta de tirantes negra con el logotipo de la tienda. Los tatuajes, ahora comunes y no exclusivos de bandas como antes, formaban parte de una estética generalizada. Rojo dedujo, sin necesidad de preguntar, que el hombre estaría bajo tratamiento de hormonas, dada la anormalidad de sus músculos, y probablemente se dedicaría a algo relacionado con la seguridad o el gimnasio.

«Un golpe de esos brazos y te envía al otro mundo», pensó, observando los bíceps abultados del hombre.

El interior de la tienda era un mar de suplementos, proteínas y alimentos para culturistas. Un mundo ajeno y poco atractivo para Rojo, donde todo se medía en calorías y grasas. El hombre se movía con dificultad debido al tamaño de sus muslos y brazos. Tras cerrar la puerta con llave, se dirigió al mostrador. Rojo notó una puerta trasera en el almacén.

—Así que vienes de parte de Jimmy... —comentó el hombre.

—Sí —respondió con certeza, aunque algo le decía que no iba todo bien. El otro lo examinó de arriba abajo, inquietándolo.

—¿Puedes quitarte la chaqueta? Quiero ver tu físico, ya sabes.

Rojo, aunque extrañado, accedió. Se quitó la chaqueta, dejando a la vista su cuerpo protegido por una camiseta negra de manga corta.

—Hmm, no sé... ¿Cuál es tu especialidad?

—¿Qué?

—En el combate.

Tras un breve silencio, Rojo se volvió a poner la chaqueta.

—Disculpa, pero...

El hombre se mostró impaciente.

—Tu especialidad en el combate, quiero saberla.

—Boxeo —respondió Rojo.

—¡Ah! —exclamó el hombre, sorprendido—. Tiene sentido.

—Si tú lo dices...

—Me refiero a tu físico —aclaró, sacando su teléfono—. Supongo que Jimmy ya te explicó cómo funciona esto.

—Más o menos.

—Es tu primera vez, ¿verdad?

—Sí.

—¿Has hecho algo similar antes?

—Quizás.

—No hay nada igual.

Rojo se mordió el labio, consciente de su ignorancia sobre el tema.

—Por supuesto. ¿Cuándo es?

—Dame tu número y te llamo cuando haya algo. Necesitamos encontrar un rival adecuado.

«¿Un rival? Maldito Caballero».

Aunque no podía culpar al periodista, decidió seguir adelante.

—No tengo miedo.

—Eso dicen todos, hasta que se acojonan. Nadie apostará por ti si caes en el primer minuto.

Aún había tiempo para retractarse, pero sabía que el combate era su única entrada a ese mundo.

Dictó su número y el hombre lo anotó.

—Sento —improvisó, recordando su diminutivo de Vicente en valenciano.

—Bien, Sento —dijo el hombre, terminando la conversación.

Al salir, Rojo sintió un aire húmedo y una sensación extraña, como si estuviera a punto de ser atrapado. «Sento», se repitió, recordando que hacía años que no usaba ese nombre. Miró el rótulo de la tienda, consciente de que no le gustaba nada de lo que rodeaba ese lugar, pero ya estaba decidido. Pronto descubriría qué ocurría allí y la conexión con el caso. Volvió al coche, arrancó el motor y revisó su teléfono. Laura y la inspectora Agulló lo habían llamado.

La primera tendría que esperar, pensó, dirigiéndose a la comisaría.

Comenzaba a anochecer en la ciudad y Rojo sentía que el caso se complicaba cada vez más, enredándose en una madeja que lo ralentizaba todo. Decidió llamar a la inspectora, pero ya no estaba en la comisaría. Tanto Robles como Agulló, cansados de esperar su llegada, se habían dirigido al domicilio de Llorens para iniciar la vigilancia en cuanto saliera de la academia donde trabajaba como profesor. Durante la llamada, notó el tono de molestia de su compañera, quien no hizo esfuerzo alguno por disimularlo. Rojo, a menudo incapaz de trabajar bien en equipo, tal vez por su soltería o por sentir que envejecía rápidamente, prefería no tener que rendir cuentas a nadie más que a sí mismo.

Se dirigió en coche hacia la parte baja de la vieja estación de autobuses. Allí, identificó el Peugeot policial, aparcado en una esquina, y la figura de la inspectora al volante. «Es lo que hay, Robles. Ella es la jefa», pensó, acercando su vehículo hasta detenerse a su lado. El ruido del motor hizo que la inspectora girase instintivamente.

—¿Llego a tiempo para las confesiones?

—Llegas tarde —respondió ella con cierta acritud.

—Tranquila —le dijo y se dirigió al otro—. Robles. Ya puedes irte a casa.

Mientras Rojo ocupaba la calle, un vehículo que le seguía, un Audi TT negro, comenzó a tocar el claxon impacientemente. El conductor, un joven de unos treinta años, con aires de superioridad, parecía tener mucha prisa. La música electrónica que sonaba en su coche era tan fuerte que retumbaba en el interior del Ford de Rojo. Sin ganas de problemas ni de llamar la atención de Llorens, Rojo hizo un gesto amable al conductor para que esperase un momento. Avanzó unos metros y se colocó en un vado, dejando espacio suficiente para pasar, pero el conductor del Audi continuó con el claxon.

—¡Muévete, hostia! —gritó el joven, acelerando de forma agresiva.

Manteniendo la calma y sin querer perder más tiempo, el inspector sacó su arma de la guantera y la colocó en su cintura antes de bajar del coche y dirigirse hacia el Audi. Al acercarse, vio la tensión y la actitud desafiante del conductor.

—Escucha, tienes espacio de sobra para pasar...

—¡Que te apartes, imbécil!

Rojo intentaba mantener la situación bajo control. Miró a ambos lados de la calle y respiró hondo antes de clavar su mirada en el rostro del conductor.

—Te lo diré por última vez... O pasas o retrocedes y desapareces.

—¿Tú quién coño eres para darme órdenes?

—Te contaré hasta tres.

—Oye, no me calientes. Si me bajo, te arrepentirás.

—Uno...

El conductor se quitó el cinturón de seguridad y apretó los dientes con fuerza.

—Dos...

Rojo se retiró la chaqueta, dejando a la vista la culata de su pistola. La expresión del conductor cambió de inmediato.

—Y tres.

Cuando el inspector se apartó del coche y sonrió, el Audi salió disparado, calle abajo, girando bruscamente en la bocacalle del final. El incidente había terminado y Rojo esperaba que sirviera de lección al joven conductor. Después de todo, los tres policías estaban inmersos en algo más importante y se habían ahorrado un problema mayor.

Regresó caminando hacia el coche patrulla y se acercó a la ventanilla.

—Robles, llévate el coche. La inspectora viene conmigo.

—¿Qué? —preguntó ella sorprendida—. No pienso subir a tu coche. Huele a tabaco.

—Hazme caso. El olor del mío tiene solución. Este coche huele a policía secreta.

Agulló cerró con ímpetu la puerta del coche.

—No me parece bien —manifestó. Su malestar era palpable. Le molestaba el sonido de guitarras, por lo que giró el dial de la radio para reducir el volumen.

—Eh. —Rojo inclinó su rostro y le lanzó una advertencia—. Tranquilízate.

Ella negó con la cabeza.

—¿Siempre consigues lo que quieres?

—Robles está destrozado. Mejor que descanse un poco. Además, te he dado mi palabra.

—Empiezo a dudar de su valor...

—¿Un mal día?

—No, Rojo, lo que ocurre es que...

—Entonces, no seas intransigente y guarda tu enfado —sentenció sin alzar la voz. No pretendía reprenderla ni ofenderla. Quizá sus maneras no fuesen las más apropiadas, o tal vez Agulló no estuviese acostumbrada a tratar con gente como él. En el fondo, él solo quería que entrara en razón y comprendiera que su actitud era inapropiada.

—¿También fumas en el coche?

—Sí —se acercó a la radio y apagó la música—. ¿Tienes hambre?

—Algo. Pero deberíamos esperar a Llorens.

—¿Qué hará que hoy sea diferente?

—No lo sé. Pero siempre hay una primera vez.

Robles desapareció de la calle y Rojo ocupó su lugar, considerándose afortunados por haber hecho el relevo sin levantar sospechas. Desde allí, podía observar la silueta de Llorens a través

de la ventana del aula, alargada y distorsionada como la de un espárrago gigante. No comprendía cómo lo habían contratado para trabajar con jóvenes, con ese aspecto.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —los ojos de la inspectora se posaron en la guantera. El inspector tensó la espalda, anticipando sus intenciones—. Tienes algo en la cara.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, sonrojada—. ¿Dónde?

Había sido rápido, pensó, sospechando de su curiosidad por conocer lo que había en el interior del compartimento. Por suerte, era una táctica infalible que distraía a cualquiera, aunque sabía que la curiosidad volvería a ella, tarde o temprano.

—Haz así —indicó, frotándose el pómulo. Ella lo imitó—. Ya está. Sería una mota de polvo.

—Gracias...

—¿Qué tal con Robles?

—Bien, supongo.

—¿Bien? Es un buen hombre. Un poco reservado.

—No me lo ha parecido.

—¿No? Tal vez le gustes.

—Creo que ha intentado flirtear conmigo.

—Estupendo.

—No es que no me atraiga, es que no es apropiado. Además, se le nota a leguas.

«Entonces no te disgusta».

—Espero que no sea un obstáculo.

—No, en absoluto. No mezclo el trabajo con mi vida personal. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Si separas tu vida personal de la profesional.

Él se rio, sin desviar la mirada del portal que vigilaban.

—No. No hay nada que separar, no tengo vida personal —respondió con ironía y señaló hacia la puerta—. Es él, ¿verdad?

Agulló se enderezó.

—Sí. Arranca el coche.

—No, espera —dijo, observando a Llorens, que parecía decidir su rumbo. Miró a ambos lados de la calle, pero no los vio. Por sus movimientos, además de ser un tipo extraño, era evidente que ocultaba algo o que pretendía hacerlo. Rojo podía reconocer esa mirada a kilómetros. La había

visto antes, marcada en el rostro de las personas, como el color de sus ojos. El sospechoso se alejó del portal y caminó hacia una esquina.

—Lo vamos a perder...

—Espera, ¡caramba!

Luego, el sospechoso permaneció allí unos minutos. Sacó un cigarrillo y lo encendió, fumando nerviosamente mientras observaba el portal de donde había salido.

—Esto no me gusta...

—¿Qué hace?

—Está esperando a alguien... —explicó y, en ese momento, vio a una joven que salía del edificio. Era rubia, vestía una camiseta que acentuaba su escote y unos vaqueros ajustados. Llevaba su mochila a la espalda y estaba absorta en su teléfono móvil. La chica mantenía aún ese brillo adolescente que separa la inocencia de la edad adulta. Rojo sintió un nudo en el estómago y un agudo pinchazo en el abdomen. La urgencia de fumar un cigarrillo, de destrozar algo, lo invadió. De alguna manera, podía intuir las intenciones de aquel depravado, pero necesitaba una prueba para detenerlo.

—¡Rojo, se va! —le alertó la inspectora, al ver que Llorens se alejaba.

—No, no... —dijo, señalando a la joven con el dedo—. La sigue.

—¿Estás seguro?

—Desgraciadamente.

—Debería bajar.

—No. Entonces la vigilancia se irá al traste. Tenemos que dar la vuelta a la manzana. Vamos a sorprender a ese desgraciado.

Llorens parecía hacer lo mismo para provocar un encuentro casual con la joven, o eso creían ellos. Pusieron en marcha el coche y bordearon la calle, encontrándose, para su mala suerte, en un atasco típico de esa hora.

—Maldición...

Agulló no esperó más instrucciones. Se desabrochó el cinturón y abrió la puerta del coche.

—¿Adónde vas?

—No permitiré que ese degenerado se acerque a ella.

—¿Estás segura? Es nuestra oportunidad de interrogarlo.

—No importa. Encontraremos otra manera —dijo y salió del coche. Rojo la observó caminar apresuradamente hacia la esquina.

«Has visto demasiadas películas, chica».

Tras varios minutos de espera, logró incorporarse a la calle perpendicular y giró para regresar a la vía por la que, supuestamente caminaba la chica. Un instante después, su mirada se agudizó como un radar, buscando señales de la joven, del sospechoso o de la inspectora. Pero no había rastro de ninguno. Avanzó lentamente con el coche hasta la siguiente calle. La oscuridad y la mala iluminación de las farolas dificultaban su visión. Entonces, el teléfono comenzó a sonar.

—Inspectora...

—Los he perdido, Rojo.

—¿Qué?

—No sé... No los veo...

Respiró hondo antes de responder.

—¿Dónde estás?

—He seguido a la chica, pero ha entrado en algún lugar. Estoy tres calles más arriba, cerca de un callejón estrecho.

—¿Y Llorens?

—Lo tenía detrás, pero también lo he perdido de vista.

—Voy a recogerte. Estoy cerca —dijo al divisar, a lo lejos, una silueta femenina hablando por teléfono—. Creo que te veo.

—Te espero aquí —contestó ella y colgó al oír un pitido.

«Batería baja», le indicó el teléfono, a punto de apagarse.

Aceleró hacia su compañera, haciendo rugir el motor. Inconscientemente, echó un vistazo al espejo retrovisor derecho para asegurarse de que ningún coche emergía inesperadamente, cuando, por casualidad, reconoció la siniestra figura de aquel hombre.

—¿Qué carajo?

La calle estaba desierta. Agulló, de espaldas, esperaba junto a dos contenedores y al mencionado callejón, sin percatarse de su presencia. Llorens, en cambio, la había divisado a lo lejos y ahora avanzaba hacia ella con una mirada ausente fijada en su nuca, exhibiendo un lenguaje corporal que no presagiaba nada amistoso. De repente, incrementó su paso y extrajo algo del bolsillo de su chaqueta.

Rojo trató de contactar a Agulló, pero su teléfono se apagó justo en ese instante. El sospechoso se aproximaba cada vez más a la inspectora, que seguía dándole la espalda, atenta en la dirección contraria, aguardando a su compañero.

Afrontando un dilema, el inspector contempló sus opciones. Podía interceptarlo, pero también existía el riesgo de asustarlo. Pensó que, por algún motivo, el destino había conspirado para que

esa noche atraparan a ese cerdo. Solo necesitaba actuar con astucia y rapidez para evitar un desenlace catastrófico. Tomó aire y redujo la velocidad del coche para no alertar al individuo. Llorens pasó frente al vehículo sin prestarle atención y continuó su camino hacia la inspectora. Era el momento de Rojo. Debía decidir si esperar a que el sospechoso se aproximara a ella o intervenir antes de que pudiera herirla. «Nada bueno puede salir de la mente de ese degenerado», se dijo a sí mismo y dejó el coche en punto muerto.

Con el corazón latiendo a toda velocidad y una sequedad desagradable en la boca, reflexionó sobre su próxima acción. En otras circunstancias, se habría mantenido al margen para lograr su objetivo.

«El fin justifica los medios, Rojo», solía decirle Gutiérrez años atrás.

Pero esa filosofía ya no formaba parte de su ética profesional. Algo en su interior, un impulso visceral, le impedía permitir que esa situación escalara. Apagó el motor y salió del coche. La calle permanecía en penumbra y en silencio. Corrió hacia ellos y entonces lo vio. Llorens estaba a pocos metros de Agulló, listo para sorprenderla por detrás. Era más alto y robusto de lo que sugería su fotografía. Rojo aceleró el paso, desesperado. El individuo la abordó por la espalda antes de que pudiera reaccionar y, con una navaja en el cuello, logró silenciar su grito. Con la otra mano, intentaba adormecerla con un pañuelo, pero Rojo no estaba dispuesto a permitirlo. A un metro de distancia, no pudo oír lo que le decía. Agulló tampoco podía verlo, eclipsada por la imponente figura del extraño.

—¡Alto! —ordenó desde atrás, empuñando su arma y apuntando hacia él. Antes de que Llorens respondiera, soltó a la mujer y se giró hacia Rojo, quien subestimó el alcance de su brazo. De un manotazo, desarmó al inspector y lo empujó hacia un lado. Rojo no pudo reaccionar a tiempo.

—¡Putá! —exclamó el gigante.

El insulto encontró su respuesta rápidamente.

Agulló le propinó una patada en la entrepierna que obligó al sospechoso a retorcerse. Luego, lo agarró de la cabeza y lo arrastró al suelo para inmovilizarlo. Acto seguido, le colocó las esposas.

—Esto te va a costar caro, cabrón.

—Quiero llamar a mi abogado.

—Sí, dile que busque otro cliente...

Rojo se levantó del suelo, con sangre en la frente, a causa del golpe contra la fachada.

—¿Estás bien? —le preguntó ella, arrodillada sobre la espalda del detenido—. Eso parece grave.

—Sí... joder... ¿Quién lo diría? —lamentó el inspector, aún aturdido—. ¿Y tú?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Pediré refuerzos. Necesitas atención médica.

—Más tarde —replicó, comprobando que la herida era superficial—. Primero, nos ocuparemos de él.

El regreso de Rojo a casa se retrasaría un poco más. Tras su detención, Llorens mostraba una calma confiada, como si el haber atacado a dos policías no fuera a tener ninguna repercusión en su vida. Decidido, Rojo optó por limpiarse la herida con agua oxigenada en la comisaría y aplicarse hielo con una pequeña toalla de tela, pensando que sería suficiente para amortiguar el golpe y reducir la inflamación, en lugar de acudir al hospital. Era consciente de que perdía la oportunidad de demostrar oficialmente la agresión del detenido a dos agentes de policía. Sin un informe médico, no podría presentar la denuncia. No obstante, algo le indicaba que retrasar la confrontación con Llorens le haría perder la oportunidad de tenerlo frente a frente.

—Al menos yo presentaré la denuncia —afirmó Agulló al verlo con la toalla—. Llorens está en la sala de interrogatorios.

—Perfecto.

Ella entró primero en la sala. Rojo la siguió, asumiendo un rol secundario. Llorens les esperaba sentado, esposado y con las manos sobre la mesa. La presencia del detenido era desagradable: la mesa le quedaba pequeña y su cuerpo, alargado como un espárrago, a punto de doblarse. Tenía las cejas pobladas y unidas, una tez amarillenta como en la fotografía de archivo, y vestía ropas anticuadas y desgastadas. Su aura era repelente y su hedor casi insoportable provocaba náuseas en los policías. Con los ojos hundidos y una mirada oscura, Llorens los observó en silencio.

Agulló rodeó la mesa y se colocó en el extremo opuesto, manteniendo precaución tras lo ocurrido. La vista de sus dedos húmedos y largos, moviéndose como las patas de un calamar, le causó un escalofrío. Rojo cerró la puerta y se sentó en un lateral, ocupando por primera vez en años esa posición.

—Antes de comenzar, debes saber que te denunciaremos por...

Los ojos de Llorens se fijaron en ella.

—No diré nada. Quiero hablar con mi abogado.

«La misma cantinela», pensó Rojo.

—Has agredido a dos policías y asaltado a uno con un arma blanca. La fiscalía no ignorará el informe médico de mi compañera y dos testimonios son más fuertes que uno —dijo Rojo.

—Fue en defensa propia. Presentad la denuncia si queréis... Pero no por eso estoy aquí, y no podéis retenerme indefinidamente —replicó Llorens.

—Solo queremos hacerte unas preguntas —intervino Agulló.

—No hablaré sin mi abogado. Quiero ir a casa.

—Llorens, colabora. Tienes varias denuncias por acoso a menores. Los depredadores sexuales no son bien recibidos en prisión —advirtió Rojo.

—Son acusaciones sin pruebas. No soy ningún monstruo.

—Eso está por ver... Te hemos cazado siguiendo a una de tus alumnas. ¿Ella era tu siguiente objetivo? —preguntó Agulló.

—¿Alumna? No sé de qué hablas.

Rojo observaba en silencio mientras la compañera hacía preguntas que parecían no llevar a ninguna parte. Llorens conocía las reglas del juego, quizá mejor que ellos. Rojo sabía que, si nadie había logrado demostrar su culpabilidad hasta ese momento, era poco probable que Agulló lo consiguiera.

—Escúchame, Llorens. Me asaltaste por la espalda con una navaja. ¿Qué habrías hecho si hubiera sido otra mujer en mi lugar? —insistió Agulló.

—No lo sé. Dímelo tú, inspectora.

Ella observó en silencio a su compañero, sin comprender cómo proceder para hacerle hablar sobre el caso. Rojo, sin emitir juicios, era consciente de lo complicado que resulta cambiar el curso de una conversación de manera natural sin alertar al interrogado. Captando el mensaje, tomó la iniciativa. Miró fijamente al sospechoso, ideando cómo desestabilizarlo. Para él, dialogar no difería mucho de un combate físico: era esencial mantenerse firme y prever los movimientos del adversario. Contrario a la creencia popular, que defendía que una buena defensa es el mejor ataque, él consideraba que un ataque demoledor podría ser decisivo. Llorens parecía seguro, pero Rojo sabía que era solo una fachada. Su misión era encontrar la vulnerabilidad del sospechoso. Con el tiempo, había perfeccionado su habilidad para detectar las fisuras emocionales en aquellos que cruzaban una sala como esa. La clave estaba en encontrar al niño interior

transformado en monstruo. La postura encorvada de Llorens revelaba complejos; a pesar de su corpulencia, sus finos y largos dedos desentonaban con su sobrepeso.

—Escúchame, Kasparov... —dijo finalmente, captando la atención del hombre—. Tienes todas las de perder, aunque te hayan hecho creer lo contrario. No te das cuenta de lo que realmente está sucediendo esta noche...

—Ah, ¿no? —replicó Llorens—. Conozco mis derechos. No podéis retenerme aquí. Llama a mi abogado. Ni siquiera sé de qué se me acusa.

—Cállate ya, ¿quieres? Nadie va a llamar a tu abogado.

Agulló se sorprendió ante tal reacción.

Rojo comenzaba a perder la calma, y Llorens, cada vez más confiado, se daba cuenta de que estaba poniendo nerviosa a la policía, lo cual jugaba a su favor. Entonces, miró la toalla y recordó el golpe recibido.

—No podéis hacer eso —protestó Llorens.

—¿Ves esa puerta? Estás en aguas internacionales —replicó Rojo—. Nadie puede oírte, nadie sabe que estás aquí.

El tipo lo observó en silencio desde su asiento.

—Esa herida tiene mal aspecto, inspector. No quería hacerte daño —dijo Llorens, burlándose—. Lo siento.

—Ya... Sé que lo sientes —respondió Rojo con una sonrisa irónica, desconcertándolo. Extendió la toalla sobre la mesa y apartó el hielo semiderretido. Agulló no entendía a qué jugaba el compañero.

Luego, colocó su mano derecha sobre el trapo húmedo y envolvió sus nudillos en él, sin quitar la vista del detenido, que observaba cada movimiento. Tras asegurarse de haber apretado bien el puño, Rojo exhaló profundamente.

—¿Qué? —preguntó Llorens—. ¿Es eso una amenaza?

Rojo esperó un instante para desconcertar a Llorens y luego le propinó un fuerte puñetazo en el rostro. El sonido del impacto fue seco, similar al de golpear un tronco, y la cabeza de Llorens se ladeó. Agulló se tensó, aunque no intervino. A pesar del golpe, Rojo sintió dolor en sus nudillos.

«¿Cómo es posible...?», se cuestionó en silencio, al ver que aquel desgraciado no mostraba ninguna reacción. Algo no cuadraba.

Llorens permaneció en silencio unos segundos y luego escupió al suelo.

—Es un aviso. Podría seguir así toda la noche —le advirtió Rojo.

—Pierdes el tiempo, inspector... La violencia no es la solución. No funcionará conmigo.

—Cállate de una vez.

—Este trato es inhumano.

—Por supuesto. ¿Sabes qué les hacen a los tipos como tú en prisión?

—Tu compañera ya me lo ha dicho.

—No, te equivocas. Mírame bien, espagueti —insistió, captando su atención—. No eres un hombre. Gente como tú no dura en la cárcel.

—No tengo por qué aguantar esta falta de respeto continua.

—No eres un hombre. Por eso te han manipulado toda tu vida, ¿no es así? Mírate. Das lástima.

A pesar de su aparente calma, Rojo percibió cómo Llorens luchaba por controlar su respiración. Algo le indicaba que iba por buen camino.

—Sé lo que intentas. No conseguirás provocarme. Estoy por encima de tus juegos psicológicos.

—No, te equivocas. Mi intención es dejarte un mensaje claro. Recuerda bien esta cara, porque te acordarás de nosotros y de esta noche, cuando estés acorralado en la lavandería...

—Inspector... —intervino su compañera.

La tez pálida de Llorens no variaba. Rojo sospechaba que algo extraño ocurría con él, quizá una insensibilidad al dolor o un trastorno mental. Sin embargo, no estaba dispuesto a rendirse. Decidió cambiar de táctica.

—Primero me agredes, después me insultas y ahora me amenazas. ¿Así es como protege la policía a sus ciudadanos?

—Déjalo ya, Rojo. Es una pérdida de tiempo.

—No sé de qué me habla, la verdad —respondió Llorens, mirando a Agulló—. Deberías controlar a tu compañero. Presentaré una queja contra ambos.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Mi abogado puede hundir vuestras carreras. Estoy haciéndoos un favor.

—Qué decepción.

—Golpéame cuanto quieras.

—Rojo, ¿podemos hablar un momento?

—No.

—Inspector...

—Haz caso a tu compañera y déjalo ya. Estoy cansado y solo empeoras las cosas.

—No sientes nada, ¿verdad? —preguntó Rojo, mirándolo de cerca. El hedor que desprendía era casi insoportable. Observó su piel y notó que no estaba inflamada y amarillenta. Quizás tuviera

un problema hepático, pero no relacionado con el alcohol—. Estás enfermo, Llorens. Algo no funciona bien en tu interior y es probable que estés muriendo. Mira el color de tu piel.

El detenido no respondió.

—El golpe te ha afectado a la cabeza.

—Por eso das tanto asco que nadie se atreve a quererte... y por eso haces lo que haces —dijo Rojo.

—Basta ya.

—Crees que la sociedad te debe algo, pero no es así —continuó el inspector. Llorens lo miraba con atención—. Debes aceptar que nadie tiene la culpa de haber nacido como tú, tan desagradable, de que no haya un lugar para ti en este mundo.

Los dedos del detenido empezaron a temblar. Rojo había tocado su punto débil, aunque lamentablemente eso no era suficiente para obtener información.

—Al principio casi me convences de que no sentías nada... —habló el inspector, acercándose y bajando la voz—. Pero ahora sé que sí sientes.

—No sabes nada de mí. No me conoces.

—Dime, Llorens. ¿Qué se siente al ser un fracaso?

El interrogado dudó, pero permaneció callado. Rojo desenrolló la toalla de su mano, dejando a la vista los nudillos enrojecidos, y se levantó, dándole la espalda al detenido.

—Eso fue lo mismo que me preguntó el sargento... —susurró Llorens a su espalda—, pero hice su trabajo mejor que él...

El inspector quedó paralizado, como si fuera impactado por un rayo, y su corazón latía con fuerza. Buscó apoyo en la mirada de Agulló, para confirmar que no había sido una ilusión, aunque ella parecía no haber escuchado nada y no podía corroborarlo.

Rápidamente, se giró hacia Llorens, con los ojos llameantes, y lo agarró del cuello de la camisa.

—Repíte eso —exigió.

Llorens cerró los labios y entrelazó los dedos, con una sonrisa implícita que no llegó a formarse completamente.

Rojo lo soltó y golpeó la mesa.

—¡Repítelo!

Pero el detenido no habló más.

De repente, alguien tocó a la puerta y entró. Era un agente con un mensaje para Agulló. La entrevista había terminado: el abogado de Llorens esperaba fuera.

La aparición del abogado los sorprendió. La pareja no entendía cómo se había enterado de la detención, ya que el sospechoso no había podido comunicarse con nadie.

Agulló encaró la situación con el abogado, mientras Llorens se alejaba sin cargos, aliviado de ser un hombre libre. Rojo esperaba en la primera planta, sentado ante el ordenador apagado de su escritorio, reflexionando sobre la confesión del sospechoso.

—El abogado afirma que su cliente no nos denunciará —comentó ella, agitada y exhausta por la situación. Rojo se mostraba preocupado—. Deberíamos actuar igual.

—¿Qué? ¿Estás bromeando?

—Dentro de lo que cabe, es una buena noticia.

—No, no lo es.

—Rojo, intento hacerte un favor.

—¿Un favor, a mí?

La tensión, hasta entonces ausente, creció entre ambos.

—Escucha, no quiero discutir, pero no puedes repetir lo que has hecho ahí dentro.

—¿El qué? ¿Interrogar a un asesino psicópata?

—Por favor.

—Es él, Agulló. Coincide con el del vídeo. Sus dedos, su estatura. Lo ha admitido.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Lo ha confesado cuando le he dado la espalda. Ha reconocido hacer el trabajo de Maqueda... Lo conocía.

—No he escuchado nada.

—Sabía que dirías eso.

—Aunque sea verdad, no podemos probarlo.

—¿Tú también?

—¿Qué coño te pasa?

—Dudas de mí... y eso me molesta.

—No, cuestiono tu método, pero somos policías, debemos seguir las reglas.

—¡Al carajo las reglas! Ya he tenido esta conversación antes... —Rojo se levantó y tomó su chaqueta para irse—. Es tarde, mejor lo dejamos aquí.

—¿Eso es todo? —le preguntó ella, sin dejar de mirarlo—. ¿Así resuelves los conflictos? ¿Huyendo?

Por primera vez, alguien le decía la verdad cara a cara. Y la verdad duele cuando no agrada.

—Llorens es un asesino. Probablemente, haya matado a más gente de la que lleguemos a sospechar. Ahora está libre y volverá a actuar. Puedes quedarte aquí, escribiendo informes para Maruenda... o puedes pensar en cómo atraparlo.

—Esto no ha terminado. Habrá consecuencias, Rojo. ¿No lo ves?

—Solo veo a una persona asustada.

—¿Asustada?

—Temes que afecte a tu trabajo.

—No entraré en tu juego.

—Admítelo, este caso te supera.

—Estás siendo injusto conmigo.

—Soy realista. Tienes ganas, pero te falta experiencia y te sobran complejos. Deberías haberlo pensado antes.

—¿Antes de qué?

—De aspirar a ser inspectora. Este trabajo no se consigue solo con exámenes. La calle no respeta a los teóricos.

—Tu problema, Rojo, es que eres arrogante e ignorante, y no puedes aceptarlo.

—Por mí, habla.

—No dictas las reglas... y eso es lo que más te jode, especialmente cuando no te siguen el juego. Ante la ley, tengo el mismo rango que tú. Si quieres que trabajemos juntos y que esto funcione, deberías entenderlo. No te pido más. De lo contrario, deberías plantearte seguir con el caso.

Agulló tenía razón y estaba siendo sincera, pero sus palabras se le clavaban como agujas. Él respiró profundamente en silencio. No le gustaban las reglas ni la evolución de la policía. Cada

vez más agentes llegaban por exámenes, en vez de ganarse su posición con esfuerzo y respeto. Robles era otro ejemplo. La vocación había quedado en segundo plano, dejando paso a quienes buscaban un salario seguro y estabilidad. Aunque Rojo reconoció que había sido duro con ella. Aunque le doliera, valoraba su coraje al enfrentarse. Pero era una verdad que arrastraba desde hacía tiempo. Para él, ser policía no significaba tener una ecuanimidad a medida. Hacía tiempo que había perdido la fe en la justicia, consciente de que la ley y el poder iban de la mano, favoreciendo al que más tenía. Lo veía en los abogados caros defendiendo a lo peor de la sociedad, mientras las defensas de oficio veían llorar a sus clientes al recibir la sentencia. Cuando las reglas se volvían transacciones manipulables y subjetivas, se perdía el respeto para siempre. Las reglas estaban hechas por y para personas, haciéndolas frágiles. Él no las creaba y, por ende, le costaba respetarlas, especialmente cuando gente como Llorens disfrutaba de una libertad que sus víctimas habían perdido.

—Tienes razón, inspectora. Lo mejor es que sigas con este caso tú sola. Mañana presentaré mi renuncia.

La tensión se mantuvo palpable en el ambiente cuando Rojo decidió que ya había tenido bastante de aquello. El agotamiento se hacía notar en ambos. Había sido un día largo y no resolverían sus diferencias con los nervios a flor de piel, a pesar de que su compañera esperaba que cambiara de opinión. Se despidieron hasta el día siguiente y salió del edificio en busca de su coche. Al pisar la calle, se encendió un cigarrillo y fumó con ansias. Habían pasado horas desde el último subidón de nicotina y no había encontrado paz hasta ese instante. El interrogatorio con Llorens lo había dejado de mal humor. Lo último que esperaba era terminar el día discutiendo con su compañera hasta llevar la conversación al peor de los finales, pero era lo mejor que podía decidir. Aunque no se lo había dicho, Agulló había conseguido irritarlo profundamente.

Tomó el coche y se dirigió hacia su casa.

Siendo martes, la noche se mostraba tranquila y las calles parecían dormidas. Acercándose a la glorieta de Alfonso X El Sabio, pensó en parar en el pub, pero descartó la idea. Su mente era un torbellino de contradicciones: por un lado, ansiaba llegar a casa para descansar; por otro, hacía todo lo posible por evitarlo.

Aparcó a la primera, se desabrochó el cinturón de seguridad y antes de salir, su mirada se desvió hacia la guantera. «No debería dejarlo ahí», pensó, y abrió el compartimento para tomar el informe que el excomisario le había entregado. Esa tarde, Agulló casi lo descubre.

«Es lo último que necesito ahora», reflexionó llevandoselo consigo.

Cerró el coche, se dirigió al portal de su edificio y subió a pie hasta el primer piso. Al abrir la puerta de su apartamento, pensó en tomar una copa tan pronto como entrara.

«Hogar, dulce hogar», murmuró con sarcasmo al observar el desorden. No se lo reprochó, consciente de que la vida no le había dado respiro en los últimos meses. Dejó las llaves en el

mueble de la entrada y aseguró la puerta con el doble cerrojo. Colgó la chaqueta y se dirigió a la nevera, sintiendo una combinación de hambre y cansancio indescriptible. Como de costumbre, en el frigorífico solo había cervezas, un paquete de jamón serrano próximo a caducar, una cuña de queso curado y unos tomates bastante maduros. Aunque le entristeció la vista, su pena fue efímera. Sacó todo y lo colocó sobre la encimera de piedra. Luego, se acercó a una silla de la cocina y buscó un trozo de pan entre los restos recientes.

«Maldita sea», exclamó al encontrar media barra de pan reblandecida por el plástico. No le importó su estado, siempre y cuando no tuviera moho. Cortó el pan en dos mitades y lo tostó. Con habilidad, frotó los tomates sobre el pan, añadió un chorro de aceite de oliva y preparó dos tostadas de jamón serrano y queso para su cena tardía. Para él, eso superaba cualquier comida rápida a domicilio. Sin embargo, no fue la cena lo que le causó malestar, sino el silencio que lo envolvía en aquella casa.

«Deberías formar una familia, ya me entiendes», resonaba en su mente la voz del excomisario.

Ya lo había intentado, se recordó a sí mismo. Su experiencia con Elsa había sido desastrosa, aunque se alegraba del hijo que tuvieron juntos. A pesar de las dificultades, lamentaba la vida que le había tocado al muchacho: criado por abuelos en lugar de sus padres, una madre que creía desaparecida, pero en realidad estaba muerta, y un padre más ocupado en resolver los problemas de otros que en verlo crecer.

«La vida es injusta», murmuró, con la imagen de la inspectora en su mente. «Si hubiera sido justa, también lo habría sido con mi hijo».

Mientras preparaba la cena, acompañó su tentempié con una cerveza y lo llevó todo en una bandeja al salón. A pesar de su soledad, valoraba el alivio de estar solo en casa, sin nadie a quien escuchar o responder. Entre bocado y sorbo, comenzó a leer el informe sobre Agulló. El aceite de sus dedos manchó la primera página, haciéndole cuestionar la necesidad de aquella segunda lectura. No iba a encontrar nada que no hubiese leído ya antes y sabía que las emociones no eran buenas compañeras del trabajo. Aunque había tenido roces con la inspectora, ella se había ganado su respeto, pero prefería mantenerse al margen y ser firme con su decisión. Llegado a ese punto, no había retorno. Tarde o temprano, la situación podía irse de las manos y Rojo tendría que saltar algunas líneas para conseguir su objetivo. Si no contaba con la lealtad de la inspectora, sería como caminar en aguas llenas de caimanes. No podía confiar plenamente en ella, aunque sus intenciones fueran nobles. Por suerte o por desgracia, su episodio con Maqueda le enseñó a no bajar la guardia, ni siquiera ante quien parecía abrirle las puertas de su vida. Todo resultó ser una farsa, la manipulación de un psicópata que Rojo pagó caro. Así que no iba a permitir ser el

juguete roto de nadie más. Por eso había solicitado ese informe, para estar más tranquilo. Con la situación en la comisaría, era lo mínimo para protegerse.

«De no ser una santa, habríamos hecho un buen equipo», murmuró, terminando la tostada y dando un largo trago a su cerveza. Luego encendió un cigarrillo y llenó de humo el salón. El informe era breve, como su carrera, y eso era un reflejo también de su experiencia.

Hija de un inspector ya fallecido, Marta Agulló había destacado en atletismo a nivel nacional y se había licenciado en Derecho, siendo una estudiante ejemplar en la universidad. Eso explicaba su dominio del reglamento. No obstante, Rojo sospechaba que había algo más.

«Siempre lo hay».

Dejó el documento sobre la mesa y vació de un trago el bote de cerveza, sintiéndose sediento y exhausto. El tema de Agulló no era lo que le había puesto de mal humor, sino el encontronazo con Llorens. Le mosqueaba cómo el abogado se había presentado, sin que nadie le hubiese advertido de ello. ¿Había un topo en la comisaría?, se preguntó, conociendo la respuesta. Por desgracia, los chivatos abundaban en el Cuerpo y no tenía dudas de que era probable que fuera así. De ahí que no presentaran cargos hacia ellos, pues a nadie le interesaba que el conflicto llegara a los tabloides. Luego reflexionó sobre lo que le había susurrado el detenido y se preguntó cuál sería la relación con el exsargento. Para él, era evidente que había una, que se conocían, pues nadie hablaba en esos términos de otra persona con la que no ha tenido contacto previo. La cuestión era el porqué.

«¿Qué une a Llorens con Samuel Antón y con los otros?». Rojo puso bocabajo el informe y cogió un bolígrafo para tomar notas. Apuntó el nombre del gigante y lo colocó a un lado. Después, escribió el del sargento al lado.

«Maqueda era un asesino que actuaba sin pudor, amparado por alguien con más poder de él, hasta que se convirtió en un problema», pensó en silencio. «¿Acaso Llorens no podría ser lo mismo? Alguien como él, no tiene un futuro esperanzador en la sociedad, a no ser que se una a lo más oscuro de esta». Rojo trazó una línea que unió los dos nombres. Ambos sujetos compartían rasgos característicos y un historial parecido: eran inteligentes, sórdidos y conocedores del funcionamiento del sistema, amparados por un paraguas de poder que los protegía. Escribió la palabra «abogado» en una esquina superior, con el fin de resolver más tarde su identidad.

Animado por las cavilaciones, se levantó por otro bote, lo abrió y bebió con avidez. Tras la comida y la primera cerveza, empezó a alcanzar ese punto en el que el cuerpo se relaja completamente, pero no podía desconectar la cabeza y abstraerse del largo día que había tenido. Los nombres de aquellos tipos cruzaban su cabeza mientras intentaba descifrar la relación entre

ellos. Se levantó del asiento y buscó entre los cajones una carpeta. En ella guardaba las notas que había tomado durante el caso de Maqueda. Lo recordaba como si hubiera pasado la semana anterior y aquella era la prueba de que los objetivos del sargento nunca fueron al azar, hasta que se convirtió en un problema para los que daban las órdenes.

Con el bolígrafo en la mano, escribió el nombre de Samuel Antón a un lado y después los de Rojas y el Francés por encima de este. Del primero, tenía la certeza de que estaba metido en el asunto. El encuentro en la oficina se lo había demostrado y su reacción al oír el nombre de Llorens, lo había puesto en alerta. No obstante, aún desconocía cuál era su función, por lo que escribió un interrogante a su lado. El esquema comenzaba a tomar forma. El Francés era un delincuente al uso, con una larga trayectoria, pero nada más que un intermediario para las transacciones. ¿De quién?, se cuestionaba sin encontrar la respuesta. Colocó su nombre en lo más alto del esquema, hasta que averiguara su función. Era evidente que ocupaba la tarea social y, probablemente, sospechó que trabajaría para alguien con mucho poder. Por debajo de ellos, quedaban Maqueda y Llorens, como principales soldados. Solo los tipos como ellos, con secretos, podían hacer ese trabajo. «Ahora cobraría sentido que desaparecieras de la Guardia Civil... Ellos te obligaron a hacerlo y por eso fuiste a por esa juez», reflexionó. Del nombre de Maqueda salieron dos ramas, la de Amadeo y Díaz, los muchachos que el sargento había adiestrado para continuar con su legado.

A pesar de que aún quedaban varias incógnitas por resolver, ver el esquema con claridad le provocó una sensación muy extraña en el cuerpo. Había dado con algo demasiado turbio como para ser real, pero demasiado real como para permitirlo pasar. En ese momento, sintió la urgencia de contarle todo a su compañera, pero algo lo detuvo. Era pronto para hacerlo, no tenía pruebas suficientes y corría el riesgo de que la información cayera en los oídos equivocados.

«Jamás me tomarían en serio y esa sería mi perdición».

Abotargado por los pensamientos, decidió hacer una pausa y darse un respiro. Se acomodó en el sofá y buscó el mando de la televisión, ansiando algo de ruido de fondo. Encendió la TV y en la pantalla apareció una película policiaca que ya había visto. Dejó el mando a un lado y permitió que la película le hiciera compañía. Para él, el cine idealizaba demasiado la vida policial, distorsionando la realidad. «Al final, la gente necesita creer en una historia», pensó, mientras en la pantalla se desarrollaba una persecución. Bajó el volumen y, apartando los restos de la cena, apoyó los pies en la mesa y se recostó en el sofá. Empezó a respirar más lento, buscando el sueño.

Lo que había descubierto, de ser cierto, los metería en un gran problema. La persona que había por encima de todos esos nombres sería un gran obstáculo, se dijo. Por suerte, el cansancio se apoderó lentamente de su cuerpo y los pensamientos se desvanecían mientras se adentraba en ese estado previo al sueño, donde las imágenes y pensamientos fluyen libremente. Cuando pensaba que su mente se había rendido a su cuerpo, un destello lo trajo de vuelta al caso y se vio atrapado en el recuerdo del vídeo que Agulló le había mostrado. La imagen del sargento Maqueda, golpeado y colgado, lo inmovilizó. La figura del hombre con la máscara de cuero rondaba por detrás.

«Sargento...», murmuró, pero no hubo respuesta.

Se sintió petrificado, con una extraña sensación en las piernas. Luchó por salir de ese estado, logrando finalmente mover el pie derecho. Aliviado, pero agitado, se dio cuenta de que estaba seguro en su salón. No deseaba volver a ese sueño, a esa realidad alternativa.

La película continuaba, pero Rojo ya no tenía ganas de seguir viéndola y optó por apagar el televisor.

«Aléjate del mal porque este no cambia, pero te acaba cambiando».

Las palabras del excomisario resonaron en su interior. Era demasiado tarde para preguntarle su significado. Estaba advirtiéndole, no obstante, esa era la diferencia entre ellos y lo que los había unido en su trayectoria.

A su manera, concluyó que ambos se enfrentaban a sus últimos días, lidiando con sus propias batallas.

La pregunta era si ambos vivirían para contar el final.

El despertador sonó antes de lo deseado, pero más tarde de lo debido. Abriendo un ojo tras la estridente alarma, golpeó el aparato para silenciarlo.

«Oh, diablos», se lamentó al ver que el reloj indicaba más de las nueve. Había dormido profundamente, olvidando su persistente jaqueca de días atrás. No obstante, no era el mejor día para descansar. Se levantó y revisó su móvil, encontrando varias llamadas de la comisaría y tres de la inspectora.

—Así da gusto empezar el día —dijo, de forma irónica.

Se dio una ducha fría y rápida para espabilarse, antes de dirigirse a la comisaría. Imaginó al comisario Maruenda, impaciente en su despacho. Aunque no fue intencionado, sabía que su retraso no tendría excusa. Antes de salir, cogió las llaves del coche y echó un vistazo al desorden del apartamento, sintiendo repulsión. Aquello tendría que esperar.

Condujo por la zona alta de la ciudad para evitar atascos. Esa mañana, con prisa y malhumorado, encendió la radio buscando noticias, pero solo encontró publicidad y música antigua. Frustrado, optó por el silencio. Al detenerse en un paso de peatones, observó a una mujer con un carrito, recordándole a Laura. El recuerdo duró hasta que el coche trasero tocó el claxon.

—Malditos desesperados... —murmuró, intentando ver su reflejo en el retrovisor, sin éxito, por el sol.

Continuó hacia el trabajo, pensando en la doctora. Le extrañaba no tener noticias suyas, especialmente tras su nervioso último encuentro. Temía alguna conexión entre ella y su caso. Rojo despreciaba los juegos emocionales, viéndolos como debilidades. Valoraba la integridad y rechazaba manipular sentimientos. En su vida ya había suficiente adrenalina sin añadir

inestabilidad emocional. Si alguien se convertía en un obstáculo, lo eliminaba. «El problema de esta sociedad es su miedo a perder... y no se da cuenta de que así está más perdida», reflexionó.

Al llegar a la comisaría, aparcó cerca del bar, fuera del cerco policial. Miró el interior del local, pero no reconoció a nadie. Respiró hondo.

«Hoy será un día largo».

Sonó el teléfono.

—Lo sabía... —murmuró, pensando en Agulló. Pero la llamada era de Whatsapp.

—¿Sí?

—Enzo —dijo una voz cargada de testosterona—. Te toca esta noche.

—Perfecto.

—Te enviaré la localización cuando se acerque la hora. Suerte —le dijo sin dejar espacio para preguntas.

Tras colgar, buscó el número en la aplicación, pero solo aparecía el nombre de una tienda de suplementos que había visitado.

—Será mejor que no abras —le dijo Robles cuando lo vio caminar hacia el despacho de Maruenda—. El comisario está que trina.

—¿Y Agulló? ¿Está dentro?

—Sí. —Robles se levantó de la silla de su escritorio y se acercó a él. Sus ojos señalaban el golpe que el inspector tenía en la cara—. Me he enterado de lo de ayer. En el fondo, todos lo saben.

—Estupendo.

—Hiciste lo correcto.

—No, hice lo que tenía que hacer, Robles. Si hubiera hecho lo correcto, ese cerdo estaría durmiendo en una cama de cemento.

—¿Crees que él mató a Samuel Antón?

Los ojos de Robles esperaban una confirmación, pero Rojo no podía dársela. No tenía pruebas, ni siquiera una hipótesis fiable al respecto, aunque él mantenía su propia teoría. Así que decidió no mojarse con el asunto.

—Es probable.

—Yo también lo creo.

—¿En qué te basas?

—Es demasiado evidente.

Rojo asintió.

—A veces, las cosas son tan evidentes que somos incapaces de verlas.

Dejó a Robles meditando sobre sus palabras y tocó a la puerta del despacho con los nudillos. Al abrirla, reconoció la coleta oscura de Agulló, sentada frente al comisario.

—Lamento interrumpir. —Los ojos de la compañera lo miraron con decepción.

—No debería dejarte entrar —le recriminó el comisario al verlo—. De hecho, debería cesarte.

—¿Me he perdido algo?

Maruenda respiró hondo y se giró hacia la inspectora.

—El abogado de Llorens llamó esta mañana —respondió el superior—. Maldita sea, Rojo. ¿Es esto lo que pretendías al meterte en el caso?

Rojo los observó en silencio.

—Llorens debería estar detenido. Asaltó a la inspectora a punta de navaja.

Maruenda se mostró asombrado.

—¿Es eso cierto, Agulló?

—Sí.

—Y me golpeó —añadió Rojo.

El comisario se mordió el labio inferior.

—Os habéis librado de una buena.

—¿Perdón? Ese tipo es un sádico.

—¿Tienes pruebas?

—Las tendré. Debería estar en prisión.

—Pero no lo está y ahora le hemos dado la excusa perfecta para blindarse legalmente. ¿En qué diablos estabais pensando?

—Tengo una pregunta, comisario.

—¿Una pregunta? Yo tengo muchas, Rojo, pero hay cosas que no se pueden preguntar. Así que guárdatela.

—¿Cómo supo el abogado que estaba aquí?

El comisario refunfuñó, molesto por la insolencia.

—Escucha, si no fuera por tu compañera, el cliente habría presentado una denuncia. Lo que no entiendo es cómo todavía no has aprendido de los errores del pasado. ¿Qué debo hacer para que cambies de opinión y te ubiques en el lugar que te corresponde?

«De hacerlo, no estaría escuchándote».

Rojo permaneció pensativo ante las palabras de su superior. Había ido allí para presentar su renuncia en el caso. Sin embargo, parecía ser precisamente lo que el comisario esperaba de él. Y no había nada que le diera más satisfacción que representar un problema para su jefe.

—¿Te has quedado sin palabras?

—No. Entiendo lo que dices... La próxima vez, intentaré ser más diplomático.

—¿Agulló?

Ella miró a Rojo, sorprendida por el cambio.

—Seguiremos trabajando en la línea que tenemos abierta.

—Escuchadme bien —les dijo Maruenda, mirándolos fijamente—. Llorens será lo que queráis y probablemente tengáis razón, pero no podéis acusarlo del asesinato de Samuel Antón... sin las pruebas que lo corroboren. Quizá debáis replantearos el trabajo y explorar otras alternativas.

—Lo tendremos en cuenta, inspector —respondió Agulló.

—¿Has oído, inspector? Espero que pongáis énfasis en esta consideración, por el bien de todos. Rojo se levantó, dispuesto a marcharse.

—Alto y claro. No descansaremos hasta encontrar al culpable.

El comisario los observó en silencio y se frotó las manos. Ambos salieron del despacho sin cruzar una palabra, hasta que se alejaron lo suficiente.

—Me desconciertas, inspector. Pensaba que...

—¿Podemos hablar?

—Por supuesto —dijo ella—. Te escucho.

—No aquí, en el bar.

—Claro... qué sorpresa.

Deseaba hablar con ella en privado, especialmente tras haber revisado el informe que el excomisario le había entregado. Después de su encuentro con Maruenda, Rojo había notado algo extraño en la razón por la que Agulló estaba al frente del caso. No cuestionaba sus habilidades, pero sabía que había otros inspectores con mayor preparación para una investigación de tal envergadura. Quería descubrir el verdadero motivo de su elección y pensaba que así podría entender las intenciones del comisario. Por supuesto, debía ser cauteloso con las preguntas, sin ahondar en detalles que ella no le hubiera confiado. Lo último que deseaba era levantar sospechas en su compañera. Si descubría que la estaba investigando, perdería su apoyo.

Al salir de la comisaria, notó cómo Agulló se acercaba para iniciar la conversación. De forma inesperada, una tercera persona se aproximó al inspector justo cuando llegaba a los escalones de la entrada. La sintió al instante como un ave de rapiña. Era una mujer adulta, elegantemente vestida con ropas oscuras. Tenía el cabello castaño perfectamente peinado y lucía un collar de perlas que denotaba su estatus económico.

—Inspector... —dijo la desconocida, acortando la distancia entre ellos. Él se detuvo y lo mismo hizo su compañera. La mujer se acercó para hablarle más de cerca—. Es usted el inspector Rojo, ¿verdad?

—Sí. ¿Con quién hablo? —preguntó, examinando su rostro. Las arrugas faciales delataban su edad y adornaban los laterales de su cara. Rojo notó que tenía unos ojos oscuros y hermosos, aunque marcados por el sufrimiento—. Usted es...

—Soy Ana Paredes. La viuda de Samuel Antón —respondió, visiblemente afligida. La mención del difunto parecía quebrarla por dentro—. Quería conversar con usted personalmente.

Rojo lanzó una mirada furtiva a su compañera. No comprendía qué hacía allí la señora Paredes. Presumiblemente, aquel asunto estaba concluido. Rápidamente, sospechó que algo no cuadraba y decidió actuar antes de que los rumores llegaran al despacho de Maruenda.

—¿Por qué no nos acompaña a un lugar más tranquilo, señora Paredes?

Ella asintió, dirigiendo su mirada hacia la comisaría.

—No, ahí dentro hay demasiada tensión —señaló Agulló—. Si no le importa, conozco una cafetería cercana, justo a la vuelta de la esquina.

La señora Paredes jugaba con la cucharilla de su café mientras observaba a través del cristal de la confitería situada en el cruce de Foglietti con Oscar Esplá. Rojo estaba sentado frente a ella, y Agulló acababa de pagar los cafés y dos bollos suizos.

—He pensado que le apetecería tomar algo —dijo la inspectora al acercarse. Él la miró extrañado, preguntándose qué estaba sucediendo.

—Estoy bien, gracias —respondió—. Son ustedes muy amables. Lamento este malentendido.

—No se preocupe —le dijo Rojo, restándole importancia al asunto—. ¿Qué le ha traído hasta nosotros?

—No me volvieron a llamar. Me aseguraron que lo harían.

—¿Quiénes?

Ella lo miró sorprendida.

—Sus compañeros de trabajo.

—¿Recuerda algún nombre?

—No. Todo sucedió muy rápido, el mismo día que nos llegó la noticia. Solo me dijeron que llamarían más tarde, si era necesario.

—Entonces, ¿cómo ha sabido que estamos al frente de este caso?

Ella alzó las cejas y tomó un sorbo de su café.

—Leo la prensa, ¿sabe? Se dice mucho. Sobre mi marido, sobre ustedes... He venido a colaborar en la captura del culpable. Nada más. No quiero que se empañe el nombre de Samuel.

Rojo se frotó el mentón, pensativo. Con el torbellino de acontecimientos, había olvidado revisar los periódicos, aunque podía imaginarse lo que decían sobre el caso. No debía permitir que las opiniones ajenas afectaran su criterio.

—¿Ha contactado alguien con usted recientemente?

Ella negó con la cabeza.

—Nadie ha venido a hablar con nosotros. Solo inspeccionaron la oficina. Eso es todo.

—¿Su marido guardaba algo de valor allí?

—No que yo sepa, más allá de sus documentos.

—¿Estaba preocupado antes de que ocurriera esto? —preguntó Agulló.

—¿Por qué habría de estarlo? Samuel llevaba una vida tranquila, con trabajo, pero también con tiempo para la familia. Me estoy perdiendo algo, ¿verdad?

Rojo chasqueó la lengua. Era complicado decirle la verdad sin que pareciera que le estaban mintiendo.

—Su esposo tenía una empresa de mercancías portuarias. ¿Sospechaba que pudiera estar involucrado en alguna operación ilegal?

—¿Qué? —La señora los miró ofendida—. Por favor... Treinta años en el mismo negocio. No era un insensato con ambiciones desmedidas. Era honrado y pagaba sus impuestos.

El inspector notó la defensa en sus palabras y su intención de proteger su honor, pero también que no estaba diciendo toda la verdad. Sospechó que, probablemente, estaba al tanto de las irregularidades de su esposo, de cómo entraba ese dinero en casa, pero no quería arriesgarlo todo. No la juzgaría por ello, pues era posible que desconociera en qué estaba realmente involucrado.

En ese momento, pidió a Agulló que sacara las fotografías de los sospechosos principales.

—Mi compañera le va a mostrar las imágenes de unas personas. Le agradeceríamos que intentara recordar si las ha visto antes. Su colaboración sería muy valiosa para nosotros.

—Por supuesto, para eso estoy aquí...

Agulló le mostró el teléfono con la imagen de Llorens. La señora arrugó el rostro, pero Rojo no notó ninguna reacción particular en su expresión.

—Dios, qué aspecto más desagradable... —comentó, negando con la cabeza—. No he visto a ese hombre en mi vida. ¿Es él el culpable?

—Limítese a recordar, por favor.

—No. No lo conozco.

—¿Y a este? —preguntó Agulló, mostrándole una foto de Rojas—. Esfuércese. Toda ayuda es bienvenida...

—Ni idea, señora. Es la primera vez que veo estas caras. ¿Quiénes son? ¿Por qué querían hacerle daño a Samuel?

—En cuanto a su marido, ¿notó algo inusual alguna vez? Quizá descubrió algún secreto que ocultaba...

—Mi marido no me ocultaba nada. Entre nosotros no había secretos.

—Todos los tenemos, señora. Su esposo no era la excepción.

La inspectora carraspeó para desviar la atención y evitar un posible enfrentamiento. Finalmente, le mostró la imagen del Francés. Por primera vez, Rojo detectó un leve gesto en la reacción de la mujer.

—No. ¿Quién es?

—¿Por qué nos miente? —insistió el inspector. Ella no supo qué responder—. ¿La han amenazado?

—Esto ha sido un error. No quiero hacerles perder más tiempo.

—Lo conoce, ¿verdad? Lo ha visto antes. —Rojo insistió con su presencia y su voz, impidiendo que la mujer se marchara. En su expresión, ambos policías percibieron el miedo—. Este hombre era amigo de su marido.

—No debería estar aquí, inspector.

—¿A quién teme, señora? —quiso saber Agulló. Pero ya era tarde para hacerla cambiar de opinión.

—Si se enteran de que he estado aquí, mi familia lo pagará. Lo siento... —La mujer se levantó y Rojo intentó detenerla, pero Agulló lo sujetó para que la dejara ir. Segundos después, la señora ya no estaba en la pastelería.

—¿Qué pretendes hacer, inspectora?

—Lo mismo que contigo.

—¿Molestarme?

—No. Respetar su decisión. Ya tenemos lo que buscábamos, una conexión. Es probable que él no le contara nada sobre el Francés.

—Son suposiciones tuyas.

—Puede ser. Ahora busquemos las respuestas.

Las expectativas estaban excesivamente altas, al igual que el nivel de desesperación que comenzaba a envolver a la pareja de policías. Agulló manejaba el coche patrulla, pese a las reticencias del inspector. Aquella mañana, se había prometido no discutir con ella, pero la inspectora no se lo estaba facilitando. La distancia hasta el restaurante no era considerable. A esas horas, probablemente tendrían la oportunidad de hablar con los empleados sin que estos se sintieran más incómodos de lo normal. La esposa de Samuel Antón les había dejado un enigma lleno de incógnitas y la pareja estaba decidida a desvelarlas todas.

—Pensaba que lo ibas a dejar —comentó la inspectora, al detenerse en el semáforo del desvío de la antigua estación de ferrocarril—. Anoche lo dejaste muy claro.

—He cambiado de opinión.

—¿Por qué?

—Todas las personas tienen el derecho a cambiar de opinión.

—Las personas normales. En tu caso, debe haber una razón importante... —le replicó, pero Rojo no parecía dispuesto a hablar—. En fin, tú sabrás. Si lo has hecho, supongo que has tenido en cuenta lo que te pedí.

—Por supuesto.

—Mucho mejor —dijo ella y reanudaron la marcha, al cambiar el semáforo. El silencio los rodeó unos segundos, hasta que ella volvió a romperlo—. ¿Quién crees que impidió que esa mujer hablara con nosotros?

—Me lo he estado preguntando. No tengo ni idea... Quizás ni siquiera estaba en el caso en ese momento.

—Ya.

—Es extraño. Todo este caso lo es.

—Buscaban el teléfono —apuntó ella—. Lo supe en cuanto vi ese vídeo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—Solicité un informe sobre el estado del aparato, pero los de Investigación Tecnológica no han encontrado nada, ni un solo registro en los archivos.

Rojo frunció el ceño, sorprendido.

—¿Desde cuándo tienes esa información?

—La nota me llegó ayer, pero no encontré el momento para decírtelo.

—Ya.

—Rojo...

—¿Estás segura de que no tocaste algo que no debías? Puede que borraras los archivos sin querer...

Ella frenó bruscamente al llegar a la imponente construcción del muelle de poniente. Rojo se precipitó hacia delante, pero el cinturón lo protegió.

—¿Qué coño haces?

—Sé lo que vi. Tú también lo has visto. No hay rastro... Así que no me tomes por tonta.

—Mantengamos la calma, ¿de acuerdo?

—Alguien está entorpeciendo la investigación.

—No me fastidies...

—¿Cuál es tu problema conmigo? ¡Te estoy informando de lo que sé!

—¡Respira, por Dios! ¿Eso es lo que vas a decir? Si quieres que te tome en serio, habla claro, collons. ¡No temas decir que hay un topo en la comisaría! Porque eso es lo que piensas.

—¿Por qué has esperado a que lo mencionara?

—Porque hay cosas que uno debe reservarse. Ahora ya sabes lo que pienso. Por esa razón no voy a dejar el caso. Si hemos terminado, será mejor que entremos y hagamos lo que hemos venido a hacer.

Pronunciar aquello quizás no resultara excesivo para él, pero para la inspectora eran palabras de gran calado, suponiendo un cambio en la percepción de la realidad en la que se hallaban inmersos. Él se desabrochó el cinturón y salió del coche, esperando que ella hiciera lo propio.

El restaurante Dársena, un baluarte de la cultura gastronómica en Alicante, se erigía majestuosamente al borde del muelle, donde el mar y la icónica Explanada de Alicante se abrazaban eternamente. Sus paredes, besadas por el sol y rociadas por la brisa marina, habían sido testigos del constante fluir de generaciones y de rostros sonrientes que hallaban en sus

arroces una verdadera celebración de la vida. Con platos como el arroz de magro y verduras o el arroz a banda, cada uno era un homenaje a la sencillez y la riqueza del mar y la tierra. Los comensales, que aún no habían llegado debido a la temprana hora, solían ser tanto locales como visitantes, en busca de una experiencia sensorial y un encuentro inolvidable. Para la pareja, el periplo no sería tan placentero, pero acudían allí en busca de aclaraciones sobre la relación del empresario con el delincuente. Rojo estuvo a punto de confesarle su secreto a la inspectora, pero decidió no revelar más de lo que juzgaba conveniente. Ahora entendía su nerviosismo y esa sensación de inquietud que mostraba. Desafortunadamente, si no lograba gestionar aquello, él pensaba que tampoco sabría manejar lo que había deducido la noche anterior.

Se presentaron en la entrada del restaurante y captaron la atención de una encargada que salió a recibirlos. Como no disponían de mucho tiempo, se identificaron como policías para agilizar el procedimiento.

—Lamentamos lo sucedido al señor Antón. Él y su familia eran estimados clientes del restaurante —explicó la encargada—. De hecho, estuvieron aquí el domingo.

—¿Reconoce a este hombre? —preguntó la inspectora, de manera directa y mostrándole una foto del Francés—. Tenemos entendido que es un asiduo del restaurante.

Al identificar al hombre en la imagen, la mujer trató de eludir la conversación.

—Por aquí pasa mucha gente y no puedo recordar a todos.

—Basta de rodeos. Sabemos que este hombre y el señor Antón frecuentaban el restaurante. De hecho, también sabemos que coincidían aquí.

De repente, un hombre corpulento y alto, con una barba de dos días y vestido con una americana azul marino, irrumpió en la conversación. Rojo observó su muñeca izquierda, donde lucía un Rolex Oyster, y los diferentes anillos que adornaban sus dedos.

—¿Hay algún problema? —preguntó al encargado. Ella, avergonzada, bajó la mirada y él le indicó que se retirara—. Soy Manuel, el gerente de este lugar.

—Creíamos que era ella la encargada —respondió la inspectora.

—No, soy yo. Policía, ¿cierto?

—Estábamos preguntando por Samuel Antón.

—Una verdadera tragedia... Era un buen cliente. Dejaba buenas propinas.

—¿Lo conocía personalmente?

—Lo necesario, como a todos. Ya saben... lo suficiente para que vuelvan.

—¿Y a este señor? —Agulló le mostró la fotografía del Francés, pero el hombre ni siquiera la miró.

—Lo siento, pero no puedo ayudarles. No conozco al hombre que buscan, ni puedo contarles nada raro. Aquí se celebran muchas reuniones entre empresarios, y el señor Antón tenía numerosos contactos en el sector marítimo. Pero, comprendan, en breve, esto estará repleto de clientes a los que atender y no quiero alterar al personal.

—Le entendemos. Conteste y nos largaremos—comentó la inspectora.

El hombre la miró fijamente.

—Ya lo he hecho. Es todo lo que tengo que decir.

La pareja de policías notaba cómo el tiempo se les agotaba. Aún no habían desentrañado la conexión entre Samuel Antón y el Francés, pero estaban seguros de que algo había ocurrido entre ellos. Llegaba el momento de almorzar y las entrañas de Rojo clamaban por alimento con jaleo, señalándole la necesidad imperiosa de comer algo.

—Esto empieza a ser extraño.

—Lo será aún más si no comemos algo pronto.

—¿Comer? No puedo pensar en comida —expresó ella mientras conducía de regreso al centro de la ciudad. Rojo le sugirió seguir por Oscar Esplá hasta llegar a la rotonda de la avenida de Aguilera—. ¿A dónde pretendes llevarme?

—¿Por qué tienes que cuestionarlo todo? —Ella adoptó un semblante serio y prosiguió la marcha. Su intención era llevarla a La Libélula, una de sus cervecerías predilectas en Benalúa, a pesar de que no se ajustara a los lugares habituales de Agulló—. Solo busco un rincón tranquilo donde podamos discutir los acontecimientos.

Aparcaron frente a los juzgados y se dirigieron a pie hasta un local modesto, enclavado en la planta baja de un antiguo edificio residencial. Enfrente, solo se extendía una vasta explanada.

—¿Es aquí? —preguntó ella, movida por la curiosidad.

Rojo abrió la puerta de madera y ambos entraron al establecimiento. La Libélula era una cervecería española típica, especializada en tapas y montaditos, de aquellas que escaseaban en la ciudad, con barra y mobiliario de madera, manteles de papel a cuadros azules y blancos, una extensa selección de productos tras el mostrador de cristal y un comedor sencillo, distribuido en dos niveles. Rojo recordaba aquel lugar desde que llegó a la comisaría de Alicante y este permanecía inalterable desde entonces. Obviamente, quizás no fuera el escenario ideal para una

primera cita o un encuentro formal, pero ambos anhelaban comer bien y conversar sin prisas, y aquel sitio cumplía con todas las expectativas. El bullicio de los clientes los recibió, pero lograron encontrar un sitio en la barra justo a tiempo.

—Espero que no te importe comer de pie.

—Para nada... —dijo ella al darse cuenta de que, una vez más, su compañero había conseguido lo que quería. Rojo pidió una cerveza para él y ella se decantó por una botella de agua—. ¿Este era el lugar tranquilo?

—No. He cambiado de opinión en el camino.

Agulló frunció el ceño al verlo sorber de su copa.

—Supongo que nadie conseguirá hacerte cambiar.

—No me mires así, inspectora. Esta vez, tú conduces —comentó y le pasó la carta para que examinara las opciones—. ¿Comes de todo?

—Sí, supongo.

—¿Supones? Ya deberías saberlo.

Ella ojeó la lista de raciones disponibles, sin mucho interés—. Pide lo que quieras.

—Eso tenía en mente —respondió y se acercó al camarero para solicitar sepia a la plancha, mejillones al vapor y un par de montaditos de lomo con queso. El camarero les ofreció una pequeña tapa de ensaladilla rusa con boquerones en vinagre encima, mientras aguardaban por la comida. A pesar de la coyuntura, Rojo se sentía sereno y a gusto allí dentro. Era como si hubiera entrado en un santuario y ella podía percibirlo en su expresión.

—Has pasado mucho tiempo en bares, ¿verdad? —inquirió ella, movida por la curiosidad.

—Más tiempo del que he estado en mi propia casa.

—Ya veo. Venimos de generaciones distintas.

—No hace falta que lo recalques —replicó y tomó otro sorbo de cerveza. De reojo, notó cierta inquietud en su compañera. Agulló había salido decepcionada del restaurante del puerto, como si esperara sacar algo en claro y no lo hubiera conseguido—. Te percibo algo frustrada.

—Siento que este caso nos lleva constantemente a un callejón sin salida. Las puertas se cierran conforme avanzamos y tengo la impresión de que no nos movemos.

—No te lo tomes tan a pecho. Las cosas no funcionan así.

—¿Cómo que no me lo tome a pecho? Es nuestro trabajo. Has oído al comisario esta mañana. Si fallo en este caso, será un fracaso.

Rojo la observó con pesar, buscando la forma de revelarle lo que había descubierto, pero dudaba de que estuviera lista para escucharlo. Se daba cuenta de que el caso representaba más

que una simple investigación para ella; era un asunto personal, una prueba, una manera de reafirmarse.

—Aquí no hay fracasos. Hay casos que simplemente no se resuelven. Ahora entenderás por qué desconfío del sistema. No es justo, ni para ti, ni para nadie.

La pregunta sumergió a Rojo en un mar de reflexiones por unos instantes. De repente, un torrente de recuerdos lo llevó de vuelta a Cartagena, a Gutiérrez, a Elsa, a la muerte de Pomares y a todas esas situaciones de obstáculos, corrupción y malas prácticas a las que se había visto obligado a enfrentar. Sin embargo, mucho antes de todo eso, brotó el motivo por el cual se había unido al Cuerpo. En tiempos remotos, Rojo, al igual que muchos jóvenes, solo aspiraba a conseguir un empleo respetable que hiciera sentir orgullosos a sus padres.

—Mira, hay algo que no cuadra en este asunto. Imagino que ya habrás notado que la visita de esa mujer no fue casual.

—No...

—Vino con el fin de engañarnos, pero las mentiras tienen las patas cortas.

—Imagino que la habrían amenazado y se encontraba en una situación desesperada. ¿Notaste su expresión al reconocer a Martín Ricart?

—Sí. La misma que mostró el gerente del restaurante. Es evidente que ese desgraciado los tiene sometidos, pero me sorprende que no se inmutara al ver a Llorens y a Rojas.

—¿A qué te refieres?

—A que probablemente no los había visto antes. Lo que me lleva a pensar que no mantenía una relación directa con el círculo del empresario.

Ella entrecerró los ojos, tratando de asimilar la información, aunque no parecía comprender del todo.

—No estoy segura de seguirte...

Tras servir las primeras raciones y comenzar a comer, el semblante de la inspectora cambió al ver los platos. «Al final, a nadie le disgusta esto», pensó Rojo al observarla disfrutar.

—Tengo una hipótesis, aunque no son más que suposiciones personales, pero creo que puedes intuir a qué me refiero.

—Estoy atenta.

—Samuel Antón era cliente de Ricart, por eso celebraban sus reuniones en el Dársena. Sin embargo, tanto Rojas como Llorens están vinculados o trabajan para el Francés, y no con el empresario, como sospechábamos en un principio.

—Pero tenemos pruebas. Rojas apareció en la oficina una semana antes.

—Pruebas, ¿de qué? Solo era una anotación en una agenda, nada más. Del segundo, solo tenemos su nombre en un chat privado de móvil.

—Una prueba que ya no existe. ¿Qué opinas sobre la posibilidad de que haya alguien entorpeciendo nuestro trabajo?

Rojo respiró hondo y suspiró, necesitando beber un poco más. Aunque intentaba ocultarlo, la situación le resultaba cada vez más difícil a medida que ella indagaba más.

—No voy a cuestionar tu palabra. Después de todo, eres mi compañera.

—Gracias, hombre —dijo ella con un tono irónico.

—No sé qué pudo haber pasado, la verdad, pero confío en ti —le aseguró y ambos guardaron silencio por un momento—. Soy bastante escéptico con las teorías conspirativas, aunque no niego que la corrupción existe, seamos honestos. El Cuerpo no es una excepción. Pero de ser cierto, estaríamos en serios problemas.

—¿Por qué?

—Porque sería perjudicial que alguien nos estuviera saboteando desde dentro. Eso significaría que Ricart cuenta con un informante a sueldo y, maldita sea... Nos duplicaría el trabajo.

—Quizá sea el momento de informar a Maruenda. Él es el único que puede hacer algo al respecto, iniciar una investigación, una purga, no sé...

«¿Otra?».

—No, mejor no.

—Es el comisario, Rojo. Nos ha encargado esta misión y confía en nosotros. Deja tus prejuicios a un lado.

—Lo planteas como si fuera algo trivial.

—Si no comunicamos y descubres lo que sucede, las consecuencias serán graves y ya sabes cuál sería el desenlace.

«¿No sería el mismo si lo hiciéramos?».

—Cálmate, aún disponemos de tiempo. No podemos perder la compostura. Eso solo les daría la razón. Y eso no es lo que deseas, ¿verdad?

—No...

—Tengo la sensación de que estamos cerca de algo considerable, pero estos enredos nos impiden ver con claridad.

—Curioso, porque yo siento todo lo contrario. Parece que nos adentramos cada vez más en un laberinto —dijo y lo miró fijamente. Rojo permaneció en silencio mientras bebía y comía—. Tal vez sepas algo que no quieres compartir. Este sería un buen momento, Rojo.

—Te he contado lo que sé y conoces mi opinión.

—¿Sinceramente? No me queda del todo claro.

—Esos tres colaboran entre sí y Llorens fue quien acabó con la vida de Samuel Antón. Así que descartamos la teoría del crimen cometido por un lobo solitario, como se planteó inicialmente.

—Es un punto de partida.

—Y un epílogo. Si capturamos a Llorens, vamos a concluir el caso. No albergó dudas al respecto y tengo claro lo que me confesó en la sala de interrogatorios, creas en ello o no. Ese cabrón es el principal objetivo de esta investigación. No obstante, no lograremos capturarlo de inmediato, sin pruebas contundentes en su contra. No nos lo va a poner tan fácil. Ya has sido testigo de ello.

—A tu juicio, Ricart sería el cerebro de detrás de todo.

—Así lo creo —afirmó, reflexionando sobre el esquema que había trazado en su hogar—. ¿El motivo? Podría ser cualquiera, desde una extorsión hasta una deuda incumplida. Llorens no es más que un matón a sueldo, un escudo que actúa motivado por obtener beneficios propios.

—¿Y qué me dices del vídeo que te mostré?

—¿No te parece una advertencia lo suficientemente clara?

—Excesiva, diría yo. Entonces, ¿qué ocurre con Rojas?

—Ya lo has visto. Ese dinero no aparece por arte de magia... Claramente podríamos acusarlo con facilidad, pero sigue sin aparecer.

Ella suspiró profundamente. Rojo observó su semblante e intuyó que estaba intentando enlazar las piezas del rompecabezas.

—Entonces, crees que Samuel Antón saldó su deuda con esos dos. Ricart era quien le facilitaba lo que solicitaba y el otro se lo proporcionaba.

—En líneas generales, sí.

—Quizá el acuerdo se torció y el empresario se negó a ceder ante los chantajes.

—Es una forma de verlo, pero efectivamente.

—Es bastante impactante para ser real.

—Esa es la naturaleza de nuestro oficio.

—¿Has descubierto algo sobre las peleas ilegales que mencionó tu amigo periodista?

Rojo recordó el mensaje que había recibido esa mañana. Prefería no alarmarla.

—Descártalo. Es otro camino que debemos descartar, al menos por ahora —indicó, aunque percibió su escepticismo—. El sitio que me señaló no existe o ya fue clausurado. Probablemente, estén en alerta ahora.

—Aún no hemos inspeccionado la zona industrial que mencionó. No perdemos nada con echar un vistazo esta noche.

—¿El tiempo? ¿Te parece poco? —replicó, intentando disuadirla—. Nos ocuparemos de eso mañana.

—Mañana, siempre mañana...

—Dale un respiro a tu mente, inspectora. Comienzas a sobreanalizar.

—Lo sé, disculpa... Me preocupa sentir que estamos atrapados en un laberinto sin salida.

Finalizaron la comida, pidieron dos cafés y Rojo se encargó de la cuenta, a pesar de que ella deseaba compartir los gastos. Pero el inspector era firme en su decisión: él había propuesto el lugar, por lo tanto, él pagaba. Abandonaron el local y la luz vespertina comenzaba a teñirse de otros tonos. Tal vez fuera el letargo posprandial o la realidad de que llevaban días sin descansar adecuadamente, pero ambos necesitaban una pausa, un momento para respirar y pensar con lucidez. Por su parte, Rojo buscaba un pretexto para alejarse de ella por unas horas.

Regresaron al vehículo, pero él no se montó.

—¿No vienes a la comisaría?

Negó con la cabeza.

—Tómate la tarde libre y desconecta del caso, al menos por unas horas. Nos ayudará a pensar con más claridad y a que los tres bajen la guardia. Actualmente, sus rostros circulan por todas las comisarías de la ciudad.

—Eres increíble.

—Hay situaciones peores.

—¿Cómo puedes «desconectar del caso» así como así?

—Es solo una tarde, Agulló. Hemos estado días sin pegar ojo.

—El comisario no lo aprobará.

—Maruenda puede que esté incómodo por pasar tanto tiempo sentado en la silla de su despacho.

—Hoy te sientes inspirado.

—Nos vemos mañana en la comisaría. Hazme caso, solo por esta vez.

—Sabes que no lo haré.

—Como desees... Llámame si encuentras algo.

Las horas que siguieron se convirtieron en una eternidad para el inspector. La ansiedad se adueñaba de él a medida que se aproximaba el momento decisivo. Durante la espera, sus pensamientos se centraron en el día transcurrido junto a Agulló, la charla mantenida en La Libélula y lo cerca que había estado ella de involucrarse profundamente en aquel asunto de las peleas ilegales. Reflexionó sobre lo inapropiado del lugar tanto para ella como para él, pero ya no había posibilidad de retroceder, en su caso. Si esa era la ruta para desvelar la red de corrupción de detrás del asesinato de Samuel Antón y descubrir al responsable de la muerte del exsargento Maqueda, no le quedaba más remedio que acudir a la cita. Contrario a lo esperado, el mensaje se demoró más de lo anticipado.

El portero del establecimiento de suplementos lo convocó a la entrada del local, un hecho que encendió las alarmas internas del inspector. Algo no marchaba según lo previsto, aunque optó por conservar la calma y esperar una explicación del desconocido. Llegado el momento, ataviado con camiseta, vaqueros y chaqueta de cuero, se trasladó en moto hasta el lugar acordado. Con él llevaba una bolsa de deporte que contenía un pantalón corto y una toalla, y en el asiento del vehículo escondía su arma, por si las circunstancias se tornaban adversas. Al llegar al establecimiento, no había nadie esperándolo. Apagó el motor y revisó su móvil, sin encontrar ningún mensaje nuevo. De pronto, un BMW negro se puso en marcha a poca distancia y encendió sus faros. El culturista bajó del automóvil, inspeccionó los alrededores y se aproximó.

—Vamos, sube a mi coche —le indicó, instándolo a darse prisa—. ¿Qué llevas ahí?

—La ropa.

El hombre tomó la bolsa y la depositó en el maletero.

—El teléfono también.

—Voy en mi moto.

—No —replicó con firmeza—. Es por seguridad. Déjala aparcada ahí donde está. Te traeré de vuelta aquí cuando acabemos.

Rojo asintió sin oponer resistencia. En el asiento de la moto había ocultado una pistola que no podría utilizar. Acto seguido, se dirigió al otro lado del coche y subió. Sin más, emprendieron camino hacia el puente rojo.

—¿Va todo bien?

—Sí... —respondió el hombre, conduciendo con una mano y manifestando una agresividad notable al volante. Tras cruzar el puente, salieron de la primera rotonda y tomaron la avenida hacia la carretera de Ocaña. Rojo, familiarizado con la zona, se permitió un instante de relajación al confirmar que se dirigían hacia el polígono del Pla de la Vallonga—. Ha habido un pequeño cambio de planes a última hora...

—¿Un cambio? ¿Qué tipo de cambio?

—Nada serio. Al parecer, la policía recibió un aviso y tuvieron que cambiar de ubicación. No tienes por qué asustarte, no te ocurrirá nada malo.

—Comprendo. Me da igual, la verdad.

—¿Estás nervioso?

—No.

—Yo que tú, lo estaría un poco. Esta noche podrías ganar un buen dinero.

—Entonces será mi día de suerte.

—¿A qué te dedicas?

—A pelear.

—Ya... —comentó, chasqueando la lengua—. Como he dicho, un buen dinero... si ganas.

El comentario no fue del agrado del inspector. Si aquello era cierto, implicaba que las apuestas estaban en su contra, haciendo que apostar por su oponente fuera una jugada segura.

—¿Con quién pelearé?

—Tranquilo. Pronto lo sabrás.

El vehículo continuó su trayecto más allá del polígono industrial sin detenerse, aumentando la tensión en el inspector. Su preocupación creció al ver que no se dirigían a la localización esperada.

—Creía que el sitio había sido cambiado.

—Así es... —contestó el conductor, desviándose hacia el polígono de Las Atalayas, situado no muy lejos del primero. Al abandonar la carretera principal, el coche apagó las luces y avanzó en

la oscuridad hacia una nave industrial apartada. La falta de iluminación y señales de vida incrementó la inquietud de Rojo, quien, a pesar de todo, sabía que ya no había marcha atrás. Al llegar, el hombre aparcó y le señaló que lo siguiera hasta una puerta trasera. El interior olía a almacenamiento y productos químicos. A diferencia de lo que Rojo esperaba, no había ningún ring preparado, solo un amplio espacio de cemento.

—Los aseos están allí —indicó el hombre, apuntando hacia una puerta cercana—. Vuelvo en un momento. Puedes esperar dentro.

Rojo asintió y fingió dirigirse hacia el baño, pero se detuvo para seguir con la mirada al grandullón, que entró en una oficina iluminada. Aprovechando el momento, se acercó sigilosamente a la oficina y, al asomarse, su expresión se tensó al reconocer a Rojas contando dinero.

«Mierda, no puede ser».

Segundos después, entró otra persona. Era un hombre con una media melena y la misma apariencia hortera que la del eldense, con las cadenas de oro en el cuello, la camisa abierta, las americanas apretadas y los sellos en los dedos.

De vuelta al cuarto asignado, con un espejo a su disposición, tuvo un momento para reflexionar sobre su próxima confrontación. Ahora era consciente del lío en el que estaba metido. Esa noche no habría pelea, ni apuesta. La única certeza era que lo iban a apalear. Sin medios para marcharse y sin querer involucrar a la inspectora, entendía que su única opción era encarar la situación.

El encargado del local irrumpió en la habitación.

—Apúrate. Empiezas en tres minutos.

—¿Y la ropa y los guantes? Mi bolsa está en...

—¿Guantes? —preguntó con una sonrisa burlona—. Olvida todo eso. Aquí no usamos protección.

Ante la perspectiva de un combate sin medidas de seguridad, Rojo comprendió la gravedad del momento. Estaba a punto de entrar en una pelea y pensó que era muy probable que fuese contra ese machaca cargado de anabolizantes. La realidad de su entorno se hacía cada vez más evidente: se encontraba en el corazón de la corrupción y la violencia que buscaba erradicar. La misma que iba a terminar con él. A menudo, la gente se pregunta qué piensan los luchadores antes de salir a defender su honor. El inspector pensó en Frank, su entrenador, y también en Agulló, lamentando no haberla avisado. Sin embargo, no era momento de lamentarse. Con poco tiempo para actuar y sin opciones claras por sobrevivir, respiró hondo y decidió no cambiarse de ropa. Su determinación y astucia serían cruciales para superar lo que estaba por venir.

Al salir del cuarto, esperaba encontrarse con una audiencia ansiosa por verlo luchar. Sin embargo, le bastaron unos segundos para darse cuenta de que las cosas no habían salido como esperaba. La fábrica estaba sumida en una oscuridad siniestra, apenas iluminada por el resplandor de la luna, que se colaba por las ventanas. Junto a la oficina, bajo un foco que iluminaba el suelo de cemento, Rojas lo esperaba ansioso, acompañado por el empleado de la tienda de suplementos que lo había llevado hasta allí.

Ambos sonreían al policía, que buscaba desesperadamente una salida con la mirada.

—Vaya, vaya con el inspector... Tienes unos cojones de acero —le dijo el hombre y se encendió un cigarrillo antes de continuar—. ¿De veras pensaste que no nos enteraríamos? ¿Jimmy?

Rojo permaneció en silencio.

«Maldita sea, Caballero».

A veces, hacerse el bravucón no servía de nada.

Antes de que pudiera responder, apareció el tercer hombre, al que había visto antes. Con un andar arrogante, vestía pantalones vaqueros acampanados que dejaban ver sus botas de cuero negro. En sus manos portaba una cámara de vídeo portátil y un trípode, que colocó en el suelo. Luego, ajustó el equipo y lo enfocó hacia el policía. Al quitarse las gafas de sol, Rojo reconoció esos ojos. Los había visto en otras ocasiones. Era Ricart, «El Francés», y estaba a pocos metros de distancia.

—Parece que se ha quedado sin palabras —comentó Ricart, abriendo la tapa de la cámara y haciendo una señal al corpulento. Se activó un indicador rojo—. Acabemos con esto de una vez.

Rojo observó a los tres hombres y retrocedió un paso, presagiando el peor de los desenlaces. Ricart y Rojas se frotaban las manos, expectantes ante el espectáculo que estaban a punto de presenciar. En ese momento, comprendió lo que el otro le había dicho en el coche sobre la pelea.

«Maldito bastardo... Estaba deseoso de romperme los huesos».

El hombre de la tienda de accesorios sacó una máscara negra de luchador mexicano y se cubrió el rostro, momento en el cual reconoció la figura del ejecutor de Maqueda.

—¡Tú! —exclamó, en un reflejo al verlo, identificándolo del macabro vídeo. Su corazón se aceleró y un sudor frío recorrió su espalda. De repente, los nervios lo invadieron y se sintió asfixiado. Pero estaba decidido a no mostrar debilidad ante esa bestia. Conocía su capacidad y sabía que no tenía otra opción más que enfrentarla. El oponente se acercó sin temor, seguro de que no duraría ni un asalto. El inspector adoptó una postura defensiva, preparándose para el primer ataque, recordando las enseñanzas de Frank.

«En el ring, lo importante no es tanto vencer como resistir, mantenerse en pie frente a los golpes más duros de la vida».

En el centro del frío suelo de cemento, el inspector de homicidios estaba frente a su verdugo. La tensión era palpable, como si el destino de la investigación dependiera del resultado de este brutal enfrentamiento.

Con los músculos tensos y los puños apretados, avanzó hacia su adversario, con firmeza. Ambos adoptaron posturas de lucha, con la mirada fija el uno en el otro. El sonido de su respiración entrecortada llenaba el silencio de la fábrica, aumentando la intensidad del momento.

El inspector lanzó una serie de golpes rápidos y precisos, buscando puntos débiles en la defensa de su oponente, ataques que, en otra situación habrían sido suficientes para derribar a cualquier contrincante. Sin embargo, el enmascarado esquivó y bloqueó con destreza cada uno de los ataques de Rojo, mostrando una habilidad impresionante.

«Es imposible», se dijo, anticipando un desenlace como el de Maqueda.

La lucha se intensificó, con Rojo esquivando los contraataques de su formidable oponente. Cada movimiento era una danza de violencia y habilidad, con ambos contendientes moviéndose con la gracia de depredadores en la penumbra. Sin embargo, a pesar de su empeño, Rojo no lograba asestar un golpe decisivo que impactara en su rival, y empezaba a sentir el cansancio acumularse en sus músculos. Su respiración se hacía más pesada, pero su determinación seguía intacta, alimentada por el instinto de la supervivencia.

Finalmente, en un descuido, el enmascarado encontró la apertura que buscaba. Con un potente derechazo, conectó un golpe directo en la mandíbula del policía, que lo dejó viendo las estrellas.

El impacto resonó por toda la fábrica y el inspector se tambaleó antes de caer al suelo, casi inconsciente.

Todo le daba vueltas en la cabeza, pero él hacía esfuerzos por mantener la mente concentrada y recuperar sus pensamientos.

El misterioso oponente permaneció de pie, triunfante bajo su máscara, mientras Rojo se quedaba inmóvil en el frío cemento. El ataque había estado a punto de fracturarle la cara, pero aún podía mover la mandíbula sin sentir un dolor insoportable. Desde el suelo, observaba la silueta de esa bestia, esperando su próxima acción.

«¿Habrà terminado conmigo?», se preguntó, sabiendo la respuesta.

La escena quedó envuelta en un silencio sepulcral, solo interrumpido por el escaso aplauso de los dos espectadores, que habían sido testigos del violento enfrentamiento en las sombras de la fábrica.

—Francamente, esperaba más de esta noche... —comentó Ricart.

La cabeza le daba vueltas y apenas podía respirar, pero, lamentablemente, lo que parecía el fin de la pesadilla, solo era el comienzo.

Aturdido y tendido en el suelo, Rojo observó cómo los otros dos hombres abandonaban la estancia y se dirigían hacia la oficina. Lo siguiente que cruzó su mente fue cómo derrotar al monstruo que tenía enfrente. Intentó atenazarse a su pierna para derribarlo, pero este lo agarró de la cabeza y lo lanzó hacia atrás. La caída contra el cemento fue seca y dolorosa. Le costaba respirar y sentía el pulso latiendo intensamente en la parte superior de su cabeza, como si le hubiesen clavado un destornillador en la sien. Sin tiempo para reaccionar, la imponente masa muscular le propinó una patada en el estómago que lo dobló de dolor.

—¡Ah! —exclamó al recibir el impacto de lleno. Era el comienzo de un tormento sin fin. Conocía el desenlace, lo había visto en el vídeo donde asesinaban a Maqueda, y era consciente de que correría la misma suerte si no actuaba a tiempo. La siguiente patada impactó en su rostro, dejándolo aún más aturdido. A pesar de sus esfuerzos, sentía el cuerpo pesado, como si no tuviese control sobre sus pensamientos. Por cada centímetro que avanzaba para alejarse de su adversario, este lo reducía para golpearlo de nuevo. Cuando se cansó de las patadas, lo levantó con sus manos para castigarlo con más fuerza. Rojo soportaba los impactos como un saco de boxeo a punto de romperse. Cada caída al suelo dolía más. Cada pensamiento era más tormentoso. Era consciente de que su cuerpo no resistiría mucho más antes de ceder, pero tampoco tenía margen para actuar. Después de la brutal zurra, su agresor mostró signos de cansancio. Su cuerpo pesado no parecía acostumbrado a exigir tanto al corazón, y la máscara le causaba sudoración y dificultad para respirar.

—¿Aún te mueves? —preguntó bajo el antifaz—. Quizá deba pegarte con algo más fuerte.

Rojo permaneció inmóvil en el suelo, calculando su próximo movimiento. A pesar del sufrimiento y su posición cercana a la muerte, aún tenía un poco de fuerza para acercarse y

sorprenderlo. Sin embargo, sabía que no tendría una segunda oportunidad. Si no lograba derribar a su adversario, probablemente este respondería con violencia hasta acabar con él. Recordó la lección de Llorens y cómo había fallado en protegerse adecuadamente. No podía cometer el mismo error una vez más. El verdugo lo miró fijamente, asegurándose de que no se moviera, y se giró. Los ojos del policía captaron sus intenciones en cuanto vieron una caja metálica de herramientas, al fondo. La capacidad de sobrevivir se reducía, reflexionó. El hombre se dirigió hacia la caja, con una respiración pesada, similar a la de un jabalí. Rojo aprovechó el momento y se arrastró hacia el pilar más cercano para escapar de su campo de visión. La penumbra lo ocultaba y la luz del techo no alcanzaba a iluminarlo. Llenó los pulmones con esfuerzo para recuperarse y calmar sus pensamientos. Sentía los dientes rechinar y un agudo dolor en la mandíbula, que tardaría semanas en desvanecerse. La pulsación en su cabeza, sumada al dolor que cada latido provocaba, le causó una intensa náusea que contuvo con tesón. A lo lejos, escuchó el sonido metálico de las herramientas.

—¡Maldición! —exclamó el otro al darse cuenta de que Rojo no estaba en el suelo—. Maldita sea, esta cucaracha...

Rojo contó hasta tres y exhaló, para después llenar de nuevo sus pulmones. Los pasos se acercaban. De manera sigilosa, rodeó el pilar, manteniéndose fuera de vista mientras su adversario avanzaba. Entonces, lo vio de espaldas, con un destornillador en mano, listo para atacar. La espalda del hombre era enorme, marcada por los músculos. Observando la forma de sus brazos, calculó que tendría problemas de agilidad a la hora de girarse y pensó en cómo derribarlo.

—¡No puedes escapar! ¡Ja, ja! —gritó el matón, con voz potente—. ¿Dónde ha quedado tu valentía, madero?

Como una serpiente, Rojo lo sorprendió por detrás, lanzándose a su cuello para aplicarle una llave de estrangulamiento. Si ejecutaba el mataleón con éxito, lograría desestabilizarlo en segundos. Tomó impulso y rodeó el cuello del hombre con su antebrazo. Su oponente se debatió como un animal salvaje y asustado, intentando liberarse. Con el bíceps del otro brazo, apretó el lado opuesto del cuello para obstruir el flujo sanguíneo de la carótida y desorientarlo.

—¡Cabrón! —le exclamó el adversario, esforzándose por liberarse. Bastaron unos segundos para notar cómo el individuo se desplomaba, comenzando a ceder. Dado lo pesado que era, Rojo lo soltó, permitiéndole caer al suelo, exhausto por el esfuerzo. Sin embargo, no había calculado el tiempo suficiente y aquel hombre aún seguía consciente. El inspector había subestimado su resistencia. La reacción fue inmediata y el hombre agarró al policía de la pierna. Inmovilizado,

Rojo giró y vio la punta del destornillador frente a su rostro. Rápidamente, logró detener a escasos centímetros la mano que lo amenazaba, para frenar el ataque. Luchaban con todas sus fuerzas, hasta que el oponente, apoyándose con la segunda mano, superó en fuerza a Rojo. Este retrocedió hasta encontrar el pilar. El hombre de la máscara emitió un gruñido y atacó con todo. Como si estuviese en un ring de boxeo, Rojo esquivó el ataque con un ágil movimiento de cabeza y contraatacó con una patada en la entrepierna que lo hizo caer. Luego, un jab seguido de un gancho bajo la máscara. Las manos del adversario aún sujetaban el destornillador. Rojo intentó arrebatárselo, sin éxito. El agresor se esforzó por clavárselo, aunque Rojo, revitalizado, tenía ahora más fuerza. En un tenso enfrentamiento, aplicó toda su energía y el destornillador cambió de dirección, apuntando ahora hacia el estómago del agresor.

Cara a cara, el inspector percibió el miedo en su oponente, el presagio de su fin. Nadie está realmente preparado para enfrentarse a la muerte, ni siquiera aquellos que más la merecen. En ese momento, recordó a Maqueda, colgado del techo, antes de ser brutalmente asesinado por el hombre que ahora tenía delante. La ironía de la situación no le pasó desapercibida. Aquel hombre se había convertido en una caricatura de sí mismo. Rojo pensaba que algún día tendría un destino similar.

—A todo cerdo le llega su San Martín —murmuró el policía, ejerciendo presión y sintiendo cómo el destornillador avanzaba hacia su adversario—. La tuya ha llegado ahora.

—¡Que te jodan, madero! No le tengo miedo a nada.

—Respuesta incorrecta.

Rojo gritó y, con un último esfuerzo, empujó como si manejara un ariete destinado a derribar una fortaleza. El destornillador perforó el estómago del hombre y la fuerza en sus manos empezó a desvanecerse. La masa de músculo se desplomó lentamente hasta quedar inerte en el suelo.

Observando sus manos, ahora hinchadas y manchadas de sangre, el inspector recuperó el aliento y su mirada se dirigió hacia el interruptor rojo que aún brillaba en la distancia. Al fondo, podía oír las voces de los otros dos hombres, ajenos a lo que ocurría en las instalaciones. Se acercó a la cámara y comprobó que seguía grabando. Desde esa posición, las voces eran claramente captadas por el micrófono. Si lograba registrar la conversación que iba a tener con esos tipos, conseguiría las pruebas necesarias para respaldar su investigación. Internamente, estaba convencido de que esos dos revelarían lo que necesitaba saber, por las buenas o por las malas. A esas alturas de la noche, no iba a andarse con formalidades, se dijo. Ajustó la cámara y acercó el trípode lo más posible a la puerta, sin llamar la atención. Una vez listo, fijó su vista en la oficina. Era el momento de conseguir las respuestas que tanto buscaba.

Ricart y Rojas debatían sobre finanzas en el despacho, cuando Rojo irrumpió allí inesperadamente. Antes de que pudieran percatarse de lo acontecido tras el muro, Rojo sorprendió a Rojas por detrás, amenazándolo con la punta de un destornillador contra el cuello.

El francés, sorprendido por la aparición del policía, reaccionó despacio y con cautela.

—¿Qué diablos...? —preguntó, al observar cómo sujetaba a su compañero con fuerza—. ¿Qué has hecho con él?

Rojo examinó minuciosamente a ambos, buscando armamento en sus cinturones, aunque no logró determinar si estaban armados.

—No te muevas —advirtió, presionando el metal contra el cuello de Rojas en señal de amenaza—, te aseguro que no dudaré en clavárselo hasta la nuez.

—¡Eh, espera! —exclamó Rojas, elevando las manos—. ¡Hazle caso, Martín!

—Joder... ¿Lo has asesinado? —preguntó, y la expresión del inspector fue suficiente para desvelar la respuesta—. Dios mío... ¿Quién cojones eres? ¿Qué quieres de nosotros? ¿Buscas dinero, empleo? Te podemos dar trabajo...

—Busco respuestas.

—Oh, no, te has confundido de lugar, amigo... ¿Es esto alguna broma?

Ante la insistencia de Rojo, Ricart se mantuvo sereno, como si no sintiera temor.

—Vaya, Martín. ¿Eres gilipollas? ¿No te das cuenta de que es un policía? Entrégale lo que pide.

—Precisamente por eso, no nos hará nada, ¿cierto, inspector? —planteó, y Rojo no comprendió su razonamiento—. No está en posición de hacerlo. No te puede tocar.

—Parece que el equivocado eres tú... —replicó, al notar la complicidad en la mirada de Ricart hacia el hombre que retenía. En un instante, captó el intento de movimiento defensivo del empresario. Más ágil que él, detuvo el gesto y extrajo un revólver que Ricart ocultaba en el frontal de su cinturón. En un momento de confusión, lo agarró del cuello y lo empujó contra una silla, inmovilizándolo antes de que pudiera reaccionar, para luego clavarle el destornillador en la rodilla. Guillermo Rojas gritó de forma desgarradora, horrorizado al ver la herramienta que estaba atrapada en su pierna. Acto seguido, Rojo le apuntó con el revólver y se dirigió hacia El Francés, que lo observaba, estupefacto.

—¡Está bien, está bien! —exclamó, viendo a su socio en agonía—. ¡Podemos dialogar!

—¡Joder! ¡Maldita sea! —exclamó el otro—. ¡Maldito seas, cabrón! Te mataré en cuanto bajes la guardia...

Pero nadie podía escucharlos mientras permanecieran allí.

Rojo se retiró hasta el umbral de la puerta, sin apartar el cañón de la cara de Rojas. Desde esa posición, calculó que tendría suficiente distancia y margen para dispararles a ambos, si la situación empeoraba.

—¿Para quién trabajáis?

—Para muchos —respondió El Francés—. ¿Y tú, a quién sirves?

Rojo desactivó el seguro de la pistola.

—¡Confiesa, maldición! Este tío es un lunático... ¡Está mal de la olla!

—Trabajamos para quien requiera nuestra asistencia... o busque algo que podamos ofrecerle.

—Vosotros asesinasteis a Samuel Antón.

—¿Nosotros?

—No fuimos nosotros —se defendió el empresario desde la silla—. Jamás encontrarás prueba de ello.

—¿Por qué?

—Ya lo has oído. Nosotros no acabamos con ese hombre, aunque no afirmo que no mereciese lo que le ocurrió.

—No lo hicisteis vosotros, pero ordenasteis a alguien que lo ejecutara.

—Te equivocas, justiciero —respondió Rojas—. Nosotros no organizamos eso. Yo me encargo de las peleas, de reclutar al personal...

—¡Guillermo!

—¿Qué? ¡De todas formas, nos va a matar! ¿Es que no lo ves?

—Mierda...

—Eso puede que no ocurra, si respondéis. ¿Quién os encargó el asesinato de Samuel Antón?

—Ya te lo hemos dicho. No fuimos nosotros.

Rojo apuntó a El Francés.

—¿Qué piensas hacer? ¡Dispara! Es la verdad... y no puedes actuar en contra —respondió, visiblemente alterado—. Yo aseguro el éxito de los negocios, facilito el contacto con los distribuidores... y él organiza las contiendas, pero nuestras manos están limpias de sangre. Antón fue quien se acercó a nosotros inicialmente. Quería entrar en el negocio y yo lo conecté con las personas adecuadas.

—Nombres.

—¡Vaya! ¡Me pones en un aprieto!

—Mi paciencia se agota.

—Quería apostar, ¿entendido? Su negocio de alquiler de contenedores iba mal y estaba endeudado hasta las cejas... Las apuestas pueden ser muy lucrativas si sabes dónde invertir.

—Ese desgraciado nos iba a complicar la vida.

—¿Complicaciones?

—Tenía deudas y comenzó a pedir dinero prestado.

—¿A quién?

—No lo sabemos.

—¿De cuánto hablamos?

—Cientos de miles.

—Vosotros lo visteis una semana antes de su muerte —expuso el inspector—. Se encontró contigo en el Dársena y tú le visitaste en su oficina.

—No es lo que parece.

—Yo no he mencionado lo que parece.

—Acudió a nosotros buscando ayuda —explicó Ricart—. Pero, ¡por Dios! No podíamos solventar su deuda. Era demasiado dinero y demasiados problemas con otras personas.

—Así que fuiste a intimidarlo a su oficina —afirmó Rojo al eldense.

—No... Fui a advertirle que no hiciera ninguna locura. Tenía familia y una vida por delante. Solo debía callarse y saldar su deuda, pero estaba dispuesto a arruinarlo todo...

—¿Crees que me voy a creer esa mierda? No sois la clase de gente que se preocupa por nadie. Habéis amenazado a la viuda para que viniera a testificar con mentiras. ¿De qué coño vais?

—Los problemas de nuestros clientes, a veces, se convierten también en los nuestros...

—Explica con claridad.

Guillermo Rojas lo observaba desde la silla. A pesar del dolor, sus ojos destilaban furia hacia el hombre frente a él.

—Pretendía revelarlo todo a la policía, incluso asumiendo su parte de culpa. Tenía contacto con alguien allí, la hija de un antiguo amigo... Le advertí que no era prudente y así fue... «Maldición, Agulló».

—Lo diré por última vez. Si necesito repetir la pregunta, uno de los dos no verá el amanecer... Decidid y contadme de una vez quién ordenó eliminar al empresario.

Entre miradas silenciosas, los dos comprendieron que hablar acarreaba consecuencias más graves que la muerte misma.

—Ya te hemos respondido. ¿Qué más quieres? Te doy un consejo, amigo. Date la vuelta, desaparece y olvídate de todo esto.

—No es el mejor consejo que me han dado.

—Pierdes el tiempo con nosotros. Ni siquiera somos los que mandamos, así que carecemos de esa información.

—No lo entiendes, insensato... Aún no lo ves, pero te has adentrado en un zulo del cual es imposible escapar —replicó el que estaba sentado.

Rojo, con un gesto de negación, desvió el cañón hacia él y le disparó a la pierna intacta. El estruendo y el desgarrador alarido del empresario llenaron la estancia de terror. El inspector sabía que tardarían en hablar, pero no podía irse sin respuestas.

—¡Estás chalado!

—¡No! ¡Por favor! Va a acabar conmigo...

—¿Acaso no lo comprendes?

—Tu amigo se desangrará si no hablas —amenazó, mientras el otro se retorció de dolor—. Os lo he advertido, tengo poca paciencia... así que no habrá una tercera vez. Quiero nombres y los quiero ya. Llorens acabó con ese hombre, ¡decidme quién lo ordenó, collons!

Al mencionar a Llorens, la tensión se palpó entre ellos.

El apellido no les era ajeno, pero su reacción fue todo lo contrario a lo esperado por Rojo. Se mostraron incluso menos dispuestos a hablar.

—Escucha, hablo en serio ahora. Desconoces en lo que te estás metiendo... —advirtió el Francés—. Son personas de gran poder y sin escrúpulos. Huye, ve al aeropuerto, sube a un avión y olvida todo lo que dejas atrás. Arruinarán tu vida, tu familia y todo lo que te importa. De lo contrario, te encontrarán antes de que siquiera lo consideres.

Rojo caviló, debatiéndose entre, si era una estrategia de intimidación o realmente la situación era tan espinosa como describían. Algo le hacía creer en su espontaneidad, aunque no estaba completamente seguro. Después de todo, era un policía interrogando a dos delincuentes. Además, intuía que no revelarían más información. Las dudas se acumulaban en su mente, abriendo caminos que no había considerado previamente.

Al mirar al empresario, que agonizaba con ambas piernas ensangrentadas, pensó que no moriría si recibía ayuda a tiempo. Entonces, notó un gesto en el rostro del hombre. Este lanzaba miradas furtivas a su compañero.

Rojo, absorto en sus pensamientos, no reaccionó a tiempo cuando el Francés extrajo un arma del cajón del escritorio y disparó a quemarropa hacia la puerta.

El inspector retrocedió, refugiándose en el umbral, pero la bala le rozó el brazo izquierdo. Sintió el ardor del proyectil, aunque no lo atravesó completamente. Ricart disparó varias veces contra la pared. En un acto reflejo, Rojo asomó, extendió el brazo y disparó al pecho y al estómago de Ricart dos veces. Este cayó sobre el mobiliario de la oficina y no se levantó. Al girar, vio a Rojas, con las manos ensangrentadas, la mirada desesperada y el destornillador en mano, que se lo había arrancado de la rodilla, listo para atacar.

Tiró del gatillo sin pensarlo dos veces. La última bala impactó directamente en su frente, causando un estallido que retumbó en la habitación, y el hombre se desplomó sin vida. Un zumbido persistió en su oído derecho por unos segundos.

Limpió el revólver con una camiseta de algodón y la colocó en las manos del cadáver de Rojas. Al salir, observó el cuerpo inerte del matón, tendido en su propia sangre. Se aproximó a la cámara de video y extrajo la tarjeta de memoria, esperanzado de que la conversación hubiera quedado registrada. Luego, arrancó la cámara del trípode y la destrozó a patadas. Eso sería suficiente para no dejar rastro.

Necesitaba abandonar el lugar cuanto antes, pero hacerlo por sus propios medios era demasiado arriesgado. Estaba lejos de la ciudad, exhausto, herido y su presencia llamaría la atención en la carretera a esas horas.

Con suerte, una patrulla lo detendría en el camino, y eso era lo último que deseaba.

Regresó al cadáver del verdugo que había intentado matarlo y buscó su teléfono en los bolsillos de su ropa. Cuando lo encontró, se dirigió al cuarto de baño y se lavó la cara y las manos para eliminar las manchas de sangre.

Luego, tomó el teléfono y salió de allí en busca de señal.

«Vamos, responde...».

Al tercer tono, una voz contestó al otro lado de la línea.

—¿Sí? ¿Rojo? ¿Eres tú?

—Necesito que vengas a por mí.

—Son las tres de la madrugada... ¿Qué sucede?

—No hagas preguntas. Te lo explicaré en su momento, pero apresúrate.

—¿Estás bien?

Tomó una profunda respiración y echó un último vistazo al interior.

—Lo estaré.

Agulló no logró percatarse de lo acontecido en el interior del edificio. El inspector se dirigió al vehículo de su compañera, identificándolo al instante, cuando se aproximaba a la nave industrial.

—¡Maldita sea, Rojo! —exclamó ella mientras conducía de vuelta, tras varios intentos fallidos de obtener una respuesta—. ¿Qué te ha pasado? Mírate... Necesitas atención médica. Te han herido en el brazo...

—No, olvídate de médicos...

—¿Has perdido la cabeza? ¡Por Dios! Debes explicarme qué hacías allí a estas horas.

Sin embargo, él permanecía en silencio, adolorido por los golpes y anhelando dormir por horas.

—Llévame a casa, te lo ruego... Eso es todo lo que te pido.

Ella lo observó de reojo. El rostro del inspector reflejaba las secuelas de un severo castigo: un ojo hinchado y amoratado, la cara inflamada, evidenciando haber sido brutalmente golpeado. Su ropa estaba impregnada de grasa y suciedad del suelo, además de las manchas de sangre en sus vaqueros.

Se dirigieron hacia el centro de la ciudad. La entrada a Alicante se mostraba tranquila y desolada. A esa hora, el tráfico era inusualmente escaso, limitándose a los que regresaban tarde o tenían algo que esconder. La inspectora avistó un coche de la policía municipal cerca de la estación de trenes.

—Agáchate, por si acaso —le sugirió, antes de tomar una ruta alternativa para evitar ser acosados. Rojo le indicó cómo llegar a su domicilio y lo consiguieron sin incidencias. Al estacionar frente a su edificio, lo asistió para descender del coche. El inspector luchaba por mantenerse erguido. La inspectora estaba convencida de que necesitaba visitar un centro médico, pensamiento que él compartía, aunque no estaba dispuesto a asumir ese riesgo. Las advertencias

del Francés todavía resonaban en su mente. Si acudía a un hospital, corría el riesgo de ser ingresado y tal vez no salir vivo de allí.

—Tienes un aspecto horrible —le comentó, sosteniéndolo del brazo y cargando con su peso.

—Gracias... —murmuró él, antes de toser—. Es de lo más bonito que me han dicho hoy...

—Creo que este no es momento para tus bromas.

—No, definitivamente no lo es.

—¿Quieres que llame a Robles?

—No.

—Como deseas.

Agulló lo apoyó escaleras arriba, hasta el primer piso. Luego, Rojo le pidió que extrajera las llaves de su bolsillo y ella abrió la puerta. El apartamento estaba desordenado, tal como lo había dejado los últimos días. Hacía tiempo que no entraba una desconocida en su hogar. Cuando se veía con Laura, siempre era en casa de ella. No obstante, no tenía energías ni remordimientos como para preocuparse por el estado de su vivienda. Sus pensamientos se enfocaban en la cocina y en beber un vaso de agua. La inspectora no comentó nada sobre el desorden del salón y preguntó por el botiquín de primeros auxilios.

—Está en el baño —indicó él, dirigiéndose lentamente a la cocina.

De la nevera, tomó una botella de agua de medio litro y la bebió de un solo trago. El agua le proporcionó un instantáneo alivio, a pesar de su dificultad para respirar de manera habitual. Poco después, ella apareció con un puñado de gasas y una botella de agua oxigenada.

—¿Es esto todo lo que tienes? —preguntó, visiblemente desilusionada.

—Hay cerveza en la nevera —respondió él, provocando su negativa con la cabeza—. Eso será suficiente.

Sentados en el sofá, en silencio, Rojo permitía que la inspectora atendiera sus heridas faciales mientras él empleaba bolsas congeladas para aliviar la inflamación de la mandíbula y la quemazón del brazo. Valoraba el cuidado y la compasión que su compañera le dedicaba. Por un instante, percibió ese cuidado como un verdadero gesto de camaradería, apreciando ese detalle más que cualquier promesa de lealtad expresada verbalmente.

—Tienes madera de enfermera.

—Soy policía. No tengo intención de cambiar de oficio. No te muevas ahora —le indicó, sujetándole la cara y aplicando una gasa con alcohol sobre una herida en la ceja—. Vicente, estas lesiones son graves. Es importante que un médico las revise porque podrían empeorar.

—Estoy bien, Agulló. He sobrevivido a situaciones peores.

—A situaciones peores no se sobrevive... —replicó y se quedó mirándolo a los ojos. La distancia entre ambos era muy ajustada, ella lo observaba desde arriba, como si fuera una doctora examinándolo. Por un momento, algo surgió en el ambiente que cambió el tono de la conversación, aceleró los latidos de sus corazones y agitó un cosquilleo en los estómagos. Antes de que la tensión pudiera crecer, ella se distanció y se colocó frente a él, de rodillas, en el sofá—. Por favor, cuéntame la verdad. Necesito oírla.

Él exhaló profundamente y retiró la bolsa de congelados de su rostro.

La verdad era complicada, tanto para él como para ella. Buscaba la forma de advertirla sin revelar lo ocurrido. Temía que su relato pudiera incriminarlo y no quería implicarla en su protección. A pesar de sus recelos, Agulló había demostrado ser muy distinta a lo que había anticipado. Por ello, no merecía cargar con su culpa o enfrentarse a un problema que pudiera arruinar su carrera profesional de por vida.

—¿Podrías traerme una cerveza?

—¿No prefieres un café? —Él negó con la cabeza—. Está bien, tú mandas...

La inspectora se dirigió a la cocina y él aprovechó para extraer la tarjeta de memoria del bolsillo de su vaquero. Ese pequeño objeto contenía las explicaciones que se resistía a darle. También el fin de sus días en el Cuerpo. La ocultó justo antes de su regreso. Agulló le entregó una botella fría y él bebió un largo trago.

—No necesitas hablar si no lo deseas, pero debo informar sobre esto.

—No lo harás.

—Tendré que incluir a Robles como responsable principal del caso. El comisario notará tu ausencia y preguntará por ti. Tarde o temprano, comenzarán a hacer preguntas y la verdad saldrá a la luz.

—Dile que estoy enfermo. Serán solo unos días.

—Rojo, ¿piensas que no entiendo la situación? —preguntó con seriedad—. Sé que has estado en esas peleas clandestinas. Me has mentido.

La mirada de él se endureció.

—Era lo mejor. De otro modo, no habríamos tenido la misma suerte.

—¿Qué quieres decir?

—Conocía los riesgos y, aun así, he ido. Me han golpeado severamente, al descubrir que soy policía... —confesó y vació la cerveza en dos tragos, sin saciar su sed—. Debemos cerrar este caso, Agulló.

—Para eso, tienes que contarme lo que sabes. ¿Quién te golpeó?

—Eso es irrelevante. Antón está muerto y probablemente se lo buscó por tratar con esa gente. Bastará con sugerirle a Maruenda que deje el caso en manos de Madrid...

—¿Qué? No, no quiero implicar a Madrid.

—Pensaba que tomábamos decisiones a partes iguales.

—Yo también lo pensaba.

—¿A qué viene tanto rechazo por delegar el caso? No podemos con él, asúmelo.

—Este es mi caso. Es nuestro caso, Rojo.

Él se recostó en el sofá y suspiró con dolor, luchando por mantenerse despierto. Ella observó cómo la botella se le escurría de las manos y la recogió para dejarla en la mesa. Al hacerlo, su vista se posó en unas hojas llenas de anotaciones. La curiosidad la venció al reconocer algunos nombres y conexiones en el diagrama.

—¿Qué es esto...? —preguntó, y él gestualizó para que lo dejara. Sin embargo, no hizo caso y recogió los papeles, aunque algunos se cayeron, revelando su reverso.

—Agulló, devuélveme eso...

En ese momento, la inspectora identificó la tipografía y el sello oficial en el documento, así como su nombre escrito en él. La atmósfera se tensó de inmediato.

Sus ojos recorrieron el texto y la expresión de su rostro cambió a una de traición.

—¿Qué significa esto, Rojo? —preguntó con un tono que nunca había utilizado con él. Levantó la vista de los papeles y la fijó en él—. ¿De dónde has sacado estos documentos?

Él inhaló profundamente, mirándola a ella, esperando que se calmara. La situación había tomado un giro inesperado, pensó, enfrentándose a su mirada. Agulló se mostraba incontrolable, lejos de la reacción que él había esperado. Su error fue permitirle entrar en su hogar, y ahora, no había forma de revertir el daño causado. A pesar de las preguntas que ella le planteara, comprendía que ninguna explicación sería suficiente para tranquilizarla.

Con un gesto de decepción, ella apartó la mirada y se levantó. La rabia que exhalaba de su ser era palpable, una fuerza contenida similar a la de un huracán. Rojo anhelaba explicarle sus motivos y confesarle que el informe había llegado tardíamente a sus manos, pues ella había ganado algo que pocos conseguían: su respeto. Pero sabía que las palabras vacías y los actos consumados no son importantes ante la traición.

—Será mejor que me vaya —expresó ella, esforzándose por mantener la cordialidad antes de que la situación degenerara.

Se alejó del sofá en busca de su chaqueta, decidida a abandonar el apartamento. Rojo, limitado por sus heridas, no lograba moverse con la rapidez necesaria para detenerla.

—Agulló, entiendo cómo te sientes —fue lo único que alcanzó a decir, suficiente para incrementar la tensión.

Ella se giró hacia él, su mirada iba cargada de un desprecio profundo.

—No tienes ni idea, Rojo. Eres un egoísta, una persona que solo piensa en su interés... He depositado mi confianza en ti, arriesgándome... y así es como me lo pagas.

—Estás equivocada. No te conocía. Necesitaba comprobar que podía hacerlo.

El desdén en sus ojos era evidente.

—¿Sabes? —añadió ella, recogiendo sus pertenencias—. Los documentos son lo de menos. Lo peor es que me has estado mintiendo todo este tiempo... y estoy segura de que no has dejado de hacerlo. Es tarde, descansa.

—¡Espera! —exclamó él, intentando retenerla.

—No. Ya he esperado demasiado.

En un gesto desesperado, Rojo sacó la tarjeta de memoria y se la mostró.

—¿Quieres conocer la verdad? —preguntó, lanzándole el chip. Ella lo atrapó al vuelo—. Ahí la tienes.

Era un riesgo, pero no le quedaban alternativas más que revelarle todo y su carrera no tenía solución.

Ella negó con la cabeza.

—Es tarde para eso.

—He intentado protegerte de los problemas ajenos a ti, pero ya es demasiado complicado para seguir con esto... Estoy exhausto y no puedo continuar ocultándote la verdad.

—Deja las excusas. A estas alturas, ¿crees que voy a creer en algo de lo que dices?

—La decisión es tuya... pero te advierto que lo que contiene esa tarjeta puede no ser de tu agrado.

—¿Y eso qué cambiaría, Rojo?

—Podría cambiarlo todo. Así que piénsalo bien antes de actuar. Una vez que descubras su contenido, es posible que nada sea igual. Ni para ti, ni para nadie.

Sin embargo, sus palabras no lograron impactar en la inspectora.

—Buenas noches, inspector. Nos veremos en la comisaría.

Fue una noche desagradable y llena de adversidades para él. Había logrado trasladarse hasta su dormitorio, intentando encontrar algo de descanso y recuperación. Las horas transcurrían mientras se debatía entre el insomnio y breves momentos de sueño, anhelando que el tiempo avanzara con mayor rapidez. En la mesilla de noche reposaban una botella de agua vacía, un vaso de cristal y un frasco de pastillas para el dolor. Rojo sostenía con la mano derecha la pistola y con la izquierda, el móvil, un dispositivo que permanecía en silencio. Para él, era cuestión de tiempo que alguien tocara a su puerta. Tras lo sucedido en aquella nave industrial, estaba seguro de que pronto recibiría noticias. ¿De dónde vendrían? No lo sabía, pero era consciente de que su destino sería más sombrío que el de Maqueda. Solo le quedaba esperar.

El inspector se había adentrado en un enredo sin escapatoria, a pesar de haberlo intentado todo, incluso con Agulló. Lo había intentado con ella, pero la inspectora no había dado señales de comprensión. Conforme avanzaban las horas, la esperanza de que ella actuara se esfumaba. Ella estaba enfadada y decepcionada con él, y con razón. Pero no podía lamentarse por tener un pasado incómodo.

Consultó la pantalla de su teléfono para comprobar la hora y notó la baja batería. Pronto se apagaría el terminal. El enfriamiento de su cuerpo no mitigaba el dolor de las heridas, que le generaba un malestar tolerable dentro de sus límites. Sin embargo, reconoció que la inspectora tenía razón al sugerir una revisión médica. Las heridas necesitaban cuidado antes de que se pusieran peor. Lamentablemente, no podía presentarse sin dificultades en un centro médico, por lo que optó por recurrir a la única persona que le brindaría asistencia sin condiciones.

Marcó el número de Laura, esperando que estuviera disponible.

Dadas las circunstancias, era probable que estuviera ocupada o saliendo de guardia. No habían hablado desde la última vez en su apartamento, y a pesar de sus intentos de contacto, él no había respondido a sus llamadas. Comprendía por qué ella podría haber desistido. Suspiró al escuchar el primer tono. No le sorprendía que Laura no deseara hablar con él. Había actuado de manera lamentable.

La llamada se cortó tras el quinto tono.

«Maldita sea, Laura», pensó, imaginando la posible reacción de la oncóloga al ver su nombre en la pantalla.

Dejó el teléfono a un lado y contempló la puerta, sabiendo que debía abandonar esa habitación en algún momento.

«¿Pero a dónde ir?», se cuestionó. Su mirada volvió al teléfono, esperando algún indicio de contacto, pero nada sucedió. Optó por un plan alternativo y llamó a la inspectora, quien probablemente estaría durmiendo y tampoco contestó. La incertidumbre lo invadió. Se preguntó si ella habría revisado el contenido de la tarjeta o había decidido ignorarlo. La alternativa de contactar al inspector Robles fue descartada al prever el interrogatorio que le esperaba. No tenía energía para explicaciones, ni se sentía obligado a proporcionarlas, pues Robles no entendería ni podría ayudarle en ese momento. A pesar de su lealtad, no quería involucrarlo en su problemática situación. Probablemente, Maruenda ya estaría satisfecho con el curso de los acontecimientos, considerándolo como su potencial sucesor. Su ausencia sería la excusa perfecta para que Asuntos Internos lo investigara a fondo. Con su partida, la tranquilidad regresaría a la comisaría. Agulló y Robles formarían un buen equipo, uno que no se entrometía donde no debía y mantenía el respeto por sus superiores, a diferencia de él, que parecía ser el rey Midas de los problemas y las desdichas.

Dado que no recibía señales de ninguna parte, decidió actuar y levantarse, aunque carecía de un destino concreto. Su plan ya no era tal, sino un cúmulo de ideas dispersas sin rumbo. En su mente seguían resonando las últimas palabras de Ricart y Rojas, antes de darles fin. Pese al efecto de los tranquilizantes, trataba de unir los cabos sueltos que lo habían llevado a esa situación. Había resuelto el asesinato del empresario, y Agulló ahora poseía la única prueba de ello. Desafortunadamente, era una prueba inválida ante un juez. Además, resultaba inútil todo el sufrimiento causado para encarcelar a Llorens. Era evidente que él era el asesino, pero los testimonios de aquellos dos no bastaban. No obstante, el caso del empresario no era su principal preocupación. Había descubierto que ambos trabajaban para una red alimentada por alguien superior.

Pero, ¿quién?, se preguntaba sin poder visualizar la cima de la pirámide de poder. No tenía candidatos para identificar.

Claramente, existía alguien que manejaba los hilos desde hacía tiempo en la provincia, un titiritero que manipulaba las marionetas en un teatro infantil, operando mucho antes de su llegada a la comisaría. Alguien con suficiente poder para tener bajo su mando a un guardia civil como Maqueda, a un infiltrado en la Jefatura que lo mantenía informado y a un abogado que, curiosamente, siempre ganaba los casos. Probablemente, no solo ellos estuvieran de su lado, sino también jueces y empresarios a los que Maqueda había decidido atacar, sin olvidar a las víctimas caídas en los últimos años.

Entonces, todo comenzó a cobrar sentido en su mente. Comprendió que su obsesión por Maqueda le había impedido ver el panorama completo. Se enfrentaba a un laberinto, un entramado de alcantarillas de donde emergía la droga vendida en el puerto, se organizaban bandas criminales, se reclutaban chicas para los clubes de carretera, y donde el poder ejecutivo, legislativo y judicial desviaba la mirada a cambio de sobornos y una parte del enorme beneficio. El problema era que la escalera parecía demasiado alta como para ascenderla, y Rojo había alcanzado el último escalón que podía soportar.

A esas alturas, le sorprendió que, habiendo llegado a esa conclusión, aún siguiera vivo.

Tras varios minutos de reflexión, finalmente se relajó, sumido en el silencio de su hogar, hasta que la pantalla del terminal se iluminó y empezó a vibrar. Aturdido por el sopor, necesitó varios segundos para asimilar lo ocurrido.

«Un mensaje nuevo», leyó en la pantalla y abrió la aplicación de mensajería.

Inicialmente, pensó que sería Laura, escribiéndole desde el trabajo, una práctica habitual cuando no podía comunicarse por teléfono. Al abrir el mensaje, se sorprendió. Un número desconocido con una extensión extranjera que le resultaba familiar le enviaba un archivo de vídeo para descargar.

Permaneció inmóvil, sin reaccionar, sintiendo cómo el pulso retumbaba en su garganta.

Esperó unos segundos hasta recibir un mensaje de texto:

«Soy Laura. Ábrelo, por favor».

Por un momento, temió que fuera un archivo malicioso destinado para infectar su dispositivo, una amenaza conocida y ante la cual sabía cómo proceder. No obstante, la curiosidad superó a la prudencia.

Tocó la pantalla con el dedo índice y el archivo se descargó. Su corazón latía con más fuerza, como si fuera a escaparse del pecho.

—Oh, mierda... —murmuró, con el rostro iluminado, al ver la imagen.

Nunca imaginó que experimentaría tal revuelo en su interior, pero fue incapaz de contener sus emociones al ver a Laura en ese estado. En el video se mostraba a la doctora, visiblemente confundida y con claras marcas de violencia en su rostro. La cámara se encontraba en un rincón de lo que parecía ser una estancia reducida, semejante a un matadero. Rojo escudriñaba los detalles del entorno intentando descifrar su ubicación, pero la baja resolución del video se lo impedía. Una tormenta se extendía en el interior del policía mientras sostenía el dispositivo y observaba el clip con atención. Su intuición le anticipaba el desenlace. Había presenciado esa secuencia más veces de las que hubiera deseado, pero ahora era Laura la protagonista y él se sentía responsable.

Bastaron unos segundos para comprender que el terror que ella manifestaba provenía del individuo que la filmaba. Este surgió segundos después, ataviado de negro y con una máscara de luchador mexicano, similar a la que usaba el hombre de la tienda de suplementos. No obstante, su estatura era distinta. El torturador se acercó a Laura, quien intentó escapar sin éxito. Era alto y robusto como un gigante, con extremidades largas como tentáculos de calamar. De repente, su corazón se detuvo. Era Llorens, no cabía duda, reconocible por sus manos y por su manera de moverse. Vio el video hasta el final, pero Llorens no llegó a tocarla.

Paralizado, cerró el video y quedó en shock, sin saber cómo proceder.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? —escribió a través del chat.

La otra persona comenzó a teclear por un largo rato.

La espera se tornó insoportable para el inspector, que se sentía perdido sin saber a dónde dirigirse. Todo era resultado de su irresponsabilidad, por entrometerse donde no debía. Ahora,

solo deseaba una respuesta, confirmar que Laura estaba viva, rescatarla de ese martirio y estrangular con sus propias manos a los cerebros que estaban detrás del vídeo.

—Quiero hablar contigo.

Al leer el mensaje, se agitó y pulsó el icono del teléfono, pero el contacto colgó.

—Estoy llamando —escribió, confuso.

—En persona —respondió el otro. Acto seguido, Rojo recibió una coordenada a través de la aplicación de mapas. Abrió la aplicación, que le indicó un lugar en las afueras de la ciudad, cercano a Mercalicante. Amplió la vista y examinó el mapa. La ubicación lo dirigía a un almacén de carnes.

—Quiero ver a Laura —escribió.

—Ella está bien.

—Envía una prueba.

—En una hora, recibirás otro video que te desagradará. Ven solo... o ella sufrirá las consecuencias.

Era su momento decisivo. Si no actuaba con rapidez, la ciudad se despertaría con un nuevo cadáver. A pesar de las dolencias, encontró la energía para vestirse y logró abandonar su hogar, caminando hasta su vehículo. El teléfono sonó de nuevo, pero ya era demasiado tarde para atenderlo. Llevaba su pistola al cinto y el cargador lleno de munición. Ignoraba lo que encontraría en aquel almacén, pero esa noche estaba dispuesto a enfrentarse a cualquier desafío. De algún modo, era consciente de que no había salida. Había llegado el momento de encarar el problema definitivo y poner fin a ese tormento, de un modo u otro.

Condujo con precaución, concentrado en la vía y eludiendo el escaso tráfico del centro. A medida que se distanciaba de la ciudad y se aproximaba al lugar de encuentro, la oscuridad envolvía su coche, siendo las farolas en la carretera su única fuente de luz.

Estacionó frente a la nave industrial designada. La elección de un almacén cárnico no le agradaba, aunque tampoco le sorprendía; en cierta forma, lo había anticipado. Observó el único vehículo estacionado, sin reconocer la matrícula ni el modelo. Era un Fiat Punto, antiguo, similar a muchos que circulaban por la ciudad. Se acercó a inspeccionar a través de la ventanilla, pero no encontró nada anormal. Luego, se dirigió hacia la entrada y examinó los alrededores en busca de señales de actividad. Por último, revisó su teléfono, confirmando que había llegado puntual.

De repente, se escuchó el sonido de una puerta eléctrica abriéndose.

Habían detectado su llegada mediante las cámaras de seguridad y la puerta principal se abrió.

Atravesó la entrada y se dirigió a una segunda puerta peatonal. Después, pulsó el timbre. Tras unos segundos de tensa incertidumbre, la puerta se abrió hacia dentro y Rojo percibió un pasillo sombrío. Avanzó y, de inmediato, unas manos lo inmovilizaron por detrás para registrarle.

Antes de que pudiera reaccionar, sintió el frío metal de una pistola en su nuca. Elevó las manos mientras le desarmaban. Por el rabillo del ojo, identificó al hombre que lo despojaba de su arma.

—Hijo de puta... Eres peor que Judas.

—Ahórrate la saliva y no intentes nada, que ya nos conocemos —le advirtió Pérez, su compañero, de la Científica—. Ahora, camina. Vamos...

Si la venganza era un plato que se servía frío, la traición se debía servir ardiente, capaz de desquiciar a cualquiera. Rojo se consumía por dentro al darse cuenta de que Pérez era parte de aquello. La impotencia lo invadía, no podía entender cómo no lo había visto antes.

—Laura. ¿Dónde está? Quiero verla.

—Está a salvo, no te preocupes ahora, por eso —respondió, empujándolo hacia delante—. Todo a su tiempo, Rojo... Obedéceme y volveréis a casa juntos. Confía en mí.

«¿Confiar en ti?».

Ambos hombres avanzaron hacia una entrada cubierta por cortinas de plástico que daba paso a otra estancia. El hedor a carne fresca y desinfectante era tan fuerte que casi le provoca náuseas. Atravesaron la cortina y el inspector notó el brillo de lo que parecía ser una oficina.

—Continúa caminando —le instó Pérez, empujándolo con el arma.

—Te mataré, Pérez.

—Entiendo tu enfado, pero no espero que me comprendas. En la vida hay que tomar decisiones.

«Al diablo».

Alcanzaron la puerta del despacho y Pérez le ordenó que la abriese. Rojo se preguntaba dónde estaría escondida Laura. Intentó discernir el color de las paredes en busca de alguna pista que lo guiara hacia la sala vista en el video, pero la escasa luz se lo impedía.

—¡Abre! —exclamó Pérez, al notar que no reaccionaba. Desafortunadamente, aquel traidor lo conocía demasiado bien. Aún le costaba asimilar que aquella situación fuese real.

Finalmente, sin oponer resistencia, giró el pomo y empujó la puerta hacia dentro, encontrándose con el hombre que lo esperaba al otro lado de la mesa de la oficina, rodeado de papeles y bajo el resplandor de una lámpara de escritorio. Si lo de Pérez había sido inesperado, lo que ahora veía jamás lo habría imaginado.

El comisario Maruenda lo contemplaba con intensidad, en silencio, aguardando a que se acomodara. Rojo, confundido, veía cómo su teoría sobre el caso se reafirmaba más que nunca. Maruenda era el cerebro que estaba detrás de todo, omnipresente en cada acción, aunque invisible para los demás. Aquella noche, su vestimenta casual —una camisa azul, chaqueta y vaqueros con zapatos— resultaba inusual y desentonaba con su habitual formalidad. Era la primera ocasión en que el inspector lo veía así y deseaba que fuese la última. A su lado, reposaba un monitor de seguridad apagado, desde el cual, Rojo dedujo, Maruenda supervisaba las cámaras de la nave. Las preguntas estallaban en su mente en oleadas, semejantes a bombas de racimo.

—Por favor, siéntate.

—No.

La negativa tuvo consecuencias inmediatas. Pérez le propinó un golpe por la espalda y logró que el inspector cayera en el asiento, abatido por el dolor.

—No cambias, Rojo. Ni siquiera cuando la situación lo requiere.

—¿Dónde está Laura?

—Todo a su tiempo. Ella está a salvo. No sufrirá daño alguno si colaboras.

—Colaborar... —replicó, esbozando una sonrisa sarcástica—. Disculpa, pero me suena extraño que pronuncies esa palabra.

La reacción no fue del agrado del comisario, quien se movió y colocó un informe delante del inspector. El documento, repleto de páginas con su nombre, no tardó en captar su atención.

—Vamos, no te cortes y léelo —apremió Maruenda. Rojo, siguiendo la sugerencia, comenzó a revisar las páginas.

Se trataba de un exhaustivo informe sobre él y su trayectoria profesional. Las primeras denuncias databan de su tiempo en Cartagena, incluyendo una investigación paralela sobre el asesinato de Pomares, el inspector vinculado a una red de proxenetismo que él y Gutiérrez habían eliminado en un acto de supervivencia. La narrativa proseguía con el caso de Elsa, su esposa, y su traslado a Alicante. El informe detallaba actividades irregulares atribuidas a Rojo, complementadas con el diagnóstico de una psicóloga que lo describía como una persona inestable, violenta, impulsiva y narcisista, con problemas de autoridad y una marcada sed de venganza. Sin duda, una persona demasiado conflictiva para continuar en las filas del Cuerpo.

Al pasar las páginas, observó cómo lo habían vigilado y distorsionado su vida, añadiendo cargos en su contra. A pesar de la ira contenida y el impulso de agredir al hombre que estaba frente a él, Rojo exhaló lentamente, consciente de la encrucijada en la que se encontraba. Aquel informe no solo significaba su expulsión de la Policía, sino también su posible encarcelamiento.

Aunque algunas acusaciones pudieran ser falsas, el fiscal tendría vía libre para investigar a fondo y hallar evidencias de su culpabilidad. Sabiendo que Maruenda tenía interés en su desaparición, junto a todo lo que manipulaba, Rojo no dudaba de que el informe era solo el preludeo de lo que vendría, si no cedía ante su amenaza.

Finalizada la lectura, apartó el montón de folios y fijó su mirada en Maruenda, preparado para enfrentar lo que seguía.

—¿Qué pretendes conseguir?

—Como bien sabes, todos ocultamos secretos —articuló con la serenidad y el tono de un autócrata—. Mi intención no es darte una lección, sino proponerte una salida. La realidad es que no estás en posición de demandar nada...

—No me someteré a tu chantaje. No eres más que una alimaña, Maruenda.

—Te estoy brindando un futuro, Rojo —replicó, imperturbable—. Puede que te resulte difícil creerlo, pero soy alguien que apuesta por las segundas oportunidades... Todo lo recogido en ese informe puede esfumarse ahora mismo... o mañana podría estar en el escritorio de Asuntos Internos. La decisión es tuya.

—Fuiste tú quien ordenó que me siguieran, ¿no es así?

—¿Qué motivo tendría para hacer algo así?

—Desde mi traslado a Alicante, has estado vigilándome. Alguien te informó sobre mí y no ibas a permitir que desbaratara tus planes.

—Vives en un universo de fantasías y obsesiones, inspector. A pesar de todo, me caes bien, aunque el Cuerpo no apruebe tu conducta... Mira, te ofrezco la oportunidad de cambiar las cosas,

de hacerlas más sencillas. No es necesario llegar a extremos. Al final, todos necesitamos creer en algo y tener un futuro por el cual luchar.

—¿Qué futuro me espera a tu lado, comisario?

—Bueno... Todo es negociable —respondió con una sonrisa—. Solo te pediría algunos favores, pero, dada tu experiencia, no representarían un gran esfuerzo para ti. No creo pedir mucho, ¿verdad? A cambio, podrías retomar tu vida tal y como está ahora. Asuntos Internos se olvidaría de ti y, tú y yo, empezaríamos de cero. No te pido que seamos amigos.

—Así convenciste al sargento Maqueda, ¿verdad? Y a todos los demás, por supuesto... Pero, cuando ya no te sirven, los eliminas.

—Ya te he dicho que creo en las segundas oportunidades, pero no en las terceras... —respondió, entrelazando las manos—. El sargento perdió la cabeza con sus deidades y toda esa trama espiritual... La religión siempre fue su punto débil, hasta que se lo llevó por delante y no nos dejó otra opción... Una pena, y eso que murió como todos. En fin, sé los quebraderos de cabeza que te dio, pero espero que no te creyeras todo eso.

—Me das ganas de vomitar.

—Piénsalo, Rojo. Has llevado una carga demasiado pesada durante años. Era cuestión de tiempo que cometieras un error.

—Por eso me enviaste a Pinoso. Querías que lo descubriera, que hiciera el trabajo sucio —afirmó, lanzando una mirada lateral a Pérez, el delator, la pieza que faltaba en su esquema—. Ahora entiendo por qué Maqueda me entregó aquel informe que Pérez ocultó en su momento...

—La curiosidad mató al gato y Maqueda fue curioso y atrevido.

—Cría cuervos y te sacarán los ojos...

—Considéralo un nuevo comienzo para hacer las cosas bien —apostilló el comisario—. Eres plenamente consciente de que este mundo no es justo, que las leyes fallan, que el Estado nos manipula y que el sistema está corrupto de cabo a rabo. ¿Quieres seguir viviendo bajo la mentira que nos rodea día a día, mientras la vieja guardia del CNI y los estadounidenses influyen en nuestra forma de vida? La única forma de servir es sacando provecho de la situación, pero siempre tendrás que sacrificar algo.

Rojo lanzó una mirada de reojo a Pérez. Optó por no indagar en sus motivaciones. Para él, era evidente que Maruenda lo había chantajeado mucho antes de colaborar en el caso de Maqueda. Ahora entendía los informes extraoficiales que nunca llegaban a su escritorio. El que descubrió, sería uno de muchos, pensó. Ahora, para él era obvio que Maruenda manejaba una operación de lavado de imagen que filtraba aquello que no deseaba que se conociera. Una red que,

posiblemente, se extendía más allá de la comarca, tal como había sucedido en otras partes de Valencia o Castellón.

«La red de engaños nunca se detiene».

—Lo siento, pero tus argumentos no me convencen.

—No te estoy ofreciendo una elección, sino una salida de tu situación.

—Agulló me encontrará. Sabe en qué estoy involucrado.

—Por supuesto. La petarda de la inspectora... Nadie os creerá, ni a ti, ni a ella. Le viene de familia... Sin embargo, llevo el tiempo suficiente como para que los jueces y los fiscales de esta provincia me deban más de un favor. La gente cree en mi palabra, Rojo, pero jamás creería en la tuya.

—La escogiste a propósito, ¿no es así?

—Ella no tiene nada que ver contigo. Su padre y yo colaboramos en el pasado... Digamos que le debía un favor.

—¿Qué vas a hacer? ¿Acabar conmigo?

—Por supuesto que no. Sería absurdo, por mi parte, dada tu situación. No... Alguien se encargará de eso en prisión, cuando te pudras allí y nadie te crea. Si no eres tú, será otro. Siempre ocurre.

—Laura.

El comisario lo observó con una mezcla de desdén y sorpresa.

—Te preocupas por ella. Vaya... Nunca te había visto así por nadie.

—Déjala ir.

—No puedo hacer eso.

—Acabaré con Llorens y después con todos vosotros.

—No, eso tampoco va a suceder... Si eliges mal, antes de que cruces esa puerta, la doctora morirá y serás responsable, no solo ante la ley, sino ante tu propia conciencia, por el resto de tus días, por no haberla salvado. Eso es lo que realmente te atormentará hasta que desaparezcas.

Rojo meditó sobre aquellas palabras, optando por contener los insultos y conservar la saliva. También se preguntó quién habría estado en su posición antes que él, aunque en ese momento, eso era lo de menos. Era evidente que sus esperanzas se habían agotado y que Maruenda le atribuiría el asesinato de la doctora.

Intentó encontrar una salida, pero era inútil. Reconoció que estaba en un gran aprieto y ahora era plenamente consciente de su situación. En el cruce de caminos de la vida, nuestras decisiones son como flechas lanzadas al aire. A menudo, apuntamos con precisión hacia nuestro objetivo,

pero incluso el disparo más certero puede acarrear consecuencias no deseadas. Había vaciado su cargador de fortuna y ahora debía asumir las repercusiones. En este juego de la existencia, la verdadera sabiduría reside en aprender a aceptar y asumir las consecuencias de nuestras elecciones, porque en la incertidumbre de lo desconocido, a veces, hallamos el verdadero sentido de la vida. Desafortunadamente, su destino parecía sellado.

El comisario lo analizaba en silencio.

Ante la falta de sumisión de Rojo, se dispuso a activar su plan B.

Extrajo un iPad de un cajón, lo encendió y abrió una aplicación. La pantalla mostró un circuito cerrado de vigilancia. Se veía a Laura en la sala de despiece, junto a Llorens. Afortunadamente, el comisario aún no había ordenado al verdugo comenzar su macabra tarea. Sin embargo, su paciencia se agotaba y estaba listo para ejecutar el plan de contingencia.

—Piénsalo bien, inspector. ¿Podrás vivir con ese peso el resto de tu vida? Todo por una mala decisión...

Rojo suspiró, lleno de rabia, esforzándose por mantener la serenidad mientras observaba las imágenes. La impotencia puede sentirse como un grito sofocado, pero también puede ser el detonante que nos motive a levantar la voz y luchar por la justicia, aun cuando el mundo parezca conspirar en nuestra contra.

—No puedo hacerlo.

—¿Y qué te lo impide?

—Es una cuestión de principios.

Maruenda rio al escuchar aquello y dirigió su mirada hacia Pérez, quien se encontraba a su lado. Este último esbozó una risa forzada, en un intento de secundar a su superior.

—¿Has oído eso, Pérez? Principios... ¿Realmente te crees diferente a nosotros? No lo eres, inspector. Todos tenemos una vida, una familia por la que preocuparnos. El ser humano es egoísta por naturaleza y protector de su propio entorno, de su reino... A estas alturas, resulta increíble que no hayas entendido que servir al Estado equivale a traicionar a los demás. Los únicos que realmente somos libres, los que sobrevivimos, somos aquellos que nos enfrentamos al sistema desde dentro, para mejorar nuestra vida y la de los demás.

—Das pena y asco, Maruenda, con ese discurso mediocre. Al final, tenían razón sobre ti. Eres un verdadero comemierda —replicó Rojo.

El insulto irritó al comisario, que frunció el ceño, visiblemente molesto por las palabras. Probablemente, recordaría de dónde vendría. Sin embargo, se contuvo y decidió dar por terminada la conversación.

—Bueno, lo intenté, pero no he conseguido convencerte. Es una pena, porque realmente pensé que lo lograría. Supongo que me equivoqué contigo... —dijo, y luego se dirigió a Pérez—. Haz la llamada. Dile que puede empezar.

Rojo sintió un vacío al escuchar eso. La amenaza era real y, de alguna manera, no podía creer que realmente fueran a llevarla a cabo.

Pérez asintió y sacó su teléfono móvil del bolsillo, para llamar a Llorens. A través de la pantalla, Rojo observó cómo el gigante dejaba de pasearse por la sala y contestaba el teléfono.

—Soy yo —dijo Pérez—. Prepárate.

El otro asintió en señal de confirmación.

—Te voy a matar...

—Ahórrate el esfuerzo... y disfruta del espectáculo, inspector —respondió Pérez con desdén.

Rojo intentó levantarse de la silla, pero se encontró con el arma de Maruenda apuntando directamente a su pecho. En ese instante, los tres oyeron un ruido procedente del exterior. Los ojos del comisario se dirigieron hacia la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, activando el monitor de vigilancia junto a su escritorio. La imagen en blanco y negro no revelaba ninguna actividad fuera.

Maruenda y Pérez se mostraron inquietos, mientras Rojo buscaba cómo librarse de ellos.

—Sal y comprueba qué sucede —ordenó el comisario.

—De acuerdo.

—No te demores.

Pérez abandonó la oficina, dejando solo a Rojo con quien hasta hace poco consideraba su jefe. Ahora estaba claro que esa relación había terminado. En su mente, Rojo sabía que, esa noche, uno de los dos hombres que ocupaban ese espacio no sobreviviría para contar lo sucedido.

Con la mirada fija en la pantalla, Rojo observaba a Llorens mientras se colocaba la máscara y preparaba su equipo de herramientas para torturar a la oncóloga. Con cada segundo que transcurría, el inspector sentía cómo las paredes de su estómago se retorcían desde dentro, aunque el macabro espectáculo aún no había comenzado. Sin embargo, el inspector no podía prever lo que estaba a punto de ocurrir. Transcurrido un minuto, el comisario comenzó a impacientarse ante la ausencia de Pérez. De repente, se produjo una explosión en el otro extremo de la oficina.

Rojo no lograba ver nada.

—¿Qué carajo...? —preguntó Maruenda, desconcertado. La tensión lo llevó a agarrar firmemente su arma y apuntar hacia la puerta. Acto seguido, se escucharon varias explosiones. Por la secuencia, Rojo dedujo que Pérez estaba disparando a alguien.

—¡Pérez! —exclamó el comisario al divisarlo. Rojo lanzó una mirada furtiva y vio al miembro de la Científica, herido en la pierna—. ¿Qué está ocurriendo?

—Nos han descubierto, comisario... Hay que actuar... ¡Maldición!

—¿Quiénes? ¡Estás herido!

—La inspectora... —respondió con esfuerzo.

«¡Agulló!», pensó Rojo, en silencio, y la esperanza volvió a él.

En medio de la incertidumbre, el inspector sabía que había llegado su momento. Debía aprovechar la confusión para encontrar una salida antes de que el comisario lo abatiera. Desafortunadamente, el espacio era reducido y solo un escritorio lo separaba de su superior.

Los ojos de Maruenda se movían rápidamente entre la puerta y él. Una bala impactó en el marco y Pérez se resguardó dentro de la oficina. Rojo estimó que la inspectora estaba cerca.

—O actúas o moriremos todos —le advirtió el superior. Luego, se dirigió al inspector y le apuntó al rostro—. Aún estás a tiempo de reconsiderar, Rojo.

—Nadie puede detener a la inspectora Agulló.

—Si lo haces por mí, tendrás todo lo que desees.

—Ya me has escuchado.

Pérez se asomó por el umbral y disparó varias veces. La respuesta no se hizo esperar y una bala atravesó el cristal, alcanzándole el estómago. El sonido del impacto fue crudo, como si una fruta madura cayese al suelo, y el de la Científica se desplomó junto a la puerta. En ese instante de incertidumbre, Rojo jugó su vida al todo o nada para detener al comisario. Se lanzó al suelo y empujó el escritorio hacia él desde abajo. Maruenda bajó el cañón e intentó disparar, pero el empuje lo tomó por sorpresa y no logró reaccionar a tiempo. El comisario retrocedió, Rojo se levantó y le sujetó la muñeca para desarmarlo. Ahora, se enfrentaban en un combate cuerpo a cuerpo por el control del arma. El inspector había soñado durante años con ese momento, pero era solo una fantasía que nunca se materializaría. Forcejearon varios segundos, en medio del fuego cruzado entre Agulló y Pérez, quien vaciaba el cargador antes de perder la conciencia.

Maruenda intentó propinarle un fuerte rodillazo, pero Rojo fue lo suficientemente rápido para esquivarlo. Como contragolpe, el inspector le lanzó un gancho que habría hecho sentir orgulloso a Frank, su entrenador. El impacto desequilibró al comisario, aunque no lo bastante como para hacerle soltar el arma. Retomaron el combate cuerpo a cuerpo, acortando la distancia entre ellos, y Rojo vio en esos ojos la mirada del mismísimo Diablo. Solo ahora, de cerca, podía apreciar toda la oscuridad que anidaba en su interior. Maruenda, sacando fuerzas de la sombra, lo repelió con una patada que derribó al inspector al suelo. Para ese momento, Pérez ya había fallecido. El inspector fijó su vista en la pistola y logró recuperarla. Maruenda le apuntaba, brazo extendido, mientras él sujetaba el arma, dispuesto a disparar.

—Te veré en el infierno, comisario.

Rojo fue el primero en apretar el gatillo, pero el cargador estaba vacío. El ruido del clic causó una sonrisa perversa en el rostro de su adversario. Rojo jamás imaginó que su final sería así, pero había llegado.

—Adiós, Rojo —dijo, antes de apretar el percutor.

En ese instante, alguien irrumpió por la puerta y la atención del comisario se desvió hacia la entrada. Rojo no logró identificar a quién había entrado, cuando el comisario disparó con determinación, derribando a la persona con un tiro. Luego, se volvió hacia él, pero no tuvo oportunidad de concluir su acción. La vida no espera, y las decisiones tardías a menudo dejan

tras de sí un rastro de oportunidades perdidas en su avance implacable. La vida tampoco esperó por Maruenda, y tres disparos lo hicieron retroceder, empujándolo contra la estantería de su oficina. El comisario disparó y, aun así, la bala se incrustó en el techo. Sus ojos se encontraron con los de Rojo antes de desplomarse sobre la mesa y su corazón se extinguió sin que pudiera cerrar los párpados.

Cuando se giró hacia la puerta, ella se aproximó para abrazarlo.

—Agulló... —dijo al ver que sus brazos le rodeaban. Fue un instante peculiar para ambos, pero la inspectora se había dejado llevar por la adrenalina y el estrés de la situación. El abrazo duró solo un instante, hasta que Rojo tomó plena consciencia del contexto y avistó a Robles, herido en el suelo, a pocos metros del cadáver de Pérez—. ¡Robles!

—¡Ah! —exclamó el herido, cubriéndose la lesión en la pierna—. Estoy bien...

—Rojo... ¿Qué demonios...? —preguntó ella, desbordada al contemplar la escena, y luego sus miradas se cruzaron en silencio. No era momento para explicaciones ni disculpas.

—Gracias —la interrumpió, expresando el resto con la mirada—. Hablaremos más tarde, pero ahora debemos rescatar a Laura. Está encerrada con Llorens en una cámara, y ese desgraciado va a descuartizarla.

La inspectora se dirigió a la tableta electrónica que Maruenda había encendido antes y contempló las imágenes, con desconcierto.

—¿Dónde está eso?

—¡No lo sé!

—Id vosotros —propuso Robles—, yo me quedaré aquí y solicitaré refuerzos.

—De eso nada —replicó el inspector con firmeza—. Nadie puede enterarse de lo sucedido aquí.

—Rojo... —suplicó la inspectora.

Él preveía que ella reaccionaría así.

La situación había alcanzado su clímax y los tres habían logrado dismantelar la organización que controlaba la comisaría desde las sombras durante años. Pero a Rojo le asaltó otra duda.

¿Cómo podían estar seguros de haber acabado con todos?, se preguntó en silencio. Carecían de pruebas y de garantías de que denunciar sus hallazgos sirviera de algo. Se dijo que pensaría en ello más adelante. En ese momento, solo le preocupaba salvar a Laura.

Al ponerse en pie, vislumbró la habitación y observó los cadáveres de Pérez y del comisario Maruenda. No sintió ninguna pena por ellos, ni por cómo habían terminado. A diferencia de Pérez, él nunca habría aceptado someterse, bajo ningún concepto, y eso era lo que diferenciaba a un buen policía de uno que no lo era. Una cosa era actuar según sus principios y otra muy distinta era arrodillarse ante los principios ajenos a cambio de migajas. Pensándolo mejor, de haber accedido, sabía que su destino no habría sido muy diferente al del sargento Maqueda o al de otros. La suerte estaba echada y, al final, todos habían perdido. Pero, a su vez, muchas personas inocentes habían sufrido en el proceso. Por consiguiente, era esencial salvar a Laura. En eso, el comisario había tenido razón. Si algo le ocurría a la doctora, no podría soportar el remordimiento por el resto de sus días.

Tan pronto como Llorens dejó de recibir instrucciones de sus superiores, sacó a la víctima del encuadre de la cámara y la arrastró por el cabello. La imagen quedó inmóvil, como si nada sucediese. Rojo tuvo una mala sensación al respecto y es que, probablemente, aquel sádico sabría cómo proceder si la situación se torcía. La cuenta atrás había comenzado para todos.

Agulló y Rojo dejaron a Robles a cargo de la oficina y partieron en busca de Llorens. Localizarlo en aquel complejo industrial era solo cuestión de tiempo. El problema residía en que no contaban con el tiempo necesario para salvarla. Con cada segundo que transcurría, las manos del asesino se aproximaban más a su víctima. Rojo tenía esa imagen grabada a fuego en su mente. Salieron de la oficina y observaron las instalaciones. Los pasillos conducían a distintas estancias que, a su vez, algunas tenían acceso al subsuelo. Moverse por allí era como caminar por un laberinto.

—Será mejor que nos dividamos —le sugirió ella, señalando dos direcciones.

—No. Eso le daría ventaja.

—Juntos, no llegaremos a tiempo.

Ella tenía razón, pero recordó la fuerza de Llorens al enfrentarse a él.

—Está bien. Yo iré hacia las cámaras frigoríficas y tú a las de despiece —le indicó—. Si sucede algo, grita.

—Rojo... —le dijo ella, mirándolo con seriedad—. Quiero a ese cabrón vivo.

Él meditó el comentario. Dejarlo con vida no estaba en sus planes.

—Primero, tenemos que encontrar a Laura.

Los dos inspectores se separaron y Rojo se dirigió hacia las cámaras de congelación. A medida que se aproximaba, el frío glacial que emanaba de estas atravesaba sus huesos. Abrió una enorme

puerta de acero y entró en lo que parecía ser una sala de conservación. De unos cables colgaban enormes garfios utilizados para sostener las grandes piezas de carne, impidiéndole ver más allá. Intentó desplazar una de ellas, cuando comprobó lo pesada que era. Avanzó hacia el interior, escudriñando entre los espacios, con la pistola de Pérez en la mano.

«¿Dónde estás, desgraciado?», se preguntaba a medida que avanzaba hacia el interior. Al cruzar la cámara, encontró una segunda entrada que conectaba con un lateral. Cuando intentó abrirla, miró el candado electrónico que estaba al lado.

—Estupendo... —murmuró tras intentar abrir sin éxito. Al exhalar, notó el vaho de su aliento. Entonces oyó un ruido al otro lado.

Rojo se puso en alerta, pero la puerta se abrió hacia fuera, con la fuerza de un mar embravecido. El empujón lo lanzó contra una de las enormes piezas de carne. Quedó aturdido unos segundos, hasta que vio a Llorens arrastrando a Laura por el cabello. Cuando lo vio de nuevo, el verdugo soltó a la mujer y se acercó a él. Ni siquiera se molestó en dirigirle alguna palabra, antes de propinarle un golpe en la cabeza que lo envió al suelo. El impacto fue tan intenso, que Rojo se sintió mareado durante varios segundos y comenzó a perder el conocimiento. Había sido un porrazo certero que, por fortuna, no le había alcanzado la sien.

Le costaba abrir los ojos, pero vio a Laura, que estaba en el umbral de la puerta.

Llorens actuaba como un autómatas, sin hablar y sin mostrar ningún tipo de enfado hacia él. Era lo más perturbador que el policía había visto en toda su carrera. Le propinó una segunda patada en el pecho, con el fin de cortar la respiración. Rojo se protegía con los brazos, pero la fuerza sobrehumana de aquel hombre era incontenible. Cuando vio que apenas se movía, se acercó a uno de los cables y agarró un gancho de acero.

El inspector pronto se dio cuenta de que, de no actuar, acabaría colgado como una pieza más de aquella macabra colección. El frío del recinto lo ayudó a recobrar la claridad mental. Apoyó las manos en el suelo para erguirse con esfuerzo e intentó recuperar el aliento. La cabeza le palpitaba intensamente, pero el dolor no era obstáculo para su determinación. Era imprescindible ganar tiempo hasta la llegada de Agulló. Al haber perdido de vista el arma, optó por enfrentarse a él, cuerpo a cuerpo. Aprovechando que Llorens le daba la espalda mientras extraía el gancho de los cables, pensó que era el momento oportuno para sorprenderlo por detrás.

Con la destreza de un boxeador experimentado, se deslizó entre los espacios dejados por las piezas de carne, hasta que llegó a su adversario. El primer puñetazo lo tomó por sorpresa. Rojo depositó toda su fuerza en su puño y le atizó los riñones, con el propósito de desequilibrarlo. El golpe tuvo efecto, aunque no el deseado. Llorens se volvió lentamente e intentó sacudirle con el

gancho. Rojo esquivó ágilmente y la punta del garfio se incrustó en la carne, dejando a Llorens inmovilizado por un instante. El inspector le asestó tres golpes rápidos a la nariz y Llorens parpadeaba, sin reaccionar, retrocediendo ante los impactos. Sin embargo, Rojo era consciente de que no podría mantener el ritmo por mucho tiempo. Cada ataque le destrozaba la mano. Aporrear a ese hombre era como golpear una roca. Con la nariz fracturada y el rostro bañado en sangre, Rojo se dispuso a asestar el golpe final con un gancho de boxeo, pero Llorens, inesperadamente, detuvo el impacto del inspector con una mano. Luego, cerró el puño y presionó los nudillos de Rojo como si estrujara un papel. El bramido de Rojo resonó en las paredes del recinto, cuando cayó de rodillas ante la bestia, sintiendo cómo esta le fracturaba los dedos. A medida que él perdía fuerzas, su adversario se rehacía y sonreía con la malicia de quien apenas ha comenzado a divertirse con el sufrimiento ajeno. Con la mano libre, asió el gancho incrustado en la pieza de carne y lo arrancó de un tirón. Luego, retrocedió el brazo y se dispuso a clavarlo en la cabeza del policía.

Rojo no tenía tiempo para reflexionar, pero era consciente de que su final estaba cerca. Había escapado de la muerte en numerosas ocasiones, pero sabía que esta vez la suerte no estaría de su lado. Después de todo, la muerte es una sombra que siempre nos acecha, y esquivarla es tan fútil como intentar detener el ocaso inevitable del sol. Al final, la única decisión que resta es cómo afrontarla cuando se presente.

—A todo cerdo le llega su San Martín, inspector —le espetó, antes de abalanzarse sobre él.

De rodillas, bajo el amparo de las piezas de carne, Rojo divisó las botas de Agulló en la lejanía. Alzó la vista hacia el verdugo y soltó una carcajada, sembrando la confusión en él.

—¿Te resulta divertido, desgraciado?

—¿Cómo se siente siendo un monstruo, Llorens?

La mirada del verdugo destilaba furia. Rojo buscaba ganar tiempo para que la inspectora pudiera ajustar su disparo.

—Voy a disfrutar esto... Más que con el guardia civil.

Era consciente de las dificultades de Agulló al disparar. Ambos se lo jugaban todo en ese momento. Era la vida de Laura, la suya y la de sus compañeros lo que estaba en juego.

—A todos nos llega, Llorens. A todos...

—¿Qué?

—¡Alto, suelta eso! —gritó la inspectora, y los ojos del asesino se lanzaron a buscarla entre las piezas de carne. De pronto, su actitud cambió, al no poder localizarla, y volvió su atención hacia el inspector. Cogió impulso y Rojo trató de liberar su mano, aún aprisionada por el puño del

verdugo. Entonces, un estallido resonó en la sala y una bala perforó las sienes de Llorens, tiñendo de sangre la pieza de carne a su lado. El segundo disparo impactó en su cráneo y el tercero le atravesó la espalda. Los ojos de Llorens se velaron y su cuerpo se inclinó hacia un lado, golpeando las piezas colgantes hasta caer inerte sobre el suelo. Rojo liberó su mano, pero sin recuperar la movilidad de sus dedos. Afortunadamente, el dolor era señal de que aún había esperanza de curación.

Agulló apareció entre las carnes y lo observó desde arriba, reflejando gran preocupación.

—¿Cómo estás?

—Estaré bien...

—¿Y ella? —preguntó, refiriéndose a la oncóloga—. ¿Está viva?

—Está inconsciente, pero se recuperará.

—Sería mejor que no recordase nada de esto.

—Al menos, alguien podrá descansar en paz.

—Rojo...

—Vámonos de aquí, inspectora.

—Robles necesita atención médica.

—Ya...

—Y tú también.

Semanas después...

—Usted mantenía una relación muy cercana con Maruenda. Si no estoy equivocada, el comisario le confió los casos más relevantes de los últimos años, y todos se resolvieron satisfactoriamente, salvo uno —explicó la inspectora de Asuntos Internos, con ese porte invariable y aspecto de agente de seguros. Rojo tomó un sorbo de agua mientras la escuchaba. La mujer deslizó un informe ante él para que lo examinara. Se trataba del caso de Maqueda—. Su colaboración con este exsargento de la Guardia Civil fue estrecha.

Rojo suspiró profundamente y chasqueó la lengua, sin alterarse. En realidad, se sentía exhausto de oír tantas estupideces seguidas. Tras la muerte del comisario, le resultaba imposible distinguir entre los buenos y los malos, si es que alguna vez habían existido los primeros.

—No logramos localizar al asesino, ni encontrar su cuerpo, pero el caso se archivó a lo largo de un año. Hoy por hoy, quisiera entender las razones.

—¿Le dio Maruenda una explicación?

—Solo me solicitó que lo aceptara.

—Pero usted está convencido de que Maqueda sigue con vida —intervino el otro inspector. Rojo lo miró fijamente.

—Por supuesto. Lamentablemente, soy escéptico por naturaleza.

—Y también supone que el asesinato de Samuel Antón está vinculado con este individuo.

—Eso lo ha insinuado usted, no yo —aclaró—. El comisario me brindó la oportunidad de colaborar en el caso, actuando como asesor de la inspectora Agulló. Nada más.

—¿Sabe por qué?

—Parece que deseaba que compartiera mi experiencia.

—¿Le mencionó algo sobre el pasado de la inspectora?

—Todos tenemos un pasado. Pero ella... Está comenzando su trayectoria en Homicidios. Aún no ha tenido oportunidad de cometer errores.

La mujer anotó algo y apartó el informe de su campo de visión.

—El excomisario Maruenda —señaló, enfatizando que ya no lo era—, antes de su promoción, fue colega del inspector Agulló, en el grupo 3 de Alicante, especializado en homicidios. ¿No conocía la relación?

Rojo mostró sorpresa, lo cual contribuyó a su declaración.

—No estaba informado. ¿Consideran eso relevante?

—Para nosotros, todo puede ser significativo.

—Para mí, no lo es.

El hombre miró su reloj. La hora del almuerzo se aproximaba y eso no admitía excepciones.

—Dejémoslo aquí por hoy, si le parece bien.

—No seré yo quien se oponga.

—Le recuerdo que está suspendido de empleo y sueldo durante una semana —remarcó el inspector—. Evite cometer más infracciones.

—Gracias por el recordatorio.

—Por cierto, ¿qué le ha ocurrido en la mano? —preguntó el hombre al notar la mano vendada de Rojo.

—¿Esto? Nada serio. Un percance con la cafetera.

—Parece una fractura grave.

—Es una cafetera muy pesada.

—Ya veo. Tenga más cuidado.

—Antes de finalizar... —intervino ella—. ¿Alguna vez le mencionó el comisario la existencia de una caja fuerte?

—¿A mí? No. Trabajaba con él, pero no me pidió que fuera su amigo.

Ella cerró la boca y le ofreció una sonrisa forzada. Rojo se despidió y abandonó la sala.

La situación se había tornado peligrosa para todos, y la permanencia de Rojo en el Cuerpo se encontraba pendiente de un cordel, a punto de romperse. Al salir de la comisaría, encendió un cigarrillo en las escaleras, bajo el sol de mediodía y el calor de una primavera que rozaba el verano. El cuerpo aún le dolía, no solo por las heridas físicas recibidas semanas atrás, sino también por el estrés acumulado bajo su piel. Podía vislumbrar el final del túnel, tal como había

ocurrido con algunos de sus compañeros. Los eventos en aquella planta cárnica, la caída de Maruenda y el desenlace de su gestión marcaban un punto de no retorno para todos. El problema residía en que el comisario había sido la figura dominante del edificio frente a él, y su influencia se extendía mucho más allá, alcanzando a un amplio círculo. Asuntos Internos estaba tirando de un hilo que, sin duda, desembocaría en un escándalo nacional. Era cuestión de semanas que los hechos se convirtieran en el tema central de debate en los medios y que los partidos políticos los llevaran al Congreso de los Diputados. Claro estaba que, para ese momento, él ya estaría fuera de la policía, sin posibilidad de defenderse. Hasta entonces, solo podía aprovechar sus últimas horas allí, si es que eso representaba algún placer para él.

En la entrada de la comisaría, algunos periodistas empezaban a rondar como buitres en espera de carroña. Por suerte, su nombre aún no había trascendido a los círculos de esos fisgones que se dedicaban a meter las narices donde no eran llamados.

Finalizó su cigarrillo y se dirigió al bar de enfrente para tomar algo. A pesar de la situación, no se sentía intranquilo. Había logrado salvar a Laura, aunque ella lo hubiera apartado de su vida después de lo sucedido, ya que había sido él quien decidió antes cortar la relación, y había conseguido salvarse a sí mismo, que ya era bastante.

Al entrar al establecimiento, buscó con la mirada algún rostro familiar, pero hacía tiempo que la comisaría había dejado de ser un lugar de camaradería para él, y ahora solo veía caras nuevas.

«Caballero tenía razón. La red nunca se termina de tejer por completo».

Se abrió paso y se situó en un hueco al final de la barra. El dueño lo vio y, con un gesto, se acercó a él con una botella de Estrella de Levante y un plato de olivas partidas.

—A tu salud —dijo el inspector, fijándose en las noticias de la televisión. Las cadenas locales ya estaban cubriendo el violento crimen de Samuel Antón y el temor que este había generado entre los empresarios de la ciudad, preocupados por posibles represalias del narcotráfico.

Rojo escuchó con un interés moderado, consciente de que hablaban sin conocimiento de causa, pero, al fin y al cabo, cumplían con su labor de entretener. Al tomar el segundo sorbo, levantó las cejas al reconocer a uno de los tertulianos en la televisión. Después de tanto tiempo, veía de nuevo a Caballero, preparando lo que sería su próximo gran impacto mediático.

—Ahí está ese charlatán otra vez en la tele —comentó el dueño del bar, señalando hacia la pantalla—. Pronto lo tendrás por aquí, haciendo preguntas a los clientes...

—Debe estar más seco que la mojama para regresar a la televisión...

—Creo que se quiere demasiado. Le encanta oírse hablar.

—Podría ser... —asintió Rojo y ambos soltaron una carcajada, hasta que alguien se acercó por detrás.

—Ya te dije que tu amigo era un fanfarrón y no me equivoqué —dijo la inspectora refiriéndose a Caballero, antes de pedir una Coca-Cola Zero y mirar la cerveza del inspector—. ¿Qué tal te ha ido?

Rojo percibió el reproche en su mirada.

—No me mires así. Estoy suspendido.

—Por eso te refugias en el rincón del bar.

—¿Me has buscado?

—¿Creías que no iba a encontrarte? —replicó ella, tomando una oliva. La televisión quedó relegada a un segundo plano—. Están a punto de tenderle una trampa a Robles. Debemos mantenernos firmes en nuestra versión de los hechos.

Rojo la observó de reojo, sorprendido de que ella dudara de su lealtad. Ella había orquestado una coartada conjunta para cerrar el caso y distanciarse de lo ocurrido con Maruenda. No le sobraban motivos, después de haber descargado todo el plomo de su arma en el sospechoso principal del caso. Rojo accedió, a cambio de que ambos acordaran dejar atrás el asunto. Por más unidos que estuvieran, solo atraerían problemas. Como consecuencia, a Robles no le quedó otra que adherirse a la decisión, aunque Rojo confiaba plenamente en su integridad.

—Respira y confía. Robles sabrá manejarlo.

Tras el tumulto en la planta cárnica, la respuesta de la Jefatura Superior no tardó en llegar a la provincia. El subcomisario asumió el mando de la comisaría provincial y no dudó en solicitar refuerzos desde Madrid. En el transcurso del día siguiente, una unidad de ocho agentes se congregaría en la comisaría provincial, con medidas específicas. Los ocho revolucionaron la oficina de Maruenda y las áreas adyacentes, y los interrogatorios se convirtieron en la tónica diaria. Por su lado, Agulló concluyó el caso y el fiscal aceptó las pruebas presentadas para incriminar a Llorens como responsable, aunque ya fuera tarde para condenarlo. Solo hizo falta una muestra de ADN, el taladro encontrado en su domicilio y unos pantalones manchados con sangre de la víctima. El móvil del crimen se atribuyó a un homicidio solitario que escaló a tortura.

—Sabes, no me agrada tener a los de Madrid por aquí.

—Te comprendo, a mí tampoco, pero uno se acostumbra. Vienen, molestan y se van.

—No, no es eso... —replicó, tomando un sorbo de su refresco recién servido—. Hace años, sucedió algo similar. Estaba en un caso y enviaron a un inspector externo.

—Vino, se fue y te dejó con el corazón roto.

—No. Murió de un disparo —dijo, cortante—. Ellos me recuerdan a aquellos tiempos.

Rojo guardó silencio y brindó con su cerveza contra el vaso de ella.

—Por él. —Chocaron sus bebidas y bebieron—. Por cierto, ¿por qué no me hablaste de tu padre?

Ella arqueó una ceja, visiblemente incómoda.

—Creí que no era necesario traerlo a colación. Me hiciste sentir muy incómoda en tu casa.

—Lamento el desorden. No esperaba tu visita esa noche.

—Obtuviste un informe a mis espaldas. ¿Qué más querías saber? ¿Que le gustaban las novelas de Mario Puzo?

—Cálmate, por favor. No pretendía desconfiar de ti, pero no quería abordar ese tema. Tu padre había sido compañero de Maruenda antes de que él ascendiera a comisario.

Ella lo miró, desconcertada, y él interpretó que también ignoraba ese detalle.

—Cuando a mi padre lo destinaron al grupo 3, Maruenda acababa de llegar.

—Pero ambos eran inspectores... como nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No, es distinto. Quiero decir, era distinto en aquel entonces. Lo sé porque mi padre me lo contaba... —dijo, quedándose pensativa por unos segundos. Rojo intuyó que algo no estaba bien, o que quizás no debería haber sacado el tema. La inspectora tomó un trago de su bebida y la dejó sobre la barra—. Invítame, por favor. Debo irme.

—¿Estás bien?

—Sí... He olvidado hacer algo. Nos vemos más tarde.

Atónito, la observó alejarse hacia la salida. La inspectora se marchó rápidamente, desapareciendo de su vista.

Después del almuerzo, volvió a su apartamento, pues su presencia en la comisaría resultaba un obstáculo para los demás. Además, era preferible no mostrarse demasiado por allí. Llamar la atención nunca había sido su punto fuerte, especialmente con los de Madrid merodeando cerca. Lo interpretó como unas vacaciones merecidas, aunque inesperadas. Mucho antes del desastre, había concebido la idea de que ese período llegaría, que el momento de voltear la página se aproximaría tan rápidamente, que se encontraría en la calle sin tiempo para asimilarlo. Habían sido años muy intensos e interesantes para él, reflexionó mientras preparaba el café en la cocina. No obstante, también habían sido años de gran sacrificio sin recompensa alguna. Porque sobrevivir no era una recompensa.

Encendió la radio e intentó mantenerse mentalmente ocupado.

Mientras estuviera suspendido de su trabajo, debía mantenerse activo y dedicarse a alguna actividad antes de impacientarse. El boxeo o cualquier deporte estaba descartado debido a las secuelas que Llorens le había dejado. Aparte de casi romperle la mano y el tabique nasal, los golpes de aquel sádico lo habían dejado hecho polvo. Era como si su cuerpo todavía se tensara al pensar en él. Por fortuna, ni Llorens ni Rojas volverían a hacer daño a otra persona inocente.

Con la música de la radio de fondo, apagó el fuego y sirvió el café en una taza. Luego, encendió un cigarrillo y abrió la ventana de la galería. Este ritual lo distrajo de la cocina, casi de su propio ser, y sus pensamientos viajaron a otro plano. Entonces, recordó la conversación que había tenido con Agulló en el bar, así como las palabras de Maruenda.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y se acercó al armario junto a la campana extractora. Abrió la puerta del mueble, extendió la mano hacia el fondo y extrajo una caja metálica. Regresó a la superficie y se apoyó en la encimera para revisar el contenido de esa caja que era del tamaño de

las de galletas danesas. Eso era todo lo que le quedaba después de haber incendiado el cobertizo donde escondía su pasado. Dentro guardaba antiguas fotografías, en las que aparecía con Gutiérrez en Cartagena o con Elsa y su hijo. Representaban un regreso al doloroso pasado de un inspector que se transformó en lo que era en aquel momento. Una trayectoria que, a primera vista, podría haber sido distinta, pero que finalmente lo convirtió en una persona en quien nunca tuvo intención de convertirse.

Sacó el informe que había solicitado sobre Agulló y lo revisó de nuevo. Ese documento le había costado lo suficiente como para considerar su destrucción, aunque lo cierto era que ella nunca debió enterarse de su existencia. Entre las cuatro páginas del resumen, buscó el párrafo que mencionaba a su padre.

De repente, recordó a Rojas confesando en la oficina: «Iba a contarlo todo a la policía, aunque tuviera que pagar su parte. Conocía a alguien dentro, a la hija de un viejo amigo... Le dije que no era buena idea y no lo fue».

Rojas no comprendía la conexión entre Samuel Antón, el padre de Agulló y esos hombres, pero la implicación de Maruenda en el asunto incrementó las sospechas del inspector. Existía algo que su compañera le ocultaba o quizá ella también lo desconocía. Revisó la documentación, intentando recordar qué había pasado por alto entre los detalles. Poco se había escrito sobre el inspector Agulló y las circunstancias de su muerte. El informe señalaba que se había retirado anticipadamente, aunque sin una explicación detallada.

«Su padre murió por el Cuerpo. Todo está ahí... Pero ten cuidado con el caso que manejas, podría acarrear grandes problemas».

«¿A qué se refería el excomisario Llanos con esas palabras? ¿Hablaban de Maruenda o de algo más? ¿Por qué me advirtió que investigar sería un problema? ¿Cuánto sabría?», se cuestionaba incansablemente, mientras fumaba ansioso y daba sorbos al café.

«Las mentiras son como las sombras en un espejo, ocultan la verdad, pero nunca la eliminan por completo», reflexionaba, revisando los documentos, debatiendo el siguiente movimiento.

«Una última cosa... Cuando puedas, aléjate del mal. Este no cambia, pero termina por cambiarte a ti».

Quizá, simplemente le estaba alertando del inicio de algo más profundo.

Rojo tomó el teléfono y buscó la obra de Botticelli que Llanos le había mencionado durante su último encuentro en el aparcamiento. No tenía ni idea de qué hablaba, pero sintió la curiosidad por conocer el aspecto del cuadro. Abrió la primera imagen y observó la pintura que representaba los nueve círculos del infierno, en una sucesión de anillos que descendían hasta el más profundo.

Se quedó inmóvil, meditando en silencio, con la caja en una mano y el teléfono en la otra. Entonces, la pantalla se oscureció y el dispositivo comenzó a vibrar.

Era una llamada entrante de Robles.

Aquella tarde, le resultaba extraño esperar apoyado en la barra del Pipers, el pub irlandés donde solía encontrarse con Pérez. Demasiados recuerdos que ahora le sabían amargos. No le resultaba fácil mirar hacia delante sin rememorar los momentos vividos junto al que, en cierto punto de su carrera, consideró un compañero.

«Las traiciones, como las cicatrices, se integran en tu piel, y dejar atrás el pasado se convierte en una danza macabra con él».

Solicitó una pinta de Heineken y esperó en silencio, bebiendo, hasta que divisó la muleta de Robles en la entrada. El inspector lucía bien, a pesar del disparo recibido en el muslo. Nada que una operación rutinaria de quirófano y unas semanas de reposo no pudieran solucionar, pensó al observar su buen estado. Robles había tenido la suerte de que el proyectil no alcanzara ningún nervio ni hueso, facilitando así el trabajo de los médicos. Además, era un policía con buena salud, pocos vicios y una disciplina estricta. Los años compartidos con Rojo le habían enseñado a moderarse, a pesar de la presión de Ramos y del propio inspector, pero, en esencia, seguía siendo el mismo.

Se sentó junto a él sobre un taburete y pidió una cerveza sin alcohol. Antes de que Rojo pudiera comentar al respecto, Robles se adelantó, atribuyéndolo a la medicación que tomaba para el dolor.

—Te ves bien, Robles. —Rojo no destacaba por su habilidad para romper el hielo o entablar conversaciones triviales, pero el otro ya estaba familiarizado con ello—. Por la comisaría preguntan por ti.

—Lo suponía. Asuntos Internos, ¿no?

—Van a intentar sacarte hasta las muelas.

Robles asintió con serenidad, sin evidenciar preocupación.

—Hazle saber a la inspectora que esté tranquila con mi declaración, no diré nada que no se haya mencionado ya.

—¿Por qué no se lo dices tú directamente? Le alegrará oír eso.

—Supongo que la verás antes que yo.

Rojo captó la indirecta rápidamente. La razón de la llamada no era el interrogatorio ni las dudas sobre qué declarar, como había asumido inicialmente. Robles se había citado con él por otro motivo.

—¿Qué es?

—¿El qué?

—Lo que has venido a decirme. Es evidente que hay algo y estás dando rodeos.

—Sí... Seré directo. Voy a solicitar una excedencia.

—¿Tú también?

—¿Quién más la va a pedir?

—No. Es Ramos, quien se ha esfumado. Al final, ha evitado este lío sin dejar rastro.

Robles arqueó una ceja, sorprendido.

—A Ramos le concedieron el traslado a Valencia, días antes del incidente con Antón. Creía que estabas informado.

—No, no me dijo nada... y estoy desactualizado con los rumores de la comisaría.

—Supongo que no quiso incomodarte.

—Ya. —Rojo se sintió algo herido por la falta de comunicación de su parte. A esas alturas, no le afectaba que Maruenda le hubiera mentido, después de todo lo descubierto sobre él. Pero no esperaba eso de Ramos. Pensó que, al menos, habría tenido el detalle de informarle—. No necesitas guardarte eso. Sé que, para muchos, me he convertido en un paria.

—No lo tomes como algo personal.

—No lo hago. Tampoco digas algo de lo que puedas arrepentirte después.

Robles cruzó miradas y suspiró profundamente antes de dar un sorbo a su cerveza.

—Verás... Los últimos tres años han sido un infierno, Rojo —confesó su compañero, fijando la vista en su vaso—. Te lo juro. Un auténtico desastre, tanto personal como profesionalmente. Y no solo para mí.

—Lo sé. —El inspector tomó un largo trago—. Pero no me culpes por ello.

—No lo hago.

—Parece un reproche.

—Es, más bien, lo contrario. Has estado a mi lado todo este tiempo, a pesar de mis fallos, cuando nadie daba un duro por mí. Y te lo agradezco.

—Estabas en mi equipo. Tenía la responsabilidad sobre ti.

—Eso significó mucho para mí.

—¿Ahora te vas a poner sentimental, inspector?

Robles lo miró fijamente, y él dudó por un momento si había ido demasiado lejos con el comentario. En el fondo, no estaba acostumbrado a recibir elogios por su actitud.

—No voy a decir nada, ni de lo que ha sucedido, ni de lo que he presenciado estos últimos años. Es tu vida y tu forma de actuar, no la mía, pero de algún modo también he sido parte de ella, y no quiero causar daño a nadie.

—De todos modos, nadie nos creería, empezando por el caso del carnicero de Monóvar y toda esa basura demoníaca...

—Ya... —dijo y dibujó una sonrisa en su rostro—. Menuda ida de olla durante estos últimos años, ¿verdad?

—Eres un hombre prudente —le respondió, levantando su vaso en un brindis.

—Hablo en serio, Rojo. Esta será la última vez.

—Y yo también, Robles, pero hay que afrontar la vida con cierta ligereza... ya que la tragedia es demasiado común en nuestro día a día.

—Me sorprende que aún puedas ver la vida así.

—No, no es así como la veo, pero espero poder hacerlo algún día.

—Tienes esperanza.

—No, tampoco es esperanza, sino convicción. Desafortunadamente, la esperanza es un arma de doble filo... Alimenta el alma con ilusión, pero en su sombra yace la ruina de muchas vidas.

Después de esta reflexión, que recordaba a algo que el comisario Maruenda le había dicho una vez, Robles volvió al tema principal.

—De hecho, esa no es la razón por la que te quería ver.

—Ah. Pensé que querías tomar una cerveza con tu compañero de fatigas.

—Me caso.

—Vaya. Enhorabuena, supongo.

Tampoco sabía qué más decir en esas situaciones. Él jamás había llegado tan lejos en el asunto sentimental.

—Sí, espero.

—Con Lara, ¿no? La chica de la que me hablaste —dijo Rojo. El hecho de que se acordara sacó una sonrisa a Robles—. Me alegra que hayas resuelto eso.

—Hacemos un buen equipo. Quiero formar una familia con ella.

—¿Se lo has pedido?

—Sí. Y ella siente lo mismo por mí.

—Entonces, tienes mi bendición.

—¿Vendrás a la boda? —preguntó Robles, con cierta incertidumbre—. Aún no hemos fijado la fecha, pero te avisaré en cuanto lo hagamos... Sería un honor para mí.

Rojo iba a declinar, pero se detuvo a pensar unos segundos antes de responder.

—Por supuesto —respondió y buscó su cartera para pagar la cuenta—. ¿Se lo dirás a Agulló?

—No lo había considerado. ¿Por qué?

—No importa. Pensé que te gustaba.

Robles pareció confundido.

—¿Cómo? Acabo de decirte que me voy a casar.

—Estaba bromeando... —dijo Rojo, y ambos rieron—. Tengo que irme, Robles. Supongo que estarás ocupado con todo esto.

—No te preocupes, yo me encargo.

—Gracias...

—Y tú, ¿qué vas a hacer ahora? He oído que te han suspendido. Se rumorean muchas cosas por la oficina, como que van a correr los traslados... Con el cambio de mando y un nuevo comisario, me pregunto qué será de la comisaría dentro de un año.

—Es difícil de decir.

—Nada será igual.

—Por suerte.

—Sí...

—No sé qué haré, es demasiado pronto para decidir —sentenció, ofreciéndole la mano en despedida—. Por ahora, voy a caminar hasta el Postiguet, aprovechando que hace una tarde maravillosa y que no puedo conducir con esta mano... Creo que me vendrá bien reflexionar sobre el futuro. Después de todo, es lo único que nos queda por hacer.

Era su rincón predilecto de la ciudad, el único lugar donde se sentía verdaderamente libre y podía desconectar, a pesar de estar a pocos metros del núcleo urbano. Recostado en un banco del paseo, con vistas al reverso del hotel Meliá, se deleitaba con el panorama que se extendía ante él. La brisa marina impregnada de sal acariciaba su piel, mientras el sol, en un tono dorado, se reflejaba en las aguas del Mediterráneo, generando un caleidoscopio de destellos. La playa del Postiguet se extendía como un manto de arena dorada, custodiada por palmeras que se alzaban como centinelas de este paisaje. El constante romper de las olas componía una sinfonía que llenaba el aire de una magia hipnótica. En la orilla, las familias disfrutaban entre juegos y risas, mientras los más valientes se aventuraban en el agua, desafiando la frescura de un atardecer de primavera. Al fondo, el castillo de Santa Bárbara se alzaba sobre la colina, majestuoso guardián de la ciudad y el mar, testigo silente de siglos de historia.

Al sacar el paquete de tabaco, se percató de que le quedaba un último cigarrillo, tal vez, un presagio para dejar ese hábito, una vez más. Lo encendió, sumergido en un mar de reflexiones que se disipaban al compás relajante de las olas. Fue entonces cuando comprendió que no necesitaba tocar fondo para darse cuenta de que el precipicio siempre está a un paso de una mala decisión. Por poco, estuvo a punto de cometer un error irreparable.

«Has tenido suerte, una vez más, como si fuera un juego de azar».

Reflexionaba mientras fumaba, dejándose llevar por los pensamientos que asaltaban su mente: el vídeo de Maqueda, la confesión de Maruenda, la mentira que había marcado su vida durante años. La impotencia lo embargaba, sumiéndolo en una mezcla de rabia y desolación. Había perdido el sentido de su labor, el deseo de legar un mundo mejor. Se cuestionaba, irónicamente, qué le diría a su hijo cuando este le preguntase, consciente de que sus encuentros eran cada vez

menos habituales. Sin embargo, en medio de sus vivencias, un recuerdo agradable persistía: la inspectora, su compañera, rescatándolo de un apuro, cuidando de sus heridas. Este fluir de memorias suavizaba sus emociones hacia sensaciones más gratas. Lamentaba haber desconfiado de ella y que las cosas no hubieran resultado como esperaba.

«Es extraño, pero sincero, supongo», se decía, sobre sus sentimientos.

Su reflexión fue interrumpida por el sonido de una motocicleta que se acercaba. Al principio, no reconoció a la conductora, hasta que vio la Vespa Primavera y a la mujer que la manejaba.

Sorprendido, apagó el cigarrillo y quedó expectante hasta que ella se quitó el casco y reveló su cabello oscuro.

Aquello sí fue una sorpresa.

—¿Interrumpo tu momento bucólico? —preguntó al bajar de la moto.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber él y se levantó del banco—. ¿Cómo me has encontrado?

Los ojos claros de la inspectora brillaban con el reflejo de la luz del atardecer.

—Te podría largar una mentira, pero creo que ya hemos tenido suficientes entre nosotros —respondió—. Robles me lo ha contado.

—Pero...

—Sí, lo sé. Has estado con él. Me ha llamado para tranquilizarme.

—Entiendo.

—¿Puedo? —preguntó ella, señalando al banco. Él asintió, invitándola a sentarse, y retomó su posición inicial—. Me encantan estas vistas de la playa. Este lugar está infravalorado.

—Espero que así sea por muchos años.

—¿Vienes aquí a menudo?

—Solo cuando la vida me golpea con fuerza.

—¿Es así como planeas pasar el resto de tu retiro? ¿Lamiéndote las heridas?

—Nadie ha dicho que vaya a retirarme...

—Lo intentarán, ya lo creo.

—No planeo rendirme. Nunca lo he hecho.

—Me alegra escuchar eso —dijo ella con dulzura—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Supongo que para eso has venido. Adelante.

Ella lo observó de reojo y tomó una posición encorvada, con los codos apoyados en sus rodillas y la mirada fija al frente.

—Es sobre el comisario Maruenda... ¿Te dijo algo sobre mí?

Rojo exhaló profundamente.

Aunque dudaba, sentía que debía ser honesto con ella. De alguna manera, estaban reiniciando su relación.

—Me insinuó que le debía un favor a tu padre, pero no entró en detalles.

—Ya veo... Está bien.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

Ella giró la cabeza y lo miró.

—Mi padre cayó en depresión tras el fallecimiento de mi madre. Bebía y fumaba sin control, como un descosido, y eso acabó con él... No quería que me hiciera policía, pero con el tiempo cambió de opinión. ¿Por qué? No lo sé. Desafortunadamente, nunca me vio como inspectora...

—Debe haber sido muy duro para ti.

—Fue lo mejor que me podía pasar, que no estuviera para verlo, quiero decir... Al ingresar, no recibí una buena acogida por cómo conseguí el puesto. Todavía hay mucho que cambiar en el Cuerpo.

—Aun así, has mejorado en el tiro.

—Ya te lo he dicho esta mañana. Perdí a mi compañero por no disparar a tiempo. Aprendí la lección a la primera. No puedes fallar dos veces.

—Lo siento, no quería remover asuntos dolorosos.

—Durante años pensé que la adicción de mi padre fue causada por la pérdida de mi madre. Tiene sentido, ¿no?

Al escuchar eso, Rojo se tensó. La advertencia del excomisario resonaba en él con más fuerza.

—¿Y no es así?

—No lo sé... —dijo, levantándose inquieta. Luego, extrajo una fotografía del bolsillo de su chaqueta y se la entregó—. Cuando vendí su casa en Sant Vicent del Raspeig, guardé una caja con fotos antiguas y recuerdos de mis padres. No la había abierto hasta hoy. Mi padre es el del bigote y el otro...

—Es Maruenda. —Rojo lo reconoció, más joven, pero con la misma expresión inquisitiva—. Llegó lejos, por lo que veo, pero eso no prueba nada. Maruenda estuvo con mucha gente en aquella época.

—Mira el reverso.

—Alicante, 1995.

—Aún iba al colegio, pero mi padre ya pertenecía al Grupo 3.

—¿Que se encargaba de...?

—Proteger a la gente buena, decía.

Él respiró hondo y le devolvió la fotografía.

—¿Qué opinas?

—No lo sé. Quizás tengas razón.

«Eres pésima mintiendo, inspectora».

—Lo siento, no puedo ayudarte. Jamás escuché hablar de ese grupo. Por aquel entonces, yo estaba en Cartagena.

—Ya... —dijo, encontrándose de nuevo con su mirada—. Maruenda me lo contó. Creí que me hacía un favor, que me brindaba una oportunidad, pero ahora veo que intentaba manipularme... El propósito, desconocido.

Rojo habría querido decir algo memorable. Por desgracia, no se sentía inspirado y prefería ser parco en palabras.

—Es mejor así.

La inspectora tomó su casco y se dispuso a irse. Él permaneció inmóvil, en silencio, observando cómo se preparaba.

—No quiero molestarte más por hoy. Solo quería decirte que, ocurra lo que ocurra, no te rindas.

—No lo había contemplado.

—Bien... Eso es todo.

Cuando ella montó en la moto, él la llamó.

—¡Inspectora! —exclamó, antes de que partiera—. Gracias por la oportunidad.

Ella sonrió, sin enseñar los dientes, y se puso el casco integral.

—No será la última. —Puso en marcha la Vespa y tomó dirección hacia la playa, alejándose del inspector. Él la siguió con la mirada hasta que se perdió en la distancia. Luego, se levantó y contempló el mar.

«Desde luego que no, inspectora», pensó, y comenzó a caminar en sentido contrario.

Si te ha gustado...



La envidia puede matar...

Esta apasionante novela negra está disponible **gratis por tiempo limitado**.

Gabriel Caballero está en apuros: un asesino anda suelto en la Costa Blanca.

La rectora de la Universidad de Alicante ha muerto de un extraño modo. Las evidencias apuntan a un homicidio y a su mejor amigo. Tras negar lo que parece evidente, Caballero tendrá que averiguar la verdad para demostrar su inocencia: **su vida y carrera periodística dependen de ello.**

¿Logrará resolver el crimen antes de que sea tarde?

Suscríbete de manera gratuita a mi lista de lectores exclusiva y consigue esta novela hoy.

DESCARGA GRATIS CABALLERO

Sobre el autor



Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como las series Caballero, Maldonado, Rojo o Don. Vivió en Polonia durante cuatro años y actualmente reside desde hace años en Madrid, donde escribe todas las mañanas. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Autor finalista del Premio Literario Amazon 2018 y 2020 con las novelas El Doble y El Misterio de la Familia Fonseca.

Autor destacado 2022 en Amazon España.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario en Amazon. Las reseñas mantienen vivas las novelas.

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Página web: elescritorfantasma.com

Facebook: facebook.com/elescritorfant

Grupo Privado de lectores: elescritorfantasma.com/grupofb



Otros libros de Pablo Poveda

Serie Gabriel Caballero

Caballero

La Isla del Silencio

La Maldición del Cangrejo

La Noche del Fuego

Los Crímenes del Misteri

Medianoche en Lisboa

El Doble

La Idea del Millón

La Dama del Museo

Los Cuatro Sellos

El Último Adiós

Muerte en el Mediterráneo

El arte del engaño

La playa de los muertos

El último baile

Pack Trilogía 1-3 (Caballero, La Isla del Silencio, La Maldición del Cangrejo)

Pack Trilogía 4-6 (La Noche del Fuego, Los Crímenes del Misteri, Medianoche en Lisboa)

Pack Trilogía 7-9 (El Doble, La Idea del Millón, La Dama del Museo)

Pack Trilogía 10-12 (Los Cuatro Sellos, El Último Adiós, Muerte en el Mediterráneo)

Serie Don

Odio

Don

Miedo

Furia

Silencio

Rescate

Invisible

Origen

Pack Trilogía 1-3 (Odio, Don, Miedo)

Pack Trilogía 4-6 (Furia, Silencio, Rescate)

Pack SERIE COMPLETA (8 libros)

Serie Dana Laine

Falsa Identidad

Asalto Internacional

Matar o Morir

Fuego Cruzado

Pack Trilogía 1-3 (Falsa Identidad, Asalto Internacional, Matar o Morir)

Serie Rojo

Rojo

Traición

Venganza

Desparecido

Secuestrada

El trabajo del Diablo

El juego del Diablo

Pack Rojo 1-3 (Rojo, Traición, Venganza)

Serie Javier Maldonado (Detective Privado)

Una Mentira Letal

Una Apuesta Mortal

Un Crimen Brillante

El Caso del Tarot

Una Amistad Peligrosa

El asesinato del casino

El crimen de Atocha

Muerte en Las Vegas

Pack novelas 1-3

Trilogía El Profesor

El Profesor

El Aprendiz

El Maestro

Pack Trilogía Completa El Profesor (El Profesor, El Aprendiz, El Maestro)

Serie Lepoldo Bonavista

El misterio de la familia Fonseca

El misterio de la máscara de porcelana

Otros:

El secreto de la señora Avignon

¿Quién mató a Laura Coves?

Perseguido

Motel Malibu

Sangre de Pepperoni

La Chica de las canciones

El Círculo